

SABRINA FERRIES

A stone castle with multiple towers and battlements sits on a grassy hill. In the foreground, a calm lake reflects the warm, golden light of the setting sun. The background shows rolling hills under a hazy, orange sky. The overall mood is serene and historical.

LA VENGANZA ESCOCESA

TERCIOPELO BOLSILLO

La venganza escocesa

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



Título original: *Beware a Scot's Revenge*

© 2007 by Deborah Gonzales

Primera edición en este formato: Marzo de 2013

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.

© de la traducción: Iolanda Rabascall

Marquès de l'Argentera, 17. Pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-15410-66-9

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Indice

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

LA VENGANZA ESCOCESA

Sabrina Jeffries

Escuela de Señoritas Vol. 3

Sabrina Jeffries nos presenta a las expeditivas alumnas de la Escuela de Señoritas de la señora Harris, unas ricas herederas nada convencionales que son más que un buen partido para los bribones más irresistibles de la alta sociedad londinense.

Lady Venetia Campbell regresa a su Escocia natal, tras muchos años de ausencia, para asistir a un elegante baile de máscaras en el que un atlético enmascarado le dará un arrebatador beso que no podrá olvidar. Pero su viaje a Escocia adquiere un giro dramático cuando, al día siguiente, el misterioso galán la rapta a punta de pistola. Se trata del peor enemigo de su padre, Sir Lachlan Ross, el propietario de la finca contigua a la suya y a quien Venetia recuerda como el apuesto joven por el que bebía los vientos de niña. Aunque con el tiempo, Ross se ha convertido en un hombre perversamente sexy y mucho más peligroso.

Pese a los esfuerzos de Lachlan por tratar a su rehén como a un enemigo, sus besos abrasadores dicen otra cosa. Y el plan original de utilizar a Venetia como arma contra su padre se desmorona a medida que crece su pasión por ella. Por su parte, Venetia está decidida a triunfar sobre el ansia de venganza de Ross con un deseo mucho más poderoso...

ACERCA DE LA AUTORA

Sabrina Jeffries se ha convertido en una de las novelistas de su género más aclamadas por el público y la crítica en los últimos años, consiguiendo que sus títulos se posicionen en las listas de ventas en cuanto ven la luz. En la actualidad, vive en Carolina del Norte con su marido y su hijo, y se dedica únicamente a la escritura. **Terciopelo** ha publicado dos de sus series: *La Real Hermandad de los Bastardos* y *La Trilogía de los Lores*, ambas con excelente

repercusión entre los lectores.

ACERCA DE LA OBRA

«Al igual que en otras novelas de Sabrina, sus protagonistas no tienen tiempo de enamorarse, de tener una relación que madura con el tiempo, nada más verse ya están jadeando el uno por el otro, y cuando te das cuenta los encuentras haciendo juegos de manos. Y no estoy hablando de sombras chinescas...»

EL BLOG DE WELZEN

A Dougie MacLean, Capercaillie, Keltik Elektrik, Peatbog Faeries, Ashley MacIsaac, y a un sinfín de otras bandas de música y cantantes escoceses por inspirarme con su música mientras escribía este libro.

Prólogo

Londres, Inglaterra, mayo de 1822

Querida Charlotte:

A mis oídos ha llegado el rumor de que vuestra antigua pupila, lady Venetia, ha rechazado nuevamente a otro pretendiente más que recomendable. Si queréis mi opinión al respecto, simplemente como un observador desinteresado, considero que lady Venetia se ha tomado demasiado al pie de la letra vuestras lecciones para ricas herederas. Si no cambia de actitud, acabará convertida en una solterona, sola y amargada.

Vuestro primo, Michael

«*Las hijas sólo están para amargarle la vida a uno.*»

Eso era lo que pensaba Quentin Campbell, el conde de Duncannon, por los constantes quebraderos de cabeza que le ocasionaba su hija de veinticuatro años. Había matriculado a Venetia en la escuela de señoritas que regentaba la señora Charlotte Harris con la esperanza de que la tornaran más dócil, más maleable, pero en cambio su hija había abandonado esa institución convertida en una jovencita aún más rebelde. Por lo visto, Venetia no sólo había heredado los adorables rasgos de su madre sino también su insolencia. Y el conde ya había mostrado suficiente paciencia soportando el temperamento de su esposa, que Dios la tuviera en su gloria.

La encontró en la cocina de la casa solariega que la familia Duncannon tenía en Londres, enfrascada en la elaboración de uno de esos brebajes horripilantes que tanto le gustaba preparar para él.

—¿Cómo te atreves a rechazar a un pretendiente como el vizconde, después de que yo mismo le hubiera dado permiso para festejar contigo? —bramó él.

Tan fría como un lago de las Tierras Altas, la preciosa región montañosa del norte de Escocia llamada Highland, Venetia continuó machacando una flor de tonos liliáceos hasta convertirla en polvo.

—Si me hubieras consultado antes de darle permiso...

—¿Consultarte? ¿Para qué? ¿Para darte la oportunidad de rechazar a otro pretendiente ideal? —El conde lanzó un bufido, exasperado—. ¿Qué es lo que te ha ofendido esta vez? ¿Su comportamiento galante? ¿Su sonrisa obsequiosa? ¿Su apariencia caballeresca?

—No me gusta —declaró Venetia con esa típica sonrisita burlona que tanto disgustaba a su padre.

—¡Ah! ¡Así que no te gusta! El vizconde es apuesto y elegante, y posee una inmensa fortuna...

—Igual que mi bolsito. —Venetia vertió el polvo lila en un vaso lleno de agua y empezó a remover la mezcla—. Lamentablemente, mi bolso de mano tiene más personalidad, y seguramente más inteligencia.

Ése era precisamente el problema: los hombres huían despavoridos ante la abrumadora inteligencia de su hija.

—¿Milord? —Una voz los interrumpió desde el umbral de la puerta.

El conde alzó la vista y miró al mayordomo.

—¿Sí?

—Un tal señor Sikeston y otros hombres desean verlo.

El conde se puso visiblemente tenso. ¿Sikeston y sus hombres estaban allí, en Londres? Algo debía de haber salido mal.

—Los atenderé en el estudio.

Mientras el mayordomo desaparecía de la vista rápidamente, Quentin miró a su hija con ojos enardecidos.

—No creas que este tema queda zanjado, jovencita. Hablaremos del vizconde durante la cena.

Los ojos de Venetia reflejaron su preocupación.

—¿Esos hombres están aquí por El Azote Escocés, papá? Ya sabes lo que te dijo el médico, con tu delicado estado de salud, no conviene que tengas sobresaltos.

—¿Qué sabrán los médicos! ¡Son todos un hatajo de inútiles!

—Sabén lo suficiente. —Venetia alzó el vaso—. Será mejor que te bebas el tónico antes de ir a hablar con ellos.

—¡Maldita sea! ¡No quiero ningún tónico asqueroso! —Su hija siempre intentaba mimarlo. Necesitaba mostrar más firmeza con ella que la que le había demostrado a su difunta esposa, pero en días como hoy, cuando Venetia

le recordaba de una forma tan clara a Susannah, eso le resultaba terriblemente duro.

—No te preocupes por esos hombres; ya me ocuparé de ellos yo solo, cielo.

La reacción de Venetia no se hizo esperar:

—Por lo menos deja que te ayude a subir las escaleras.

Cuando ella intentó agarrarlo por el brazo, él se zafó, horrorizado ante la idea de que su bella hija pudiera acercarse a los esbirros que lo estaban esperando en el estudio.

—¡Te prohíbo que te metas en este asunto, jovencita!

Venetia retrocedió amedrentada ante la reacción vehemente de su padre.

—De acuerdo, como quieras.

El conde quiso pedirle perdón, pero se contuvo. Se trataba de una cuestión muy importante; esta vez no podía permitir que su hija metiera la nariz en sus asuntos.

Empezó a subir lentamente las escaleras, deteniéndose a cada cuatro pasos para tomar aliento. ¡Maldito fuera sir Lachlan Ross y malditas fueran sus tretas! ¿Por qué esa endiablada criatura no lo dejaba en paz de una vez?

Debería de haber sabido que tendría problemas desde el día en que Ross apareció por Londres. El joven *baronet* le había exigido lo que creía que pertenecía a su familia y al clan de los Ross, pero Quentin hizo caso omiso de las exigencias del joven *laird* (de ese lord escocés), porque quería evitar a toda costa revelar a Ross o a cualquier otra persona los horribles secretos de su pasado.

Desde entonces, había pagado muy caro su silencio. El joven e insolente cabecilla del clan de los Ross se había dedicado a asaltar a los viajeros por las carreteras haciéndose llamar El Azote Escocés. Ross pretendía vencer el pulso a Quentin haciéndole la vida imposible. Atracaba a los amigos del conde cuando éstos pisaban tierras escocesas, y luego les decía que le pidieran a lord Duncannon que les abonara el dinero que él les acababa de robar. Aunque el conde les daba lo que habían perdido, para él suponía una enorme humillación no poder explicar por qué ese sujeto se dedicaba a asaltarlos, puesto que sabía que con ello incitaría preguntas que se negaba a contestar.

Quentin había soportado esa situación cinco años, esperando que Ross se

cansara del juego. Pero entonces Ross asaltó al recaudador de rentas de Quentin. ¡Por el amor de Dios! ¡Esas rentas suponían la mitad de sus ingresos! Si seguía así, ese tipo lo hundiría en la miseria, por eso el conde había decidido contratar a Sikeston, una decisión que ya empezaba a lamentar.

Quentin entró en el estudio y repasó los semblantes taciturnos de los individuos allí reunidos.

—¡Os dije que jamás vinierais aquí!

—No hemos tenido ninguna otra alternativa, milord —repuso Sikeston—. Hemos tenido que huir para salvar el pellejo.

La declaración dejó al conde confuso.

—¿Huir de quién?

—De los hombres del clan de sir Lachlan. Nos han estado persiguiendo sin tregua desde que nos marchamos de Rossraig.

¿Las tierras de Ross? ¡Maldición! Jamás debería haberles revelado quién pensaba que era realmente El Azote.

—Se suponía que teníais que pillarlo con las manos en la masa, cuando cometiera alguna fechoría, y darle un escarmiento, y no acosarlo en sus tierras y entre su propia gente.

—¡Y lo intentamos, os lo aseguro! —gritó Sikeston—. Pero él no mordió el anzuelo, por más oro que nos gastamos en numerosas posadas intentando provocarlo, jactándonos de que éramos amigos de lord Duncannon y de que estábamos en Escocia de vacaciones.

—Sospechamos que tiene un cómplice —intervino otro de los secuaces—, alguien aquí en Londres que conoce a vuestros amigos, señor conde, y que le dice cuándo y a quién ha de atacar.

—O a lo mejor es que ese tipo es demasiado inteligente para caer en la trampa de creer que sois un grupo de caballeros —espetó Quentin. Tendría que haber contratado a una panda más sofisticada, ¿pero dónde iba a encontrarlos? Ya le había costado mucho dar con los esbirros que ahora tenía delante.

—Tampoco nos lo puso fácil en sus tierras. Por lo visto, los miembros del clan Ross no saben que su patrón es El Azote —dijo Sikeston—. Adoran a ese hombre y están dispuestos a morir por él. Ni tan sólo pudimos descubrir dónde pasaba las noches, aunque sabíamos que no era en Rossraig. Es como un fantasma, que entra y sale de sus tierras sin ser visto, siempre rodeado de sus hombres...

—Por eso no he recurrido a la justicia. Su clan se levantaría en armas para defenderlo. —A pesar de que Quentin estaba totalmente convencido de que Ross era El Azote, probarlo no iba a resultar nada fácil. Puesto que Ross era el vecino de Quentin, las autoridades asumirían que su enemistad se derivaba de una disputa a causa de algunas tierras. Y si alguien empezaba a investigar y descubría la verdad...

El conde se estremeció con un escalofrío.

—Así que no habéis podido sacarlo de sus tierras.

—Oh, sí que lo hemos hecho —rebatía Sikeston—. Pero para ello tuvimos que sobornar a un hombre de su clan para averiguar dónde podíamos encontrarlo. Y a partir de ese momento, nuestras vidas fueron un verdadero calvario.

Quentin lo miró con aire reprobador.

—¿Acaso os echó a todo el clan encima?

—No. Le dimos un escarmiento, de acuerdo con el trato. —Sikeston intercambió unas miradas incómodas con sus hombres—. Pero... ejem... bueno...

—¡Por el amor de Dios! ¡Suéltalo de una vez! —rugió Quentin.

—Lo matamos, milord. Sir Lachlan Ross está muerto.

El conde necesitó unos instantes para digerir la noticia. Entonces notó una sensación de vértigo, como si la habitación hubiera empezado a dar vueltas vertiginosamente a su alrededor. Seguramente había entendido mal las nuevas.

—¿Muerto? ¿Lo habéis matado?

—No fue culpa nuestra —se defendió otro de los secuaces—. Cuando lo asaltamos en el puente, él iba armado con una navaja. Si Johnny no le hubiera atizado con un cayado en la cabeza...

—¡Con un cayado! —Quentin se encaró a Sikeston—. ¡Te dije que sólo quería que le dierais un escarmiento!

Sikeston le aguantó la mirada.

—Así es, milord, ¡pero no estabais allí para ver lo que sucedió! Ross tenía la complexión de un león y luchaba como tal. Había sido soldado, un detalle que olvidasteis mencionar cuando nos contratasteis.

Quentin había temido que esos esbirros se negaran a realizar el trabajo si les decía que el sujeto en cuestión había sido soldado. Se mordió los labios

para no proferir una maldición en voz alta y clavó su afilada mirada en los ojos de Sikeston.

—Así que este desgraciado lo ha matado, ¿no?

—Si Johnny no lo hizo, el agua seguramente acabó con él. Después de golpearlo, cayó al lago desde el puente. —Los labios de Sikeston se tensaron hasta formar una fina línea—. No volvió a salir para tomar aire.

Quentin sintió otro escalofrío en la espalda.

—¿Y su cuerpo?

—Los hombres de su clan se hallaban cerca, por lo que no nos atrevimos a realizar una búsqueda, pero es imposible que haya sobrevivido. Estaba inconsciente cuando cayó al agua.

Quentin se hundió en una silla, abrumado por el pensamiento de la tragedia que sus acciones habían provocado. Esos secuaces habían cometido un asesinato. ¡En su nombre! ¡Por el amor de Dios! Ross tenía una madre a quien mantener y un clan que lo necesitaba...

—¿Y qué sucedió después? Los hombres de su clan descubrieron que habíais matado a su patrón, ¿no? —inquirió con un hilito de voz—. ¡Y ahora los habéis guiado directamente hasta mí!

—No, milord. Tomamos las debidas precauciones para que nadie nos siguiera hasta aquí, pero tenemos que abandonar Londres antes de que nos encuentren. Así que necesitamos el resto del dinero que nos debéis.

Quentin torció el gesto. Iba contra sus principios pagar a esos felones que habían cometido un asesinato, pero no le quedaba otra alternativa. Una palabra al clan de los Ross acerca de quién estaba detrás de la muerte de su señor y él mismo acompañaría a lord Lachlan al infierno.

Por lo menos, la pesadilla había concluido. Quentin había conseguido mantener los sórdidos secretos de su familia, y Ross se había llevado a la tumba todo lo que sabía acerca de la verdad.

El Azote no volvería a atormentarlo nunca más.

Capítulo uno

Edimburgo, Escocia, 20 de agosto de 1822

Querido primo:

Estoy sumamente preocupada por el viaje de Venetia a Escocia. Sí, ya sé lo que han publicado los periódicos —que El Azote Escocés murió hace tres meses durante una reyerta con sir Lachlan Ross, en la que ambos fallecieron—. No obstante, teniendo en cuenta la misteriosa obcecación que El Azote demostraba contra el conde, me sentiría más aliviada si alguien encontrara el cuerpo sin vida del difunto villano.

Vuestra preocupada allegada, Charlotte

—*A* mamá le habría encantado estar aquí. —Venetia le comentó con tristeza a su tía Maggie Douglas, la vizcondesa de Kerr. Ambas estaban de pie, en fila, aguardando a ser anunciadas en el baile de máscaras organizado por la Auténtica Sociedad Céltica de las Tierras Altas, ahora lo suficientemente cerca como para escuchar la música de las gaitas proveniente del magnífico teatro de Assembly Rooms—. ¿No te gustan las vistosas telas de cuadros escoceses y las alegres marchas escocesas y los vestidos y...?

—¿Y las calles abarrotadas de gente y la comida repugnante y los alojamientos indecentes? —Tía Maggie achicó sus ojos verdes, que eran del mismo color que los de su sobrina—. No, no me gusta nada. A diferencia de ti —y de mi hermana, que Dios la tenga en la gloria— prefiero las comodidades que me ofrece Londres. Desde que hemos llegado no he pegado ojo ninguna noche.

—Ah, así que los ronquidos que oigo cada noche provienen de nuestro equipaje, ¿no? —bromeó Venetia.

—Vigila tu lengua mordaz, o no mostraré ningún reparo en que duermas en el lado más deformado del colchón.

Venetia se echó a reír.

—Perdona, realmente he de admitir que has demostrado una enorme

consideración conmigo, al soportar todas esas incomodidades.

El lugar donde se alojaban dejaba realmente mucho que desear, pero aún habían tenido suerte de encontrarlo. Cada habitación, desván y sótano de la ciudad habían sido alquilados a las hordas de escoceses que se habían congregado en Edimburgo para ser testigos de la visita del primer monarca reinante inglés en casi dos siglos.

Pero a Venetia no le importaba la miserable habitación en la posada donde se alojaban. Había esperado dieciséis años para regresar a Escocia, y no permitiría que una almohada plana y un colchón deformado —o una acompañante tan quejica— le aguara la fiesta.

Venetia le estrujó la mano a su tía cuando la fila delante de ellas avanzó.

—No sabes cómo te agradezco que hayas aceptado acompañarme, porque si no, no habría conseguido convencer a papá para que me dejara venir.

—Todavía estoy sorprendida de que lo hayas logrado. ¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, simplemente sé cómo manejar a papá. Sólo he tenido que hacerle una pequeña promesa.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

Ella le lanzó a su tía una sonrisita socarrona.

—Prometerle que aceptaré una petición de matrimonio el año que viene.

—Pues a mí no me parece que sea una pequeña promesa, querida. ¿Y se puede saber quién es el joven afortunado?

—Aún no lo sé. Supongo que tendrá que ser alguien a quien pueda soportar. —Y alguien que pasara la inspección de la señora Charlotte Harris y de su misterioso benefactor, el primo Michael, quien ofrecía constantemente información acerca de los hombres de la alta sociedad a la dueña de la escuela de Venetia.

—Papá está preocupado por si nunca decido casarme —explicó Venetia. Lo cierto era que ella misma también se había empezado a preocupar por el mismo motivo.

—Una dama como tú siempre gozará de propuestas de matrimonio —repuso su tía mientras movía graciosamente los dedos adornados con sortijas.

—No es la falta de propuestas lo que le preocupa. Es la falta de interés que demuestro por cada pretendiente. —Ella le prometió a su madre que jamás se casaría con un hombre que no despertara sus sentidos, aunque no sabía bien

qué significaba eso. Cuando su madre la obligó a hacerle esa promesa, no le dijo si lo decía pensando en ella misma y en papá, aunque Venetia a menudo se preguntaba si...

—¿Y tienes a algún hombre en particular en mente? —le preguntó su tía.

Venetia soltó un prolongado suspiro.

—No, pero espero encontrar uno en Escocia, lejos de los cazafortunas y de los lores ingleses tan sumamente aburridos y faltos de inteligencia. Quiero casarme con un *laird* escocés que posea un venerable título milenario y que viva y respire el aire puro de las Tierras Altas y...

—Ya, como los protagonistas de esas baladas que tanto te gustan, supongo.

La aseveración de su tía era clara y directa.

—¿Y por qué no? —replicó Venetia a la defensiva—. ¿Por qué no podría casarme con un Duncan Graeme o un apuesto joven de las Tierras Altas que me lleve a su castillo en las tierras montañosas escocesas para vivir en eterna bendición conyugal?

—Porque tú eres tan escocesa como la reina de Inglaterra, querida.

—¡Eso no es cierto! —exclamó, sintiéndose insultada.

—Mira, cielo, tienes unos exquisitos modales y un porte demasiado inglés para un país que cree que para pasarlo bien una tarde sólo hace falta una jarra llena de whisky y una buena pelea. No aguantarías ni un solo día con un apuesto escocés de las Tierras Altas, antes de que te asaltaran los deseos de golpearlo en la cabeza con la jarra.

Quizá su tía tenía razón, pero Venetia tampoco acababa de sentirse cómoda en Inglaterra. Cuando se enfadaba, la gente la llamaba la fierecilla escocesa; si optaba por mostrarse reservada, la llamaban la escocesa arrogante, y cuando a papá le daba por hablar con un marcado acento escocés, ella tenía que hacer de intérprete con los interlocutores. ¡Cómo si su padre fuera un extranjero, por el amor de Dios!

Además estaba la insidiosa actitud superior de los ingleses hacia los escoceses, como si éstos fueran de más baja extracción. Incluso tía Maggie había adoptado esa execrable moda tras varios años casada con un caballero inglés. Venetia miró a su tía de soslayo con fastidio, pero Maggie no se dio cuenta.

—La verdad es que luces el atuendo adecuado para cazar al héroe de las baladas que se convertirá en tu esposo. —Tía Maggie alzó su máscara blanca

de seda para inspeccionar el traje de Venetia, y con su actitud sólo consiguió irritar más a su sobrina—. Los escoceses de las Tierras Altas prácticamente veneran a Flora MacDonald.

—¡Y bien que hacen! Esa mujer ayudó a escapar al príncipe Carlos, que después se convirtió en rey de Inglaterra.

—Sí, tienes razón, pero es una pena que le gustara vestirse como la hija de un granjero.

—Es que era hija de un granjero. —Venetia se ajustó la máscara de seda a la cara—. Y me he pasado mucho rato para decidir qué traje ponerme, así que no te rías de mí. —Lo cierto era que ella y Flora tenían el pelo negro y la piel pálida, así que en algo se parecían.

—Por lo menos el color del vestido es acertado. Te sienta bien el granate.

—Tú también estás muy guapa. —Venetia esbozó una sonrisa forzada—. ¿De qué se supone que vas disfrazada?

—No seas impertinente. Tendrías que estar contenta de que haya aceptado ponerme una máscara. Si no fuera por ese viejo loco, el coronel, que insistió tanto en que viniéramos, ahora no estaría aquí.

El coronel Hugh Seton era uno de los anfitriones del baile y, a menos que a Venetia le fallara la intuición, estaba claramente enamorado de tía Maggie, a juzgar por cómo las había ido a recibir en la posada donde se hospedaban.

—Es un hombre con mucha influencia, ¿no?

—¿Influencia? —se jactó su tía—. Está totalmente loco. ¿Por qué la Sociedad Céltica se atrevería a ceder la organización de un baile a un impetuoso oficial de caballería? Sólo Dios sabe qué pesadilla de mal gusto nos aguarda ahí dentro; probablemente ha colocado sillas de montar a caballo sobre los asientos. —Con el ceño fruncido, miró a Venetia, que se estaba riendo a mandíbula batiente—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¡Tú! —Venetia se ahogaba entre risotadas—. Creí que te gustaba el coronel, puesto que te pasaste un buen rato departiendo con él acerca de mi escuela. También le dijiste que su hija es adorable.

—Y lo es, pero el mérito no es de él. Charlotte Harris es responsable de ese logro. —Tía Maggie sacudió la cabeza—. ¡Ese desfachatado me dio unas palmaditas en el trasero cuando nos marchábamos! ¡Por el amor de Dios!

—El rubor en sus mejillas demostraba que no estaba tan ofendida como pretendía—. Ilustra perfectamente lo que quiero decir, cuando me refiero a los

escoceses de las Tierras Altas. ¡Ese... ese desvergonzado actúa como si tuviera la edad de su hija!

Su tía se calló cuando alcanzaron la parte superior de la escalinata, a continuación susurró algo a un lacayo, quien las anunció como lady Enmascarada y Flora MacDonald.

Nadie en la concurrida sala pareció mostrar interés en su aparición, excepto un hombre alto que se hallaba cerca del umbral de la puerta, quien se giró de repente para observarlas cuando las damas fueron anunciadas.

Apenas examinó a tía Maggie, sin embargo, escudriñó a Venetia con una palmaria curiosidad, más bien enervante. Entonces alzó la copa que sostenía en la mano en un brindis silencioso.

La rígida educación inglesa que había recibido Venetia exigía que menospreciara esa clase de presunción por parte de un desconocido. Pero el desconocido en cuestión era particularmente atractivo y, después de todo, ella iba disfrazada. Además, el diseño de los cuadros escoceses en el traje que lucía el individuo era el característico de la casa real de los Stuart, por lo que se podía suponer que iba disfrazado de príncipe Carlos. Así pues, era posible que el desconocido hubiera reaccionado de ese modo tan cómico al oír el nombre de la heroína Flora.

Por eso Venetia aceptó el brindis con un gesto afirmativo con la cabeza... y de paso aprovechó para examinarlo de la cabeza a los pies. A pesar de su constitución hercúlea y de una visible cicatriz encima de una de sus cejas bien modeladas, el individuo exhibía unos ademanes monárquicos que rayaban la perfección. Soportaba una peluca blanca empolvada con gran dignidad, y mantenía una postura rígida y un porte altivo y magnánimo, como un verdadero monarca.

Pero los bellos ojos del color de las castañas fijos en ella, brillando a través de la máscara negra de seda, no mostraban ni un ápice de arrogancia. Destellaban con una fiereza sorprendente. Y también le parecían extrañamente familiares.

Antes de que Venetia pudiera reflexionar sobre ese matiz, tía Maggie la arrastró hacia la fila de recepción que se formaba delante del Coronel Seton.

—¡Ah! ¡Por fin habéis venido! —exclamó el coronel al tiempo que estrechaba la mano de Venetia. Por lo visto las había reconocido a pesar de las máscaras.

Ataviado con un traje típico que tenía los cuadros escoceses característicos

del clan del legendario Robert de Bruce, el coronel viudo ofrecía un aspecto intachable esa noche. Su pelo gris plateado, su buena forma física propia de un soldado y sus vivaces ojos azules le conferían una imagen muy apuesta, y más teniendo en cuenta que pasaba sobradamente de los cuarenta.

El coronel echó una mirada furtiva a alguien detrás de Venetia y dijo en su típico tono de voz animoso:

—Es un placer que estéis aquí, lady Venetia, un verdadero placer.

—Chist, coronel —lo acalló ella—, no debéis revelar mi verdadera identidad hasta que no llegue el momento de que todos nos quitemos las máscaras.

—Uy, tenéis razón, perdonadme. Menuda metedura de pata, ¿eh? No volverá a suceder, Flora.

Ella se echó a reír.

—Bueno, supongo que tampoco importa. La sala está probablemente llena de Floras MacDonald y de príncipes Carlos.

—Os equivocáis. Hay bastantes príncipes, pero vos sois la única Flora. —El coronel se inclinó hacia ella con un aire conspirador—. Las otras damas se han decantado por disfraces más ornamentados. —Desvió la vista hacia tía Maggie, y esbozó una amplia sonrisa—. Como el elegante atuendo que luce vuestra acompañante. ¿De qué va exactamente vestida, nuestra querida amiga? Ayer no lo mencionasteis.

—Oh, va disfrazada de reina —mintió Venetia.

—¿Cuál? —quiso saber él.

—Vamos, señor —lo atajó su tía con sequedad—. Tendría que ser obvio que soy...

—Mi tía quiere decir que estamos encantadas de estar aquí —se apresuró a decir Venetia—. Las dos lo estamos.

—¡Excelente! —El coronel se frotó las manos—. ¿Le habéis comentado ya la excursión de mañana al parque de Holyrood?

—Sí, y me ha dicho que estará más que encantada de ir.

—Encantada no ha sido precisamente la palabra que he usado —murmuró tía Maggie.

—¿Qué? —preguntó el coronel Seton, inclinándose más hacia las damas para poderlas oír por encima de la música.

—Ha dicho que muchas gracias por pensar en nosotras, señor. —Cuando su tía soltó un bufido, Venetia se apresuró a continuar—: Estoy segura de que mañana resultaría tedioso quedarse en la ciudad, puesto que no hay ningún acto organizado para el rey, así que estaremos encantadas de salir de excursión.

—¡Espléndido! ¿Pero estáis seguras de que no queréis visitar la capilla de Rosslyn?

—No, gracias —espetó su tía—. Le prometí al padre de Venetia que no saldríamos de Edimburgo.

Venetia suspiró. Habían llegado a Escocia en barco, así que apenas habían tenido la oportunidad de ver el bellissimo paisaje del país. Pero el espectro de El Azote todavía inquietaba a su padre, por lo que no quería correr ningún riesgo de que ella se escapara con algún bandolero escocés.

—Entonces iremos al parque de Holyrood —terció el coronel animosamente—. Subiremos hasta el mirador llamado El Asiento de Arturo en la montaña después de degustar una comida campestre. La vista es espectacular, aunque he de admitir que subir hasta allí supone un esfuerzo. —Tomó la mano de tía Maggie—. De todas formas, mi intención es ayudaros en cada paso del ascenso.

—No necesito vuestra ayuda, señor. —Sus mejillas se sonrojaron y tía Maggie retiró la mano—. Y tampoco os he dado permiso para que os comportéis de un modo tan familiar conmigo.

La sonrisa jovial del coronel demostró que no se amedrentaba fácilmente.

—Es cierto, Vuestra Majestad, no me habéis dado permiso. —El viudo le propinó a Venetia un codazo de camaradería—. Espero que no se le ocurra ordenar que me ejecuten por mi impertinencia.

—No me tentéis. —Con un bufido arrogante, Maggie se giró hacia Venetia—. Vamos, querida, estamos provocando que se retrase la fila de recepción.

Sin dejar de reír, Venetia la siguió. Tan pronto como se hubieron apartado de la línea de recepción, le dijo:

—Lo has conquistado; no te quepa la menor duda.

—Que Dios se apiade de mí —espetó su tía, aunque sus ojos brillaban maliciosamente.

—Vamos, no está tan mal. —Mientras inspeccionaban la sala, Venetia señaló hacia los invitados con máscaras que danzaban en círculos en la pista

de baile formando un mar de espléndidos vestidos de fiesta y de telas de cuadros escoceses de los más diversos colores—. ¿Lo ves? A pesar de tus temores, es una fiesta fantástica, muy animada y de marcado carácter escocés, y con un gran gusto.

—Seguramente los otros miembros del comité rechazaron las ideas más aburridas del coronel. —Las dos se detuvieron cerca de una columna—. Sólo espero que haya tenido la audacia de pensar en una salita destinada a las mujeres. Necesito ir al baño y arreglarme un poco. ¿Y tú?

—No, no necesito ir al baño. Me quedaré aquí.

—De acuerdo, no tardaré. —Su tía la miró con ojos divertidos—. Quizá uno de tus héroes de las baladas emerja ante ti mientras yo no estoy.

Venetia frunció el ceño cuando su tía se alejó. Emerger ante ella, sí, claro, seguro.

—No creo que sea un baile tan horrible, después de todo —apostilló una penetrante voz masculina a su lado.

Venetia se giró y vio al príncipe Carlos que antes había alzado la copa en señal de brindis. Hablando de apuestos héroes de baladas... Intentó no mirarlo descaradamente, pero constató que el individuo era más alto que lo que le había parecido desde lejos, decididamente un punto favorable respecto al verdadero príncipe Carlos, bajito y endeble.

—Disculpad, señor, ¿me estáis hablando a mí?

Las comisuras de los labios del sujeto se curvaron levemente hacia arriba.

—Sí, vi que fruncíais el ceño, y me preguntaba si la fiesta no estaba a la altura de vuestras expectativas.

—Oh, no, nada de eso —respondió Venetia con una sonrisita coqueta—. Adoro los bailes escoceses.

—Ah, entonces quizá sea por el excesivo colorido de tantas telas de cuadros escoceses, y quizá demasiados *kilts*, ya sabéis, las típicas faldas que llevamos los escoceses.

—Desde luego que no. Los *kilts* son precisamente mi prenda favorita. Todos los hombres deberían llevar un *kilt*.

El desconocido la miró con recelo.

—¿Todos los hombres? —Con la cabeza señaló hacia un orondo caballero que estaba alzando sus peludas piernas hasta un ángulo peligrosamente alto—. ¿Incluso él?

Venetia ahogó una carcajada.

—De acuerdo, acepto que en ese punto tenéis razón.

—Deberíamos pedirles a ese tipo y al rey que se abstuvieran de seguir la moda.

—¡Oh! ¡Ya he oído los rumores sobre el *kilt* del rey! Seguramente vos habéis asistido a la ceremonia exclusiva para caballeros. ¿Realmente el atuendo de Su Majestad era tan horroroso como todo el mundo dice?

La mirada del sujeto se tornó más reservada.

—No lo sé, querida. Llegué ayer a la ciudad, así que sólo lo he leído en los periódicos.

Venetia suspiró.

—Yo también, pero he oído que el rey llevaba unas calzas rosadas debajo del *kilt*.

Los ojos del desconocido destellaron maliciosamente a través de los dos agujeros de la máscara.

—Ah, entonces debo entender que preferís la otra alternativa más común, la de no llevar nada debajo del *kilt*.

¡Menudo comentario más desvergonzado! Sin embargo, a Venetia le gustó que ese hombre hablara con tanta frescura. La tentaba a comportarse con la misma desfachatez, algo que jamás se habría atrevido a hacer con un lord inglés.

—No con Su Majestad. Francamente, me parece que lo mejor que podría hacer sería no ponerse nunca más un *kilt*. —Resiguió con la mirada la figura de su interlocutor hasta las rodillas desnudas que emergían por debajo del *kilt* que lucía—. Pero el resto de caballeros hacéis bien en practicar las viejas tradiciones.

El individuo sonrió abiertamente.

—Celebro que aprobéis esa tradición, querida —contestó con una provocativa voz gutural que hizo que a Venetia se le erizara el vello de los brazos. Después bajó la voz y dijo—: Ahora entiendo por qué frunciáis tanto el ceño hace escasos momentos. Estabais intentando averiguar qué caballeros siguen al pie de la letra las viejas tradiciones.

Sofocada entre la risa y la afrenta, Venetia replicó:

—¡Por supuesto que no!

—¿Os estabais imaginando al rey con sus calzas rosadas?

—¡No! ¡Menuda ocurrencia! Para que lo sepáis, estaba... —Desvió la vista a su alrededor en busca de una excusa—. Estaba intentando recordar el nombre de la melodía que tocaban los gaiteros. Siento una verdadera pasión por la música escocesa, por eso recopilo todas las canciones que puedo. —Hizo una pausa antes de concluir—: Espero que algún día llegue a ver publicada mi colección.

El desconocido continuó contemplando la pista de baile.

—Una labor encomiable.

—¿No os parece absurda? La mayoría de la gente dice que las señoritas de noble alcurnia no deberían malgastar su tiempo en tareas tan vulgares como la de publicar una obra.

—No tengo ningún derecho a criticaros. —La observó con una mirada encubierta—. ¿Acaso a vuestro esposo le importa que os dediquéis a tales labores?

—No estoy casada, señor —respondió Venetia con una sonrisita coqueta.

—Ah, entonces es a vuestros padres a quienes les molestan vuestras actividades.

—Papá cree que es una idea absurda, pero la tolera. —Empezó a abanicarse con brío—. Supongo que creeréis que él debería criticarme abiertamente.

—Al contrario. Considero que las mujeres jóvenes deberían gozar de más libertad de la que disponen en realidad.

—¿De veras? —La señora Harris solía advertir a sus pupilas que desconfiaran de los hombres que exponían sin reparos estar a favor de la libertad de las mujeres, puesto que a menudo lo único que buscaban era que ellas se comportaran de forma más libertina con ellos. Sin embargo, él no parecía un cazafortunas. Y tampoco sabía quién era ella en realidad, así que... ¿cómo iba a ser un cazafortunas?

Venetia sonrió cautelosamente.

—¿Aprobáis que vuestra esposa goce de tal libertad?

—Lo haría. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Si estuviera casado.

Venetia notó una sensación de regocijo, a pesar de que le parecía extraño que se pudiera sentir atraída por un completo desconocido. Probablemente era

su sorprendente atuendo, nada más. Con ese *kilt*, el sujeto tenía el aspecto viril de un joven y apuesto *highlander*, como en una de las baladas del príncipe Carlos Estuardo.

Mas no se trataba sólo de eso. Sus ojos pardos, con sus reflejos dorados, seguían pareciéndole muy familiares...

—¿Nos conocemos, señor?

—¿No os acordáis, Flora? Me ayudasteis a escapar de los ingleses después de la derrota en la Batalla de Culloden—. Sus palabras eran incuestionablemente burlonas, pero su porte era tan serio y sobrio que desentonaba con el ambiente festivo y bullicioso de la multitud que los rodeaba.

—Me refería a si nos conocemos de verdad, no como Flora y el príncipe Carlos —lo reprendió ella.

—¿Cómo iba a saberlo, si no sé quién sois? —El desconocido se inclinó para susurrarle al oído—. A menos que me digáis quién se oculta detrás de esta máscara.

—Vos primero —exigió ella.

—Ah, no, querida. —Rio él maliciosamente—. No pienso correr el riesgo de que os neguéis a seguir hablando conmigo porque no hemos sido formalmente presentados.

Sin lugar a dudas, ese sujeto era muy listo.

—¿Y qué os hace pensar que soy la clase de mujer que sigue las normas del protocolo de una forma tan rígida? —inquirió con un tono de voz igualmente malicioso.

—Por el modo en que habláis y os comportáis, como una verdadera dama. —El desconocido fijó los ojos en sus labios, y el brillo selvático de su mirada le provocó a Venetia un delicioso cosquilleo en el vientre—. El hecho de que hablar con un hombre como yo os haya puesto tan nerviosa que no podáis descansar tranquila hasta que sepáis quién soy.

—Eso es ridículo. —Ella ignoró la incómoda verdad que contenían sus palabras—. Si el coronel os ha invitado, entonces debéis de ser su amigo, y dudo que tenga amigos inapropiados.

—¿Y si no ha sido el coronel sino la Sociedad Céltica la que me ha invitado? ¿También estáis segura de que todos los amigos de la Sociedad Céltica son personas meritorias?

—Por supuesto. He asistido a numerosas conferencias de dicha sociedad en Londres, por lo que sé que se trata de un grupo respetable. —Ella achicó los ojos—. Es posible que incluso os haya visto en una de esas reuniones.

—Quizá sí. —Pero su sonrisa mordaz le dio a entender a Venetia que estaba bien lejos de la verdad.

—O quizá... —Ella dio unos pasos hacia atrás para observarlo con más detenimiento.

El desconocido se comportaba de una manera demasiado educada para tratarse de un mozo de provincias, así que o bien era un caballero o un oficial, o las dos cosas. Mantenía el típico porte rígido de los militares, y además, esa cicatriz sobre la ceja...

—¿Es posible que hayáis formado parte de un regimiento en las Tierras Altas?

—No —respondió él de forma tan tajante que Venetia pensó que había dado en el clavo.

—Eso explicaría dónde os conocí —insistió ella—. Los oficiales de los regimientos escoceses asisten a eventos en Londres. —Y su disfraz parecía adaptado de un uniforme, con la típica escarcela de piel sobre la falda escocesa y el cinturón con la hebilla muy ornamentada, unos elementos muy distintos a los que el verdadero príncipe Carlos habría lucido.

—No, querida —negó él con firmeza—, demostráis una portentosa habilidad a la hora de hacer suposiciones, pero os equivocáis.

—Ya estoy aquí. —Tía Maggie los interrumpió emergiendo de repente entre la multitud. Al ver al desconocido disfrazado de príncipe Carlos, achicó los ojos—. Disculpad, señor, ¿nos conocemos? Porque aseguraría que sí.

—¡Yo también he dicho lo mismo! —exclamó Venetia—. Me recuerda a alguien.

—Sir Alasdair Ross —proclamó su tía—. ¿No te acuerdas, querida? El *baronet* que vivía cerca de tu familia. Son los ojos, y la mandíbula cuadrada. Hace varios años que falleció, pero podrían estar emparentados.

—Así es. —Su héroe de balada esbozó una sonrisa incómoda—. Era un pariente lejano.

—No creo que sea tan lejano, porque os parecéis tanto que incluso podríais ser su hijo. —Tía Maggie lo escudriñó con ojo crítico—. Ahora que recuerdo, sí que tenía un hijo. ¿Te acuerdas de él, Venetia? Ya sé que sólo tenías ocho

años, pero...

—Jamás podré olvidar a Lachlan Ross. —¡Exactamente! Ese hombre le recordaba a Lachlan Ross, el muchacho que le había puesto el apodo de Princesa Orgullosa.

Había pensado en él a menudo a lo largo de los años. La última vez que vio al heredero de las tierras colindantes a las de su familia, él tenía dieciséis años y estaba tan obcecado en rebelarse contra todo y contra todos que no tenía tiempo para prestar atención a una chiquilla. Así que ella contuvo su orgullo fingiendo no sentirse ofendida y realizó unos toscos comentarios sobre su indumentaria desaliñada y sus modales tan rústicos.

En secreto, sin embargo, ella lo adoraba. Adoraba su cuerpo largo y delgado y su pelo desaliñado del color del azúcar tostado, y admiraba su inclinación indomable.

Aunque probablemente eso era lo que lo había matado.

—Lachan también está muerto, tía Maggie. Leímos la columna sobre su funeral en el periódico. Ese tipo despreciable llamado El Azote lo asesinó.

Su tía emitió un chasquido con la lengua.

—Qué pena que alguien muera tan joven. Supongo, señor, que habréis oído...

—Sí —la interrumpió él—. Y bien, señoritas, ¿qué les parece Edimbur...?

—No sé qué debía de estar pensando ese joven, para iniciar una reyerta con El Azote Escocés —continuó su tía—. ¿Llegaron a encontrar el cuerpo de ese villano?

Su interlocutor esbozó una sonrisa tensa, como si no le gustara hablar de un tema tan desapacible con dos damas.

—Por lo que he oído, su cuerpo fue a parar al mar después de la pelea. Dudo que alguien lo encontrara. —Desvió la vista hacia la pista de baile—. Disculpad, madame, pero tenía la esperanza de poder bailar con vuestra sobrina...

—¡Oh! ¡Y yo aquí entreteniéndoos con comentarios sobre un bandido! —exclamó tía Maggie—. Os ruego que me disculpéis por mi falta de atención. —Lo repasó de arriba abajo y pareció gustarle lo que vio, entonces dijo—: Supongo que es correcto, aunque espero la debida presentación cuando llegue el momento de quitarnos las máscaras.

—Por supuesto. —El desconocido ofreció su brazo a Venetia, y sus ojos

volvieron a refulgir con un brillo selvático—. ¿Me concedéis el honor?

Una extraña emoción se apoderó de ella cuando aceptaba la petición.

—Encantada.

—¡Que os divirtáis! —dijo su tía mientras se despedía de ellos moviendo la mano.

Cuando la pareja estuvo suficientemente alejada de tía Maggie para que ésta no alcanzara a oírlos, el individuo enmascarado comentó:

—Debo avisaros de que hace muchos meses que no practico, por lo que es posible que mi forma de bailar deje bastante que desear.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Entonces por qué me habéis pedido que baile con vos?

—Porque me gustan los retos, querida. —La atravesó con una oscura mirada que reverberó dentro del cuerpo de Venetia como el sonido de una gaita—. Y empiezo a pensar que vos podéis ser un reto delicioso.

Con ese comentario tan intrigante, la guio hasta la pista de baile.

Capítulo dos

Querida Charlotte:

No os preocupéis por lady Venetia. Las autoridades están seguras de que El Azote Escocés está muerto. Diversos amigos poderosos de lord Duncannon viajaron a Escocia hace un mes y no vieron ningún vestigio del bandido por esas carreteras de Dios. Por consiguiente, vuestra pupila estará ahora tan a salvo en Escocia como lo estaría en Inglaterra.

Vuestro primo y amigo, Michael

Sir Lachan Ross deseó que se le hubiera ocurrido una respuesta más ingeniosa para salir del paso, pero no podía admitir que realmente le había pedido que bailara con él para apartarla de esa maldita conversación. Lamentablemente, ahora tendría que sufrir las consecuencias de su osadía durante todo el baile.

La música empezó a sonar, y él se obligó a moverse para ignorar las punzadas de dolor provenientes de sus costillas descalabradas y del fémur roto, cuyo hueso aún no se había soldado completamente. A pesar de que algunos pasos suponían una agonía menor, la alternativa era mejor que escuchar a lady Kerr hablando sobre su familia, desenmarañando sus planes con cada palabra fortuita. ¿Cómo era posible que la vizcondesa hubiera apreciado el parecido entre él y su padre? ¿Y cómo era posible que lady Venetia también se hubiera fijado en sus rasgos? ¡Llevaba una peluca y una máscara, por el amor de Dios! Sin olvidar que hacía muchos años que ninguna de las dos damas lo había visto.

Nadie debía reconocerlo, o su plan fracasaría estrepitosamente antes de empezar. Su madre y su clan se habían esforzado mucho en ocultar el hecho de que todavía seguía vivo, incluso habían tenido que pasar por el mal trago de organizar su funeral. No podía echarlo todo a perder emergiendo de repente delante de todo el mundo como si hubiera salido de la tumba para disfrutar de un bailoteo con lady Venetia Campbell.

La esbelta lady Venetia Campbell. Que Dios lo ayudara, porque eso no era lo que Lachlan esperaba encontrar.

La última vez que la había visto, él era un muchacho desgarrado y ella una mocosa de tez pálida. En esa ocasión, ella, engalanada con un traje de satén con mil y un encajes, lo había mirado con arrogancia y lo había criticado por no comportarse como era de esperar del futuro *laird* del clan Ross. Él había contestado a su altivez ignorándola por completo.

Pero ahora estaba totalmente seguro de que no podría ignorarla. Incluso vestida como la hija de un granjero, su voluptuosa belleza seduciría incluso a un santo. Pecador declarado como era, ella hacía que su sangre fluyera caliente y embravecida por cualquier vena de su cuerpo cuando lo obsequiaba con una de sus sonrisas tan dulces como seductoras. ¡Con qué gracia se movía! Danzando y girando por la pista como una...

¡Por todos los santos! ¡Pero si se estaba dejando llevar por pensamientos poéticos! Hacía demasiado tiempo que no se acostaba con ninguna mujerzuela, aunque la verdad era que jamás había tenido la suerte de acostarse con una fémica tan hermosa. Las meretrices habían sido su única compañía femenina, y lo seguirían siendo hasta que eligiera una esposa.

Pero primero tenía que zanjar el tema con Duncannon.

Realizó un giro demasiado rápido y temerario, y sin querer apoyó todo el peso de su cuerpo en la pierna maltrecha. Un horroroso dolor lo asaltó desde la rodilla a la cadera, y Lachan tuvo que apretar los dientes para no soltar un alarido. Peor todavía, podía ver cómo Venetia lo observaba con interés, intentando descubrir por qué estaba bailando con tanta rigidez.

Dios mío, no sólo era hermosa, sino que además demostraba tener la agudeza del mismísimo diablo, con su mirada imperturbable y sus preguntas directas. ¡Incluso había averiguado que él había servido en el ejército! Le parecía extraño que todavía no hubiera deducido su plan.

Sólo esperaba no haber cometido un grave error al pedirle que bailara con él. Pero las cosas no saldrían bien al día siguiente si ella no se sentía cómoda con él.

El plan era la mar de sencillo: presentarse allí esa noche en el baile e intimidar a la crecida Princesa Orgullosa, que él había esperado que fuera una debutante insulsa. Se suponía que si lograba despertar el interés de ella por él, secuestrarla resultaría más fácil a la mañana siguiente. Salvo que ella no era una niñata insulsa, y lo único que estaba consiguiendo era que rememorara vivencias sobre él así como despertar su curiosidad.

Lachan no tenía ningún problema para manejar a chiquillas insulsas; ya lo

había hecho en varias ocasiones, cuando recorría los senderos del país como El Azote. Para ello sólo se requería una voz firme y una mirada implacable. Amenazarlas con un trabuco también demostraba ser de una gran efectividad.

Pero intimidar a jovencitas era fácil, comparado con secuestrar a la inteligente hija de Duncannon en el parque de Holyrood, en el centro de una ciudad donde se hallaban la mitad de los lores y magistrados de Escocia. La misión requería actuar con mucho tacto.

Lachan sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que esa chica no hubiera acabado siendo una niñaata malcriada después de estudiar en una escuela para señoritas remilgadas y vivir en una sociedad de maneras tan recatadas como la inglesa?

¿Y por qué diantre se había convertido en una muchacha tan fascinante? Había oído que era esbelta, pero nadie le había avisado de que su cabello brillaba como un rico manto de seda negro bajo la luz de las velas, ni que sus labios estaban perfilados de una forma tan dulce como para tentar a cualquier hombre a reseguirlos con la punta de la lengua...

Resopló con fastidio, perdió el ritmo y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando volvió a apoyar todo el peso de su cuerpo sobre la pierna maltrecha. La punzada de dolor, aunque dolorosa, le sirvió para recordarle por qué estaba allí.

Esa batalla entre él y el padre de Venetia no tenía nada que ver con ella; ella era simplemente un medio para llegar al fin de la espinosa cuestión. Era mejor que de ahora en adelante no olvidara ese matiz. Porque cuando al día siguiente él demostrara sus verdaderas intenciones, ella reaccionaría como una fiera salvaje acorralada. No, no podía existir ninguna relación cordial entre él y la familia de Duncannon.

Por fortuna, la música tocó a su fin antes de que él hiciera un estrepitoso ridículo. Mientras abandonaban la pista de baile, Lachan buscó entre la concurrencia a la carabina de Venetia. Qué suerte; la dama estaba de pie junto al coronel Seton. Eso le daría más margen de maniobra para continuar con su plan.

Lachan aminoró el paso.

—¿Sois de Edimburgo? —preguntó.

—No, de Londres. Pero de pequeña vivía en las Tierras Altas.

—¿Por qué os marchasteis? —Ahora averiguaría qué parte de verdad le

había contado su padre.

—Mi madre murió, y papá no soportaba la idea de quedarse en Escocia sin ella.

Así que Duncannon no le había sido sincero a su hija, ¿eh? No es que eso lo sorprendiera; ese tipo era demasiado astuto para dejar que su hija supiera que él había desatendido sus responsabilidades.

—Entonces vuestro padre no ha venido a Escocia con vos —dijo, aunque ya sabía la respuesta.

—No. Juró que nunca más regresaría aquí, y ni tan sólo en esta ocasión tan señalada ha sido capaz de romper su promesa. Por eso tendré que regresar a Inglaterra directamente cuando culminen los festejos por el viaje de Su Majestad. —Lanzó un suspiro y extendió la mano como si intentara abarcar toda la sala de baile—. Esto es lo más cerca que estaré en esta ocasión de ver la Escocia real.

—¿La Escocia real? —Lachan no pudo reprimir una risotada—. Esto tiene tanto de Escocia real como yo de verdadero príncipe Carlos. Walter Scott ha forjado esta ilusión, una estupidez sin sentido, para la visita del monarca, sugiriendo a los ciudadanos de la capital que se vistan con telas de cuadros escoceses y prohibiendo a la mitad de los *highlanders* que entren en Edimburgo por temor a que provoquen altercados y escaramuzas.

Él se quedó contemplando la pista de baile, con los músculos de la mandíbula visiblemente tensos. Ver a los *lairds* bailando con *kilts* le provocaba náuseas. Su gente tenía que emigrar en manadas a América para no morir de hambre, y los terratenientes sólo pensaban en divertirse y en bailar.

Sus siguientes palabras no pudieron ocultar la amargura que lo anegaba:

—Pero claro, no debemos asustar al rey inglés con una demostración de armas. Ni alarmar a los escoceses que viven en Londres y que han venido aquí de visita, únicamente en busca de una nota folclórica de este viejo país.

Venetia pestañeó perpleja.

—Un momento, un momento... Me parece que no sabéis nada de los escoceses que viven en Londres. Si yo pudiera elegir, ahora mismo estaría viviendo en las Tierras Altas. —Su tono se volvió ácido—. Pero mientras los hombres pueden hacer lo que les place, las jóvenes mujeres no pueden ir donde quieren. No hasta que se casen.

—Por supuesto que no, querida —¡Por todos los demonios! No se le daba

nada bien confraternizar con damas tan educadas—. Disculpadme por hablar de una forma tan enfervorizada. A veces mi amor por mi patria ciega mi buen sentido.

Ella aceptó las disculpas, gracias a Dios. Entonces lo echó todo a perder iniciando un incómodo interrogatorio.

—¿Y vos también sois de la región de las Tierras Altas? Maldición. Pero puesto que ella lo había deducido...

—Así es, nacido y criado en las Tierras Altas. —Lachlan cambió de tema antes de que ella pudiera continuar indagando por esa vía—. Por lo visto vuestra carabina no se siente muy cómoda con el coronel Seton.

Ella resiguió su mirada.

—¡Uy! Será mejor que vaya a rescatarla. Ella alega que no le gusta el coronel.

—¿Alega, decís?

—Creo que el problema es que le gusta demasiado.

Perfecto. Eso facilitaría más las cosas.

—Entonces quizá sería mejor que les diéramos tiempo para aclarar las ideas.

Bailar otra vez quedaba totalmente descartado porque a duras penas había podido soportar el dolor la primera vez.

—Si os apetece, podría enseñaros los decorados para el baile real del jueves por la noche. —Señaló hacia una cortina cercana drapeada desde el suelo hasta el techo—. Allí hay una puerta oculta que conduce al otro salón, que no está en uso esta noche. ¿Queréis echar un vistazo?

Una jovencita bien educada como ella debería de saber que no era decoroso ir sola con él, pero Lachlan supo por sus muestras dudosas que ella deseaba ir. Si la convencía, seguro que sus planes para la mañana siguiente saldrían a pedir de boca.

Quizá si la presionaba un poco...

—Entiendo que no os atreváis a hacerlo. Una dama educada bajo unos principios tan firmes como vos...

—Oh, no, no os preocupéis por eso —respondió ella con tanta seguridad y presteza que a él se le aceleró el pulso. Acto seguido depositó la mano sobre su brazo—. Iré encantada, mi buen señor.

Unos momentos más tarde, ambos se hallaban en el salón contiguo, observando cómo los sirvientes se encargaban de engalanar los candelabros con lacitos de tela de cuadros escoceses y colocar sofás de damasco dorado en la angosta tarima que habían erigido alrededor de la sala, para que el orondo rey pudiera descansar entre baile y baile.

—¡Magnífico efecto! —Los ojos verdes de Venetia brillaban detrás de la máscara—. Sois muy gentil al enseñarme este decorado antes de que la sala esté abarrotada de gente.

Le propinó una sonrisa capaz de iluminar la casita más pobre y desamparada del país, y él reaccionó tomando aliento tan rápidamente que de nuevo notó una punzada de dolor en sus costillas.

—Me alegra que el salón pase vuestra inspección —comentó, intentando no pensar en el intenso dolor que lo asaltaba.

La sonrisa en los labios de Venetia se desvaneció al oír ese tono tan terso.

—Me muero de ganas de ver el salón totalmente iluminado el viernes. —Jugueteó nerviosamente con el abanico—. Supongo que asistiréis al baile, ¿verdad?

—No —contestó Lachlan simplemente. «Ni tú tampoco, preciosa.»

—Vaya, qué pena.

La decepción en su voz hizo que él se arrepintiera de haber contestado con tan poco tacto. Ahora ella pensaría que él pertenecía a una clase social inferior y que por eso no lo habían invitado, puesto que sólo las personas destacadas y caballeros que ostentaban un título nobiliario habían recibido una invitación para asistir al baile. Como jefe de clan él también habría sido invitado, si no creyeran que estaba muerto.

No se dejó vencer por su orgullo herido y repuso:

—Tengo que regresar al norte.

—¿Dónde en el norte? —inquirió ella, súbitamente alerta y con una palmaria curiosidad.

—Oh, un lugar nada apropiado para la gente como vos. —Tenía que alejarse de ese tema peligroso. Depositó su mirada en uno de los ventanales en forma de arco—. Han quitado las cristaleras para que los invitados puedan salir al patio trasero. ¿Queréis ver cómo lo han ornamentado?

Venetia lo miró con ojos provocativos.

—Me encantaría. Gracias.

Lachlan sintió que se le desbocaba el corazón.

«Tranquilo, muchacho, frena tus deseos. No debes asustarla.»

Intentando no prestar atención al delicado roce de la mano de ella sobre su brazo, la guio hacia el patio oscuro, en el que unos pilares de madera pintados sostenían un tendal de muselina de color rosa y blanco. Cuando penetraron en la marquesina, se hallaron de repente en un espacio muy pequeño y privado.

—El dueño de un teatro organizará una exposición de pinturas con escenas bucólicas de la región montañosa de las Tierras Altas. —Lachlan señaló hacia uno de los extremos—. Después retirarán el tendal para mostrar las escenas.

Él podía notar cómo ella escudriñaba su cara.

—Por lo visto disponéis de mucha información acerca de los planes para el baile. ¿Acaso sois amigo del dueño del teatro?

—Conozco a mucha gente en Edimburgo —contestó él evasivamente.

Venetia proclamó con un tono de voz más resuelto:

—Claro, supongo que hicisteis muchos amigos en el ejército.

Él se puso tenso.

—Ya os lo he dicho, nunca antes he estado en ningún regimiento.

—Bobadas. —Ella puso los brazos en jarras—. No me negaréis que habéis adaptado el uniforme de un oficial para elaborar este disfraz.

¡Que el diablo se llevara a esa mocosa tan astuta!

—Lo tomé prestado de un amigo que es soldado.

—Ya —se jactó ella—. Y por eso la chaqueta es exactamente de vuestra talla. ¿También le habéis pedido prestado a vuestro amigo el porte militar? ¿Y esa tendencia que demostráis a plagar vuestro discurso de escaramuzas e inspecciones?

Dios mío, Lachlan no se había dado cuenta de cómo se había traicionado a sí mismo. Era mejor cambiar de tema antes de que ella encajara todas las piezas del rompecabezas.

—Ya sé por qué tenéis tantas ganas de convertirme en un soldado. —Se le acercó más—. Porque no podéis imaginarme como alguien cercano al círculo del rey, y sólo un oficial o un lord puede ser una compañía adecuada para una dama de noble alcurnia como vos.

Venetia alzó la barbilla con insolencia.

—Jamás he dicho que sea una dama de noble cuna. No sabéis nada sobre

mí; podría ser una simple modista.

—Si vos lo decís, querida. —Soltó una carcajada y luego recurrió a las mismas tácticas que ella—. Por eso os movéis con la gracia de una reina y pasáis los días compilando baladas; sí, claro, muy propio de una modista.

Una risotada nerviosa se escapó de los labios de Venetia.

—Me habéis pillado, señor. No soy una modista. Pero aun así podría ser una joven perteneciente a una familia nobiliaria con pocos recursos y menos expectativas para el futuro.

—Ya, y precisamente por eso asistiréis al baile real. —Lachlan sonrió—. Vamos, ¿por qué no admitís que realmente sois una dama de alto linaje?

—No hasta que vos admitáis que sois un soldado —replicó ella con impertinencia. Entonces contuvo el aliento—. ¡Claro! ¡Por eso me recordáis a Lachlan Ross! Él también sirvió en el ejército. Solía imaginármelo, vestido con un imponente...

Él la besó. Fue un beso breve y suave, para que se callara. ¿Qué más se suponía que podía hacer? ¡Maldita fuera! Tenía que evitar a toda costa que ella continuara con esa clase de comparaciones.

Cuando se apartó, a Venetia se le entrecortó la respiración.

—Yo... yo... ¿Se puede saber qué... qué creéis que estáis... haciendo, señor?

—Demostraros que sois una dama de alto linaje. —Deslizó la mano por su cintura para acercarla más a él—. Porque existen ciertas libertades que una dama jamás me permitiría tomar.

—¿Cómo sabéis qué es lo que una dama os permitiría hacer? —Su cálido aliento dulzón le anegaba los sentidos a Lachlan—. Algunas mujeres son más desenfrenadas que otras, especialmente cuando están entre los brazos de un soldado robusto...

Él la besó apasionadamente esta vez, sellando con su boca la de ella, embriagándose en su cálido aliento, solazándose con el temblor de ese cuerpo femenino pegado al suyo.

Había ansiado hacer eso toda la noche. No porque ella fuera la hija de Duncannon ni porque tuviera la llave del futuro de su clan, ni tampoco porque se hubiera convertido en una moza tan grácil y esbelta.

El motivo era que había elegido disfrazarse de Flora MacDonald, aunque ello suponía lucir un traje más sencillo que el resto de las otras damas. Y

también porque recopilaba baladas escocesas, y porque había demostrado la desfachatez de afirmar que los caballeros deberían ir con el culo al aire bajo sus *kilts*. Le resultaba imposible resistirse a una fémina así.

Especialmente sabiendo que cuando ella descubriera que él era su enemigo, sólo lo miraría con odio y con desdén. Así que, antes que eso sucediera, tenía que probarla, tocarla, ver hasta dónde podía tentarla.

Aunque fuera consciente de que más tarde tendría que sufrir las consecuencias de su tremenda osadía.

Capítulo tres

Querido primo:

Estoy segura de que tenéis razón acerca de la seguridad de lady Venetia. Lady Kerr es una dama responsable, así que probablemente mis preocupaciones sean infundadas. Os agradezco vuestras palabras de remanso, puesto que han aquietado mis temores.

Vuestra agradecida amiga, Charlotte

*D*urante los años en semejante circo que se organizaba en la capital inglesa en torno a los jóvenes aristócratas casaderos, con incontables bailes y cenas y otros eventos similares, Venetia sólo había estado expuesta a algún que otro beso. Pero ninguno como éste.

¡Que Dios se apiadara de ella! Así que a eso se refería su madre cuando le hablaba de un hombre que despertara sus sentidos. Venetia notaba en esos instantes que él atacaba sus sentidos desde todos los flancos; el suave arañazo de esos bigotes contra su piel, el frondoso aroma a brezo que emanaba su cuerpo, esos labios sorprendentemente suaves que jugaban con los suyos, amoldándose, explorándola, catándola, hasta que ella pensó que se iba a morir de gusto si él no paraba.

Entonces él se detuvo, y ella quiso morirse aún más.

—Ah, querida, a eso le llamo yo ser dulce —murmuró él contra sus labios, empujándola hacia una imperiosa necesidad carnal hasta entonces desconocida.

Probablemente ése fue el motivo por el que, cuando él volvió a cubrir sus labios, ella le permitió hacer lo impensable. Le dejó penetrar en su boca con la lengua como si fuera uno de esos mozos de una balada de las Tierras Altas que estuviera robándole lo más preciado que poseía. Y... ¡Ohhhhh! La sensación resultó extremadamente deliciosa, mucho mejor que lo que sus amigas casadas le habían contado. Ningún hombre se había atrevido nunca a comportarse de un modo tan descarado y, de haberlo hecho, ella le habría parado los pies.

Pero con ese desconocido, ella sólo deseaba continuar, sin parar...

saborear las embestidas impúdicas de su lengua, las caricias sedosas que le desbocaban el corazón hasta límites insospechados. Su boca, con un cálido aliento a champán, le hacía sentirse como si hubiera compartido la copa con él y ahora estuviera borracha con la embriagadora libación. ¡Qué gloriosa locura!

Los estrictos consejos de la señora Harris resonaban en su mente: nunca beses a un desconocido, cuidado con los cazafortunas, no pierdas nunca la cabeza en la oscuridad. Venetia los ignoró, escudándose en la máscara para protegerse.

Se moría de ganas de ser una heroína de una balada, de escaparse sigilosamente en medio de la noche para reunirse con su amado, de robar besos, de dar rienda suelta a su instinto salvaje que había estado tanto tiempo reprimido y que clamaba en su pecho por ser liberado. Así que Venetia dejó que él hundiera la lengua dentro de ella descocadamente y la entrelazó con la suya antes de retirarla, sólo para volver a atacar con otra nueva embestida. Entonces él empezó a tocarla, también, explorando con esas enormes manos su cintura, subiendo y bajando por las costillas con un pasmoso instinto posesivo. ¡Qué excitante! Y peligroso, a la vez. Venetia sabía que más tarde se arrepentiría de lo que estaba haciendo, pero por ahora...

Las rodillas le empezaron a temblar, así que alzó los brazos para rodear con ellos al desconocido por el cuello y arqueó el cuerpo hacia él, sólo para mantener el equilibrio. Ése fue el motivo. De verdad. No había ninguna otra razón.

Mas él sabía que estaban jugando con fuego.

—Cuidado, preciosa; no me tentéis a comportarme de un modo aún más desvergonzado.

¿Más desvergonzado? Venetia ansiaba saber qué quería decir con eso, quería ver exactamente qué era lo que se estaba perdiendo.

«¡Insensata!», se reprendió a sí misma mientras enredaba los brazos con más brío alrededor de su cuello.

—Y yo que pensaba que los oficiales se regían por una disciplina demasiado severa como para comportarse de uno modo desvergonzado — jadeó.

Él le estampó una retahíla de besos a lo largo de la barbilla y el cuello.

—Aún seguís intentando averiguar quién soy, ¿eh? —Le lamió el hueco de

la garganta—. ¿Por qué no olvidáis esa cuestión?

«¡Jamás!», pensó Venetia.

—Hagamos un trato —propuso ella—. Os diré quién soy si vos me decís quién sois.

—Yo ya sé todo lo que necesito saber de vos.

—¿De veras? —Venetia se apartó de él involuntariamente. ¡Así que sí que se conocían! ¡Sabía que su instinto no le fallaba!

—Sí. —Sus ojos brillaban a través de los agujeros de la máscara—. Sois una joven preciosa y sagaz a la que no han besado como es debido o con la debida frecuencia como para manteneros alejada de los problemas. Ésa sois vos.

La respuesta evasiva disparó su ira.

—No me refería a eso, y lo sabéis. Me parece, señor, que sois un gallito al que le divierte mucho burlarse de la gente.

Venetia giró sobre sus talones, pero él la agarró por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo musculoso mientras lanzaba una estentórea risotada.

—Pensé que habíais decidido que era un soldado, milady.

—Ser soldado y ser un gallito no están reñidos —replicó ella con altivez, intentando ignorar el calor que emanaba de ese cuerpo viril aplastado contra su espalda—. Y vos seguís empeinado en que soy una dama de alto rango, cuando ni he confirmado ni negado esa suposición.

—¿Ah, no? —Lachlan le susurró al oído—. Intentar huir tras un arrebató de mal humor es lo que una dama de alta alcurnia suele hacer cuando no consigue salirse con la suya.

A Venetia no le sentó bien la implicación de que era una aristócrata mimada.

—¡No os jactéis de saber cómo soy simplemente porque he permitido que me beséis!

Lachlan le acarició la garganta con su titánica mano, y con la boca le rozó la oreja para susurrarle:

—Fijaos en todo lo que sé de vos, os encanta correr riesgos.

—Lachlan la obligó a darse la vuelta y bajó la cara hasta su altura—: Igual que yo.

Esta vez la besó con una fiereza que ella recibió encantada. Por todos los

santos, ¿qué le pasaba a Venetia? Un *highlander* desconocido la asaltaba con besos y ella se entregaba como una mujer de fácil virtud.

Debería regresar a la sala de baile. No debería permitir que ese rufián pensara que podía hacer con ella lo que le apeteciera.

Salvo que ésa era la verdad. Eso era lo que ella quería. Y esa mágica estancia de paredes de muselina, tan impropia del mundo real, parecía darle la razón de que por una vez, sólo por esa vez, merecía la pena dejarse llevar por los sentimientos desbordados. Para disfrutar sólo una vez. Para dejar que él asaltara su boca sólo una vez.

—¿Lady Venetia? —Una voz afilada llegó desde la sala de baile—. ¿Estáis ahí fuera?

Ella se separó atribuladamente del *highlander* con un jadeo. ¡Que Dios la protegiera! Alguien los había descubierto. ¿Debía permanecer en silencio? No estaba segura de poder hacerlo, porque su respiración entrecortada y los potentes latidos de su corazón que parecían resonar a su alrededor la amenazaban con delatarla.

Todavía estaba dudando cuando su príncipe Carlos retrocedió y bajó los brazos. Justo a tiempo, ya que la persona que había hablado apartó la muselina para mirar en el interior de la marquesina, luego alzó una vela. La luz iluminó la cara del individuo.

¡Mecachis! ¡Era el coronel Seton! Por lo menos, no los había pillado abrazados.

El coronel lanzó una mirada reprobadora al acompañante de Venetia, y luego clavó la vista en ella y dijo en un tono severo:

—Lady Keer os está buscando.

—Este... este gentil príncipe Carlos me estaba... me estaba enseñando los... los ornamentos y decorados para el baile... el baile real —tartamudeó Venetia.

—Será mejor que regreséis al lado de vuestra tía —dijo el coronel Seton con un tono imperativo que la pilló desprevenida—. Necesito intercambiar unas palabras a solas con este caballero.

¡Cielos! Su intención no había sido meter al pobre *highlander* en un aprieto.

—No ha hecho nada malo. Ha sido todo absolutamente inocente, ¿no estáis de acuerdo, señor? —Venetia le lanzó una mirada implorante, pero resultó ser

un error, puesto que él la atravesó con unos ojos furibundos que la dejaron temblando como un flan.

—Así es, querida, absolutamente inocente. —Aunque él, de algún modo, consiguió que la palabra «inocente» sonara más como «indecente».

—Vamos, milady, no quiero que vuestra tía se preocupe innecesariamente —apuntó el coronel.

—De acuerdo. —Venetia sonrió al *highlander*—. Gracias por el baile, señor.

—Ha sido un placer. —Bajó más la voz—. Un verdadero placer.

Y con el delicioso eco de esa voz varonil resonando en sus oídos, Venetia regresó a la sala de baile.

Lachlan la observó desaparecer bajo el arco del ventanal sintiendo un tremendo calor en la parte inferior del vientre y con el miembro viril absolutamente erecto bajo el *kilt*. Debía de haber perdido la chaveta, para continuar besándola de ese modo. Pero por todos los santos, esa muchacha se comportaba de una manera que haría enloquecer a cualquier hombre...

Farfulló una maldición a media voz.

—Te comprendo perfectamente —dijo Seton al tiempo que miraba hacia atrás para asegurarse de que Venetia no podía oírlos—, ¿pero no crees que ha sido una actuación muy poco acertada?

—Mira, no te metas. Sé exactamente lo que hago.

Gracias a Dios que Setán no había presenciado el beso, o habría visto que Lachlan mentía. Ese beso le había hecho perder el control. Ninguna mujer le había provocado ese efecto antes, ni tan sólo su antigua novia, Polly, que lo había abandonado por un tipo rico.

No, Venetia no se parecía en nada a la recatada Polly, de eso no le cabía la menor duda. A pesar de ser la mujer más elegante que había conocido, Venetia tenía un secreto, una naturaleza apasionada e ingobernable propia de una joven fogosa de la región de las Tierras Altas, que lo lanzaba incuestionablemente a un abismo de deseos peligrosos.

Pero es que... Dios mío, sólo con su boca podría seducir al presbiteriano más timorato... y su cuerpo se amoldaba tan bien a sus brazos que había estado más que tentado a tumbarla allí mismo en el suelo y...

«¡Deja de pensar en eso!»

No importaba lo bien que esa muchacha besara, no estaba destinada a él.

Jamás podría ser para él. Y ella sería la primera en recordárselo en los días venideros.

—Casi me has provocado un ataque de corazón —lo amonestó Seton—. Cuando he visto que tú y la hija de Duncannon desaparecíais por la puerta y tardabais tanto en regresar, he pensado que habías decidido secuestrarla esta noche.

—¿Con media docena de magistrados en la sala contigua y la ciudad llena de soldados y policías? —Lachlan resopló—. No seas tan bruto, hombre. Ni con toda la suerte del mundo habría logrado alejarme un kilómetro de la ciudad. Pero mañana los soldados estarán en la zona de Portobello Sands, preparados para desfilarse ante el rey; entonces es cuando lo haremos.

Seton soltó un sonoro bufido.

—No puedo dejar de pensar como un oficial: atacar mientras el enemigo esté al alcance. Me olvido de que El Azote ha de actuar con más precaución...

—¡Vigila con lo que dices! —susurró Lachlan irritado—. El Azote está muerto, ¿recuerdas? Y ha de seguir muerto para todo el mundo excepto para Duncannon y su familia.

—Hablando de su familia, ¿qué esperabas conseguir, alarmando a la tía de la muchacha? —preguntó Seton—. Has puesto a lady Kerr en guardia, de eso no te quepa la menor duda.

—Y al mismo tiempo también te he dado la oportunidad de jugar a hacerte el héroe con ella. Así que la dama estará más que dispuesta a escuchar tus consejos cuando su sobrina desaparezca. —Lachlan enfiló hacia la entrada de la tienda de muselina—. Tendrías que agradecerme que te haya allanado el camino para mañana.

Cuando pasó al lado de Seton, el coronel lo agarró por el brazo.

—Espero que tengas razón. Un falso movimiento y a los dos nos colgarán del palo mayor en el castillo.

Lachlan lo miró con cara de pocos amigos.

—Si tienes dudas dilo. Ya te lo dije, no tienes que hacerlo si no quieres.

—No tengo dudas, maldita sea. —Sacó pecho como el típico soldado viejo y arrogante que era—. A diferencia de Duncannon, yo cumplo mis promesas.

—Me has pagado mil veces más de lo que...

—¿Por evitar que ese mal nacido me rebanara el cuello en Aviemore? Te equivocas; nunca podré pagarte lo suficiente.

—Si mañana haces lo que has prometido, me consideraré más que pagado.
—Miró hacia la sala de baile—. ¿Está todo listo? ¿Nadie te ha visto salir?

—No te preocupes —Seton volvió a sacar el pecho, envanecido—, he tenido mucho cuidado. Me parece que a estas alturas ya sabes que puedes confiar en mí...

—Por supuesto que confío en ti, te lo aseguro. Pero una cosa es sonsacarle información a tu hija para averiguar cuándo los amigos de Duncannon piensan viajar a Escocia y que luego me lo cuentes, y otra bien distinta es ayudar a secuestrar a una mujer. Por el bien de tu hija, tu vínculo con El Azote jamás debe de salir a la luz.

—No te preocupes por mí ni por Lucy —repuso el coronel con un visible malhumor—. Sólo preocúpate por ti. Preocúpate por Duncannon, por si se le ocurre acudir a las autoridades cuando se entere de que no estás muerto.

—¿Y arriesgar la vida de su hija? No lo hará. Además, él sabe perfectamente que es culpable, por eso nunca ha recurrido a la justicia. Intentará resolverlo solo, como la vez que me envió a esos esbirros para que me liquidaran. Entonces lo obligaré a admitir su perfidia.

—Sigo creyendo que deberías haber hecho pública tu denuncia por medio de la prensa...

—¿Para que él lo niegue todo? No tengo ninguna prueba, ¿recuerdas? Tiene que jurarlo delante de testigos, para que así pueda recuperar lo que es mío y de mi clan. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea para que se haga justicia. —Pero Seton no necesitaba saber hasta qué punto estaba decidido a llegar—. Si decides que es una misión demasiado arriesgada, no te recriminaré nada, te lo aseguro; puedo hacerlo sin ti.

—No voy a cambiar de opinión. —Seton le dio una palmada en el hombro—. Pero envíame un poco de ese buen whisky que destiláis en vuestro clan, y me sentiré más que satisfecho. —Se dirigió hacia el patio—. Ahora tengo que regresar y atender a mis convidados antes de que alguien salga a buscarme. Y ya ha llegado la hora de que desaparezcas.

—¿Qué les dirás a lady Kerr y a lady Venetia sobre mi desaparición antes del momento en que todo el mundo ha de quitarse la máscara? —inquirió Lachlan a viva voz.

—Que te eché a patadas por haberte colado en esta fiesta sin invitación y por haber incordiado a invitados relevantes.

Lachlan soltó una carcajada.

—¿De veras crees que podrás convencerlas con esa burda excusa? No eres el mejor actor que haya conocido.

—He convencido a lady Kerr de que me siento atraído por ella, ¿o no?

—Pero eso sólo es porque en verdad te sientes atraído por ella —espetó Lachlan con sequedad—. Y por lo que veo, la dama se siente molesta con tus atenciones. Has de ser más sutil, si quieres cautivarla.

—No pretendo cautivarla, lo único que quiero es acostarme con ella. —El coronel se calló súbitamente, y luego lo miró enojado—. ¡Bueno, basta ya! ¡Vamos, vete, bribón! Y no te preocupes por mí ni por lady Kerr. Tendrías que centrar todas tus fuerzas en ti y en la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy atractiva, la hija de Duncannon. —Seton lo atravesó con una mirada severa de oficial—. Así que dime, ¿qué estabais haciendo los dos ahí dentro, en la marquesina?

—Nada que deba preocuparte —mintió Lachlan.

Nada que debiera atreverse a probar de nuevo, tampoco. Porque besar a Venetia podía convertirse en un hábito adictivo y peligroso. Y ya tenía suficientes peligros que sortear en su vida.

Capítulo cuatro

Querida Charlotte:

Comprendo perfectamente vuestros temores. La idea de dos damas solas en la carretera con la única compañía de los criados que las asisten os preocupa, puesto que vos jamás seríais tan insensata como para viajar sin protección masculina.

Vuestro primo, Michael

La mañana después del baile, Venetia estaba enfrascada en la labor de transcribir unas baladas para agregarlas a su colección cuando tía Maggie decidió abrir la puerta de la habitación de la posada donde se alojaban tras escuchar unos rítmicos golpecitos. Venetia ni tan sólo los había oído, puesto que el estruendo que armaban los soldados en la calle mientras se preparaban para el desfile era ensordecedor.

Tras hablar con el criado, su tía avanzó hacia ella hasta colocarse a su lado.

—¿Estás lista para salir, querida? El coronel Seton ya está aquí.

—¿Puedo acabar de escribir el último verso?

—Por supuesto. Bajaré para hacerle compañía. —Tía Maggie enfiló hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral—. ¿Estás segura de que no pasó nada entre tú y ese tipo que iba disfrazado de príncipe Carlos ayer por la noche? Me quedé horrorizada cuando el coronel me dijo que se había colado en el baile sin invitación. ¡Menudo pillo!

Venetia le obsequió con una sonrisa forzada.

—No, no pasó nada. —Aunque se moría de ganas de referirle a su tía el encuentro privado con el *highlander* para escuchar sus sabios consejos, sabía que tía Maggie no aprobaba esas prácticas de besuquearse con un desconocido en la oscuridad.

Un desconocido bastante sinvergüenza, según el coronel, a pesar de que había dicho que conocía al individuo. Qué extraño. A juzgar por cómo se miraron los dos hombres, Venetia habría jurado que sí que se conocían.

—Sólo lo pregunto porque pareces bastante abstraída —adujo su tía.

—Es que esta noche he soñado con Braidmuir, eso es todo —suspiró Venetia—. Lo echo tanto de menos. Cómo desearía que pudiéramos ir a ver esos maravillosos parajes, aunque tan sólo fuera una visita fugaz. —Hacía muchos años que no pisaba las tierras que su familia poseía en Escocia.

Su tía, que comprendía los sentimientos de la muchacha, esbozó una mueca maternal.

—Lo sé, querida, y un día estoy segura de que volverás, pero me temo que no podrá ser en esta ocasión. —Se alisó la falda del vestido de muselina azul—. Bueno, bajaré a hacer compañía al coronel; no tardes.

Cuando se marchó, Venetia se quedó con la vista fija en su libreta de baladas. Había soñado con Braidmuir. Pero lo que era aún más importante, había soñado con Lachlan Ross.

En su sueño sus padres estaban discutiendo. Gritaban tanto que ella buscó refugio en la soledad del refrescante valle cerca de Rossraig, cerca del arroyo donde Lachlan siempre iba a pescar. Lo encontró allí, también, pero él había cambiado; era mucho más alto, más adulto, más corpulento... más bien parecido al *highlander* de la noche anterior.

Continuaba olvidando que su *highlander* era un pariente lejano de los Ross. Pero eso —y el parecido del individuo con Lachlan— era la única cosa que los dos hombres tenían en común. Lachlan siempre había odiado las Tierras Altas, nunca lo habría denominado su hogar. Y aunque ambos hubieran servido en el ejército, tampoco eso era nada extraño, puesto que muchos otros habitantes de las Tierras Altas habían engrosado las filas de algún regimiento; había sido la única forma de mantener tradiciones tales como poder llevar las telas de cuadros escoceses características de cada clan durante los años en que esas tradiciones habían sido proscritas en Escocia.

A pesar de que Lachlan jamás se había mostrado reacio a vestirse con los cuadros escoceses, siempre había menospreciado el *kilt*, aduciendo que era una invención de...

«Walter Scott ha forjado esta estupidez sin sentido.»

Su corazón empezó a latir atolondradamente. ¡Su *highlander* había dicho eso la noche anterior! ¿Podía ser Lachlan, gracias a algún increíble milagro? ¿Y si la noticia que había leído en los periódicos era falsa? Eso explicaría por qué el desconocido le había resultado tan familiar, y por qué había soñado con él.

Venetia sacudió la cabeza con tristeza. No, sólo quería creer que él era

Lachlan porque odiaba pensar que estaba muerto. Ella y tía Maggie y el *highlander* habían estado unos minutos allí de pie, charlando sobre la muerte de Lachlan. Seguramente, si ese hombre hubiera sido Lachlan, habría revelado su identidad en ese momento.

Así que su *highlander* debía de ser probablemente el hombre que ella había temido: un soldado raso sin dinero ni esperanzas para el futuro al que se le daba extremadamente bien besar. Un hombre en busca de una fortuna. Probablemente Venetia se sentiría decepcionada si lo viera de día y tuviera tiempo para conocerlo mejor; por consiguiente, lo más apropiado era alejarlo de una vez por todas de sus pensamientos.

Cuando bajó a la planta baja y todos partieron hacia el parque en la espléndida pequeña calesa del coronel, su propósito resultó más fácil. ¿Quién podía pensar en un pobre cazafortunas en un día tan veraniego, con la gloriosa vista que emergía ante ellos? A medida que se aproximaban al parque, los Riscos de Salisbury resplandecían con reflejos dorados bajo el sol, y la reconfortante brisa avivaba su corazón. Venetia empezó a imaginarse cómo sería el ascenso hasta el mirador y sintió un enorme júbilo en el pecho.

Cuando hicieron una parada junto al lago Duddingston para dar buena cuenta de una sabrosa comida campestre, Venetia se habría puesto a dar brincos de emoción ante la vista espectacular. La montaña de El Asiento de Arturo se erigía majestuosa ante ellos, un trozo de las Tierras Altas emplazado justo en medio de Edimburgo. Eso iba a ser lo más próxima que iba a estar de sus añoradas tierras en ese viaje.

Comieron salmón ahumado, un cremoso queso Caboc y unas gruesas rebanadas de pan moreno mientras se divertían escuchando las historias que les contaba el coronel Seton sobre sus aventuras fuera de Escocia. Venetia se fijó en que tía Maggie no se mostraba enteramente inmune a los flirteos del coronel, y eso la alegró. En realidad ansiaba con todas sus fuerzas que su tía encontrara un buen esposo.

Así que cuando tía Maggie se levantó para ir a buscar en el carruaje el bastón de paseo que utilizaría como apoyo en la excursión y el coronel la siguió con la mirada, Venetia tuvo que sofocar una sonrisita de alegría.

—Vuestra tía es la mujer más adorable que jamás he conocido —remarcó el coronel.

—¿De veras? —Venetia hizo un gran esfuerzo por hablar sin mostrar su entusiasmo por el bien de su tía.

—¿Creéis que ella aceptaría un cortejo formal por parte de un viejo oficial como yo? —De repente había adoptado la actitud de un comandante que estuviera planificando una campaña militar.

Venetia se contuvo para no echarse a reír.

—Sí, creo que tenéis posibilidades. —Más que posibilidades, si actuaba con cautela—. Pero tenéis que ser paciente. A mi tía le cuesta bastante trabar amistad con la gente.

—¿Me ayudaréis? Los tipos fortachones como yo solemos olvidar cómo tenemos que comportarnos ante una dama educada. Pero creo que si pudiera quedarme a solas con ella...

—Por supuesto. Haré todo lo que pueda.

—Espléndido —respondió él, desviando la vista hacia la montaña en la que iban a atacar—. Sólo os pido que me sigáis la corriente.

—¿Cuáles son vuestras intenciones?

El coronel le propinó unas palmaditas en la mano.

—No os preocupéis, no haré nada que pueda alarmarla. Pero resulta difícil cortejar a una mujer cuando ésta se escuda tras las faldas de su sobrina.

Venetia soltó una carcajada.

—Ya me lo imagino.

Después de la colación, emprendieron la marcha hacia el mirador de El Asiento de Arturo. Sortearon la arboleda de abedules que circundaba el lago Duddingston sin ninguna dificultad, pero el ascenso a la montaña les obligó a aminorar el paso. Gracias a Dios que Venetia había elegido su vestuario más cómodo: una gruesa capa de lana merina, sus guantes de Limerick y sus botines de piel, ya que la senda estaba cubierta por un manto de piedras. Sin embargo, el paseo resultaba estimulante, y su sombrero de paja de ala ancha la protegía del intenso sol.

Acababan de cruzar la última colina antes de alcanzar la cumbre cuando el coronel Seton se detuvo de repente y exclamó:

—¡Maldita sea!

—¿Qué sucede? —preguntó Venetia visiblemente alarmada al ver como el hombre se arrodillaba en el suelo.

El coronel se quitó una bota para examinarse el talón.

—Es una vieja herida de guerra, que de vez en cuando me duele. —Se frotó

su pie cubierto con una media y luego parpadeó varias veces seguidas—. Tendría que haber sido más sensato y no intentar subir hasta la cima, pero deseaba tanto que pudierais gozar de la vista espectacular...

—Muy propio de los hombres, hacer cosas que no deberían —murmuró su tía mientras se dirigía hacia él—. Dejad que eche un vistazo a ese talón.

—Oh, no, no os preocupéis. Estoy bien. —Lanzándole una sonrisa infalible, volvió a calzarse la bota y se puso de pie. Pero acto seguido lanzó un gemido y volvió a desplomarse sobre el suelo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Queréis dejar de haceros el héroe? —lo amonestó tía Maggie—. Será mejor que no deis ni un paso más. Quedaos aquí sentado mientras Venetia y yo vamos a buscar el carruaje.

El coronel suspiró.

—El carruaje no podrá subir hasta aquí. Tendréis que desenganchar un caballo y traerlo aquí. Aunque quizá, si me permitierais que me apoyara en las dos, podría bajar dando saltitos, sin apoyar el pie...

—De ningún modo —se apresuró a decir Venetia, dándose cuenta de que él esperaba que ella le siguiera la corriente—. Ya iré yo a buscar el caballo. No tardaré.

—Iré contigo. —Se ofreció su tía.

—Ni hablar. No podemos montarnos las dos en el caballo. Lo subiré yo sola; será mejor que tú te quedes con el pobre coronel, haciéndole compañía.

Tía Maggie parecía indecisa, aunque prácticamente la había convencido.

—De acuerdo, querida. Pero ten mucho cuidado.

—No te preocupes —contestó, adoptando un fingido porte serio.

Venetia emprendió el sendero de regreso con paso presto, pero cuando ya no estuvo al alcance de la vista de su tía, aminoró la marcha. No quería echar por la borda los esfuerzos del coronel Seton.

Unas sugerentes imágenes de tía Maggie con el coronel Seton, casándose muy pronto, le absorbieron los pensamientos mientras bajaba por la montaña. Lucinda, la hija del coronel, seguramente estaría muy contenta con las nuevas. La boda podría oficiarse en Edimburgo, y Venetia quizá conseguiría convencer a su padre para que la dejara volver otra vez a Escocia y...

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que prácticamente llegó al final del sendero sin darse cuenta. Casi ya había alcanzado la arboleda cuando un desconocido emergió entre los abedules, dándole un buen susto.

No es que le pareciera extraño que ese día pudiera haber alguien deambulando por el parque —de hecho, se habían cruzado con varias personas— pero había algo peculiar en la expresión determinada en la cara del individuo que le provocó un escalofrío. Aunque iba ataviado como un caballero, con una levita de color marrón chocolate, unos pantalones bombachos y unos zapatos Hessian bien lustrados, Venetia no consiguió dominar su desasosiego.

Inquieta, miró de soslayo a su alrededor y se dio cuenta de que esa parte del parque estaba totalmente desértica. Peor todavía, el hombre parecía dirigirse directamente hacia ella.

Entonces clavó la vista en su forma de andar rígida, y se quedó petrificada. El individuo era alto, con la misma barbilla cuadrada que su *highlander*. Se quitó el sombrero de ala ancha reverentemente para saludarla, y Venetia se fijó en la visible cicatriz encima de una de las cejas, en la amplia frente del visitante. Entonces una súbita sensación de alivio se apoderó de ella.

—Buenos días, querida. No sé si me reconoceréis sin el disfraz...

—¡Por supuesto que sí! —Excepto que ella no estaba pensando en la máscara que el día anterior había encubierto la cara de su *highlander*. Bajo el brillante sol de ese día estival, sin la máscara, él aún se parecía más a...

Venetia contuvo el aliento. El color de sus ojos, sus cejas arqueadas y la forma de sus rasgos eran los mismos. Y... ¡Virgen santa! A pesar de que ahora llevaba el pelo más corto, sólo justo por encima de los hombros, los reflejos del mismísimo color de las avellanas eran exactamente como...

—¿Lachlan?

La expresión sorprendida de la cara de su interlocutor le dio a entender que no se había equivocado.

—¡Lachlan Ross! —exclamó, arrebolada de alegría—. ¡Es verdad! ¡Estáis vivo!

Capítulo cinco

Querido primo:

Nuevamente, señor, me atribuíis nociones que jamás han cruzado mi mente. ¿Por qué no deberían dos mujeres viajar por el país con la única atención y compañía de sus criados? Ésta no es la Inglaterra de vuestra infancia. Quedan muy pocos saltadores de caminos. Me atrevería a decir que las mujeres deberíamos temer más a los ladronzuelos de Londres que a una manada de rústicos escoceses gentiles.

Vuestra enojada prima, Charlotte

¡Que el diablo se la llevara! No había esperado que ella lo reconociera con tanta celeridad. Había planeado presentarse con un nombre falso hasta que lograra convencerla para que subiera a su carruaje con alguna burda excusa. Pero ahora su plan se acababa de ir a pique.

Qué pena que no pudiera echársela sobre el hombro, como un saco de patatas, y obligarla a entrar en su carruaje, ya que un grupito de paseantes acababa de emerger de la arboleda, en dirección a la montaña. Los visitantes se movían con paso tranquilo, por lo que si intentaba secuestrarla descaradamente y ella se ponía a gritar, no le cabía ninguna duda de que la oirían y que probablemente no dudarían en auxiliarla.

No le quedaba más remedio que entretenerla hasta conseguir engatusarla para que subiera a su carruaje. Eso quería decir que tendría que explicarle su resurrección milagrosa. O evitar contárselo.

—Sí, estoy vivo. —Volvió a ponerse el sombrero e hizo unos movimientos teatrales como si estuviera alerta de que no hubiera enemigos cerca—. ¿Podéis bajar la voz? Nadie ha de saberlo.

Venetia se sintió interesada ante tales muestras de secretismo, y enseguida bajó la voz para comentar en un murmuro conspirador:

—¿Por qué? ¿Y cómo es posible que estéis vivo si en los diarios decían que...?

—Ya lo sé, preciosa, ya lo sé. —Echó una mirada furtiva a los transeúntes que ahora pasaban por su lado—. ¿Podemos hablar de ello en un lugar más

privado? Venid conmigo al bosque.

—¡Uy! ¡Lo olvidaba! Perdonad, pero he de ir al carruaje del coronel Seton.

Mientras continuaba bajando por el sendero hacia la arboleda, él decidió seguirla. La muy ingenua se iba a meter solita en la trampa.

—¿Vuestros amigos os esperan en el carruaje? —preguntó con un fingido aire inocente.

—No, tengo que desenganchar uno de los caballos y volver a subir la montaña para ayudar al coronel. Estábamos prácticamente en la cima cuando, por lo visto, se hizo daño en el pie, y por eso he bajado a buscar el caballo.

—¿Por lo visto?

Ella soltó una carcajada.

—Creo que sólo está fingiendo que le duele el pie para quedarse a solas con mi tía y poder así cortejarla. Puesto que apruebo sin ningún reparo ese cortejo, debo mantener la excusa de regresar con el caballo para recogerlo.

Él sacudió la cabeza.

—No vais correctamente ataviada para montar a caballo, y necesitaréis bastante rato para desenganchar el caballo. Permitidme que os lleve en mi carruaje.

—No podréis ascender por la ladera, señor.

—Por este lado de la montaña no, pero por el otro lado hay una carretera que conduce directamente a la cima —mintió él.

—¿De veras? —Venetia frunció el ceño—. ¿Estáis seguro?

Lachlan sonrió.

—La mayoría de la gente no conoce ese camino. Mi carruaje se halla justo detrás de esos árboles, por lo que será un placer llevaros hasta allí. Es posible que el coronel necesite que lo ayude a desplazarse hasta el carruaje. —Le ofreció el brazo.

—Sinceramente, lo dudo —dijo al tiempo que reía divertida, no obstante aceptó el brazo que él le tendía—. Pero supongo que deberíamos mantener las apariencias.

—Por supuesto. —Deliberadamente, él cubrió la mano enguantada con la suya—. Además, haría cualquier cosa con tal de quedarme otra vez a solas con vos, aunque sólo sea por unos minutos.

A Venetia se le iluminó la cara.

—Oh, Lachlan, estoy tan contenta de que estéis vivo.

Un sentimiento de culpabilidad plagó la conciencia del joven *laird*. Ella no pensaría lo mismo dentro de un rato.

—Pero debéis contarme cómo es posible que... —empezó a implorar Venetia.

—Todavía no, querida, no hasta que estemos solos.

Y cuanto antes mejor. Su dolorido cuerpo ya empezaba a acusar el esfuerzo extraordinario que había realizado al viajar toda la semana anterior sin descanso. No veía el momento de acabar con toda esa farsa, aunque eso implicara que ella lo odiara a muerte cuando se enterase de la verdad.

A pesar de su muslo lastimado, apresuró el paso, ignorando las miradas de refilón que ella le lanzaba mientras caminaban. Estaba demasiado ocupado inspeccionando la zona para confirmar que no había otros transeúntes que pudieran cruzarse con ellos. No tenía que parecer un secuestro.

—¿Cómo sabíais lo de la carretera que llega hasta la cima de la montaña?

—Estudí en Edimburgo.

—Es cierto, lo había olvidado. —Venetia añadió en un tono burlón—: Probablemente no era una buena escuela, ya que regresasteis a Rossraig tan indomable como os habíais marchado.

El término «indomable» le ponía los nervios a flor de piel; había oído la misma acusación en boca de su padre una docena de veces al día cuando era joven.

—No es posible que recordéis cómo era yo cuando me marché a estudiar a la escuela. Sólo erais una mocosa.

—Es cierto, pero oía lo que contaban acerca de vos. Y recuerdo cómo erais cuando regresasteis.

—Sí, claro, —Lachlan frunció el ceño—. En más de una ocasión me llamasteis «maldito salvaje».

Para su sorpresa, ella se echó a reír.

—Sólo porque no os comportabais como era debido conmigo, y me decíais que teníais cosas más interesantes que hacer que perder el tiempo con una «niñita tonta».

—¿Me estáis diciendo que no me considerabais en realidad un maldito salvaje?

El atractivo rubor rosado que tiñó las mejillas de Venetia hizo que a Lachlan se le acelerase el pulso.

—¡Al contrario! Pensaba que erais un muchacho maravilloso.

Procurando ignorar su sorpresa ante tal confesión, él alegó:

—Bueno, sólo erais una chiquilla. Las niñas suelen tener la cabeza llena de pájaros.

La impaciencia en su tono debió de despertar algún recelo en Venetia, porque de repente su mano se tensó sobre el brazo de su acompañante.

—Lachlan...

—¿Qué, preciosa?

—¿Por qué estabais hoy aquí, a la misma hora que nosotros?

Maldición, ella empezaba a darse cuenta de que había algo raro en tantas coincidencias. Pero por fortuna ya podía avistar el carruaje. Aceleró el paso y empezó a relatar el cuento que había ensayado:

—Después de que Seton me echara del baile ayer por la noche, descubrí dónde os hospedabais. Esta mañana he ido a la posada, con la esperanza de poder hablar con vos, pero entonces ha llegado Seton, y he pensado que... que era mejor intentar abordaros sola.

Se aproximaron al carruaje, y él soltó un suspiro.

—Ya hemos llegado, querida. —Lachlan alzó la voz para despertar a su cochero, que dormitaba tranquilamente en su asiento—. ¡Despierta, Jamie! ¡Nos vamos!

El criado asintió y tomó las riendas mientras Lachlan ayudaba a Venetia a encaramarse al carruaje, luego subió detrás de ella.

Los cuadrúpedos se pusieron en marcha con tanta celeridad que ella cayó de espaldas, y él aprovechó el instante para correr las cortinas.

—Lachlan —lo reprendió ella—, quizá no estéis muy familiarizado con el protocolo que se espera de un caballero, pero supongo que os daréis cuenta de que no puedo pasear a solas con vos en un carruaje con las cortinas echadas.

Venetia hizo un gesto para descorrer las cortinas, pero él la agarró por la muñeca.

—Dejad las cortinas tal como están.

Entonces lo miró sin comprender.

—No puedo...

—Podéis y lo haréis. Al menos hasta que nos hayamos alejado del parque.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con recelo—. Vamos a El Asiento de Arturo.

Lachlan le soltó la muñeca y miró furtivamente al exterior a través de una rendija de la cortina.

—Haced lo que os digo y todo saldrá bien.

Ella se lo quedó mirando como si él acabara de abofetearla en plena cara, pero Lachlan no tenía tiempo para darle explicaciones. Muy pronto llegarían a la entrada del parque, y justo antes había visto a varios centinelas patrullando por la zona, probablemente porque la carretera pasaba justo por delante del palacio de Holyrood. Por suerte, el rey estaba ausente ese día, así que Lachlan esperaba que esos vagos los dejaran pasar sin obligarles a detener el carruaje, cuando vieran las cortinas echadas, porque si no...

—¡Lachlan! —exclamó Venetia en esa voz imperativa que debía de haber heredado de su padre—. ¡Os exijo que detengáis el carruaje ahora mismo!

Él la miró de reojo y descubrió que ella lo estaba escrutando con el rostro sulfurado. Pensó en la posibilidad de soltar alguna bravuconada como que la estaba secuestrando para casarse con ella, pero eso sería engañarla hasta un punto excesivo. Había llegado el momento de la verdad.

—Lo siento, preciosa, pero no puedo.

Venetia oyó las palabras y notó que se le encogía el corazón. Debería de haberse dado cuenta de que había algo extraño en el momento en que lo vio aparecer por el parque. Pero como una pobre idiota, se había sentido tan feliz al verlo vivo que...

—¿Por qué no?

Lachlan volvió a mirar furtivamente al exterior a través de la rendija de la cortina.

—Me sorprende que aún no lo hayáis averiguado, dada mi resurrección milagrosa.

Venetia podía oír el eco de los atronadores latidos de su propio corazón.

—Sí, quizá deberíais explicarme por qué os declararon muerto —dijo con un hilo de voz—. Los periódicos dijeron que habíais muerto en una lucha con El Azote.

—Fue una mentira que ordené que difundieran los de mi clan. La verdad es que luché contra los hombres de vuestro padre. Ellos fueron los que intentaron

ahogarme en el lago.

—¿Mi padre? —repitió ella, completamente anonadada—. ¿Pero por qué os atacarían los hombres de mi padre? Jamás habéis hecho nada que...

—Pensad, Venetia. —La mirada gélida con que la atravesó le heló la sangre—. No sois tan ilusa. ¿Quién es el único escocés al que vuestro padre querría ver muerto? —Su voz se tornó tan implacable como aterradora—: ¿El único hombre que se atrevería a secuestrar a su hija?

La palabra «secuestrar» la dejó aturdida. La cabeza empezaba a darle vueltas, y sentía ganas de vomitar. Lachlan había sido siempre un alma salvaje, pero seguramente no podía ser...

—¿Sois... sois El Azote?

Él se llevó la mano al sombrero y asintió con un saludo burlón.

—A su servicio, milady.

Que Dios se apiadara de ella. Todo el tiempo en que papá se había quejado de El Azote... ¡se había estado quejando de Lachlan! Lachlan había sido quien había robado y atormentado a sus amigos, mintiendo al mundo entero, incluso a ella, para poder...

—¡Menudo pedazo de inconsciente malhechor! —gritó ella—. ¿Cómo os atrevéis?

Venetia hizo un intento de asir el tirador de la puerta, pero él la agarró con una pasmosa facilidad, la obligó a sentarse en su regazo y la apresó pasando el brazo alrededor de su cintura e inmovilizando sus piernas entre las suyas.

—Si estuviera en vuestro lugar, no haría eso —le murmuró Lachlan al oído—. No podéis saltar de un carruaje en marcha que circula a gran velocidad; os mataríais.

—De todos modos, eso es lo que pensáis hacer conmigo, ¿no? —espetó ella mientras forcejeaba para zafarse de sus garras, y al hacerlo derribó tanto el sombrero de él como el suyo.

—No seáis ridícula. Y dejad de comportaros como una histérica, a menos que queráis que os ate las manos y las piernas con una soga.

Su comentario surtió efecto, y ella dejó de forcejear. No quería que él la maniatara, pero tampoco quería que la secuestraran.

¡Virgen santa! ¿Cómo era posible que eso estuviera sucediendo de verdad? ¡Qué estúpida había sido al pensar que el indomable Lachlan de su infancia podría convertirse en un hombre honesto en lugar de un bribón! ¡Y encima

había caído en sus redes sin oponer resistencia!

—Mi padre no os dará tregua. Barrerá toda Escocia en vuestra busca, y cuando os encuentre, os arrancará la piel a tiras...

—¿Sabíais que os habéis convertido en una señorita muy sanguinaria? —la amonestó él—. Pero no hace falta que una cabecita tan bonita como la vuestra se preocupe por tales cuestiones; no hará falta que él siga vuestro rastro, porque pienso invitarlo a que venga a Escocia a rescataros. Entonces podremos resolver la cuestión que tenemos pendiente.

A Venetia se le heló la sangre.

—¿Qué cuestión? ¿Por qué odiáis tanto a mi padre?

Un panel se abrió detrás de sus cabezas.

—Nos estamos acercando a uno de los centinelas de Su Majestad, señor — anunció el hombre que se llamaba Jamie—. ¿Qué hago?

Venetia se puso tensa. Ésta era su ocasión para gritar y...

—Ni se os ocurra hacerlo —rugió Lachlan con los dientes prietos, como si le acabara de leer el pensamiento.

De repente, ella notó algo frío y duro que se le clavaba en las costillas. Bajó la vista y descubrió una espantosa pistola que la apuntaba justo por debajo del brazo.

¡Virgen santa! ¡Él iba armado! No saldría viva de esa ocasión.

Lachlan giró la cara hacia el panel abierto.

—Detente solo si el centinela te lo pide. Si te ordena que te pares, procura mantener al centinela al lado derecho del carruaje, y dile que... —Hizo una pausa, entonces tensó más el brazo con el que la rodeaba por la cintura—. Dile que tu señor está en su luna de miel y que no tiene ni el mínimo interés en las historias del rey.

Mientras el panel se cerraba, Lachlan la obligó a colocarse de costado sobre su regazo, de tal manera que la espalda de Venetia quedó pegada a la ventana del flanco derecho, mientras que la pistola continuaba apuntándola directamente al vientre.

El miedo se apoderó de todo su cuerpo tembloroso.

—No seréis capaz de dispararme —susurró ella—. Muerta no os serviría de nada.

—Es cierto. —Lachlan deslizó la pistola entre el brazo y el torso de

Venetia para apuntar el cañón hacia la ventana—. Pero si decís alguna cosa que pueda atraer la atención del centinela, lo mataré a él. ¿Queréis mancharos el vestido con su sangre?

A Venetia se le encogió el corazón. Lachlan tenía el otro brazo inmovilizado por el respaldo del asiento, lo cual sólo le dejaba libre la mano con la que asía el arma. Podría intentar inmovilizarlo abalanzándose sobre su otro brazo, pero él era demasiado musculoso, por lo que probablemente ella tenía todas las de perder. Además, el arma podría dispararse accidentalmente y...

—No os atreveríais a matar a un soldado —terció Venetia, intentando tanto convencerlo a él como a sí misma.

El carruaje empezó a aminorar la marcha al tiempo que una voz masculina ordenaba al cochero que se detuviera.

—¿Estáis dispuesta a arriesgar la vida de un hombre? —susurró Lachlan.

Mientras ella dudaba, observando los rasgos implacables de un hombre al que apenas conocía, oyó cómo el centinela se acercaba al trote hasta el carruaje.

Lachlan farfulló una maldición entre dientes. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que su captor se proponía, él asió una de las cortinas y la recorrió, entonces deslizó la mano libre por detrás de su cuello para abrazarla y le estampó un beso en la boca.

Ésa era la única forma de describir lo que hizo. Aunque realmente no fuera un beso, ya que los labios de Lachlan estaban tan rígidos e inertes como una barra de hierro. Pero para cualquier persona que estuviera observándolos desde el exterior del carruaje, parecerían probablemente una pareja de tortolitos en una actitud muy amorosa.

Para acabar de colmar el vaso, a Venetia se le escapó un gemido cuando él le quitó las pinzas que mantenían su pelo apresado en un moño y su melena se desparramó sobre sus hombros como una bella cascada, dando la impresión de que la pareja estaba en medio de... en medio de...

—Ni una palabra, ¿entendido? —murmuró Lachlan contra su boca—. Si no os juro que mataré al centinela. —Apretó la pistola contra sus costillas justo donde el brazo de Venetia ocultaba de vista el cañón del arma—. Si yo no lo hago, Jamie lo matará.

Por un largo momento, Venetia se mantuvo sentada sin perder la serenidad,

notando cómo se le clavaba la pistola de Lachlan en el costado mientras él mantenía la boca prieta sobre la suya en una posición que difería mucho de los besos que le había dado la noche anterior.

Unos besos que él había simulado. Unos besos que le había dado únicamente con la intención de engatusarla, para ganarse su confianza de modo que ella aceptara ir hoy con él, sin recelar. ¡Maldito y perverso bribón!

Un caballo se detuvo a escasos pasos, y el centinela la atravesó con la mirada por la espalda a través de la ventana. De repente, el oficial se echó a reír y le comentó algo al cómplice de Lachlan. Entonces el carruaje se puso en marcha, y la última oportunidad para escapar se desvaneció en el aire.

La situación la desbordaba. Venetia le mordió el labio a Lachlan. Con rabia.

—¡Por todos los demonios! —gimoteó él al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás—. ¿Se puede saber qué diantre...?

—¡Soltadme! —chilló ella, ignorando la pistola. Después de propinarle un fuerte codazo en las costillas, forcejeó frenéticamente para zafarse de sus garras—. ¡Soltadme, maldita alimaña!

Mientras él lanzaba una retahíla de insultos en escocés, la lanzó al otro asiento para deshacerse de esa fierecilla indomable. Venetia se sentó delante de él y lo miró con unos ojos llenos de inquina, sorprendida al ver que él se había quedado absolutamente lívido salvo por el brillante hilillo de sangre encarnada que brotaba de su labio inferior.

Lachlan se limpió la boca con la palma de la mano y profirió otra maldición, pero ella no sintió ni un ápice de remordimiento.

Menuda sorpresa se llevaría él, si pensaba que ella acataría ese tremendo despropósito sin más. Así que se proponía destruir a su padre, ¿eh? ¡Pues iba listo! Se arrepentiría toda su vida de haberla secuestrado.

La noche anterior Venetia había cometido el grave error de relajar los hábitos y prácticas que había seguido toda su vida. Por eso había caído en la trampa, pero nunca más. Tal y como la señora Harris no se cansaba de repetir, las armas de una dama no estaban hechas de acero, sin embargo podían causar daño, mucho daño. Ya era hora de recurrir a ellas, había llegado el momento de usar cualquier posibilidad que tuviera a su alcance para luchar contra su enemigo.

Porque nadie se reía de lady Venetia Campbell con impunidad. Ni siquiera

El Azote Escocés.

Capítulo seis

Querida Charlotte:

Una vez más me veo en la incómoda posición de tener que pedir os disculpas por haberos insultado sin que ésa fuera mi intención. Últimamente parecéis ofenderos con suma facilidad. ¿Va todo bien en la escuela? ¿O soy yo el único que os enoja?

Vuestro preocupado amigo, Michael

Lachlan miraba a su cautiva sin parpadear, sin saber si deseaba estrangularla allí mismo o aplaudirla. La Princesa Orgullosa hacía alarde de un temperamento considerablemente agreste. ¿Quién le había enseñado a defenderse de ese modo?

¡Dios mío! ¡Con qué saña le había mordido! Y eso había sido antes de que le propinara un codazo en las costillas que le hizo ver todas las estrellas del firmamento.

—Os habéis convertido en una fierecilla temible, Venetia.

—¡Por lo menos no me he convertido en un saqueador de caminos! No ataco a pobres mujeres indefensas...

—¿Indefensas? ¡Si sois tan sanguinaria que casi me arrancáis el labio de un mordisco!

Ella lo miró con ojos retadores.

—Y si alguna vez intentáis robarme un beso de nuevo, Lachlan Ross, acabaré el trabajo.

«¿Robarle un beso?» Esa mujer estaba poniendo demasiado a prueba su paciencia.

—Pues no he visto que os resistierais, querida —rebatí al tiempo que se guardaba la pistola en uno de los bolsillos del abrigo—. Ese beso ha sido únicamente para despistar al centinela. —Le enfurecía que Venetia pudiera creer que había intentado aprovecharse de ella. O que él tuviera la necesidad de hacerlo—. Puedo disponer de cualquier mujer que desee en el condado de Ross; no necesito flirtear con alguien como la hija de Duncannon para obtener

placer.

A Venetia le tembló la barbilla.

—¿Y ayer por la noche? ¿También se trató de un mero flirteo?

«Diría que fue más bien un error», pensó Lachlan, sin embargo replicó:

—Era parte de mi plan, eso es todo. —No pensaba permitir que una fémica osada averiguara cuánto la deseaba. Prefería no pensar en la parte de su cuerpo que ella mutilaría si se enteraba; menuda arpía.

Aunque en ese preciso momento ella no tenía aspecto de ser una arpía. Con su espléndida melena de ébano despeinada y cayéndole en cascada sobre los hombros, parecía joven, herida y vulnerable, como sucedería con cualquier señorita que de pronto viera cómo su vida placentera e ideal se hacía añicos en un pispás.

Sus ojos de un intenso verde oscuro destellaban heridos con una intensidad tan profunda que Lachlan sintió deseos de volverla a estrechar entre sus brazos y besar esa boquita dulce y temblorosa.

—No puedo creerlo —manifestó Venetia, sacudiendo enérgicamente la cabeza—. Jamás habría imaginado que vos fuerais El Azote, ni que fueseis capaz de cometer tal felonía.

—Sólo quiero recuperar lo que es mío y de mi clan —estalló él—. Si queréis acusar a alguna persona de traición, entonces lo más acertado es que acuséis a vuestro maldito padre.

—¿Ah, sí? ¿Y que cosa tan terrible ha podido hacer para justificar tal denuncia?

—¿Aparte de haber intentado asesinarme? ¿Aparte de ordenar a sus secuaces que...? —Lachlan se contuvo. Si ella supiera que lo podía torturar con tan sólo un codazo certero, el resto del viaje sería una pesadilla.

—¿Qué?

Decidió contarle únicamente los hechos más superficiales:

—Que me ahogaran.

Venetia irguió la espalda.

—Aunque eso fuera cierto —y que conste que lo dudo— no podéis acusarlo, dado que habéis estado saqueando a todos sus amigos sin razón alguna.

—¿Sin razón alguna? —Lachlan soltó un bufido. La actitud arrogante de su

cautiva le hizo recordar que ella no era más que un medio que justificaba su fin, nada más.

Y ya era hora de que esa pequeña bruja supiera el porqué.

—Os daré una razón, Princesa Orgullosa. Vuestro padre es un ladrón y un mentiroso. Gracias a él, mi clan ha pasado por infinidad de penurias hasta que yo regresé de la guerra.

Esa imputación borró la expresión altiva de la cara de Venetia.

—¿A qué os referís?

—¿Os ha hablado vuestro padre alguna vez sobre vuestro abuelo jacobita, Wily Will Campbell, el tercer conde de Duncannon? ¿Uno de los pocos Campbell que no luchó con los ingleses en la batalla de Culloden? —Cuando ella asintió, él apoyó la espalda en el respaldo del asiento—. Después de la derrota, Wily Will fue despojado de su título, y la Corona confiscó sus tierras por haber concedido su apoyo al príncipe Carlos.

—Lo sé. —Venetia cruzó los brazos sobre sus pechos... sus pechos tan voluminosos que ahora quedaban ocultos y a salvo de la mirada de Lachlan por ese pedazo de tela de color púrpura—. Papá recuperó Braidmuir cuando en 1784 la Corona devolvió las tierras y los títulos nobiliarios a las familias.

—Eso no es del todo cierto. Antes había que pagar las deudas que grababan las propiedades.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, pues sí, mi padre tuvo que pagar dinero, ¿y qué importa eso?

—Lo que importa es la cantidad que pagó. Cuarenta mil libras en total.

Venetia se puso lívida ante la mención de la enorme suma de dinero.

A Lachlan no le sorprendió la reacción de ella. Duncannon había ocultado la verdad a todo el mundo, así que, ¿por qué no a su hija, también?

Prosiguió con voz inexorable:

—Vuestro padre era joven y no disponía de cuarenta mil libras, por lo que las pidió prestadas. A mi padre, su mejor amigo, cuya familia no se había visto implicada en ningún lío político, y quien poseía unas tierras prósperas y una buena finca.

Los dedos crispados de Venetia se clavaron distraídamente en la tela de sus mangas.

—Papá comentó algo una vez, cuando yo era niña... acerca de que tenía

que ser amable con vos porque él tenía una gran deuda con vuestro padre. Pero en esos momentos no pensé que sus palabras fueran literales.

—Pues sí que lo eran. —La voz de Lachlan se trocó en puro hielo—. Y después de que vuestra madre falleciera, él se marchó de Escocia y dejó su gran deuda sin pagar: treinta mil doscientas noventa y seis libras.

Venetia había empezado a negar enérgicamente con la cabeza.

—Soy la primera en admitir las faltas de mi padre, pero él jamás renegaría de una deuda, y mucho menos de una suma tan elevada. Mi padre es una persona honorable.

Ah, sí, Lachlan había sido testigo directo de la otra cara de esa «persona honorable» bastantes años antes.

—Pues renegó. Mi madre me lo contó cuando regresé de la guerra. Me dijo que le había pedido a mi padre que ejerciera presión sobre esa cuestión con el conde, pero mi padre no quería hacerlo.

—No... no lo comprendo. ¿Por qué vuestro padre no quería...?

—¡Y yo qué sé! Sospecho que tenía miedo de los amigos poderosos de vuestro padre. —Con los labios fruncidos, la miró sin parpadear—. Y en esa época teníamos dinero de sobra, buenas cosechas, mucho ganado y unos aparceros felices que no pasaban hambre. Supongo que puesto que mi padre era consciente de la gran pena que sentía Duncannon por la muerte de su esposa, decidió no insistir en esos momentos sobre la cuestión de la deuda pendiente.

Lachlan cerró la mano hasta formar un puño.

—Mi padre decía que era lógico mostrar caridad cristiana con un hombre que estaba sufriendo tanto. Le aseguró a mi madre que el conde pagaría cuando diera por concluido el duelo por su esposa. Pero cuando mi padre murió y la guerra acabó y el ganado...

—Lo sé, sé que los precios cayeron en picado después de la batalla de Waterloo.

Él asintió con tristeza.

—Regresé a casa y me encontré Rossraig en un estado deplorable. Vuestro padre había cedido sus tierras a granjeros que tenían ovejas, por lo que podía vivir cómodamente en Londres gracias a las rentas, pero mi madre y yo nos negamos a hacerles esa gran trastada a nuestros aparceros.

Antes de que Venetia pudiera preguntarle a qué se refería, él se inclinó

hacia delante y plantó ambas manos en las rodillas.

—Necesitábamos el dinero que nos debía vuestro padre, pero él no movió ni un solo dedo. Le escribí cartas. Él las ignoró. Viajé hasta Londres para verlo...

—¿De veras? —lo interrumpió ella con recelo.

Lachlan pestañeó perplejo.

—Vos estabais internada en el colegio.

—Ya, pero él jamás me comentó nada al respecto.

—¿Es que acaso no habéis oído lo que os he dicho? Vuestro padre es una alimaña; él no os contará que me echó de su casa por exigirle que resarciera su deuda.

—No os creo. Mi padre es un hombre honorable, nunca haría nada semejante.

La persistente fe en su padre, a pesar de lo que él le acababa de contar, irritó a Lachlan.

—Preguntadle y ya veréis lo que dice.

—Dejadme ir a casa y lo haré —replicó ella.

—Ah, no, bonita —espetó él—, no iréis a ninguna parte hasta que vuestro padre me devuelva ese dinero. Hasta que se persone ante mi madre y ante los hombres de mi clan y los mire a los ojos y admita que se aprovechó de la amistad de mi padre y de la falta del contrato...

Lachlan se contuvo, pero ya era demasiado tarde. Los bellos ojos verdes de Venetia refulgieron nuevamente.

—¿Qué contrato? —Cuando él permaneció sentado en silencio, ella apuntó —: No existe ninguna prueba de ese préstamo, ¿no es cierto? Si hubiera existido, habríais llevado el caso a la justicia. Vuestra madre desesperada se inventa esa patraña y...

—¡Es verdad! ¡Maldita sea! ¡Vuestro padre lo admitió cuando fui a Londres!

—¿De veras? —Venetia entrelazó las manos con delicadeza sobre su falda; la pura imagen de una dama que se sentía claramente superior a cualquier miembro del clan de los Ross—. ¿Y qué os dijo?

Lachlan irguió la espalda.

—Que mi padre le había condonado la deuda.

—Entonces ya está.

—Y cuando le exigí que me mostrara una evidencia, me echó a la calle. Porque estaba mintiendo.

—O quizá porque no quería tratos con un loco irracional que le exigía dinero.

—Vamos, bonita, no sois tan estúpida. ¿De verdad creéis que mi padre le perdonaría una deuda de treinta mil libras? ¿Porque vuestro padre estaba de luto?

Ella tragó saliva. Obviamente, incluso la Princesa Orgullosa podía darse cuenta de que eso era improbable.

—Pero aún no tenéis ninguna prueba.

—Tengo la palabra de mi madre. Mi padre quizá no le dijera dónde ocultó ese contrato, pero eso no significa que no exista. ¿Sabéis cómo murió mi padre?

Venetia abrió los ojos desmesuradamente, con solemnidad, y luego negó con la cabeza.

—Salió a ayudar a un aparcerero a sacar a su buey del riachuelo y el buey le dio una cornada mortal. Falleció al cabo de pocos minutos; sin que pudiéramos hacer nada por salvarlo. —Apretó los dientes—. Y por supuesto, él no tuvo tiempo de hablar con mi madre.

—Pero Lachlan...

—Si vuestro padre no es culpable de esta traición, ¿por qué nunca me ha denunciado a las autoridades por robar a sus amigos? Él ha de saber que yo soy El Azote Escocés, que me estoy cobrando la deuda puesto que él se niega a darme lo que me debe. Sé que lo sabe; por eso mandó a sus secuaces a que me asesinaran.

La expresión de Venetia se endureció.

—Aunque creyera ese cuento sobre el préstamo, ni por un minuto creería que mi padre es capaz de urdir un asesinato. ¿Por qué iba a hacerlo, si sabía quién sois? ¿Por qué no mandaba simplemente que os arrestaran?

—¡Porque sabe que no ha obrado bien, maldita sea! —La furia se apoderó de él—. ¡Que el diablo se os lleve! Os juro que él mandó a esos hombres para que me mataran. ¿Por qué creéis que no puedo...?

Lachlan se contuvo antes de admitir sus problemas físicos. Maldición, sin lugar a dudas esa muchacha era como un cura, sonsacándole más información

de la que él debería contarle.

—¿Que no podéis qué? —insistió Venetia.

—Nada. Eso queda entre vuestro padre y yo.

Ella lo escrutó con ojos inclementes.

—Es evidente que no es una cuestión entre mi padre y vos, o yo no estaría aquí.

—Echadle a él la culpa de vuestro estado. Si hubierais sido mi hija, jamás os habría permitido poner el pie cerca de Escocia, por donde merodea El Azote.

A Venetia le tembló el labio inferior.

—Mi padre pensaba que El Azote estaba muerto.

—Y ahora sabrá que no lo estoy, ¿no?

Ella desvió los ojos para clavarlos en la ventana, con la vista perdida.

—Supongo que le enviaréis un mensaje para que se reúna con vos en Escocia.

—Así es. Recibirá la nota en un par de días. Y también hay una nota para vuestra tía en el carruaje de Seton.

—¡Mi tía! —Giró vertiginosamente la cabeza para volver a mirar a su captor—. ¡Oh, no! ¡Está allí arriba, en la montaña, con el coronel! Estarán esperándome a que regrese, y yo no...

—Ya bajarán de un modo u otro. Como último recurso, el cochero de Seton subirá a buscarlos cuando vea que no regresan.

Venetia se quedó extrañamente callada; era evidente que estaba atando cabos.

—El coronel Seton es parte de vuestro plan, ¿no es cierto? Santo cielo, esa chica era demasiado inteligente para su propio bien.

—¿Habéis perdido el juicio? Sería una temeridad, conspirar con un soldado del rey, ¿no os parece?

—Vos erais un soldado del rey. —Ella achicó los ojos como un par de rendijas—. Estoy segura de que allí fue donde conocisteis al coronel.

—Yo estaba en el batallón Noventa y tres en Nueva Orleans, y él con el Setenta y tres en la Península. Así que ¿cómo diantre se supone que pudimos coincidir en el ejército? —Por supuesto, una vez concluida la guerra, ambos retornaron a Escocia, aunque Lachlan no pensaba ilustrar esa parte—. Además

—prosiguió—, un hombre como el coronel se toma su servicio a Inglaterra con mucha seriedad. Yo sólo quería escapar de las Tierras Altas, y alistarme en un regimiento me pareció la mejor manera.

Tras una infancia plagada de constantes reproches por parte de su progenitor —que controlara su mal genio, que se tragara su orgullo, que hiciera lo que la iglesia presbiteriana ordenaba, y que no bebiera whisky ni frecuentara meretrices— le pareció un alivio marcharse lejos de su hogar.

Especialmente después de la traición de su padre.

No, no quería pensar en ello.

Además, de todos modos, Lachlan había regresado.

Después de la batalla de Nueva Orleans, donde había sido testigo de cómo los soldados más endurecidos por la grave situación pedían a gritos volver con sus familias mientras se desangraban en pleno campo de batalla, se había dado cuenta de lo frágil que era la vida y de la importancia que determinadas cosas como el hogar y el calor de la familia tenían en realidad.

Cansado de ir de fulanas y de frecuentar salones de juego y de un sinfín de placeres vacíos que había perseguido cuando no estaba haciendo guardia o luchando, se prometió a sí mismo disfrutar de una vida mejor, más estable. Cansado de sentir nostalgia de las Tierras Altas, de echar de menos el aroma a brezo, el trinar del zarapito en los páramos y la intensa luz de esos esplendorosos valles, empezó a adolecer por regresar a las Tierras Altas con su clan y hacer las paces con su padre.

No tuvo ocasión de cumplir ese último sueño. Su padre murió antes de que Lachlan llegara a casa, y su voto de vivir una vida más estable se desvaneció en el aire como un castillo de naipes, cuando fue consciente de en qué situación desastrosa su padre había dejado las tierras.

Se trataba de salvar su finca y su clan, o ver cómo sus aparceros emigraban a Nueva Escocia o a Virginia como los otros que ya no podían llevar una vida digna en las Tierras Altas. Debería de estar agradecido de que su tan severo padre no hubiera vivido lo suficiente como para verlo involucrarse en destilerías ilegales, ni verlo convertido en un salteador de caminos para conseguir dinero para poder arar las tierras de la finca y comprar cebada. Ni ver cómo arrastraba a un tipo con una reputación intachable como el coronel Seton a implicarse en sus actividades perniciosas.

—El coronel Seton no forma parte de mi plan —repitió, con la firme determinación de convencerla—. Es un hombre demasiado bueno para cometer

una fechoría de este calibre.

—¿Entonces no os preocupa que él envíe al ejército en vuestra búsqueda y captura?

—Puede enviar a quien le plazca. No nos encontrarán.

—Entonces mi padre enviará...

—No lo hará. No mientras estéis en mi poder. —Volvió a recostarse en el asiento—, y aunque lo haga, soy un tipo duro de roer, querida. Dios es testigo de que los secuaces de vuestro padre hicieron lo imposible por deshacerse de mí, pero sin éxito. Será mejor que lo recordéis la próxima vez que intentéis clavarme la dentadura. Entre la guerra y la perfidia de vuestro padre, no queda nada blando en mí. Mi corazón se ha endurecido como una piedra, igual que mi cerebro. Intentad hacerme daño de nuevo y os juro que os arrepentiréis.

Venetia palideció, pero no se amedrentó.

—Oh, mirad cómo tiemblo, señor —se burló con un tono teatral—. No os preocupéis, no me queda la menor duda de que el Lachlan Ross que conocí, el que jamás haría daño a una mujer, ya no existe. El Azote Escocés lo mató y usurpó su lugar. Y esa alimaña es capaz de cualquier vileza.

La palabra «vileza» lo sacó de sus casillas. Había esperado que ella reaccionara de ese modo; sabía que era terca como una mula y tan altiva como su padre. Pero sin embargo le dolió que encima lo increpara como si fuera él quien estuviera actuando indebidamente.

—Sí, claro —respondió con frialdad—. Soy capaz de hacer cualquier cosa, milady. Mientras no lo olvidéis, todo irá bien. —Se inclinó hacia delante para atravesarla con la mirada más agresiva que pudo—. Porque no os iréis a casa hasta que a mí me dé la gana. Y eso no sucederá hasta que vuestro maldito padre venga a Escocia.

—Os lo vuelvo a repetir, algo va mal, decididamente mal —se lamentó Maggie mientras se paseaba con desasosiego por el sendero que había junto a la roca donde se hallaba sentado el coronel.

Él se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Mirad, milady...

—No intentéis negarlo otra vez. Hace rato que Venetia debería haber regresado.

El ceño fruncido del coronel parecía darle la razón. Y era mejor que lo hiciera, porque el sol había empezado su lento descenso, y ambos estaban todavía atrapados en esa maldita montaña.

Al principio, a ella no le había importado. Después de que Venetia desapareciera de su vista, el coronel se había quedado sorprendentemente callado, menos vivaz que de costumbre. Apenas había flirteado con ella, y puesto que no había parado de adularla desde el día en que lo conoció a él y a su hija Lucinda en la escuela de la señora Harris, le pareció un alivio no tener que lidiar sin tregua con él.

Bueno, no del todo un alivio. Por más que Maggie lo intentó, no pudo dejar de sentir una punzada de decepción en el pecho.

¿En qué estaba pensando ella? Esos flirteos por parte de un hombre de su edad eran absurdos. La única razón por la que ahora él se estaba comportando como un caballero era por el dolor que lo inmovilizaba.

Lo miró de soslayo y se fijó en la palidez de su cara. Debía de estar sufriendo mucho. Le había permitido examinarle el talón, y ella se había horrorizado ante la tremenda cicatriz que afeaba su piel. Según le contó él, una bala había impactado de lleno en su talón, por lo que a veces los huesos le provocaban un intenso dolor, cuando los forzaba demasiado. En realidad parecía un milagro que el pobre pudiera caminar.

Maggie suspiró. Cómo deseaba no haber aceptado la invitación a esa excursión. No quería saber nada más sobre el sufrimiento del coronel; hacía que le resultara más difícil no sentirse atraída hacia él.

Y ahora Venetia había desaparecido.

—¿Creéis que es posible que se haya perdido?

—Sólo existe un camino. No creo que sea tan imprudente como para salirse de la senda.

Maggie avanzó a grandes pasos hasta la cresta de la colina para mirar de nuevo hacia abajo, pero no divisó ni rastro de su sobrina.

—No debería haberla dejado irse sola —se lamentó cuando regresó al lado del coronel—. Si no regresa antes de que anochezca, jamás nos encontrará sin una linterna.

El coronel soltó un pesado suspiro, luego se puso de pie.

—Si realmente estáis tan preocupada, entonces será mejor que intentemos regresar.

—No tenéis que realizar ese esfuerzo; ya bajaré yo sola.

—De ningún modo. —El coronel se tambaleó sobre ambos pies—. Si me permitís que me apoye un poco en vuestro hombro, podré llegar hasta el carruaje, seguro. He podido descansar un buen rato, así que me encuentro mejor.

Ella vaciló, si bien en realidad no deseaba bajar la montaña sola, especialmente cuando no estaba segura de lo que causaba la demora de Venetia.

—De acuerdo. —Se colocó a su lado y le permitió que pasara el brazo por encima del hombro.

Hacía muchos años que ningún hombre la tocaba y notó un cosquilleo en la espalda ante el placer de sentir ese cuerpo atlético tan cerca. De pronto se alarmó. Virgen santa, estaba bajando la guardia con ese viejo inmoderado, y eso no era posible. No sentía ningún deseo de alterar su plácida vida confortable como condesa viuda para asumir el cuidado de un anciano oficial.

Como si él le hubiera leído sus pensamientos, dijo:

—Os agradezco que os hayáis quedado conmigo. Siento no ser una compañía más grata.

—Qué tonterías decís. No necesito a nadie que me entretenga. Soy una mujer hecha y derecha, por todos los santos. —De hecho a Maggie le gustaba más el coronel cuando éste no intentaba divertirla por todos los medios. Normalmente, solía excederse con sus patochadas.

Habían estado caminando en un silencio incómodo durante una hora cuando avistaron al cochero del coronel. Éste estaba solo, y eso le provocó a Maggie un terrible desasosiego.

Así como el grito de sorpresa que lanzó el cochero cuando vio a su señor cojeando.

—Cielo santo, señor, ¿qué ha sucedido?

—¿No habéis visto a mi sobrina? —lo interrogó Maggie, sintiendo que se le encogía el estómago—. Se suponía que ella tenía que venir a buscar un caballo para el coronel, que se ha lastimado el pie.

El cochero sacudió la cabeza.

—Me quedé dormido en mi asiento, pero me habría despertado si la señorita hubiera intentado desenganchar un caballo. —Se palpó el bolsillo—. Cuando empecé a preocuparme por vos y fui a ver si todavía no estaba el

bastón de paseo de lady Kerr, encontré esto. Quizá sea una nota de la señorita. Va dirigida a lady Kerr.

El coronel hizo un movimiento para asir el trozo de papel, pero Maggie fue más rápida, se lo arrebató al cochero y lo abrió atropelladamente. Su contenido la dejó sin aliento.

Plenamente consciente de la palmaria curiosidad que profesaba el cochero, apartó al coronel hacia un lado.

—El Azote Escocés ha secuestrado a Venetia —susurró—. O alguien que alega ser El Azote. ¿No se suponía que ese villano estaba muerto?

—Sí, eso fue lo que leí en los periódicos. Pero a veces la prensa se equivoca.

Maggie notó una tremenda punzada de dolor en el pecho.

—Tendría que habérmelo figurado, que un demonio como ése no puede morir.

—¿Qué más dice la carta?

Ella le ofreció la nota con un vigoroso golpe de muñeca.

El coronel la leyó rápidamente, luego miró a su interlocutora a los ojos.

—No le hará daño si vos no recurrís a las autoridades ni enviáis a nadie a rescatarla. Dice que sólo quiere lo que Duncannon le debe.

—¿Y vos lo creéis?

—Supongo que incluso un malhechor como él no sería capaz de matar a una dama.

—No ha de matar a Venetia para destruir su vida. Cuando la gente se entere de lo acontecido, será el fin de su reputación. Jamás podrá casarse.

—Entonces será mejor que nadie lo sepa, ¿no os parece?

¿Cómo podía el coronel mantener la calma y el control cuando su sobrina corría tan grave peligro? ¿Quién sabía lo que ese demonio le estaba haciendo a Venetia en esos precisos instantes?

—¡Tenéis que dar la orden de que salgan inmediatamente en su búsqueda! —gritó ella, acaloradamente—. No me fío de que El Azote no le haga daño. Tenemos que regresar a Edimburgo y reunir una tropa de soldados y...

Él la agarró por los hombros.

—¡Haced el favor de conteneos y de ser razonables! Se dice que ese villano tiene espías por toda Escocia. Si reunimos un ejército para ir tras él,

pondréis en peligro la vida de vuestra sobrina. Y su reputación. —El coronel frunció el ceño—. Gracias a mi incidente en la montaña, El Azote nos lleva ya una considerable ventaja. Cuando consigamos llegar a la ciudad y organizar una tropa de soldados, ya se hallarán a medio camino hacia el norte.

—¿El norte? ¿Qué os hace pensar que se dirige hacia allí?

—Yo... bueno, según se dice, ese villano es oriundo de las Tierras Altas.

—¡Eso es sólo porque los habitantes de Edimburgo creen que todos los ladrones provienen de las Tierras Altas! —espetó ella, luego se preguntó por qué se molestaba en defender su tierra natal—. ¿De veras creéis que allí es donde pretende llevar a mi sobrina?

—Maldita sea, no lo sé. De cualquier modo, tampoco importa. Si vamos tras ellos, podríamos incitarlo a que la matara, y sé que eso no es lo que queréis. Si lo que busca es sacar una recompensa, entonces sería un insensato si la tocara. El Azote ha dicho que ha enviado una carta a Londres para Duncannon, así que considero que lo más sensato es esperar la llegada del conde a Escocia.

Maggie se lo quedó mirando sin pestañear, en parte convencida por su argumento, y en parte indignada de que él pudiera considerar la idea de quedarse allí plantado sin hacer nada.

—Pensé que erais un hombre. ¿Qué hombre rechaza actuar cuando una alimaña ha secuestrado a una mujer?

El coronel la atravesó con una mirada implacable.

—Un hombre inteligente y que piensa dos veces antes de actuar. —Ante la expresión de poca convicción por parte de Maggie, farfulló una maldición a media voz—. De acuerdo. Si queréis que intente rescatarla, realizaré los preparativos necesarios para que un grupo de hombres salga en su búsqueda en secreto, pero no pienso revelarles a qué mujer han de buscar. Además, yo mismo elegiré a esos hombres. —Le estrujó la mano para infundirle ánimos—. ¿Confiaréis en mí, si hago eso por vos, milady?

¿Qué alternativa le quedaba? El coronel tenía razón en cuanto a los riesgos que corrían. El Azote había asesinado a Lachlan Ross, así que, ¿por qué dudaría en hacer lo mismo con Venetia? Pero el coronel contaba con más recursos que ella, y realmente parecía imparable en su intento por complacerla.

—De acuerdo —suspiró Maggie—. Os estaré sumamente agradecida.

—Perfecto. En dicho caso, lo organizaré todo cuando lleguemos a la ciudad. Vos podéis regresar a Londres y...

—No pienso marcharme de Edimburgo hasta no tener la absoluta seguridad de que mi sobrina se halla a salvo.

Al coronel se le ensombrecieron las facciones.

—Sería más fácil salvaguardar su reputación en Londres, si les contarais a todos que la habéis dejado en la finca de su padre.

—No, alegraré que está enferma; con eso bastará. Nadie en Edimburgo prestará atención a la ausencia de una mujer, con todos los acontecimientos de estos días en torno a la visita de Su Majestad.

—Mirad...

—¡De ninguna manera! —Maggie se zafó de la mano del coronel—. No pienso moverme de aquí, y no hay nada más que hablar. Así que será mejor que os acostumbréis a la idea de tenerme cerca, coronel. Porque mi intención es asegurarme de que mi sobrina regrese sana y salva, y no me importa lo que tengamos que hacer para conseguirlo.

Capítulo siete

Querido Michael:

Lady Venetia, que hasta ahora me enviaba periódicamente cartas acerca de la visita del rey, ha dejado de escribirme. Supongo que simplemente es porque está muy ocupada, pero no es su estilo mostrar tan poca seriedad. Me preocupa que haya podido conocer a algún muchacho escocés inapropiado y que tema contármelo. Sí, estoy inquieta.

Vuestra afligida y acongojada amiga, Charlotte

Venetia se había pasado las últimas horas en silencio, esperando que el rítmico traqueteo del carruaje adormeciera a su captor y que ello le proporcionara una posibilidad de escapar.

Pero no hubo suerte. Lachlan permanecía sentado delante de ella como un soldado, rígido y alerta, con la mirada fija en la ventana. Venetia no lograba imaginarse en qué debía de estar pensando. ¿En enemigos ocultos detrás de cada arbusto? ¡Sólo Dios podría obrar tal milagro!

Él y su patraña de la deuda impagada. Papá era de un talante tosco y orgulloso, pero era un hombre honorable. Jamás renegaría de pagar una deuda, y seguramente nunca permitiría que El Azote importunara a sus amigos si podía evitarlo.

Miró a Lachlan con inquina. ¡Y pensar que había llorado al enterarse de su supuesta muerte! ¡Maldito demonio!

Él siempre se había decantado por los senderos más perversos: escapando del seno familiar para alistarse en un regimiento cuando aún era un imberbe, convirtiéndose en un salteador de caminos, y ahora secuestrándola. Era evidente que actuaba instintivamente, sin reflexionar.

¿De verdad creía ese cuento chino acerca de un préstamo impagado? ¿O simplemente odiaba a papá porque éste había conseguido modernizar su propia finca invirtiendo en mejoras mientras que el clan de los Ross permanecía anclado en el pasado?

Y aunque Lachlan tuviera razón acerca del préstamo, ¿cómo podía justificar todo lo que había hecho? Su primer intento de secuestro había fracasado,

cuando quiso retener a Amelia, su mejor amiga, y al comandante Winter, el esposo de Amelia —otro intento de sonsacarle dinero a papá—. De no haber sido por la huida sagaz del comandante, ¿quién sabía lo que les habría pasado a los dos!

Las facciones serias de Lachlan le provocaron un escalofrío. ¿Y quién sabía lo que le iba a pasar a ella? Le había dicho que no le haría daño, pero ¿podía confiar en él? No era el mismo hombre que había conocido una vez. Desprendía un aura fiera, con una resolución inamovible. Su táctica de la noche anterior de recurrir a besos para afianzar su plan era una muestra.

Tenía que escapar de él, ¿pero cómo?

Cuando se habían detenido en una posada para hacer el cambio de caballos, él la había obligado a sentarse como antes, a su lado, apuntando con la pistola hacia la única ventana que tenía la cortina abierta. La amenaza era siempre la misma: si ella daba la voz de alarma, alguien moriría.

Venetia deseaba creer que eso era sólo un subterfugio para asustarla, pero no se atrevía a arriesgarse. Así que su única alternativa era apoderarse del arma. Si Lachlan se quedara dormido...

Cuando realizaron una segunda parada, ella quería ponerse a chillar. Tan pronto como dejaron atrás la explanada de la posada, se lanzó al asiento que tenía enfrente y resopló con fatiga.

—No sé por qué insistís en volver a sentaros delante de mí —pronunció él con una gran calma—. Ahora tendréis que volver a sentaros aquí la próxima vez que cambiemos de caballos.

—¿Hasta cuándo pensáis continuar con este despropósito? —Venetia se fijó en que el sol ya no estaba tan alto, puesto que la cortina de la ventana enfocada hacia el oeste estaba un poco entreabierta. Eso significaba que debían de ser prácticamente los ocho de la tarde, en ese largo día de verano—. ¿Pensáis continuar viajando toda la noche?

—Sí.

La palabra tersa puso fin a todas sus esperanzas de poder escapar. Si no se detenían en ninguna otra posada a lo largo del camino para cambiar de caballos, ¿cómo iba a huir?

Y si no podía huir...

De repente fue consciente de la magnitud del desastre y se le encogió el corazón. Si viajaba sola con él durante más de un día, su reputación quedaría

arruinada irremediablemente. A nadie en la alta sociedad le importaría si se había tratado de un secuestro. Él era un hombre, y ella una mujer soltera; con eso bastaba.

—Pero esto... esto significa el fin de mi reputación —susurró, aturdida.

Por primera vez durante varias horas, él la miró directamente a los ojos.

—No si vuestro padre y vuestra tía siguen mis instrucciones al pie de la letra y mantienen el silencio. Son suficientemente taimados como para inventar un cuento para excusar vuestra repentina ausencia. Y cuando arregle este tema con vuestro padre...

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

La expresión de Lachlan se endureció.

—No os preocupéis por eso.

Su comentario únicamente consiguió acrecentar los temores de Venetia.

—¿Vais a matarlo?

Él volvió a fijar la vista en la ventana.

—No he dicho eso.

Pero tampoco lo había negado. Venetia se frotó las manos agarrotadas sobre la falda.

—Si lo matáis, os colgarán, porque entonces se descubrirá que sois El Azote.

—El Azote está muerto, y mi intención es que siga muerto. Por eso os dije que vuestro padre y vuestra tía no se atreverán a arriesgar vuestra vida alegando lo contrario.

—¿Y si papá se niega a seguimos el juego? ¿De veras creéis que os entregará treinta mil libras sin más, sin oponer resistencia?

—Será mejor que lo haga, si quiere ver de nuevo a su hija.

—¿Pero y si no lo hace? —insistió ella.

Lachlan la repasó de arriba abajo muy lentamente, con impudicia.

—Entonces no me quedará más remedio que manteneros presa, ¿no? —insinuó con una voz gutural.

Venetia sintió un escalofrío incontrolable ante el comentario provocativo. Un escalofrío de miedo. Sí, tenía que serlo. Seguramente no estaba tan loca como para todavía encontrarlo atractivo. Él era su enemigo, no el Lachlan de sus sueños. Él era el villano en lugar del héroe de sus baladas que se había

apoderado de su boca de una forma tan dulce en la oscuridad.

Así que... ¿por qué notaba esa tremenda sequedad en la boca y en la garganta? ¿Y por qué le temblaban las manos? ¿Y por qué, cuando la mirada de él se tornó más oscura, y luego la clavó en sus labios, a ella se le erizó el vello de los brazos y se le aceleró el pulso?

¡Maldito fuera!

—Mantenerme presa no es la solución.

La declaración tajante pareció despertar a Lachlan de su ensimismamiento. Lentamente, volvió a desviar la vista hasta clavarla de nuevo en la ventana.

—Vuestro padre vendrá a por vos; no os preocupéis.

A Venetia se le había formado un nudo de angustia en el estómago. Que Dios se apiadara de ella, ahora sí que tenía un problema real del que preocuparse. Lachlan podía odiarla por ser la hija de quien era, pero también la deseaba, de la forma en que los hombres desean a las mujeres.

Había visto esa mirada ardiente en las caras de otros hombres con los que había bailado en las fiestas de la alta sociedad, pero jamás le habían incomodado. Lamentablemente, le resultaba imposible ignorar esa actitud con un hombre que la tenía totalmente subyugada. Un hombre que la había besado apasionadamente la noche anterior.

Y no era que pensara dejar que la volviera a besar. De ningún modo. Si él osaba intentarlo de nuevo, cumpliría su amenaza de morderlo otra vez.

Lachlan cerró del todo la cortina, luego frunció el ceño.

—Si tenéis un poco de sentido común, lo mejor será que os pongáis a dormir. Nos queda un largo trayecto por delante.

Ella tenía que escapar, como fuera. Tenía que convencerlo para que la dejara apearse del carruaje la próxima vez que se detuvieran. De pronto se le ocurrió una idea. Era indudable que tenía determinadas necesidades físicas, así que él no podría negarse a dejarla bajar para hacerlas.

—No es sueño lo que tengo.

Lachlan enarcó una ceja ante su tono tajante.

—Disponemos de suficientes provisiones para...

—No estoy hambrienta, maldito seáis. —Se estaba muriendo de hambre. Había pasado mucho, muchísimo tiempo desde la última vez que había probado bocado, pero pedir comida no la ayudaría a salir del carruaje, ¿no?

Súbitamente, Lachlan soltó una estentórea carcajada.

—Claro, después del bocado que me habéis dado...

—Es algo más urgente que eso. A veces, una mujer, o cualquier persona, tiene que...

—¿Beber algo? ¿Queréis agua?

—¡No! —¿Cómo era posible que fuera tan obtuso?—. ¡Lo último que necesito es agua!

A él se le iluminó la cara.

—¡Ahhhh! Tenéis que hacer pis. ¿Por qué no lo decíais claramente?

Venetia lo miró con aprensión.

—Porque no soy tan vulgar como vos.

—No, vos sois demasiado arrogante incluso para admitir que hacéis vuestras necesidades fisiológicas como el resto de los mortales. —Una sonrisa burlona coronó sus labios—. Podría escribir una balada sobre esa particularidad para vuestra colección, si queréis: La Princesa Orgullosa odia orinar. / Considera que es un acto vulgar. / Y cuando va a hacer aguas menores, / Alguien le ha de secar el...

—¡Ya basta! —Un rubor cubrió sus mejillas—. Además, eso no se asemeja a una balada. Son unos versos ramplones, muy ramplones, si queréis mi opinión más sincera.

Lachlan se encogió de hombros.

—Como gustéis. —Abrió el panel situado detrás de su cabeza—. Jamie, tenemos que detenernos. La señorita necesita hacer pis.

—De acuerdo, señor —convino el joven cochero, y al instante el carruaje aminoró la marcha.

—¡Aquí no! —protestó ella—. ¡En la próxima posada donde cambiemos de caballos!

Lachlan arqueó una de sus gruesas cejas.

—Dijisteis que era urgente.

—Puedo esperar hasta que lleguemos a un sitio donde haya... ejem, ya me entendéis.

—¿Un retrete? —La observó con una pasmosa calma—. Si pensáis que os dejaré pasearos por una posada para que le contéis a todo el mundo lo de vuestro secuestro, vais lista, bonita. Aquí o en ninguna parte.

Venetia deseaba poder borrar esa irritante calma de su cara a bofetadas, y luego echarlo del carruaje con una certera patada en el trasero. ¿Qué había dicho tía Maggie? «No aguantarías ni un solo día con un apuesto *highlander*, antes de que te asaltaran los deseos de golpearlo en la cabeza con la jarra». ¡Qué pena que tuviera razón!

Mientras el carruaje se detenía, Venetia se dedicó a mirar por la ventana. Ningún árbol ni ningún arbusto a la redonda, solo campos llanos hasta donde alcanzaba la vista.

—No puedo... supongo que os hacéis cargo... allí fuera... ¡Por el amor de Dios! ¡Cualquiera podría verme!

—No hay nadie cerca. Decidios de una vez, ¿necesitáis hacer pis o no?

Lanzándole una mirada asesina, Venetia asió el tirador de la puerta.

—¿Es necesario que continuéis usando esa expresión tan vulgar?

Lachlan esbozó una mueca socarrona.

—La verdad es que encuentro más interesante constatar cómo consigo sacaros de vuestras casillas.

—Realmente sois un ser execrable —refunfuñó ella al tiempo que se apeaba del carruaje—. Es evidente que os habéis pasado demasiado tiempo recorriendo caminos con rufianes. Os habéis olvidado de cómo se comporta un caballero. Si es que alguna vez lo habéis sabido.

Para su horror, él se apeó tras ella y la agarró por el brazo.

Venetia le dio un manotazo para zafarse de su garra.

—¡No pensaréis acompañarme!

—Puedo, y lo haré. Sois lo suficientemente estúpida como para intentar huir corriendo por estas colinas, y no estoy de humor para perseguiros.

—Lachlan, por favor, otorgadme unos minutos sola...

—No os miraré, os lo prometo. Pero no pienso permitir que os separéis más de unos pocos pasos de mí, así que será mejor que os vayáis haciendo a la idea.

Con un suspiro, Venetia abandonó sus esperanzas de escapar en esa ocasión. Pero la desesperación se fue adueñando de ella a medida que se alejaban del carruaje. ¿Por qué todo tenía que ser de ese modo?

El muy bribón se detuvo al lado de un barranco con una pendiente poco pronunciada.

—Ahí abajo quedaréis fuera del alcance de la vista de cualquiera que pase por la carretera. Os daré la espalda, pero tendréis que hablarme continuamente. Si os calláis un instante, me daré la vuelta, ¿entendido?

Apretando los dientes, ella asintió, luego descendió por la vertiente.

Apenas había encontrado un espacio donde mantenerse de pie sin perder el equilibrio cuando él ladró:

—¡Hablad, bonita!

Ella lo insultó a viva voz.

Lachlan se echó a reír.

—De acuerdo, eso servirá. Seguid así.

Venetia se alzó las faldas, y pensó en algo que decir.

—¿Nos dirigimos a Rossraig?

—A un lugar aledaño. Es donde he estado viviendo desde que vuestro padre mandó a esos secuaces para que me asesinaran.

—Es posible que alguien haya intentado asesinaros, pero no fue mi padre. Un hombre como vos debe de tener miles de enemigos.

—Nadie que haya proclamado su conexión con vuestro padre antes de... —
Se calló súbitamente.

—¿Antes de qué?

—Nada —espetó él—. Esmeraos en hacer lo que se supone que tenéis que hacer, ¿de acuerdo, Princesa orgullosa? Daos prisa.

—Os agradecería que no me llamarais así. —Acabó de orinar—. Después de todo, ya no somos un par de críos.

—Qué gran verdad —murmuró, casi para sí mismo.

Venetia alzó la vista y lo miró alarmada, pero él seguía dándole la espalda. Quizá todavía quedaba algún vestigio del hombre civilizado que había sido dentro de ese cuerpo desalmado. Quizá ella se había estado equivocando durante todo ese tiempo, luchando contra él en lugar de intentar camelarlo, adulándolo para que bajara la guardia.

Subió la cuesta del barranco.

—Ya he terminado. Y os doy las gracias por... —Se detuvo con la vista fija en la lejanía—. ¡Dios mío!

Lachlan miró en la dirección que ella apuntaba.

—¿Qué pasa?

El sol se ponía por encima de las montañas a lo lejos, lanzando unos bellísimos destellos que bañaban la tierra con un juego de luz y de sombras. A causa de las cortinas cerradas en el carruaje, Venetia se había perdido esa gloriosa visión. Los campos de lavanda moteados de florecillas rosas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, campos salpicados por unos rayos de sol tan intensos que incluso le escocían los ojos al contemplar el paisaje fijamente.

—Hace tanto que no pisaba estas tierras —susurró—. Y ahí están, sonriéndome a lo lejos.

Lachlan siguió la dirección de su mano, y su rostro se suavizó.

—Esa montaña más alta es Ben Lawers.

Ella suspiró.

—Es como estar en un sueño. Un sueño antiguo, mágico, que me ha perseguido desde que me marché. Es tan bello...

—Sí que lo es, querida.

Venetia alzó la vista para mirar a su captor y descubrió su cara iluminada por un resplandeciente placer.

—Siempre habíais dicho que odiabais las Tierras Altas. No veíais el momento de perder estas tierras de vista.

—Era un imbécil, demasiado arrogante como para reconocer lo que realmente es importante.

—¿Y qué es?

Esa fiera mirada volvió a emerger en su cara, y de repente a Venetia le pareció que él era la viva imagen de un *highlander* guerrero.

—El hogar. La cuna de un hombre. Ése es mi sitio y siempre será así. — Acto seguido, la agarró por el brazo con impaciencia—. Vamos, regresemos al carruaje, milady. Deprisa.

Ella caminó a su lado en silencio. ¿Qué había dicho que le había molestado tanto? Cuando era un arrapiezo, no paraba de reír. En cambio, el Lachlan taciturno que tenía delante era un extraño para ella.

Mientras se encaramaban al carruaje y ella se acomodaba en su asiento, Lachlan ordenó a Jamie que se pusiera en marcha. Venetia decidió abrir la otra cortina, para no perderse la fabulosa vista durante el trayecto, pero él le retuvo la mano.

—Dejadla cerrada.

—¿Por qué? —Venetia forcejeó—. Estamos muy lejos de cualquier localidad. Nadie puede vernos.

Lachlan no le soltó la mano, sino que ejerció más presión.

—Dejadla cerrada, o no dudaré en maniataros.

Ella cesó de forcejear. Jamás podría escapar si él la inmovilizaba.

Cuando él constató que de nuevo la había subyugado, la soltó. Venetia se lanzó de nuevo contra el asiento, con cara enfurruñada, y aspiró profundamente para contener su rabia. Enfurecerse no le había servido de nada hasta ese momento.

Cuando tuvo la confianza de que podía volver a hablar sin perder el control de su voz, dijo:

—Lo único que quería era contemplar las montañas. Seguramente no puede ser algo tan...

—¿Creéis que no sé lo que estáis intentando? Con toda esa locuacidad acerca de las Tierras Altas... Estáis intentando engatusarme para que os deje marchar. —Cruzando los brazos por encima de su amplio pecho, la miró con desdén—. Pues os aseguro que camelarme no os funcionará mejor que perforarme el labio de una dentada.

Su aspecto provocador, su porte beligerante... por un segundo efímero le pareció un chiquillo bravucón, la clase de actitud que los mocosos mostraban cuando se los obligaba a hacer aquello que más detestaban.

¿En qué estaba ella pensando? Ese villano había asaltado a viajeros inocentes sin sentir ni una gota de compasión por ellos, había secuestrado a sus amigos y también le había mentido, intentándola seducir para secuestrarla más fácilmente. Podía hacer alarde de la típica actitud egoísta de un crío, pero detrás de esa apariencia se ocultaba un hombre sanguinario. Y ese hombre podría arruinar su vida para siempre.

Pero eso no quería decir que ella le permitiese salirse con la suya. Venetia echó los hombros hacia atrás, adoptó la postura de superioridad que había aprendido tan bien en la escuela de la señora Harris.

—Puesto que mi comportamiento gentil os ofende tanto como mis mordiscos, decidme, ¿cómo debería actuar? ¿Con insultos? ¿Con una conversación educada? ¿Con lágrimas? ¿Hay algo que pueda hacer para no enojaros?

Venetia podría probablemente haberle roto una barra de hielo en su rígida mandíbula.

—Lo mejor será que os estéis calladita, bonita.

—No creo que pueda hacerlo, «bonito» —espetó ella con altanería—. Lo mínimo que podéis hacer después de secuestrarme es permitirme un poco de entretenimiento. —Le dedicó una sonrisa acaramelada—. Quizá podría cantar. Os puedo ofrecer un amplio repertorio de baladas. —Y había oído decir que la música amansaba a las fieras.

—Nada de cantar. Recuerdo cómo cantabais, y la verdad es que no siento ningún deseo de tener que soportar la misma tortura.

¡Menuda sarta de insultos!

—Sólo tenía seis años cuando tarareé esa estúpida melodía en la que estáis pensando. Os lo aseguro, mis dotes musicales han mejorado considerablemente desde entonces.

—¿Buscáis entretenimiento? —Sacó de mala gana un zurrón de debajo del asiento, rebuscó en su interior, y luego le lanzó un objeto—. Pues comed algo. Por lo menos eso me proporcionará unos minutos de paz.

Ella volvió a lanzarle el bulto envuelto en papel.

—No, gracias. —No pensaba darle ni un minuto de paz.

Lachlan achicó los ojos.

—Ya sé que no es un manjar succulento, pero incluso una dama tan remilgada como vos no puede negarse a probar un delicioso bocadillo de ternera asada.

A Venetia le rugían las tripas, pero ignoró la invitación.

—Si queréis que pruebe bocado, será mejor que detengáis este carruaje y me ofrezcáis un ágape como es debido.

—Así que doña Estirada desea un ágape como es debido, ¿eh? —Lachlan apoyó la espalda en el respaldo del asiento, abrió el paquete y sacó un bocadillo que tenía una pinta deliciosa. Esperó hasta que a Venetia se le hizo la boca agua, y entonces se lo ofreció—. No vamos a detenernos para disfrutar de ningún ágape especial, así que será mejor que os vayáis haciendo a la idea. Y pasar hambre tampoco os ayudará a libraros de mí, por lo que será mejor que comáis.

—No pienso comer hasta que me dejéis volver a Edimburgo. —Cruzó los brazos por encima del pecho—. Y no hay nada que podáis hacer para

convencerme de lo contrario.

Él se la quedó mirando fijamente, entonces empezó a devorar el bocadillo.

—Como gustéis, milady.

Por un momento, el silencio reinó en el carruaje y ella luchó por ignorar el tentador aroma a ternera asada. ¿Y era mostaza, lo que también olía?

—De todos modos, probablemente lo más apropiado sea no daros de comer —concluyó él al final.

Venetia permaneció callada.

—Cuánta más hambre tengáis, menos problemas me causaréis.

Ella lo miró con aprensión.

—Si estáis tan débil como para ser incapaz de huir o de luchar, podré...

—¡Oh, dadme ese maldito bocadillo de una vez! —Nada más conveniente que dejar que un bestia como él la atormentara sin tregua, y que encima acertara en los motivos por los que debería comer.

Con los ojos refulgiendo de triunfo, Lachlan le pasó otro paquete, luego continuó buscando en el zurrón.

—También hay manzanas.

Venetia se quitó los guantes, desenvolvió el paquete, luego emplazó el papel con delicadeza sobre su falda para usarlo a modo de plato. Él dejó de mordisquear el bocadillo para observarla mientras ella desmenuzaba meticulosamente el bocadillo hasta convertirlo en trocitos más manejables.

—¿Se puede saber qué diantre estáis haciendo? —le conminó.

—Comerme el bocadillo.

—No, no es verdad. Lo estáis diseccionando.

Ella se llevó un trozo a la boca, lo masticó diez veces y luego se lo tragó.

—Es el modo en que degusto un bocadillo, señor.

—¿Por qué?

Años de hábito. Mamá le había enseñado a comer de ese modo para erradicar su tendencia a devorar los alimentos. ¿Pero por qué molestarse en explicárselo cuando podía irritarlo con su actuación meticulosa?

—La gente civilizada come así. Pero claro, un hombre como vos no podéis entender a qué me refiero.

Venetia tuvo que contener la risa cuando él soltó un bufido.

—Por si no os habíais dado cuenta, os he secuestrado. No es el momento más oportuno para preocuparos por esos formalismos.

—La buena educación nunca está de más. No lo dudéis, el verdadero tesoro de una dama es el modo en que se comporta en los momentos más difíciles. — Cuando él lanzó otro bufido de cansancio, ella prosiguió—: Supongo que a vos os enseñaron algo similar en el ejército, me refiero a aceptar la disciplina sin rechistar. Aunque es evidente que en los últimos años habéis hecho caso omiso de esas enseñanzas tan valiosas.

—Ah, sí, la disciplina —terció él con un tono sarcástico—. La palabra inglesa para «quédate de pie y pégate un tiro si te lo ordenamos».

Ella lo miró con desdén.

—¿Y no es eso lo que hacen todos los soldados?

—Los soldados luchan. Pero cuando no hay modo de luchar contra un oficial superior... —Lanzó una maldición—. No lo comprenderíais.

—Puedo intentarlo —apostilló ella.

Él volvió a recostarse en el asiento y cambió de tema.

—Así que eso es lo que os enseñaron en esa escuela de niñas de familia bien, ¿eh? —Movié un dedo para señalar el improvisado plato—. A comer un bocadillo como una dama inglesa, ¿no?

Con un suspiro, Venetia tomó otro trozo de bocadillo.

—Entre otras cosas, sí.

—¿Cómo qué?

—Cantar —concretó con rabia—. Andar con elegancia, comportarse debidamente en público, hablar francés...

—Pescar un marido.

Ella enarcó una ceja.

—Cómo pescar al marido ideal. La señora Harris ponía todo su empeño en enseñarnos a distinguir a un vulgar bribón de un caballero. —Su tono se trocó en amargura—. Aunque por lo visto no aprendí esa lección demasiado bien.

Él la miró sin pestañear, y a Venetia le pareció distinguir un atisbo de remordimiento en sus ojos. Parecía como si él se sintiera incómodo; apartó la vista y volvió a enzarzarse en la labor de rebuscar en el zurrón. Cuando ella acabó de dar buena cuenta del bocadillo, Lachlan depositó una manzana encima del plato improvisado.

Pero cuando ella fue a asirla, él le cogió la mano.

—No habéis hecho nada malo, y lo sabéis. Vuestro padre tendría que haberos prevenido sobre mí. No es culpa vuestra.

—¿Ahora sois vos el que intenta camelarme? Porque no funcionará, «bonito». Soy una «dama remilgada» y «demasiado estirada» para eso. —La rabia pujaba por escapársele a borbotones por la garganta—. Al contrario de lo que pensasteis probablemente ayer por la noche, generalmente no me gusta que me adulen ni que intenten conquistarme con palabras lisonjeras para apartarme del comportamiento decoroso que se espera de mí.

—Hablo en serio, bonita —terció él con más firmeza, apresando su mano con la suya—. No habéis hecho nada malo, ¿entendido? Ni ayer ni hoy.

Un largo suspiro se escapó de los labios de Venetia.

—Nunca tendría que haberle pedido a papá que me dejara venir a Escocia. Me avisó de que era muy peligroso, pero no le hice caso.

—Tampoco habría servido de nada. —Lachlan clavó la vista en su mano, luego deslizó el dedo pulgar por encima del de Venetia, casi sin darse cuenta—. Os habría secuestrado incluso si hubiera tenido que arriesgarme a ir a Londres para lograrlo. Después de que vuestro padre enviara a sus esbirros a matarme, la batalla estaba iniciada. Vuestro viaje a estas tierras sólo me facilitó el trabajo, eso es todo.

Venetia no podía soportar esa inesperada gentileza. Justo cuando ella deseaba odiarlo, él actuaba de un modo que le recordaba al hombre que había sido una vez. ¡Maldito fuera!

Venetia apartó la mano de la de su captor, apoyó la espalda rígidamente en el asiento y lo miró de nuevo con porte irreverente.

—Entonces, supongo que lo único que me queda por hacer es intentar no ponerlos las cosas fáciles, ¿no?

Capítulo ocho

Querida Charlotte:

Ya os lo había dicho antes, pero por lo visto es necesario que vuelva a repetirlo. Es posible que vuestro esposo fuera un tarambana, pero eso no significa que todos los hombres sean así. Un indigente puede amar a una princesa y no ser un cazafortunas.

Vuestro primo, Michael

*H*abían transcurrido tres horas y Lachlan estaba al borde de perder la paciencia. Cuando esa pesada no estaba recitando los principios que su institutriz le había enseñado en la escuela, se ponía a cantar todas las canciones que sabía. Él lo habría soportado mejor si ella hubiera entonado mal, pero lo cierto era que cantaba como un ruiseñor, con unas notas suaves y delicadas como la miel. Consegúan hacer que un hombre deseara lo que no debía, que sintiera cosas que no debía.

Y eso tampoco era lo peor de todo. En realidad, era lo que cantaba lo que más le irritaba. No se trataba de melodías pegadizas ni cancioncillas edulcoradas sobre leyendas heroicas para la Princesa Orgullosa, ah, no. Venetia cantaba acerca de mujeres que habían sido seducidas y abandonadas por soldados, u obligadas a casarse con el hombre indebido, o tratadas cruelmente por sus esposos.

Cuando acabó con ese repertorio, empezó con baladas sobre *highlanders*. Esos héroes siempre acababan mal al final —o bien ahorcados o abatidos a disparos o traicionados por sus amantes—. Venetia incluso tuvo la sagacidad de tararear una conocida canción acerca de un *highlander* botarate que secuestró a una muchacha, y que la muchacha se rio de él escapando ante sus narices.

Lachlan la dejó que se entretuviera, en parte porque eso la mantenía ocupada y en parte porque la única vez que había intentado detenerla, Jamie protestó. Por lo visto, el mozo no encontraba una mejor manera de matar el aburrimiento mientras conducía el carruaje.

Pero Jamie no tenía que verla mientras la oscuridad se iba adueñando

lentamente del compartimiento, sólo iluminado ahora por la tenue luz de la luna; ni ver ese adorable cuello arqueándose mientras entonaba, ni esos enormes pechos alzándose cada vez que ella llenaba los pulmones. Jamie no tenía que combatir contra la imperiosa necesidad de inclinarse hacia delante y besarla en la garganta, deslizar la lengua por su cuello, embriagarse con su aroma floral...

Lachlan masculló una maldición entre dientes y desvió la vista hacia la ventana para no tener que sufrir el dolor de verla y querer... querer...

¡Que el diablo se llevara a esa fémica! ¡Le hacía querer lo imposible!

Entre el canto y los suspiros por sus Tierras Altas natales, lo estaba sacando de quicio. Esa tarde, mientras ella contemplaba cómo se ponía el sol... había tenido que solicitar ayuda a Dios para contenerse y no abalanzarse sobre ella y besarla sólo por el hecho de echar de menos las Tierras Altas escocesas.

Salvo que eso no era cierto. Lo que pasaba era que ella recordaba un lugar que ya no existía —si es que alguna vez había existido—. Había cubierto con rosas las memorias de su infancia, como suelen hacer las niñas, y se había olvidado lo habituada que estaba a las maneras de la alta sociedad londinense, a una vida llena de comodidades y de libertad gracias al dinero que su padre había obtenido por una vía abominable.

En esos días sólo la gente muy rica en Escocia, los duques y los marqueses, podían vivir así, y sólo lo conseguían aprovechándose de los enormes esfuerzos de sus aparceros. Cuando Venetia viera lo dura que resultaba la vida en esos parajes, renegaría de ese sueño, igual que le había pasado a su anterior prometida.

¿Y quién podía culparla?

Por fin el compartimiento del carruaje quedó sumido en un absoluto silencio. Lachlan rezó porque ella se hubiera quedado afónica de tanto cantar.

—¿Lachlan? —musitó una voz en la oscuridad.

Él apretó los dientes para no estallar en una maldición a viva voz.

—Será mejor que durmáis.

—Pero si vos no estáis durmiendo, ¿por qué lo habría de hacer yo? —inquirió con obcecación.

—No necesito dormir. —Ese día, había dormido hasta el mediodía aposta para poder aguantar toda la noche de vigía.

—Bobadas. Incluso una alimaña como vos necesita dormir. —Venetia hizo una pausa—. A menos que el remordimiento por vuestros pecados sea la causa de vuestro insomnio.

Ella jamás daba el brazo a torcer, ¿eh?

—Diría que es más por una cuestión de esa desagradable disciplina que antes habéis mencionado que tanta falta me hace. Los soldados, cuando están de servicio, caminan durante días sin dormir ni una sola hora. Estoy acostumbrado. —Pero entonces él era más joven. Y no se estaba recuperando de una paliza y de una fiebre que había estado a punto de enviarlo a la tumba.

Bendito silencio. Aunque sólo duró un momento.

—¿Vuestra madre sabía que os proponíais secuestrarme?

Por todos los santos; esa pesada era la reina de las preguntas impertinentes.

—No.

—¿Sabe que sois El Azote?

—No sabe nada de toda esta historia —espetó—. ¿Por qué?

—Seguramente ella se habrá fijado en los ingresos extras y en las desapariciones...

—Las mujeres en los clanes aprenden con celeridad a no prestar atención a tales detalles. Muchos son los *highlanders* que se ven abocados a realizar trabajos ilegales o peligrosos, como por ejemplo dedicarse a la destilería. Si una esposa es inteligente, aceptará todo lo que él lleve a casa sin rechistar ni preguntar.

—¿Y si no es inteligente?

—Entonces ya se encargará él de coserle el pico —soltó con un tono implacable—. ¿Por casualidad no llevaréis una aguja e hilo de coser en el bolsillo, querida?

—Muy ocurrente. —Venetia hizo una pausa—. Describís a los *highlanders* como si todos ellos fueran ladrones, pero no soy una dama de Edimburgo que crea a ciegas en tales prejuicios. Desde luego vuestra familia no era así cuando la conocí. Y vos, después de todo, sois un *baronet*.

—Ya, pero tener un título no me ha traído más que quebraderos de cabeza. Igual que a mi madre.

Ella suavizó la voz.

—La recuerdo perfectamente. Siempre fue una mujer muy práctica, y

siempre estaba muy ocupada. Ahora que lo pienso, era más bien parlanchina y dada a los chismorreos. No me la imagino callada ni quieta. Le habrá costado mucho fingir que estabais muerto durante estos últimos meses. Seguramente tuvisteis que alegar una buena razón para que accediera a intervenir en esta farsa. ¿Qué le contasteis?

Lachlan no vio ningún motivo por el que tuviera que ocultar la verdad, y quizá, si le daba algunas respuestas, ella dejaría de acosarlo con recriminaciones e impertinencias y se quedaría dormida.

—Le dije que los secuaces de El Azote me habían tendido una emboscada después de que yo matara a su patrón. Y ellos eran tan numerosos que tuve que fingir que me había ahogado para evitar que acabaran conmigo.

Eso fue lo que le dijo cuando recuperó la conciencia y pudo volver a hablar, lo cual no sucedió hasta varios días después del infortunio.

—Después aduje que, puesto que les había visto la cara, lo más sensato era seguir adelante con la farsa hasta que pudiera combatir contra ellos como era debido. —Después de que recuperase suficientemente sus fuerzas para enfrentarse a ellos.

Venetia consideró la explicación durante unos momentos.

—¿Y por qué no le contasteis simplemente la verdad? —sugirió, con un tono insolente—. De todas las personas que os rodean, ella sería la primera en darse cuenta de que vuestra causa era justa.

—No quiero implicarla en esto. Si algo me pasa y se me llevan preso, no quiero que ella pueda sentir ni un ápice de remordimiento. Ya es bastante malo que haya tenido que confiar en algunos de los hombres de mi clan después del ataque. Nunca antes los había implicado en mis asuntos personales; siempre consideré que puesto que yo era quien había elegido arriesgar mi vida, debería poner en peligro sólo la mía.

—Y la de Jamie —apuntó ella—. Y las vidas de aquellos a los que habéis asaltado.

—Nunca he herido a ninguno de ellos, y vos lo sabéis —se defendió Lachlan—. Y me he limitado a tomar aquello que vuestro padre le debe a mi familia.

—Lo que creéis que mi padre le debe a vuestra familia. —Cuando él resopló con irritación, Venetia se apresuró a agregar—: ¿Y qué pasa con Jamie?

—Jamie y mis otros dos compañeros provenían de mi antiguo regimiento. Regresaron a Escocia para nada, sin hogar, sin los de su clan, sin trabajo... Así que les ofrecí repartirnos lo que obtuviéramos si me ayudaban a desvalijar a los amigos escoceses de vuestro padre.

Él frunció el ceño en la oscuridad.

—Lamentablemente, Sean y Robbie se volvieron avariciosos y decidieron salir solos a asaltar a todo aquel que viajaba por estas carreteras. Esos dos idiotas acabaron muertos, mientras atracaban a un mercader con un trabuco. Pero Jamie tiene los sesos donde los ha de tener. —Su voz se endureció—. Y me ha sido leal desde que se alistó en el ejército como tamborilero, así que de nada servirá que malgastéis saliva intentando convencerlo para que os ayude a escapar.

—¡Qué buena idea! —lo pinchó ella—. Parece demasiado joven para haber tenido muchas experiencias amorosas. Quizá, si le sonrío con coquetería y...

—Hablo en serio, bonita —gruñó Lachlan—. Dejad al muchacho en paz.

—¿O qué? ¿Me coseréis la boca para que no hable?

—No, pero os aseguro que no os gustará nada mi castigo.

—Antes tendréis que someterme, Lachlan Ross, y creedme, haré todo lo posible para que no resulte una tarea fácil ni agradable —lo amenazó ella.

Un impulso mordaz hizo que él espetara:

—Eso está por ver. Por el momento me conformo con teneros bajo control sin tocaros ni un solo pelo. —Cuando escuchó el suave jadeo de su rehén, añadió—: Así que no tentéis la suerte cometiendo una tontería como flirtear con Jamie o entablar conversación con él, o no respondo de mis actos.

La amenaza consiguió que Venetia cerrara el pico. Por fin.

Pero ahora Lachlan veía imágenes que lo torturaban, como que la tumbaba bruscamente sobre un campo de hierba y cubría su lujurioso cuerpo con el suyo. Ella se entregaba a él con pasión, rodeándolo por el cuello con sus gráciles brazos pálidos mientras él se apoderaba de uno de esos esplendorosos pechos con su boca, y empezaba a succionarlo, a chuparlo...

Una sacudida del carruaje lo sacó arbatadamente de su sueño delirante. Echó un vistazo al exterior y constató que se habían detenido.

—Dios mío —murmuró mientras abría el panel.

Sobresaltado, Jamie dio un saltito en su asiento.

—¡Estoy despierto! ¡Os lo aseguro, señor! ¡Estoy bien despierto!

—No, no lo estás. —Lachlan saltó a la carretera—. De todos modos, estaba pensando en relevarte pronto. Sube al compartimiento y duerme un rato. Ya conduciré yo.

—¿Y qué pasa con la dama? —preguntó Jamie mientras se bajaba del asiento del conductor.

—Exactamente, ¿qué pasa con la dama? —repitió Venetia, con la cara enmarcada por la puerta abierta, y la luz de la luna iluminando su rebelde y diminuta barbilla.

—Si la dama tiene un poco de sentido común, también dormirá un poco. —Lachlan abrió el abrigo y apoyó la mano a propósito sobre su pistola—. Pero si no quiere hacerlo, será mejor que recuerde que todavía llevo a este amigo encima. —La miró fijamente—. ¿Me habéis oído, bonita? Si os atrevéis a emitir el mínimo sonido cuando llegemos a la explanada de la próxima posada, alguien morirá. Y no seré yo.

Cada vez que la amenazaba con esas palabras, esperaba que ella le gritara que él no podía cometer tal atrocidad. Y cada vez que Venetia se quedaba callada, tenía la certeza de que ella creía esa gran mentira. Sin lugar a dudas, lo tomaba por un hombre sanguinario de la peor calaña, y no importaba lo que alegara, ella continuaría creyéndolo.

—Si te molesta con su charlatanería, Jamie —continuó Lachlan—, la ataré y la colocaré a mi lado como si de un fardo se tratara. —Miró a Venetia con desprecio—. Y estoy seguro de que disfrutaré haciéndolo.

—De eso no me queda la menor duda —contraatacó ella alzando la barbilla con petulancia—. Estáis increíblemente obsesionados con la idea de maniar a mujeres. —Se echó de mala gana contra el respaldo del asiento mientras Jamie entraba en el compartimiento y cerraba la puerta.

—No estoy obsesionado con maniar a mujeres —murmuró Lachlan, y se encaramó al asiento del conductor—. Sólo a vos, bonita, sólo a vos.

A pesar de que Venetia había hecho todo lo posible por irritar a Lachlan, nada había parecido penetrar en su cerebro tan duro. Él se había mostrado apático durante todo el tiempo, con la vista fija en la ventana como un guerrero esculpido en granito, excepto por algún movimiento ocasional de algún músculo.

Sin embargo, tenía que admitir que a pesar de sus rudos comentarios y de sus toscas maneras, hasta ese momento se había comportado como un captor considerado. Se habían detenido dos veces más en la carretera para que ella pudiera aliviar sus necesidades. La comida que le había ofrecido era apetitosa, y el carruaje era realmente cómodo.

Venetia no sabía qué pensar. Siempre que había leído algo acerca de El Azote, se lo había imaginado como un aparcerero de papá, medio loco y amargado, que se había decantado por los actos vandálicos. Su amiga Amelia había descrito a los cómplices como unas horribles alimañas que tenían la firme intención de matar al marido de Amelia. Y quizá era cierto, dadas las propias palabras de Lachlan sobre la estupidez de sus dos compinches.

Pero Jamie no encajaba en esa descripción. Tenía el aspecto de un mozo de unos diecinueve años y, a juzgar por su actitud ahora, delante de ella, hecho un ovillo en la punta del otro asiento, parecía nervioso ante el hecho de quedarse a solas con ella. Incluso se sobresaltó cuando le rozó la falda con la pierna sin querer.

—No muerdo, ¿lo sabías? —le dijo Venetia con suavidad, plenamente consciente de que Lachlan estaba al otro lado del panel.

—Lo sé, milady. —Buscó debajo del asiento, sacó una manta doblada y se la entregó—. Empieza a refrescar. Quizá os apetezca taparos un poco. —Sacó otra para él y montó un gran numerito desplegándola sobre él antes de apoyar la cabeza en el asiento y entornar los ojos.

—Mira, Jamie, es obvio que tú no eres como tu señor. Eres consciente de que lo que él hace está mal, ¿no?

El mozo entreabrió un ojo.

—Lachlan Ross no ha hecho nada malo en su vida. Es el hombre más bueno que jamás he conocido. Así que no me habléis mal de él. No pienso escucharos. Y esa actitud tampoco os ayudará a escapar de él.

Después de esa declaración sincera, el joven cerró de nuevo el ojo, apoyó la cabeza en el respaldo, y pronto empezó a roncar.

Bueno, no podía aducir que Lachlan no la había avisado.

Mientras Jamie dormía, ella empezó a pensar en otras formas de escapar. La puerta que tenía más cerca estaba simplemente cerrada con un cerrojo; podría descorrerlo si tuviera la oportunidad. Pero ese acto tan sencillo le parecía inútil. Fuera estaba totalmente oscuro, y aunque escapara...

Alzó la cortina para mirar por la ventana. Más allá del camino sólo veía los perfiles de unas colinas cubiertas de brezo que brillaban bajo la plateada luz de la luna. Nada más a la redonda, ni tan sólo una casita aislada. Suspiró.

Después de un rato, acunada por el único ruido del rechinar de las ruedas y el sonido de los cascos de los caballos sobre la carretera, acabó por quedarse dormida.

No fue hasta un rato después de que se hubiera despertado cuando se dio cuenta de que tenía la mejilla aplastada contra el asiento, la manta le cubría la falda... y se habían detenido. Antes de abrir los ojos, oyó cómo se abría el panel que comunicaba el compartimiento con el asiento del conductor.

Fingió estar aún dormida, respirando pausadamente, aunque la luz de la lámpara del carruaje le iluminaba la cara. Sólo después de que el panel se cerrara se atrevió a mirar a su alrededor. Delante de ella, Jamie roncaba apaciblemente, y a través de la ventana vio que empezaba a amanecer.

Entonces el carruaje se sacudió cuando Lachlan saltó a tierra. ¿Pensaba despertar a Jamie para que volviera a tomar las riendas? No, porque de ser así, lo habría despertado a través del panel. Conteniendo la respiración, observó furtivamente a Lachlan, que se había detenido frente a la ventana para echar un vistazo al interior del compartimiento y confirmar que los dos ocupantes seguían dormidos.

Cuando desapareció, ella lo espió descaradamente a través de la ventana. Lachlan se había detenido cerca de la carretera. Acto seguido, abrió el abrigo y colocó las piernas en forma de V, y Venetia comprendió lo que se proponía hacer. Conteniendo el aliento, desvió los ojos hacia la otra ventana.

Estaban en los confines de una arboleda, arropados por la neblina matinal. Los latidos desbocados de su propio corazón retumbaban en sus oídos. ¡Ésa era su oportunidad! En el bosque cubierto por la niebla, podría encontrar un lugar donde esconderse hasta que consiguiera encontrar la casita de algún aparcero.

Pero sólo disponía de unos pocos minutos antes de que Lachlan regresara. Sin perder de vista a Jamie, apartó la manta a un lado y se inclinó para abrir la puerta por el costado opuesto a Lachlan. Entonces saltó al exterior.

En el momento en que sus pies tocaron tierra, se alzó la falda y salió disparada hacia el bosque. Se abrió paso entre los árboles, ignorando las ramas de los abedules que le desgarraban las mangas de la tela brillante de su chaquetilla, ahora en un estado deplorable.

Oh, ¿por qué había elegido vestirse de color púrpura la mañana anterior? Cuando la luz del alba iluminara el cielo, su traje destacaría como una baliza roja en medio de un océano. Lo mejor era poner pies en polvorosa y alejarse tanto como pudiera de él y...

—¡Maldita sea! ¡Venetia!

El grito la atravesó como una saeta. Frenéticamente, siguió abriéndose paso entre los troncos que ahora eran cada vez más visibles. Que Dios la ayudara; ese bosque no era demasiado frondoso; podía distinguir los árboles que se erigían a lo lejos, donde la neblina era más densa sobre un lago.

Cambiando de dirección, corrió en paralelo hacia el lago, rezando para que el bosque no se acabara allí, pero por desgracia constató que cada vez había menos árboles, hasta que estos desaparecieron por completo ante una enorme losa de granito que se extendía hasta el lago. Y ahora podía oír a Lachlan avanzando a pasos agigantados entre la vegetación que ella acababa de dejar atrás. La alcanzaría de un momento a otro, si no encontraba un lugar donde esconderse.

Sorteó un peñasco con una increíble agilidad y se alejó del lago, pero el camino se volvió más rocoso, hasta el punto que se vio obligada a trepar por unas enormes rocas. Se trataba de subir o de regresar, y se negaba a volver a ver a Lachlan.

Con un poco de suerte, él la estaría buscando cerca del lago. Quizá esos peñascos tan enormes la escudarían de la vista de cualquier persona que se hallara debajo de ella. Incluso podría encontrar una cueva donde refugiarse.

De pronto, algo oscuro y fiero apareció en el sendero delante de ella y abrió sus fauces. Venetia estuvo a punto de ponerse a chillar... hasta que se dio cuenta de lo que era.

Gracias a Dios, sólo se trataba de un gato atigrado. Un gato de considerables proporciones, sí, pero nada más que un gato. Quizá, si le murmuraba algunas palabras lisonjeras con un tono sosegado... Se acercó al animal; probablemente era uno de esos gatos salvajes e indomables que recordaba de su infancia.

—No deis ni un paso más, bonita. —Venetia oyó la voz baja de Lachlan a sus espaldas.

El corazón se le comprimió mientras se daba la vuelta para verlo que se aproximaba a ella con la pistola en la mano.

Sin la intención de tirar la toalla, se acercó más al gato. —¡No pienso volver a subir a ese carruaje!

El gato lanzó un bufido y Venetia dio un saltito; rápidamente se puso a pensar cómo podía sortear al animal antes de que Lachlan le diera alcance.

Aunque le pareció extraño, Lachlan no le prestaba atención; mantenía los ojos clavados en el gato mientras seguía aproximándose con paso sigiloso.

—Apartaos a un lado para que no yerre el tiro cuando dispare a esa bestia.

—¿Bestia? ¡Ni se os ocurra disparar a un gato!

—Eso no es un gato doméstico. Es un gato montés. Todavía quedan algunos ejemplares en esta parte de las Tierras Altas.

Venetia contuvo el aliento. Había oído hablar de los gatos monteses escoceses, pero nunca había visto uno antes.

Un hecho que probablemente él sabía.

—Eso no es un gato montés. Fijaos en esa cosita tan mona...

—¡Maldita sea! Mirad bien ese bicho, y decidme si alguna vez habíais visto un gato tan grande y tan fiero.

Ella escrutó con interés los pequeños ojos amarillos del felino. En realidad, para tratarse de un gato común, era increíblemente grande, y cuando se le ocurrió dar un paso tentativo hacia él, el animal volvió a soltar un bufido como si fuera una serpiente venenosa.

Entonces Venetia comprendió la reacción del felino. Justo detrás de una roca había una pequeña cueva, y un par de cachorros asomaron la cabeza por la entrada. Eran dos gatitos bastante grandes, aunque un poco menos fieros que su mamá. Uno de ellos llevaba una pequeña liebre agarrada entre los dientes.

Todavía conteniendo el aliento, Venetia retrocedió un paso, y Lachlan la empujó hacia un lado. Pero cuando éste alzó la pistola, ella gritó:

—¡No, Lachlan! ¡Por favor! El pobre animal sólo pretendía proteger a sus cachorros. ¡Los dejaréis sin madre!

—¿Sus cachorros? —repitió él, y entonces avistó a los dos gatitos. Su cuerpo se relajó ostensiblemente—. Ah, eso explica la reacción de este animal. Normalmente, los gatos monteses no atacan a los humanos.

Bajó la pistola, y pasó el otro brazo alrededor de la cintura de Venetia.

—Ahuyentaré a ese felino si puedo. —La empujó hacia atrás con unos pasos lentos y calculados—. No hagáis ningún movimiento brusco,

¿entendido? Nada que pueda hacerle pensar que pretendemos hacerle daño. No querrá dejar a sus crías solas, así que probablemente no nos seguirá.

Empezaron a retroceder despacio, alejándose del despeñadero que se abría a su izquierda y del muro de roca a su derecha. Sólo cuando estuvieron fuera del alcance de la vista del felino, Lachlan se dio la vuelta y empezó a caminar con más ímpetu, arrastrándola sin piedad mientras se guardaba la pistola en el bolsillo.

Ahora que habían dejado atrás el peligro con el gato montés, Venetia se dio cuenta de repente de que acababa de perder la posibilidad de escapar.

—¡Soltadme, señor! —exigió ella, forcejeando para zafarse de la garra implacable que la rodeaba por la cintura—. Ya tenéis lo que queríais, pero eso no significa que...

—¿Que ya tengo lo que quería? —La agarró con una fuerza desmedida y la obligó a darse la vuelta para mirarlo a los ojos, unos ojos que refulgían irascibles—. ¿Pensáis que quería un susto como éste? ¿Ver cómo os ataca un gato montés...?

—Dudo que eso hubiera sucedido —replicó ella, aunque la alarma en la cara de su captor logró amedrentarla—. Ya me habría dado cuenta de que se trataba de un gato salvaje.

—Sí, claro, ¡después de que os hubiera atacado! —estalló él, iracundo—. ¿Y qué pensabais hacer después de escaparos?

Ella relajó los hombros.

—Buscar la casa de un aparcero y...

—¡No hay aparceros por aquí, sólo bosques y lagos! El pueblo más cercano queda a más de treinta kilómetros. Probablemente habríais andado sin parar por estas colinas hasta que hubierais muerto de hambre.

Ella lo miró con recelo.

—Seguro que hubiera encontrado algo con lo que alimentarme.

—¿Ah, sí? ¿Acaso sabéis pescar o cazar? ¿Cuándo fue la última vez que matasteis una ardilla, la despellejasteis y la desangrasteis, y luego la asasteis a la parrilla? Por cierto, una fogata que tendríais que encender vos misma. —Su tono era ahora desdeñoso—. Me juego lo que queráis a que ni tan sólo sabéis distinguir los frutos comestibles del bosque de los venenosos.

A Venetia le molestó que él tuviera razón.

—Entonces me habría limitado a continuar andando hasta llegar al pueblo.

—Se dio media vuelta, y empezó a descender el sendero hacia la arboleda—. Para que lo sepáis, soy capaz de caminar treinta kilómetros sin desfallecer. Aunque penséis que no soy más que una muchachita delicada y mimada, os equivocáis.

—Ya lo veo, y ése es el problema —gruñó Lachlan mientras aceleraba el paso para no quedarse rezagado—. Estáis tan segura de vuestros recursos que os atrevéis a hacer cualquier cosa. Pero si no andáis con más cuidado, acabaréis por tener un gran disgusto.

—¡Al menos prefiero la opción a intentarlo que quedarme con los brazos cruzados!

—¡Que el demonio se os lleve! ¿Es que no tenéis ni un ápice de sentido común? —La agarró por el brazo con rabia y la empujó contra un peñasco. Cuando ella reaccionó golpeándolo en los brazos y en las costillas con rabia, Lachlan profirió una maldición y le inmovilizó las manos, obligándola a bajar los brazos y a colocarlos a ambos lados de las caderas—. ¿Queréis hacer el favor de escucharme? ¡Quedaos quieta de una maldita vez y escuchadme!

Ella dejó de forcejear y lo atravesó con una mirada mortífera.

Él le soltó las manos.

—No sólo tenéis que temer a los gatos monteses y a morir de hambre. Gracias a las mejoras que han aplicado los terratenientes en estas tierras, la única gente que queda en los pueblos está hambrienta y desesperada. Se fijarían en el bello atuendo que lucís, en vuestras botas caras y sólo verían un cuerpo a desvalijar de arriba abajo. Nada de ofreceros ayuda.

—No os creo —rebatió ella con obcecación—. Los escoceses siempre han sido una gente muy atenta con los desconocidos.

—¿Dónde? ¿En las Tierras Bajas, cercanas a la capital? ¿En Edimburgo? Mirad, en las Tierras Altas la gente recela de las damas educadas que hablan y muestran los típicos modales ingleses. Y hay hombres que... —La repasó lentamente de la cabeza a los pies—. Sois una muchacha bonita, bonita y virginal; exactamente la clase de mujer a la que un hombre desesperado desearía ponerle las manos encima.

—Dejad que lo intenten —susurró ella con inquina.

Lachlan volvió a fijar la vista en su cara.

—Es cierto, me olvidaba; los dejaréis fuera de combate con vuestra prodigiosa inteligencia —apostilló con un duro tono sarcástico.

Su condescendencia sólo consiguió irritar más a Venetia. Le propinó una patada lo más fuerte que pudo, con su maciza bota de pasear.

Lachlan soltó un alarido de dolor y retrocedió un paso, y ella aprovechó la oportunidad para salir disparada como una bala en dirección al bosque. No llegó muy lejos antes de que él le diera alcance, abalanzándose sobre ella como una bestia. Cuando Venetia quiso darse cuenta, él estaba sobre ella, apresándola entre sus piernas.

La furia iluminó sus níveos rasgos mientras ella empezaba a forcejear para librarse de él.

—Así que lucharíais contra esos hombres, ¿eh? —se mofó él—. Si un villano intentara haceros daño, lucharíais contra él.

Venetia hizo un esfuerzo para levantar la pierna y propinarle un rodillazo justo en sus partes más íntimas, tal y como la señora Harris les había propuesto que hicieran si un hombre intentaba aprovecharse de ellas, pero él se adelantó a su movimiento, ejerciendo presión con sus muslos tan duros como el tronco de un roble para inmovilizarla por completo.

La agarró por las muñecas, y las mantuvo juntas y apesadas con una sola mano por encima de su cabecita, luego deslizó la otra mano por su cuello hasta su escote.

—¡Adelante, Princesa Orgullosa! ¡A ver cómo lucháis ahora! ¡Mostradme con qué facilidad os liberaríais de un monstruo sanguinario que quisiera deshonraros!

Venetia forcejeó bajo él, pero de nada le sirvió; era como si estuviera clavada al suelo. El peso de Lachlan la aplastaba hasta el punto de no dejarla prácticamente respirar, y él con una mano tenía más fuerza que ella con sus dos manos.

Combatiendo la mirada sulfurada de ella con otra tanto o más insolente, él le abrió la chaquetilla y dejó al descubierto la parte superior de sus pechos, orondos y seductores.

—¡Vamos! ¡Detenedme! ¿A qué esperáis? ¡Puesto que sois una fierecilla tan temible!

Lachlan empezó a deslizar la mano por el escote de su vestido, y ella contuvo el aliento.

—¿Lo veis? —Él abrió la enorme mano y la emplazó sobre el escote, con las puntas de los dedos rozando levemente sus pechos ocultos bajo el corsé—.

Sólo haría falta unos segundos para que perdierais vuestra virginidad. ¿Es eso lo que buscáis?

Ella lo miró sin pestañear, súbitamente consciente de la visible cicatriz en su frente y de las marcadas líneas que surcaban su mandíbula cuadrada. Daba la impresión de que estaba doblegado de dolor. ¿Le había hecho tanto daño cuando le había propinado la patada?

¿O es que acaso él estaba haciendo un enorme esfuerzo por contenerse y no sucumbir a sus deseos carnales? Esa posibilidad la alarmó, y entonces se dio cuenta de lo cerca que había estado de provocarlo hasta un punto sin retorno. Que Dios se apiadara de ella.

—¿Y bien, bonita? —Lachlan hundió un poco más la mano dentro del corsé para desabrochar los lazos que mantenían sus pechos apresados y ocultos—. ¿Es eso lo que buscáis?

—¡No! —Cuando él se quedó inmóvil, ella bajó la voz—. No, Lachlan.

Sin embargo, él no apartó la mano. Por un momento, Venetia tuvo miedo de haber reaccionado demasiado tarde para detenerlo. Él mantenía el muslo totalmente arrimado a ella, pesadamente entre sus piernas, como un firme recordatorio de con qué facilidad la había sometido. A pesar de que la tela de su corsé y de su blusita interior todavía aislaba su piel desnuda de esa mano hercúlea, Venetia se estremeció al sentir los dedos varoniles dentro del corsé, a escasos centímetros de la parte superior de sus pechos. Todo lo que él tenía que hacer era...

—Por favor, no me hagáis daño.

Lachlan la miró perplejo, retiró atribuladamente su mano libre al tiempo que farfullaba una maldición, y acto seguido se separó de ella y se tumbó a su lado, sobre la hierba verde.

Al principio, el único sonido audible fue el de sus respiraciones entrecortadas y el trinar discordante de un chotacabras. Después, Lachlan refunfuñó entre dientes y se recostó sobre su codo para mirarla a la cara.

—Nunca os haría daño, ¿me habéis oído? Nunca.

Venetia deseaba creer en sus palabras. De verdad que quería hacerlo. Pero sabía lo vulnerable que su aspecto debía de parecerle a él, tumbada allí, con la melena suelta y la chaquetilla abierta. Y teniendo en cuenta las circunstancias...

—Sólo lo decís porque no os serviría de nada si abusarais de mí. Papá no

os pagaría jamás el rescate.

Lachlan parpadeó varias veces seguidas, como si ella lo acabara de abofetear en plena cara, y a continuación la miró con unos ojos terriblemente seductores.

—No, no es ésa la razón. —Su confesión parecía atormentada. Entonces su expresión se suavizó hasta conferirle una imagen distinta al del *highlander* guerrero, más similar al joven esbelto del que una vez había estado locamente enamorada—. No es por eso —volvió a repetir, con una voz gutural que a Venetia le erizó el vello de los brazos—. Y lo sabéis.

Entonces Lachlan bajó la cabeza hasta emplazarla a la altura de la de ella.

Venetia había jurado que no permitiría que la besara de nuevo, y unos minutos antes habría opuesto resistencia. Pero unos minutos antes, él había sido cruel con ella. Ahora...

Ahora él se comportaba de un modo diferente. Su crueldad se había trocado en un obvio interés por ella, un interés que poco a poco estaba dando paso a algo más. Lo podía notar en su mirada ardiente, que la fundía como la mantequilla, hasta emborrachar todos sus sentidos. Podía oír la respiración acelerada de Lachlan cuando se detuvo con los labios separados meramente a un centímetro de su boca, como si pretendiera darle la oportunidad de detenerlo.

Ella no lo hizo.

Así que él no se contuvo.

Que Dios se apiadara de Venetia.

Capítulo nueve

Querido primo:

¿Qué sabréis vos de cazafortunas? Vivís a cuerpo de rey. Nunca habéis tenido que hacer frente a los acreedores de vuestro esposo, preguntándoos si se llevarán todo lo que poseéis. Nunca habéis estado a la merced de un hombre veleidoso.

Vuestra irritada allegada, Charlotte

Lachlan no sabía qué locura se había apoderado de él. Sólo necesitaba demostrarle a Venetia —y a sí mismo— que no era el monstruo que había parecido un momento antes, un hombre capaz de violar a una mujer para satisfacer sus necesidades más ignominiosas. Por eso le había dado la oportunidad de rechazar su beso.

Pero sólo una oportunidad. Porque en el momento en que estuvo lo bastante cerca como para oler el aroma a lavanda en su pelo y ver el calor que emanaban sus ojos, la besó sin poderse reprimir.

Y ella no lo había rechazado. Gracias a Dios, porque si no, Lachlan no sabía cómo hubiera reaccionado. Estaba atontado por la falta de sueño, con el corazón aún desbocado a causa del miedo que había pasado al verla delante de ese gato montés, totalmente indefensa, así que tuvo que realizar un descomunal esfuerzo para no sufrir un colapso en medio de ese beso. Especialmente cuando ella se derritió, y abrió los labios bajo su boca.

Después de eso, no tuvo que batallar más. Simplemente hundió la lengua entre esos labios rosados. No le importaba el tremendísimo dolor que sentía en la pierna, ni en las costillas, donde ella lo había golpeado con saña. Tampoco le importaba si volvía a arremeter contra él por atreverse a besar esa boquita tan tentadora.

No, no le importaba; estaba dispuesto a asumir el riesgo. La besó apasionadamente, con una necesidad palmaria, deseando todo lo que esa fiera gatita pudiera darle. Y ella se entregó sin ofrecer resistencia. Que Dios se apiadara de él, porque Venetia, tendida sobre la hierba, respondió a su beso con ardor, aceptando las embestidas de su lengua y ofreciéndole su boca sin

protestar.

Desde que habían salido de Edimburgo, Venetia había iniciado con él una guerra sin cuartel, empeñada en no dejarlo vencer. Él la había sometido cada vez que había tenido ocasión, pero ella no había tirado la toalla. Su obcecada ferocidad lo había embriagado. Y ahora que había conseguido que ella se relajara y bajara la guardia, le parecía una tentación más poderosa de lo que realmente podía soportar.

De pronto, notó la mano de Venetia alrededor del cuello, y perdió la noción del tiempo y del espacio; su mente se quedó en blanco, y lo único que hizo fue entregarse al placer de gozar de su sabor, de solazarse con esa dulce lengua sedosa que se mostraba tan dispuesta a jugar con la suya. Una necesidad imperiosa se apoderó de él, caliente y urgente, obligándolo a emplazar las manos sobre ese maravilloso cuerpo, para explorarlo y acariciarlo, en un intento de aplacar la sed antes de que perdiera el mundo de vista.

En un estado febril, le desató las cintas del corsé y desabrochó el cinturón ceñido alrededor de su cintura para poder deslizar la mano dentro y acariciarle el vientre oculto. Pero eso no bastó para saciar su sed, y su mano empezó a moverse, arriba y abajo, regalándole unas largas caricias insinuantes. Mas cuando con los dedos rozó la punta de uno de sus pechos orondos, ella abrió los labios y dejó escapar un jadeo.

—¿Qué estáis haciendo?

—No lo sé. —Lachlan resiguió su garganta con la boca abierta, deteniéndose justo encima de la venita que latía desbocadamente—. Algo que no debería hacer; de eso no me cabe la menor duda.

—Si alguien nos ve...

—Ya os lo he dicho; no hay nadie en treinta kilómetros a la redonda. —Le pareció curioso que ella se mostrara más preocupada por el hecho de que nadie los viera que en lo que realmente estaban haciendo—. Y he ordenado a Jamie que se quede con los caballos.

—Aun así, lo que estamos haciendo es decididamente muy perverso. — Pero lo afirmó sin más, no como un aviso.

—Así es, totalmente perverso. —Con el corazón disparado, le acabó de desatar las cintas del vestido para aflojar el corsé que sujetaba sus pechos—. Soy un tipo perverso, y sospecho que vos sois más viciosa de lo que os atrevéis a admitir. —Deliberadamente, acabó de aflojar las cintas de la parte superior del corsé.

Venetia tragó saliva y bajó la vista para mirarlo a la cara.

—¿Por qué lo decís?

—Por el modo en que os comportasteis en el baile —aseveró, eligiendo con cuidado las palabras. No quería asustarla—. Aceptasteis ir conmigo y asumisteis el riesgo simplemente para saciar vuestra curiosidad. —Se inclinó para besarla en la mejilla, después le lamió el lóbulo de la oreja—. Vamos, bonita, no lo neguéis; debajo de esa apariencia recatada y educada se esconde una mujer apasionada, que se muere de ganas de liberarse del yugo de las malditas normas inglesas que la doblegan hasta el punto de apenas dejarla respirar.

—Eso no es... no es verdad. —Jadeó Venetia cuando él hundió la punta de la lengua en el orificio de la oreja, y después le mordisqueó el lóbulo—. Yo... acepto... esas normas... De verdad.

—¿Por eso me permitisteis que os besara esa noche? ¿A mí, un completo desconocido? —Lachlan forcejeó suavemente para desabrocharle las vetas de la blusita—. ¿Por eso cantáis tantas canciones sobre lores perversos y sobre salteadores de caminos, quebrantadores de todas las reglas?

Ella se echó hacia atrás para mirarlo, aunque no apartó la mano de su cuello.

—Canté esas baladas para demostraros el error de vuestro proceder.

—¿De veras? De todos modos, ¿por qué mostrasteis tanto interés en aprenderlas, en primer lugar? ¿Con la finalidad de prepararos para la ocasión en que os toparais con un salteador de caminos? No, bonita, las aprendisteis porque os gustan, porque encajan con vuestra propensión a los actos perversos. —Le dedicó una sonrisa—. Las cantasteis porque tenéis más de vuestro rebelde abuelo Jacobita que de vuestro progenitor.

Lachlan metió los dedos dentro del corsé desabrochado y tiró de él hacia abajo para dejar la blusita interior completamente al descubierto.

Pero cuando asió la blusita, ella le inmovilizó la mano.

—No soy tan viciosa como para llegar hasta este punto, Lachlan.

Lástima que Venetia tuviera la otra mano apresada bajo el peso de su propio cuerpo, porque de no haber sido así, habría hecho más para detener el empuje de la mano de Lachlan. Pero él no se dejó amedrentar por esa súbita muestra de modestia. No ahora, que gozaba de una visión privilegiada de esos pechos apenas cubiertos por un pedazo de tela fina, unos pechos que parecían

pedir a gritos que alguien los acabase de liberar de ese corsé entreabierto. Por todos los santos; eran tan voluminosos como un par de jugosos melones, y los pezones rosados se trasparentaban manifiestamente a través de la blusita de lino.

—Una pequeña dosis de perversión jamás hace daño a nadie —apuntó él con una voz gutural mientras inclinaba la cabeza para besar la parte superior más hinchada de uno de esos esplendorosos pechos por encima de la blusita desajustada.

A Venetia se le aceleró la respiración tanto como a él.

—Habláis como cualquier seductor contra los que me han prevenido.

—Ya, y a vosotras os encantan los seductores, ¿no es cierto? Desde luego, no os cansáis de cantar canciones sobre ellos.

—Eso no significa que... que yo...

—Vuestro cuerpo se siente atraído por ellos, aunque lo neguéis. —Probó suerte acariciándole el pezón por encima de la tela de lino—. Por eso esta perlita se pone tan dura cuando la toco.

Venetia soltó un largo jadeo, y él la besó, con un beso seductor, prolongado y potente, hasta que notó cómo ella deslizaba la mano por la manga de su abrigo hasta alcanzar su hombro.

Sólo entonces él tiró de su blusita hacia abajo, y con ese acto consiguió liberar uno de sus lujuriosos pechos por completo. Lo cubrió con la mano, solazándose ante tanta opulencia, y Venetia tembló bajo sus caricias.

Ella clavó la mano en su hombro mientras él la acariciaba y la manoseaba con desfachatez, y sus besos se fueron tornando más frenéticos hasta que llegó un momento en el que no podía pensar en nada más que en cuánto la deseaba, en cómo su hinchado miembro viril pujaba por escapar de las telas que lo apresaban para hundirse dentro de ella.

Por fin la tenía debajo, como había soñado en numerosas ocasiones, y por una vez ella no estaba actuando como la hija de quien era. Por una vez sólomente estaban ellos dos, y ella no luchaba a brazo partido contra él. Venetia tenía suerte de que él se estuviera conteniendo para no alzarle las faldas y penetrarla con arrojito allí mismo.

Pero Lachlan no estaba tan loco como para cometer tal tontería. Un poco de manoseo, unos cuantos besuqueos serían suficientes para contenerlo hasta que llegaran al condado de Ross, donde podría encerrarla, lejos de su vista, y

esperar la llegada de su padre.

O por lo menos de eso intentaba convencerse a sí mismo.

Lachlan deslizó el muslo entre sus piernas, intentando arrimarse más, necesitando arrimarse más. Venetia soltó otro jadeo y abrió más la boca para él.

—Oh, Lachlan, conseguirás arruinar mi honra.

—No lo haré, lo prometo —declaró, temiendo que fuera una mentira, y esperando que no lo fuera.

—Lo harás. Porque... porque yo...

—¿Te gusta? Te gusta que te manosee, ¿no es cierto?

—Virgen santa, sí.

Eso fue todo lo que él necesitó para interpretarlo como una invitación: empezó a chuparle un pecho y a mordisquearle el pezón, hundiéndose en la carne femenina que se exponía tan opulentamente bajo él. Con la otra mano agarró la otra punta de la blusita y tiró de ella hacia su vientre, y de ese modo logró disfrutar de la visión del otro pecho desnudo. Lo acarició con los dedos mientras lamía el primero con avidez.

—Lachlan... —jadeó ella—. Esto es... es... Oh, yo estoy...

Venetia sabía que estaba farfullando mensajes inacabados, sin sentido, como una pobre atontada, pero así era como él la hacía sentir, con esa boca que no le daba tregua y esos dedos ágiles y juguetones que se tomaban tantas libertades impúdicas. ¡No debería permitirlo! ¿Por qué no lo detenía?

—No te imaginas el efecto que ejerces sobre mí, bonita —susurró él, pegado a su pecho—. No puedes ni imaginártelo.

—Sé lo que... tú me provocas... —Acertó a balbucear ella, mientras él empezaba de nuevo a mordisquearle el pezón, despertando un raudal de sensaciones en todo su cuerpo.

Por eso no lo detenía. Porque era una sensación increíble, como nunca antes había experimentado. Y porque por una vez, él no estaba ladrándole o maldiciendo a su padre y mirándola con cara despreciativa. Por una vez, él era el Lachlan que ella adoraba de niña.

Así que cuando el fornido muslo viril ejerció presión entre sus piernas, iniciando otra serie de sensaciones alucinantes en la parte inferior de su cuerpo, Venetia no dudó en arquearse hacia él. Notaba una presión tan deliciosa, tan embriagadora...

Deseó que eso fuera suficiente como para incitarlo a que se tomara más libertades con ella. Lachlan deslizó la mano hasta su pubis y empezó a acariciarlo por encima de la tela de la blusita mientras que con la boca continuaba jugueteando livianamente con sus pechos, primero con uno, y después con el otro.

Santo cielo, la sensación era indescriptible. A Venetia no le extrañó que en las baladas las muchachas siempre perdieran su virginidad con bribones. Perder la virginidad se le antojaba de repente como una posibilidad la mar de atractiva. La lengua de Lachlan estaba haciendo las cosas más sorprendentes que una pudiera imaginar con sus pezones, mientras que con los dedos realizaba unos movimientos en círculo sobre su pubis que la hacía estremecerse de placer y arquearse aún más.

¿Cómo iba a figurarse que ese juego de seducción podría ser tan mágico?

¿Y cómo podía ser que él supiera exactamente qué cosas la excitaban? Venetia se había acariciado de forma íntima un par de veces, seducida ante el enorme placer que eso le provocaba, pero no se asemejaba a ese placer delicioso... celestial...

Peligroso... insensato...

—¡Maldito seas, Lachlan! ¿Por qué haces esto? —«¿Por qué me haces sentir todas estas maravillosas sensaciones?»

Él alzó la cabeza de su pecho para seducirla con una mirada conquistadora que logró erizarle el vello de los brazos.

—Te deseé desde el primer momento en que te vi. —Frotó la nariz delicadamente contra su pecho, y con su barbilla que llevaba varios días sin afeitarse le rascó la piel fina y suave—. Te presentaste en el baile como una reina vestida de aldeana, y te deseé.

A Venetia le parecía que había transcurrido una eternidad desde ese baile. Se había sentido tan feliz al poder estar entre escoceses, bailando esas danzas tan animadas y contemplando la amplia parrilla de telas de cuadros escoceses que todos parecían lucir con tanto orgullo...

Mientras él planeaba su secuestro.

Ese pensamiento borró toda su pasión de un plumazo. Por eso la había besado en la fiesta. Y probablemente por eso la estaba acariciando ahora. ¡Santo cielo, le estaba permitiendo hacer exactamente todas esas cosas que había jurado que jamás dejaría que le hiciera!

Con el corazón desbocado en el pecho, Venetia agarró la mano de Lachlan que se movía con absoluta libertad entre sus piernas.

—Tú no me deseas —lo acusó. ¡Qué mema que había sido!—. Tú sólo quieres secuestrar a la hija de Duncannon.

El repentino brillo inquieto en los ojos de él le sirvió para constatar que no se equivocaba.

—Quería las dos cosas. Y todavía las quiero.

Venetia intentó controlar el nudo que se le formaba en la garganta. Ése era el problema. Él quería someterla, conquistarla... pero sólo con el propósito de fastidiar a su padre.

Entonces Lachlan alzó levemente el muslo que ejercía presión sobre sus piernas y Venetia notó la presión del bulto hinchado bajo los pantalones, tan duro como una barra de metal.

Bueno, quizá no sólo pretendía fastidiar a su padre. Gracias a los cuentos del harén que ella y sus compañeras de colegio habían leído, sabía lo que significaba el bulto entre sus muslos. Él la deseaba. O más bien, deseaba a una mujer. Lo único era que ella le parecía conveniente.

Venetia luchó por ignorar las repentinas punzadas de dolor que sentía en el pecho. Él la estaba usando para satisfacer sus fantasías sexuales, para llevarla hacia donde a él le interesaba. Apresada debajo de su cuerpo, ella quedaba a su absoluta merced, para que él se tomara libertades lujuriosas con ella.

Muy bien, quizá ya era hora de que ella sacara provecho del deseo carnal que él sentía.

Con una sonrisa fingida, Venetia le permitió de nuevo continuar acariciándole el pubis.

—Así que me deseas, ¿eh?

Lachlan contuvo la respiración.

—Sí, es más que obvio.

—Me deseas. Y yo quiero regresar a casa. —Venetia tragó saliva—. Quizá podría ganar mi libertad si te dejara... hacer ciertas cosas conmigo. —Como dejar que la viera desnuda, o que la tocara y la besara. Cuando los rasgos de él se ensombrecieron, ella se apresuró a añadir—: No que me deshonres; sólo te permitiría... hacer ciertas cosas.

Por un momento, él se la quedó mirando sin parpadear, como si no diera crédito a lo que oía. Entonces, y para sorpresa de Venetia, profirió una

maldición y apartó la mano libre para emplazarla en el suelo al lado del hombro de Venetia.

El fuego refulgía intensamente en sus profundos ojos pardos cuando se encaró a ella.

—Así que de eso se trata, ¿eh?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Tus suaves gemidos y tus besos; por eso me dejas que te acaricie, ¿no? ¡Maldita sea! ¡Qué iluso que he sido!

Algo había salido mal en su plan, ¿pero el qué?

—¿Estás enfadado?

—¡Por supuesto que estoy enfadado! Pensé que tú estabas... —Se calló de repente, y acto seguido lanzó un insulto a viva voz, luego se puso de pie—. Bueno, no importa lo que pensaba. Es evidente que estaba ciego. Si hubiera usado la lógica, me habría dado cuenta de que simplemente intentabas recurrir a otra vía distinta para escapar de mí. —La furia iluminó su cara mientras se ponía a deambular enojado por encima de los helechos que había al lado de Venetia—. Porque las damas como tú no os revolcáis sobre la hierba con un bandolero escocés como yo a menos que sea por un motivo específico, ¿no es cierto?

Si él no pensaba aceptar su propuesta de ofrecerle ciertas libertades a cambio de que la soltara, entonces era mejor que creyera que no lo deseaba en absoluto. Porque si él averiguaba lo susceptible que era...

No, eso no podía suceder. Porque entonces la seduciría con el fin de convertirla en un arma contra su padre, y a ella no le quedaría nada, ni tan sólo el orgullo.

—Tal y como dices, Lachlan, soy una dama. —Rápidamente, Venetia también se levantó del suelo, y después empezó a aderezarse su atuendo—. Y las damas no... no permiten tales libertades a menos que... estén desesperadas.

—¡Desesperadas! —La rodeó—. ¿A hacer qué? ¿A salvaguardar el orgullo de tu padre, que es un mentiroso?

—A salvaguardar mi propio orgullo —se defendió ella.

—Te dije desde el principio que si tu familia seguía mis instrucciones al pie de la letra, no te pasaría nada.

Venetia montó en cólera.

—¡Ya sé lo que dijiste! ¡Pero no es más que una sarta de mentiras! —Se abrochó el corsé—. Seguramente, en algún momento, alguna de las criadas de la posada donde mi tía y yo nos alojamos se dará cuenta de que no estoy durmiendo en mi cama. Se lo contará a otra criada, y ésta a su vez a otra, y el chisme se esparcirá como la pólvora, hasta que se sepa en todos los confines de Edimburgo. No importa lo que digas, mi futuro cambió irreparablemente el día que me secuestraste.

Lachlan la miró fijamente.

—Así que la solución que propones es prostituirte, ¿no?

—¡No! Simplemente pensé que quizá tú querrías...

—Torturarme a mí mismo con una pequeña muestra de tus encantos. No sabes nada acerca de los hombres, bonita. —Avanzó un paso hacia ella con las manos cerradas en dos puños amenazadores—. Para que lo sepas, tu «escueta muestra» en la fiesta me dejó hambriento hasta el día de hoy; y con eso no me basta.

—Pues no conseguirás lo que quieres —espetó ella.

—¡Ya sé que no puedo conseguir lo que quiero! ¡Maldita sea! ¡Eso es precisamente lo que estoy diciendo! Te has arriesgado demasiado, tentándome de ese modo...

—¿Tentándote? ¡Has sido tú quien ha empezado a jugar!

—¡Sólo porque he creído que a ti también te gustaba! —Se detuvo a escasos pasos de ella, y le echó en cara—: No sabía que sólo estabas fingiendo.

Venetia se abrochó las cintas de la chaquetilla.

—Pues sí, estaba fingiendo —mintió—. Pensé que... que podría embaucarte.

Un músculo se tensó visiblemente en la mandíbula de Lachlan.

—¡Maldita fémica insensata! La próxima vez intenta cantar, ¿de acuerdo? No te arriesgarás tanto.

—Dijiste que no te gustaba cómo cantaba —replicó ella con petulancia.

—Lo soporto mejor que tenerte debajo de mí, fingiendo que te encanta que te acaricie el... —Una extraña expresión se perfiló en su cara. Entonces él clavó la vista en su propia mano, mientras se frotaba los dedos.

Cuando volvió a alzar los ojos para mirarla a la cara, parecía como si

hubiera descubierto todos sus secretos.

—¿Así que no has sentido placer cuando te acariciaba?

—No —espetó Venetia con una voz tan fría como pudo. Tenía que convencerlo—. ¿Cómo iba a sentir placer?

—Y no te ha gustado cuando te he acariciado tus partes más íntimas...

—¡Por supuesto que no! —gritó ella, con la cara sulfurada. ¿Cómo podía hablar de esas cuestiones con tanta desfachatez?—. Lo que pasa es que no soy tan viciosa como crees.

Lachlan se acercó a ella, con los ojos entrecerrados como un par de rendijas.

—Así que sólo pretendías embaucarme, para convencerme de que te dejara marchar. Es eso lo que dices, ¿no?

Nerviosa ante su insistencia, Venetia bajó la vista para concentrarse en la labor de abrocharse la chaquetilla.

—Así es. —Le temblaban las manos—. Después de todo, soy la Princesa Orgullosa.

—Ya, claro. —La agarró por la barbilla y la obligó a alzar la vista para mirarlo—. Eres una princesa, de acuerdo. —Deslizó el dedo pulgar por su labio inferior, y eso le provocó a Venetia un escalofrío en la espalda, a pesar de sus intentos por ocultar su reacción.

Un repentino brillo iluminó la cara de Lachlan.

—Pero ya no estoy tan seguro de la parte orgullosa. Diría que eres más bien la Princesa Maquiavélica.

Ella pestañeó varias veces seguidas.

—¿Quién era esa princesa? ¿Una dama italiana?

Él soltó una estentórea risotada.

—Maquiavelo era un hombre muy famoso que escribió un libro muy famoso sobre las artes de ser sagaz. Sobre cómo conseguir lo que uno quiere.

Venetia no sabía si sentirse adulada o alarmada ante tal descripción.

—Bueno, sea como fuere, soy una princesa, ¿no es así? —Se esforzó por hablar con altanería—. Por lo que me resulta muy difícil soportar la vejación de que me manosees como a una meretriz.

—A menos que sea por una buena causa —le recordó él.

—Exactamente.

Sin soltarle la barbilla, se inclinó hacia ella hasta pegar la boca en su oreja.

—Sólo veo un problema con tu alegato, bonita.

A Venetia se le aceleró el pulso. Él estaba demasiado cerca para que pudiera ignorarlo, maldito fuera.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Una mujer puede ocultar mejor que un hombre su excitación, pero aun así, su estado alterado es todavía aparente para cualquier hombre que la toque en el punto exacto. —Su aliento era cálido y pesado, junto a su oreja—. Estabas mojada, princesa, y ése es un indicio seguro de que me deseabas.

¿Mojada? ¿Qué...?

Ohhh. Se había olvidado de la sensación de humedad que había notado en sus propios dedos las veces que se había tocado a sí misma. No se le había ocurrido que eso fuera... que él pudiera haber notado...

—Te equivocas —susurró, ruborizada.

La carcajada maliciosa de Lachlan la alarmó.

—Un hombre no se equivoca en tales cuestiones. Pero te daré la oportunidad de demostrarme que me equivoco. —Impúdico como el mismísimo Satán, empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Podemos retornar al punto donde lo hemos dejado y ver qué pasa. Estaré más que encantado de juzgar si tu excitación es...

—Eres un bruto —murmuró ella con los dientes prietos con rabia, retrocediendo mientras lo acribillaba con una mirada asesina.

Con absoluta impudicia, él la repasó lentamente de arriba abajo. Cuando nuevamente posó la mirada en su cara, su expresión mostraba una seguridad inamovible, que a Venetia le provocó un tremendo malestar.

—Es posible que no quieras desearme, bonita, pero me deseas.

Ella se moría de ganas de volverlo a negar, pero ahora él sabía que mentía. Sin embargo, se moriría antes de permitir que él volviera a aprovecharse de su debilidad.

Echó los hombros hacia atrás, y lo miró con desprecio.

—No importa...

—Tienes razón. Puedes exhibir tu bonito cuerpo tanto como quieras, pero no conseguirás librarte de mí. —Tomándola desprevenida, la agarró por la

cintura y la atrajo hacia él—. Pero eso no significa que no piense aceptar lo que me ofreces, si eres tan insensata como para volvérmelo a ofrecer de nuevo.

Acercó los labios a los de ella hasta casi rozarlos, y la miró con una intensidad que la desarmó.

—Por lo que si pretendes salvaguardar tu virtud de un bruto como yo, te aconsejo que no me provoques ofreciéndome pruebas y muestras. No estoy hecho de piedra. —Sus ojos brillaban triunfales—. Y tú tampoco, princesa.

Por un momento, se quedaron en silencio y sin moverse, pero alguien carraspeó incómodo cerca de ellos y rompió la quietud:

—Sir Lachlan.

Jamie. Por todos los santos.

Azorada, Venetia intentó alejarse unos pasos para ocultarse, pero Lachlan la retuvo todavía unos instantes.

—¿Ahora nos entendemos mejor, bonita?

Ella jamás pensaba perdonarlo por prolongar ese momento de bochorno.

—Perfectamente —espetó—. Y ahora, si me hacéis el favor de soltarme...

—Por supuesto, milady —accedió él, sin sonreír mientras la soltaba. A continuación, se giró hacia el bosque, y su voz se trocó en puro hielo—. Jamie, muchacho, se suponía que no tenías que separarte de los caballos.

Tragándose la vergüenza que sentía, Venetia alzó la vista para descubrir cómo Jamie estaba mirando a su señor con cara de disgusto.

—Ya, pero al ver que tardabais tanto pensé que quizá teníais problemas para encontrar a la señorita. Y he venido para ayudaros.

—Tal y como puedes ver, no necesito tu ayuda.

Jamie se mantuvo inmóvil en su sitio, con un silencio obcecado.

—Ahora que estás aquí, puedes escoltar a la dama hasta el carruaje.

—¿Y vos, señor, no venís? —preguntó Jamie.

—Iré en un momento. Hay algo que quiero hacer antes.

—De acuerdo. —Jamie le ofreció la mano a la rehén—. Venid, lady Venetia.

Jamie ya la había asido por el brazo y la estaba guiando hacia la arboleda cuando Lachlan gritó a pleno pulmón.

—¡Y esta vez no la pierdas de vista! ¿De acuerdo, muchacho? No me

apetece otra carrera a través del bosque.

—¡De acuerdo, señor! —Jamie bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. ¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho, señorita? Me quedé dormido mientras os escapabais, y ahora tendré que cargar con ese reproche toda la vida.

—Tendrías que haberme ayudado cuando te lo pedí al principio —replicó ella, sin mostrar ni una gota de arrepentimiento.

Él sacudió la cabeza.

—Sois una enredadora, ¿verdad? Nada que ver con lo que me esperaba. Pensé que la hija de Duncannon sería...

—Estoy harta de que me llaméis «la hija de Duncannon». Por si no lo sabías, tengo un nombre propio.

—Es cierto, milady, perdón. —Caminaron en silencio un buen trecho hasta que él se decidió a hablar de nuevo—. Sólo es que sois mucho más bella de lo que nos habíamos imaginado. Generalmente mi señor no pone la mano encima a ninguna de las damas a las que atraca, pero con vos es diferente, y...

—No te parece bien que se exceda conmigo. —Una repentina esperanza se apoderó de ella. Jamie parecía haberse alterado al ver cómo Lachlan la agarraba de esa manera tan impetuosa por el brazo. Quizá podría sacar provecho de ese incidente.

—No es asunto mío, decir si mi señor obra bien o no. Sólo digo que... bueno... que si mi señor hiciera algo indebido, deberíais... quiero decir... que si me lo contáis, yo...

—¿Me protegerás de él? —preguntó con la voz más coqueta que fue capaz de entonar.

—Si es necesario... —Sin alzar la vista del suelo, la ayudó a saltar por encima de un tronco.

Venetia continuó agarrada a su brazo un rato más del necesario.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

A pesar de que Jamie se puso rojo como un tomate, su mirada mantuvo la fiereza que ella deseaba ver.

—Hablaré con él, le recordaré que sois una dama.

Ya, indudablemente eso le serviría de gran ayuda. Lachlan le había prometido que la castigaría si intentaba poner a Jamie contra él.

—No, por favor; lo único que quiero es regresar a casa. —Deslizó la mano hasta emplazarla en su codo, y le regaló una sonrisa edulcorada—. Supongo que lo comprendes, ¿verdad?

Él parpadeó y, por un momento, Venetia pensó que lo había convencido.

Pero entonces la cara del muchacho adoptó un matiz más sombrío.

—Sí, milady, lo comprendo, pero no puedo ayudaros. Sois la hija de Duncannon, y mi señor necesita dinero...

—De mi padre, sí, ya lo sé. —Con el corazón abatido, apartó la mano de su brazo y aceleró el paso.

Él corrió tras ella.

—Pero estaré encantado de hablar con mi señor, si queréis.

—Gracias, pero no, Jamie; no será necesario.

Se aproximaron al carruaje, aparcado al lado de la carretera. Los caballos pacían tranquilamente.

—¿Estáis segura? Sir Lachlan no ha hecho nada indebido, supongo, ¿no, milady?

—No, no ha hecho nada malo —mintió.

«Salvo demostrarme lo poco que tengo de dama», pensó. Virgen santa, casi se había entregado a él. Si no hubiera reaccionado a tiempo...

Achicó los ojos. Sí, había detenido a Lachlan ofreciéndole ciertas libertades. ¿Y por qué la había rechazado él? Seguramente no porque no estuviera de acuerdo con parte de la proposición; un verdadero bribón habría disfrutado de los placeres carnales y luego habría renegado de su promesa. Pero él se había sentido insultado por la idea de que ella estuviera dispuesta a prostituirse con tal de obtener su libertad.

Ésa no era una actuación propia de un bribón.

Con un suspiro, se abrió paso entre la hierba crecida. Lachlan demostraba ser lo suficientemente inconsciente como para atracar a gente, ¿pero no tanto como para violar a una mujer cuando ella no tenía escapatoria? ¿O ni tan sólo para intentar seducirla?

¿Quién era ese hombre? ¿Era el muchacho salvaje con el que ella se había criado, o el soldado cortés que había conocido en el baile? ¿Era El Azote Escocés, o el jefe responsable del clan de los Ross, que haría lo que fuera con tal de salvar a su gente? ¿Y quién de ellos era el amante ardiente que la había

acariciado con tanta dulzura hacía un rato?

Deseó tener la certeza. Porque hasta que no lo supiera, no se atrevía a quedarse a solas de nuevo con él.

Habían llegado al carruaje, y mientras Jamie se inclinaba hacia delante para colocar la escalerilla, ella apoyó la mano en su hombro.

—Sí que hay una cosa que podrías hacer por mí.

Jamie se puso bien erguido y la miró con recelo.

—¿De qué se trata, milady?

—Sentarte en el compartimiento conmigo durante el resto del trayecto, para que no me quede a solas con tu señor.

Una mirada atormentada se proyectó en el rostro del muchacho.

—Así que sí que se ha aprovechado de vos... ¡Lo sabía! Ahora sí que no me queda más remedio que hablar seriamente con mi señor.

—No, por favor, no lo hagas. Se ha comportado como un perfecto caballero, y no quiero que piense que soy una desconsiderada. —Esbozó una sonrisa forzada—. Simplemente es que prefiero tu compañía a la de él, eso es todo.

«Porque tú no me incitas a querer echar mi virtud por la borda, ni a caer rendida a tus pies.»

Jamie escrutó la cara de Venetia durante un largo rato, entonces asintió.

—Comprendo, milady. Dejad esta cuestión en mis manos.

Capítulo diez

Querida Charlotte:

No sabéis nada acerca de mi vida, querida. De ser así, comprenderíais que no sólo son los hombres los que intentan aprovecharse al máximo de las mujeres. Las mujeres también hacen lo mismo. Hace tiempo que aprendí a aceptar que el mundo está lleno de gente que usa engañosamente a otra gente para sus propios fines. La cuestión es... ¿Cuándo aceptaréis esa gran verdad?

Vuestro amigo a pesar de todo, Michael

*L*achlan esperó hasta que estuvo seguro de que Jamie y Venetia no podían oírlo, y que tampoco iban a regresar y sorprenderlo.

Entonces se desabrochó los pantalones y los calzones. Asió su miembro viril dolorosamente erecto, y lo agitó con movimientos frenéticos. Antes de encerrarse de nuevo en esa cámara de tortura con ella, en el carruaje, necesitaba liberar la tensión que ella le había suscitado. Porque si no, jamás sería capaz de comportarse como era debido. Al menos le quedaba otro día para tener que oler su aroma, y escucharla cantar, y verla desplegar todos sus encantos.

—¡Por todos los santos! —murmuró al tiempo que manchaba los helechos con su semen. Se corrió con sólo pensar en sus pechos. ¿Cómo diantre iba a sobrevivir más días a su lado en el carruaje?

Apretó los dientes. De algún modo u otro, tendría que hacerlo. No le quedaba ninguna otra alternativa. Aunque ella le dejara hacerle el amor, penetrarla tal y como él tanto ansiaba, se negaba a deshonrarla. Eso lo convertiría exactamente en la sabandija que ella pensaba que era, un idiota imprudente, tal y como su padre no se había cansado nunca de repetirle.

También significaría el fin de las esperanzas para su clan, porque si deshonraba a la hija de Duncannon, no habría dinero para abrir nuevas destilerías, ni para comprar semillas de cebada, ni para nada más. El conde no descansaría hasta que viera a Lachlan y a Jamie colgados del palo mayor.

A menos, por supuesto, que Lachlan se casara con ella.

Guardándose el pene ahora flácido dentro de los calzones, descartó esa

idea absurda. Estaba seguro de que ella jamás accedería. Cuando Venetia se enterase de lo que él pretendía hacer con su padre para recuperar lo que le debía, no volvería a dirigirle la palabra en toda su vida.

Y aunque todo saliera a pedir de boca entre él y Duncannon, aunque el viejo conde finalmente decidiera zanjarse el tema de una forma amistosa, ella jamás se sentiría a gusto en Rossraig.

Una chica refinada que consideraba que la forma correcta de comer un bocadillo era desmenuzándolo en pequeños trozos, se asustaría al ver el estado deplorable de la finca. Sólo con el tufo de la destilería y de las nuevas porquerizas bastaba para que ella huyera despavorida.

De acuerdo, la casa solariega quedaba alejada de esa parte de la finca, y era una edificación robusta y bella; incluso había conseguido realizar un mantenimiento para que conservara parte de su esplendor. Pero el mobiliario ajado necesitaba ser reemplazado, y la cocina requería una renovación completa, pero todo eso tendría que esperar hasta que su clan consiguiera salir a flote. O hasta que una mujer con más gusto que su madre ocupara el lugar como señora de la casa.

Lachlan entornó los ojos. Quería a su madre tanto como cualquier buen hijo, pero ella era la hija de un carnicero. No tenía buen gusto como para presumir de una casa elegante. Antes de la muerte de lady Duncannon, la refinada dama había ayudado a su madre a decorar la casa con estilo, pero cuando la mujer falleció, su madre retomó sus viejos hábitos.

Rossraig no se hallaba en condiciones de acoger a una mujer con las necesidades y gustos de Venetia. La finca siempre estaba llena de hombres muy trabajadores, con unos vozarrones que asustaban, y de sus mujeres desaliñadas y también muy trabajadoras. Esa pila de gente no era la clase de compañía que esperaría una muchacha incapaz de distinguir un gato doméstico de un gato montés.

Quien le suplicaba que la liberase para regresar con su familia.

Lachlan se quedó pensativo mientras se abotonaba los calzones. Venetia era una muchacha con un corazón muy tierno, demasiado tierno para la dura vida en Rossraig. Estaría mejor con algún lord en Londres que pudiera apreciar sus talentos particulares.

Varias arrugas surcaron de repente su frente mientras acababa de abrocharse los pantalones. Tampoco le gustaba imaginarse a Venetia en los brazos de un timorato dandi inglés. Ella se merecía a alguien mejor, aunque su

padre fuera la peor alimaña de la Tierra, capaz de traicionar a sus compatriotas.

Pero claro, si ella tenía razón en cuanto a que la noticia de su secuestro se expandiría como la pólvora, entonces jamás tendría la oportunidad de casarse.

¡Que el diablo se llevara a esa fémica! ¿Por qué tenía él que preocuparse por cosas que no iban a suceder, por cosas que no eran de su incumbencia? El único problema estaba con Duncannon; únicamente se trataba de obligarlo a dar la cara y aceptar sus responsabilidades. No había ninguna razón para creer que las cosas no saldrían como había planeado, que ella no regresaría a su cómoda vida en Londres sana y salva, y con la reputación intocada, para que pudiera soñar con un ambicioso futuro.

Así que... ¿por qué las otras posibilidades lo agobiaban a cada paso que daba de regreso al carruaje, incluso más que su pierna y sus costillas doloridas? ¿Por qué no podía deleitarse con la visión del sol matutino iniciando su danza de luz sobre el lago o el delicado aroma de la madre selva que emanaba del bosque?

¿Y por qué la rabia se apoderó de él con un instinto vengativo cuando vio a Jamie sentado en el carruaje con ella, charlando animadamente como si se tratara de un cortesano real con una princesa?

—¡Sal del carruaje, Jamie! Te toca a ti conducir.

No se le escapó la mirada suplicante que Venetia le lanzó al muchacho... ni la palmadita tranquilizadora que Jamie le propinó en su fina mano antes de repanchigarse en el asiento que ocupaba y mirar a Lachlan con ojos reticentes.

—Si no os importa, señor, prefiero quedarme un rato más en el compartimiento.

—Sí que me importa. Han pasado veinticuatro horas desde la última vez que dormí.

—Pensé que no necesitabais dormir —lo pinchó Venetia—. ¿No decíais que los soldados están acostumbrados a...?

—Eso fue antes de que tuviera que perseguiros un buen trecho, y encima a la carrera. —Antes de que tuviera que soportar los golpes que ella le había propinado en las costillas, y forcejear con ella hasta someterla bajo su cuerpo. Miró a Jamie con ojos severos—. Además, la chica escapó mientras tú la vigilabas, botarate, así que a partir de ahora me aseguraré de que eso no vuelva a repetirse.

Jamie arrugó la nariz al escuchar que su señor le llamaba «botarate», y cruzó los brazos sobre el pecho con porte ofendido.

—Lo único que pretendo es asegurarme de que no os excedáis con la señorita.

—Dios santo —murmuró Venetia, y se echó hacia el respaldo del sillón, abatida.

Lachlan no tardó en estallar. ¿Qué le había contado esa maldita bruja a Jamie?

—¿Me estás amenazando, muchacho? —preguntó, esta vez con un tono deliberadamente insultante. Se inclinó hacia el interior del carruaje, obligando a Jamie a acurrucarse como un ovillo en el asiento que ocupaba—. Porque si yo estuviera en tu lugar, me lo pensaría dos veces antes de provocarme. Todavía soy capaz de azotarte con una mano atada en la espalda, y te aseguro que me están entrando ganas de hacerlo.

Jamie lo miró con aire desafiante.

—Adelante, si eso es lo que os place, pero no pienso moverme de aquí.

Oh, era obvio que Jamie se había enamorado de esa maldita bruja. Lachlan frunció el ceño y lo miró con ojos implacables.

—¿Es eso lo que la dama te ha dicho? ¿Que me he «excedido» con ella?

—No ha sido necesario que lo haga —replicó Jamie con terquedad—. Vi cómo la agarrabais. Además, ella tenía hojas y ramitas enganchadas por todo el vestido.

—Claro, porque esa fierecilla corrió por el bosque como una desequilibrada, y estuvo a punto de ser atacada por un gato montés. ¡Y todo porque te dormiste mientras debías vigilarla!

Jamie palideció, pero a Lachlan, que estaba realmente furioso, no había quien lo detuviera ahora.

—¿Que me he «excedido» con ella? ¡Qué sabrás tú de eso! ¡Si no sabrías ni lo que es un exceso aunque te la metieran por tu peludo culo escocés! Sólo ella habla de esa forma tan remilgada, y tú deberías avergonzarte de ti mismo por escucharla, cuando ya se te ha escapado una vez...

—¡Basta! —ordenó Venetia con un tono imperativo. Lachlan giró la cara para mirarla, y se dio cuenta de que sus ojos echaban chispas—. ¡No le echéis la culpa a Jamie por lo que ha sucedido! Me he escapado porque os habéis puesto a hacer pis en los arbustos.

A Jamie se le desencajó la mandíbula.

Pero Lachlan esbozó una mueca burlona.

—Habéis dicho «hacer pis».

Venetia se sonrojó.

—Me parece que es la única lengua que entendéis, pedazo de zoquete maleducado.

Jamie ahogó una carcajada, y cuando Lachlan lo miró vio que el muchacho estaba realizando un ostensible esfuerzo por no echarse a reír. A Lachlan no le hizo ni la menor gracia.

—Pero bueno, señor —continuó Venetia—. Si insistís en sentaros dentro del carruaje, adelante, no discutiremos por eso.

—No, milady —protestó Jamie—. Os dije que os protegería, ¡y lo haré!

—Cállate, muchacho —ladró Lachlan—. Ella no manda aquí, ni tú tampoco. Me montaré en el compartimiento, y se acabó la discusión.

—Pero...

—No pasa nada —dijo Venetia con firmeza—. He aguantado a este zoquete hasta ahora. Estoy segura de que podré soportarlo un poco más, muchachito.

Jamie parpadeó sorprendido al oír cómo ella se refería a él con un apelativo tan irreverente, y Lachlan casi sintió pena por el joven idiota. Qué poco se imaginaba ella que a Jamie le había dolido más esa última palabra que todos los berridos que Lachlan pudiera haberle soltado previamente.

Entonces Jamie bajó los hombros, derrotado.

—De acuerdo, conduciré, pero mantendré el panel abierto todo el tiempo —remachó, lanzándole a Lachlan una mirada llena de resentimiento.

Lachlan esbozó una mueca de fastidio, pero le permitió a Jamie desahogarse con un poco de rebeldía. Después de todo, no podía culpar al muchacho por haberse enamorado perdidamente de Venetia. Ella era la clase de mujer por la que un hombre aceptaría morir con tal de protegerla. Y no le quedaba la menor duda de que ella utilizaba esa circunstancia a su favor. Pero con él no lo conseguiría, con o sin Jamie por testigo.

Tan pronto como el carruaje se puso en marcha, Lachlan buscó debajo del asiento y sacó las cuerdas que hasta ahora no había necesitado.

—Vamos, Lachlan, no pretendía poner a Jamie contra ti. Lo hizo por cuenta propia. No puedes castigarme con...

—No se trata de un castigo. —Él se inclinó hacia delante y empezó a atarla por los tobillos—. Necesito dormir, y no seré capaz de conciliar el sueño si tú estás libre para escapar de nuevo. —Acabó de atarle las piernas y se sentó con la espalda erguida—. Ahora dame las manos.

—Por favor, Lachlan —imploró ella, escondiéndose las manos bajo la falda—. ¿Y si te prometo que no me escaparé?

—No soy tan estúpido. Sabes perfectamente bien que en el momento en que te dé la espalda, saldrás disparada hacia el bosque otra vez. —Esbozó una sonrisa desgana—. Sólo será por un rato, y no te pasará nada. Pero necesito descansar, y contigo suelta, eso no es posible. Ahora dame las manos, bonita.

Cuando ella se quedó sentada sin moverse, mirándolo con ojos retadores, él endureció el tono de la voz.

—Ya veo, así que tienes ganas de otra pelea, ¿eh? Muy bien.

Venetia sacó las manos de debajo del vestido y se las ofreció con una arrogancia insultante, mientras que sus ojos refulgían con ira.

—Si se te ocurre manosearme mientras estoy atada, te juro por Dios que...

—Lo sé, princesa, lo sé. —La ató con cuidado, procurando no hacerle daño. Luego volvió a apoyar la espalda en el respaldo del asiento—. Y ahora, ¿puedo confiar en que te estarás calladita, o también tendré que amordazarte?

Venetia tragó saliva.

—Estaré callada.

—Veamos si eres capaz de hacerlo. —Lachlan enarcó una ceja—. Porque a la primera ocasión que me des, te aseguro que no dudaré en hacer lo que sea para acallar esa boquita de piñón.

El rubor tiñó las mejillas de Venetia, y él notó de nuevo una creciente e indeseada excitación. Tenía que dejar de decir cosas como ésa; lo único que conseguía era recordarles a ambos lo que no podían hacer.

Lachlan asió una de las mantas.

—Si te acomodas en esa esquina, te taparé. Probablemente no estarás mal, no te he atado tan fuerte. —Y con ella tapada, él no tendría la tentación de pasarse todo el rato contemplando ese esplendoroso cuerpo con un estupor lujurioso.

Ella hizo lo que él le pedía, pero con un semblante calculador que a Lachlan lo incomodó. Empezaba a conocerla.

—Le entregaré la pistola a Jamie mientras duermo, porque no quiero tener que forcejear contigo.

La cara de decepción de Venetia no tenía desperdicio.

—Pero ambos sabemos que Jamie no tiene agallas para matar a nadie. — Sacó una manta con un diseño de cuadros escoceses y la tapó con ella. Luego se sentó a su lado—. Por lo que quiero recordarte algo antes de dormirme —la avisó suavemente—: Si chillas cuando pasemos cerca de alguna población me despertarás, y te aseguro que entonces no dudaré en amordazarte, y me parece que no es eso lo que quieres.

La agarró por la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, y ella lo miró con rencor.

—Pero si consigues atraer la atención antes de que pueda silenciar tu bonita boca, provocarás una pelea. Es posible que logres que te liberen, o quizá no, pero de una cosa puedes estar segura: si nos apresan a Jamie y a mí y les cuentas quiénes somos, nos colgarán.

Lachlan le apartó un mechón de pelo rebelde de la cara, y la miró sin pestañear.

—No te hemos hecho daño, ninguno de los dos, y te prometo que no has de temer porque no te haremos daño. Así que, ¿realmente quieres cargar sobre tu conciencia el peso de nuestras muertes, bonita? ¿Todo por una suma de dinero que tu padre y yo nos estamos disputando?

Él estaba dándole la oportunidad de confiar en ella cuando en realidad debería de estarla amordazando. Pero a juzgar por la expresión acongojada de Venetia, sus palabras habían surtido el efecto deseado.

—Ahora me pondré a dormir, querida. Y tú demostrarás ser una chica muy inteligente si inviertes el tiempo en dormir también, en lugar de en urdir más formas de escapar de mí.

Lachlan volvió a recostarse en el asiento y cerró los ojos, pero tardó mucho en relajarse hasta lograr quedarse dormido. No podía dejar de pensar en el problema que ahora tenía con Jamie. No le costaba nada imaginar al muchacho haciendo alguna tontería con tal de ayudar a la dama. ¡Pobre idiota enamorado!

Así que no podían continuar de ese modo. Cuando hubiera descansado un rato y recuperado las fuerzas para montar a caballo, habría un cambio de planes.

Porque en el único hombre en quien podía confiar ahora para que estuviera cerca de Venetia era sólo en sí mismo. Aunque el hecho de quedarse a solas con ella significara tener que sufrir un calvario durante el resto del viaje.

Capítulo once

Querido primo:

¿Cómo podría aceptar el mundo que describís? Lo mejor que puedo hacer es enseñar a mis pupilas a sortear los peligros lo mejor posible, y a asegurarme de que se rodean de gente menos cínica que vos.

Vuestra allegada, Charlotte

Un estruendo parecido a un trueno en la distancia despertó a Venetia. Intentó acomodarse en la cama, y entonces se dio cuenta de que su cama estaba viva y que le hablaba a alguien en un tono muy sosegado. Abrió los ojos súbitamente y descubrió que se hallaba entre los brazos de Lachlan, con la cabeza apoyada cómodamente en su pecho y la mejilla pegada a su hombro. Estaba sentada entre las piernas abiertas de él, con las manos aún atadas descansando sobre su muslo.

Las apartó atropelladamente al tiempo que se ruborizaba.

—No pasa nada, bonita —murmuró Lachlan—. Tengo las piernas tan entumecidas que no noto ni tan sólo tu tacto.

Venetia alzó la cara para mirarlo a los ojos y replicó en un tono impertinente:

—Eso te pasa por atarme.

—No, eso me pasa por permitir que te acomodes sobre mí mientras duermes.

Ella podía notar cómo le ardían las mejillas de vergüenza. Apartándose de su pecho, se sentó al lado de él.

—Podrías haberme apartado de tu regazo, si tanto te molestaba —contraatacó, enojada de que su alegato sonara como una disculpa.

—No me molestaba —respondió él, aunque el malestar despuntaba por debajo de sus palabras.

Especialmente cuando Lachlan flexionó las piernas y un intenso dolor lo obligó a esbozar una mueca de padecimiento. Venetia pensó que debía de ser porque se le habían quedado dormidas las piernas y ahora se le estaban

desentumeciendo. De todas formas, lo tenía bien merecido por secuestrarla; sí, se alegraba de su sufrimiento.

Así que... ¿Por qué sentía un irrefrenable deseo de rodear esos imponentes muslos con sus manos y masajear los músculos hasta que las duras líneas de su frente se suavizaran y sus ojos se cerraran sin tensión?

Menuda estupidez. Ninguna dama de su rango haría jamás una cosa así. Y tocarle las piernas sólo lo incitaría a tomarse más libertades con ella. Y eso era algo que no deseaba. Desde luego que no.

Sin embargo, le pareció extraño que él no hubiera intentado aprovecharse de ella mientras la había tenido a su merced. Le había advertido que no lo hiciera, pero en cierto modo se sentía defraudada de que él no mostrara ni el mínimo interés por ella. Así que a pesar de sus perfidias y atracos, Lachlan debía de tener intactos algunos de sus instintos caballerosos. Si no, la habría violado en el bosque cuando se le había presentado la ocasión.

Lachlan se inclinó y sacó el paquete donde guardaba la comida, rebuscó en él hasta que sacó una navaja afilada.

Ella se sentó con la espalda muy rígida.

—¿Eso ha estado allí todo el tiempo?

—Sí, qué pena que hayas perdido la oportunidad de rebanarme el cuello mientras dormía.

—No habría servido de nada. Jamie me habría disparado si lo hubiera hecho. —Ese muchacho ni tan sólo se había mantenido firme en la única cosa que ella le había pedido.

—Ya veo que empiezas a comprender cómo funcionan las cosas. —Los ojos de Lachlan brillaban mientras cortaba las cuerdas haciendo gala de una increíble habilidad.

Mientras Venetia se frotaba las muñecas para desentumecerlas, él se guardó la navaja en el bolsillo.

—No intentes hacer ninguna tontería. No conseguirías quitarme la navaja sin que yo me diera cuenta; pero aunque lo lograras, tengo la absoluta certeza de que no serías capaz de cometer un asesinato.

—Es cierto. Pero a diferencia de ti, no considero que eso sea un defecto del carácter.

A Lachlan se le enturbió la mirada.

—Sólo es un defecto cuando estás luchando por tu vida, bonita. Y ruego a

Dios para que nunca tengas que verte en esa posición. —Acto seguido, giró la cara hacia el panel abierto para hablar con Jamie—. ¿Cuánto falta para llegar a Kingussie?

—No más de un kilómetro, señor. ¿Todavía deseáis que nos detengamos?

—Sí, me gustaría comer algo que no sea un bocadillo.

—Estoy de acuerdo. ¿Pero no os preocupa tener que dar explicaciones?

—No pasará nada. Ya me encargaré yo. —Cuando Jamie se encogió de hombros, Lachlan murmuró para sí mismo—. Especialmente porque ya no tiene remedio, muchacho.

Lachlan empezó a ordenar el compartimiento. Mientras Venetia lo veía doblar las mantas y guardar objetos en una caja, volvió a sentir un poco de esperanza en el pecho.

—¿Significa eso que quieres que pasaremos la noche en Kingussie?

—¿Necesitaría entonces haber dedicado parte del día a dormir?

—No, pero... —Perpleja, ella lo observó mientras él acababa de atar la caja—. Seguro que estás tan harto de este carruaje como yo. Haría cualquier cosa con tal de estar fuera de este compartimiento unas pocas horas.

—Pues mira, ése es un deseo que puedo garantizarte —contestó enigmáticamente. Sacudió los dos sombreros y le entregó el suyo a Venetia—. Necesitarás esto.

Ella se lo puso, absolutamente desconcertada.

Lachlan alzó la cortina para mirar por la ventana.

—Maldición; está lloviendo.

—Pobre Jamie.

Él le dedicó una mirada enojada.

—No «pobre Jamie», princesa; pobres de nosotros.

Antes de que Venetia pudiera preguntar a qué se refería, el carruaje se detuvo delante de un viejo caserón ruinoso, despertando a unas gallinas que salieron corriendo despavoridas por la explanada. Una vaca que estaba rumiando en el campo cercano lleno de hierba alzó la cabeza, y después oyeron unos rabiosos ladridos provenientes de un cobertizo aledaño al caserón. Los ladridos consiguieron llamar la atención de una anciana de cuerpo orondo, que emergió de la casa y avanzó por la explanada, secándose las manos en un delantal.

Mientras Jamie saltaba del carruaje para fundirse en un afectuoso abrazo con la anciana, Lachlan se inclinó hacia Venetia.

—Mira, bonita, aunque le cuentes a la viuda de McCain que te hemos secuestrado, no conseguirás librarte de mí. Ella no te creerá, aunque la verdad es que tampoco me importa si te cree o no. Lo único que conseguirás será echar por la borda cualquier intento que haga tu familia para salvaguardar tu reputación. —Miró por la ventana del carruaje—. Y si mencionas el nombre de tu padre a nuestra anfitriona, cometerás un gravísimo error.

—¿Por qué? —inquirió ella con rabia—. ¿Me pegarás un tiro si lo hago?

—No. —Él retiró la cara de la ventana—. Pero es posible que ella sí que lo haga.

Venetia pestañeó desconcertada.

—Verás, Princesa Maquiavélica, la única persona que odia a tu padre más que yo es la viuda de McCain. Si eres inteligente, mantendrás la boquita bien cerrada.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y cómo piensas explicarle mi presencia contigo y con Jamie?

—No tendré que hacerlo. No nos quedaremos mucho rato, y Annie sabe que siempre es mejor no hacer preguntas. De todos modos, si lo hace, no dudaré en contestarle que no es asunto suyo.

—Pero esa señora pensará que soy tu...

No pudo pronunciar la palabra «amante», ya que desde el otro lado de la ventana oyó a la anciana preguntar:

—¿Con quién has venido, Jamie?

La mujer se apartó del joven para depositar toda su atención en el carruaje.

Tensando los hombros como si se preparase para una batalla campal, Lachlan descendió.

Cuando la viuda de McCain lo vio, se quedó pasmada, y el color se esfumó de sus facciones. Lo miró de arriba abajo, luego susurró:

—Lachlan Ross, estás... vivito y coleando... Pero si se suponía que estabas... pensé que estabas...

—¿Muerto? —Él le regaló una sonrisa socarrona—. Nunca creas todo lo que publican en los diarios, Annie. —Con una mirada animosa y confiada, capaz de desarmar a cualquiera, enfiló hacia ella con la intención de darle un

fuerte abrazo.

Pero ella no estaba de humor para agasajos. De un manotazo le arrebató el sombrero de ala ancha que llevaba puesto, y luego empezó a golpearlo con él en la cabeza y en los hombros.

—¿Cómo te atreves a hacerme creer que estabas muerto? ¡Eres el demonio en persona!

—¡Para ya, Annie! ¡Por favor! —gritó él al tiempo que intentaba sortear los golpes—. No es algo que planeara, ¿sabes? ¡Vamos, mujer! ¡Estás mutilando mi mejor sombrero!

—¿Mutilando? ¡Ya te daré yo mutilando! ¡Botarate! ¡Pedazo de... de... energúmeno! —La anciana le lanzó el sombrero de mala gana, luego empezó a buscar en la explanada—. ¿Dónde está la escoba? O mejor aún, el rastrillo... ¡Entonces sí que desearás haberte quedado muerto!

—¡Cálmate! ¡Maldita sea! —le ordenó Lachlan mientras le rodeaba la cintura por la espalda—. Sabes que te lo habría contado si hubiera podido. Y mi vida depende de que sepas guardar el secreto, ¿me entiendes? —Esperó hasta que ella cesó de forcejear, luego murmuró unas palabras en gaélico que consiguieron sosegarla.

En ese momento, Venetia habría dado cualquier cosa por comprender esa lengua.

—Tienes suerte de que no te eche los perros encima —refunfuñó la anciana.

—Lo sé, lo sé —reconoció él, con una gentileza en la voz como Venetia nunca había oído—. ¿Te puedo soltar ya?

La viuda asintió, pero cuando él la soltó, ella se giró precipitadamente hacia él y le propinó una bofetada con tanta fuerza que incluso Venetia oyó el golpe desde el carruaje.

—Me pasé una semana llorando, cuando me enteré de que habías muerto —masculló ella, y como si quisiera ilustrar su confesión, las lágrimas empezaron a aflorar por sus ojos—. No es que me apene saber que no era cierto, pero ha sido muy cruel por tu parte dejar que tus amigos creyeran que estabas muerto. Realmente cruel.

Para sorpresa de Venetia, la expresión de remordimiento se hizo patente en la cara de Lachlan antes de que éste abrazara a Annie.

—Vamos, mujer, no llores. Estoy aquí, y eso es lo que importa.

Mientras Lachlan la reconfortaba, Jamie se acercó al carruaje para ayudar a Venetia a descender.

—La viuda fue la niñera de Lachlan cuando era un crío —le explicó Jamie—. Y desde entonces siempre han estado muy unidos. Es como una segunda madre para él.

Venetia sintió cómo se le encogía el estómago. Eso explicaba por qué Lachlan estaba tan seguro de que la mujer no haría caso de sus súplicas para que la ayudara.

—Lachlan dice que odia a mi padre.

—Sí, ella estaba casada con...

—¡Jamie! ¿Se puede saber con quién estás hablando? —Annie se separó de Lachlan y se secó los ojos en el delantal—. Por Dios, no sé por qué me he puesto tan sentimentalona... —No acabó la frase, ya que sus ojos se posaron en Venetia—. ¿Quién es esta jovencita que viene con vosotros?

Resultaba divertido ver a Lachlan tan incómodo.

—Bueno, Annie, verás... yo...

Venetia sonrió. Ya veía cómo él cortaba a su querida niñera con una frase tan contundente como «No es asunto tuyo». Lachlan podía ser un absoluto botarate cuando trataba con mujeres.

—Eso, adelante —lo pinchó Venetia—. Estamos deseosos de oír la explicación.

—Es... complicado —espetó Lachlan, lanzándole a Venetia una mirada desdeñosa—. Viaja con nosotros, y no hay nada más que contar.

Esa actitud correspondía más a la del Lachlan prepotente que Venetia conocía.

Pero por lo visto su respuesta no acabó de convencer a Annie.

—Es tu querida, ¿verdad? —Annie torció el gesto cuando escrutó a Venetia con más interés, y se fijó en la falda arrugada y en la vulgar melena suelta—. Supongo que has pensado que no prestaría atención a su apariencia, puesto que acabas de resucitar de entre los muertos, ¿no?

Venetia se sintió insultada.

—Lo siento, señora, pero os equivocáis; no soy su querida.

Annie achicó los ojos.

—Pues tampoco es que tengas el aspecto que se espera de una dama, sino

más bien de una amante. Crees que porque eres inglesa eres demasiado buena para gente aseada y decente como...

—Primero, soy escocesa, y segundo, os lo repito: no soy su querida. —Sin pararse a pensar, soltó la única mentira que se le ocurrió—: Soy su esposa.

Capítulo doce

Querida Charlotte:

De todas las personas, vos deberíais ser la primera en reconocer que el cinismo es un arma necesaria. De otro modo, vuestras jóvenes pupilas accederían a cada temporada de fiestas en la capital como unos corderitos directos al matadero... del mismo modo que os pasó a vos hace bastantes años.

Vuestro amigo, un cínico declarado, Michael

—*P*or todos los santos —farfulló Lachlan en voz baja. Ahora sí que se había metido en la boca del lobo. Mientras Annie observaba boquiabierta a la joven, el pillo de Jamie estaba haciendo un visible esfuerzo por no echarse a reír a mandíbula batiente.

¿Qué había impulsado a Venetia a soltar semejante majadería? Una esposa era algo permanente, un estado que él no podría negar así por las buenas cuando todo ese lío tocara a su fin, y ella lo sabía.

De pronto lo vio claro. Ésa era la cuestión, ¿no? La Princesa Maquiavélica había hallado una nueva vía de causarle problemas. ¡Que el demonio se llevara a esa fémina!

Venetia le ofreció la mano a la sorprendida Annie.

—Buenas tardes, señora. Soy lady Ross. Y para mí es un placer conocer a una señora que sea amiga de mi esposo.

La pobre Annie vaciló, luego aceptó su mano, y a partir de ese momento cambió por completo su forma de dirigirse a la desconocida.

—Es un placer conoceros, milady. —Hizo un rápido gesto de cortesía—. Dícultad el malentendido.

—No pasa nada —apostilló Venetia—. Llevamos varios días viajando en el carruaje y estoy segura de que mi aspecto es deplorable. —Le lanzó a Lachlan una sonrisa triunfal—. Además, mi esposo tendría que haberme presentado como es debido desde el primer momento.

—¡Pues claro que debería haberlo hecho! —Annie lo miró con aire reprobador, sin poder remediar la satisfacción de poder acusarlo por haberle

ocultado la verdad—. Así que esto es lo que has estado haciendo mientras el resto de nosotros estábamos preocupados por ti, ¿eh, malandrín? ¿Te marchaste a buscar esposa?

Venetia ni tan sólo se preocupó por ocultar su sonrisa burlona. Lachlan apretó los dientes. Si él llamaba mentirosa a Venetia, entonces tendría que explicar el motivo por el que ella mentía. Y a pesar de lo que había dicho previamente, no estaba seguro de que Annie aprobara sus fechorías.

Así que esa brujita no le dejaba otra alternativa, ¿eh?

Lanzó un suspiro exagerado y deslizó el brazo alrededor de la cintura de Venetia.

—No lo planeé, Annie. —Eso era sin lugar a dudas una circunstancia atenuante—. Nos conocimos en Londres y... ejem... decidimos casarnos, a pesar de la negativa de su familia. Por eso tuvimos que fugarnos. Todo sucedió muy... rápido.

—Sí, muy rápido —aseveró Venetia, con aire divertido—. Y ahora...

—Y ahora —la interrumpió él, tensando el brazo alrededor de su cintura—, tenemos prisa por llegar al norte, por eso no podemos quedarnos. Quiero que mi esposa conozca a mi madre antes de que corra la noticia. No quiero que mamá se entere por otra persona.

Lachlan estaba orgulloso de su ocurrencia, en su intento de que la anciana no difundiera la mentira de Venetia, cuando ésta fingió desplomarse sobre él al tiempo que lanzaba un suspiro teatral.

—Este chico no me ha dado ni un respiro desde que nos fugamos —declaró con voz calmada—. Espero que consigáis convencerlo para que podamos quedarnos a descansar un rato aquí.

Así que... Dios mío, ése era su plan: ganarse una invitación para intentar escapar. ¡Pues iba lista!

—No, Annie, no nos quedaremos.

Girando su bonita cara hacia él, Venetia le dedicó una sonrisa edulcorada.

—Oh, pero amor mío, no sé cuánto tiempo más podré soportar viajar en ese carruaje sin desfallecer.

Lachlan resopló. Ella estaba montando un numerito para que Annie se apiadara de ella.

—Princesa, estoy seguro de que no pretenderás ofender los sentimientos de mi madre dejando que la pobre mujer se entere de nuestra boda antes de que

lleguemos —expuso en un tono de advertencia.

Por lo visto, el tono de voz que amedrentaba a los hombres de su batallón no funcionaba con Venetia, quien contrajo la boca con carita de pena.

—Así que te importan más los sentimientos de tu madre que los de tu esposa, ¿eh? —se lamentó, adoptando la actitud de niña caprichosa que él había esperado encontrarse.

Excepto que no lo era.

Pero Annie no lo sabía.

—Oh, estoy segura de que ésa no es la intención del señor. —La viuda asió a Venetia por el brazo para apartarla a un lado—. No le prestéis atención, querida. Los hombres a veces no piensan.

—Annie... —bramó Lachlan.

—¿Acaso no ves que la señora apenas se tiene en pie? —lo amonestó Annie—. ¡No puedes obligarla a recorrer todo el país como si se tratara de uno de tus caballos!

—Así es, amor mío; no soy uno de tus caballos —repitió Venetia, mirándolo con resentimiento mientras dejaba que la buena señora Annie la guiara hacia la casa.

Lachlan dio una zancada para seguirlas, y sintió un pinchazo de dolor en la pierna lesionada. ¡Que el diablo se llevara a esa maldita fémica calculadora! Ya era bastante terrible que le doliera tanto la pierna por haber permitido que Venetia apoyara todo el peso de su cuerpo sobre ella durante horas; ahora, encima, esa enredadora estaba intentando amargarle la existencia. ¡Ya se encargaría de que se arrepintiera de la que acababa de montar cuando se quedara a solas con ella! ¡Vaya si lo haría!

—Además, Lachlan —iba diciendo Annie—, tu madre no es la clase de persona que se ofenda fácilmente. Estará tan encantada de que hayas encontrado esposa que no prestará atención a cómo se ha enterado de la noticia. Estaba desesperada deseando que te casaras, desde que Polly, esa cabecita llena de pájaros, te plantó.

Venetia lo miró con una palmaria curiosidad.

—¿Polly? Nunca me has hablado de ninguna Polly.

—Era la hija de un mercader de Dingwall —explicó Annie—. Empezaron a festejar cuando él regresó de la guerra, pero...

—No estábamos hechos el uno para el otro —concluyó Lachlan, en un tono

tenso. Cuando Annie invitó a Venetia a atravesar el umbral, él agarró a la viuda por el brazo—. Mira, que quede claro, mi esposa y yo no nos quedaremos.

—¡No seas ridículo! —Annie se zafó de su garra y empujó a Venetia para que entrara—. La señora necesita descansar como Dios manda, por lo menos una noche.

Apretando los dientes, Lachlan las siguió hasta el diminuto pero primoroso recibidor, con su escalera despejada y la alfombra turca de buena calidad. No le sorprendió que Venetia se quedara boquiabierta ante la visión que se abría ante ella. Podía imaginar lo que había esperado encontrar después de ver a las gallinas correteando por la explanada.

—Sólo queremos una comida consistente y un par de caballos —terció Lachlan con un tono severo mientras él y Jamie se apiñaban en el recibidor.

—Querréis decir que queremos realizar un cambio de caballos, ¿no? —aclaró Jamie.

—No. —Lachlan le lanzó a Jamie una mirada de advertencia—. Un par de caballos para mi esposa y para mí. Realizaremos el resto del trayecto solos. —¿De qué otra manera podía librarse de Jamie?

—¡Y un cuerno! —Se acaloró Jamie. Era obvio que Lachlan había tomado su decisión después del altercado en el bosque—. ¡No podéis arrastrar a la pobre señorita por las montañas de ese modo!

—Estoy completamente de acuerdo —intervino Annie alzando la barbilla con obcecación—. No seas ridículo, Lachlan. —Señaló hacia la puerta abierta donde las gotas de la lluvia habían empezado a salpicar a las gallinas—. No puedes llevártela con un tiempo como éste. Os quedaréis esta noche, y después los tres podéis marcharos en el carruaje por la mañana.

—Necesito que Jamie vaya a otro sitio con el carruaje, para... para ir a buscar un envío en Aderdeen —terció Lachlan sin dudar.

Jamie parpadeó.

—Pero si ese envío no llegará hasta la semana que viene.

—Pero quiero que vayas por si acaso llega antes. Necesitamos la cebada, y mi esposa y yo podemos apañarnos sin ti. —Quizá podría aprovecharse de la increíble mentira de esa enredadora—. Es nuestra luna de miel... Seguramente comprenderás que queramos estar solos.

Miró a Venetia con ojos lascivos, y disfrutó al ver la cara de pánico de

ella, al imaginarse a solas con él. Lo tenía bien merecido, por osar inventarse tal patraña sólo para complicarle la vida.

Entonces ella achicó los ojos.

—No te preocupes, Jamie —se arrimó más a Annie, su nueva aliada—. No me pasará nada.

Antes de que Lachlan pudiera sacarla de allí, la lluvia empezó a descargar torrencialmente, por lo que se vieron forzados a cerrar la puerta.

—No pienso permitir que os vayáis con este tiempo, no señor —anunció Annie—. Os quedaréis a cenar. Jamie dormirá en el granero, y os marcharéis cuando amanezca.

—Jamie cenará y se marchará esta misma noche —contraatacó Lachlan—. Y ahora mismo iré a ensillar los caballos, ¿no es así, Jamie?

El joven lo fulminó con una mirada mortífera, pero murmuró un «Por supuesto, señor» antes de salir por la puerta y enfrentarse a la lluvia.

Con un chasquido de desaprobación de la lengua, Annie empujó a Lachlan y a Venetia a través del recibidor para que entraran en una salita únicamente iluminada con unas velas.

—Esperad aquí mientras asumo mi papel de anfitriona y os preparo un poco de té. Entonces ya veré qué tengo para preparar la cena. Supongo que os querréis acostar temprano y...

—¡Maldita sea, Annie! ¡No nos quedaremos a dormir! —espetó Lachlan.

—¡No uses ese lenguaje soez delante de tu esposa, que es toda una señora, pedazo de botarate! —Annie se desvivió porque Venetia se sintiera cómoda, ofreciéndole una butaca cerca del fuego en la pequeña estancia—. No pensé que pudieras ser tan desconsiderado.

—¡No me estás escuchando, maldita seas!

—Por la mañana podéis alquilar una calesa y unos caballos en la posada en Kingussie. Eso os proporcionará un poco de protección en este tiempo de perros.

—Annie, lo juro por Dios que no pienso...

—¡Qué pesado! Los que estamos a favor de que os quedéis somos mayoría. Vamos, admítelo. —La anciana lo miró con altivez, aunque fuera una mujer pequeña—. Así que os quedaréis esta noche, y no hay nada más que hablar. Porque si no os quedáis, enviaré una carta urgente a tu madre para contarle lo de tu nueva esposa. Estoy segura de que la recibirá antes de que lleguéis. Y tú

no quieres eso, ¿verdad?

Lachlan farfulló una maldición a media voz. Su madre no tenía que saber nada sobre Venetia. Había planeado encerrar a la pequeña bruja en una cabaña abandonada de uno de sus aparceros, emplazada en las colinas que él había recorrido tantas veces como El Azote. Si Annie le contaba a su madre algo sobre ella, no le cabía ninguna duda de que su madre se metería en su batalla particular con Duncannon, y eso era algo que no estaba dispuesto a tolerar.

Miró primero a Annie y después a Venetia.

—Así que las dos os habéis propuesto vencer la partida, ¿eh? —Miró a Venetia sin parpadear, quien parecía eufórica con el resultado—. De acuerdo; nos quedaremos.

Una expresión triunfal se proyectó en la cara de Venetia, pero él no le permitió disfrutar del éxito. Así que quería jugar a ser su esposa, para causarle estragos en su vida, ¿eh?

Muy bien, pues la obligaría a jugar el papel de esposa. Se giró hacia Annie.

—¿Todavía dispones de esa habitación en el piso de arriba?

—Sí.

Lachlan le lanzó a Venetia una sonrisa maliciosa.

—Por lo que recuerdo, la cama no es que sea muy ancha.

Lachlan contempló cómo la expresión de satisfacción se borraba de su rostro en un pispás para trocarse en otra de alarma. Venetia no había pensado en esa cuestión, ¿verdad? No estaban en Inglaterra ni en la casa de ningún rico noble escocés, donde una dama esperaría disponer de una habitación separada de su esposo. Estaban en las Tierras Altas, donde un hombre y su esposa se acostaban juntos en una perfecta armonía matrimonial.

—Es suficientemente ancha para una pareja de recién casados —matizó Annie con un guiño.

Los ojos de Venetia se habían abierto ahora como un par de naranjas, y él lo estaba pasando en grande al ver cómo ella se daba cuenta de su craso error.

—Oh, estoy seguro de que tienes razón; mi esposa y yo ya nos apañaremos.

—Obsequió a Venetia con una pícaro sonrisa.

Venetia se incorporó de un saltito para dirigirse hacia la puerta.

—Sabéis, señora McCain, creo que Lachlan tiene razón. Probablemente será mejor que nos pongamos en camino esta misma noche.

—¡No seáis ridícula! —exclamó Annie—. Llave a cántaros, además, no es conveniente que dejéis que vuestro esposo os domine siempre que quiera. A veces es necesario que una mujer plante cara a esos pedazos de tarugos.

Lachlan apenas podía contener la risa. Así que plantar cara, ¿eh? ¡Qué poco conocía a Venetia!

—Y ahora quedaos aquí con vuestro esposo mientras voy a preparar el té. Sólo tardaré un minuto. —Annie abandonó la salita, dejando a Venetia a la merced de un Lachlan nada tierno.

—Será mejor que te acomodes en el sofá de nuevo, princesa —la invitó Lachlan con acritud—. Esta vez has ganado tú.

—Lachlan, no podemos compartir la misma habitación esta noche...

—Oh, sí, claro que podemos. —Se acercó a ella lentamente, apoyándose en su pierna derecha—. Pero no te preocupes, bonita, después de haberme pasado la mitad del día durmiendo, no necesitaré descansar mucho. —Le dedicó una sonrisita socarrona.

Venetia torció el gesto, luego se dirigió hacia la puerta.

—Le contaré que no soy tu esposa y que no vamos a quedarnos...

Lachlan le cerró el paso.

—No, no lo harás. Tú solita te has metido en este atolladero, así que ahora tendrás que asumir las consecuencias. Además, dormir una noche en una cama mullida nos irá bien a los dos, y creo que es una buena idea que alquilemos una calesa. Seguramente no te costará tanto fingir por una sola noche que no me aborreces tanto.

«Lo que no sé es si seré capaz de fingir por una sola noche que no te deseo.»

—Pero acepta mi consejo por una vez —continuó él—, deja que sea yo quien hable con Annie; no queremos que se entere de que eres la hija de Duncannon, porque si no es capaz de molerte a bastonazos con la escoba.

—Muy bien. —Venetia lo miró a los ojos antes de preguntarle—: ¿Por qué no quieres seguir con Jamie?

Lachlan dudó unos instantes, entonces optó por ser honesto:

—Porque se ha enamorado de ti. —Escrutó su cara, luego enarcó una ceja—. Y tú lo sabes. No puedo permitir que uses tus encantos con él para intentar escapar.

—No digas tonterías —espetó ella con brusquedad—. Jamie puede estar enamorado de mí, pero te es absolutamente leal, tal y como ya me advertiste. Jamás me ayudará a traicionarte.

—Te quedarías sorprendida de lo que un hombre es capaz de hacer por la mujer a la que ama, princesa.

En el momento en que las palabras se escaparon de su boca, se lamentó de haberlo dicho, ya que los ojos de Venetia adoptaron la tonalidad verde agreste de los lagos escoceses, y de repente Lachlan fue plenamente consciente de lo próximos que estaban el uno del otro, y de lo bella que era... tan irresistible. Bajó la cabeza y clavó la vista en esa dulce boquita sensual...

La puerta se abrió de par en par y Annie entró trotando. Los dos se separaban atropelladamente y la viuda se detuvo, entonces soltó una potente risotada.

—Ah, no, aún no es hora para esos juegos de tortolitos. —Pestañeó varias veces seguidas de forma sugestiva—. Ya tendréis tiempo después, más tarde.

Eso era exactamente lo que Lachlan temía. Santo cielo, indudablemente iba a ser una larga noche.

No estaba seguro de a quién deseaba estrangular más, si a Annie, por comportarse siempre de ese modo tan maternal con él, o a Venetia, porque le costaba horrores no echarse a sus pies como un perrito faldero ante su gracia y su belleza natural.

Las siguió hasta la cocina, procurando ignorar el insoportable dolor en la pierna maltrecha. Tendría que estar agradecido de poder descansar una noche, pero la verdad era que prefería la tortura del viaje a quedarse a solas con Venetia en la oscuridad. Si conseguía sobrevivir a esa experiencia, sería todo un milagro.

Gracias a Dios que Annie se mostraba deseosa de escuchar todos los cotilleos sobre el condado de Ross, o él nunca habría conseguido aguantar impasible mientras tomaban el té. Un poco después, Jamie se unió al grupo, y Annie preparó una succulenta cena a base de empanadas rellenas con carne picada, jamón, arenques rebozados con harina de avena y sopa de puerros y pollo. Lachlan fue capaz de controlar la conversación ofreciendo a la anciana una plétora de pormenores y de cotilleos acerca del clan de los Ross. Eso mantuvo a la curiosa mujer ocupada, y evitó que descubriera que tenía a la mismísima hija de Duncannon comiendo en su cocina.

Ahora sólo quedaba que Lachlan se contuviera y no se refiriera a Venetia

por su nombre de pila. No quería arriesgarse a poner a prueba la memoria de Annie.

Pero se alegraba de que al final hubieran optado por quedarse. Allí sentado, bajo la suave luz que iluminaba la cocina de Annie, no pudo evitar constatar cómo le dolía todo el cuerpo magullado, y lo hambriento que estaba. Devoró cada plato que ella le puso delante, y lo mismo hizo Venetia, a pesar de que continuó haciendo gala de sus intachables maneras refinadas en la mesa.

Después de dar buena cuenta de la deliciosa comida, Annie alzó una bandeja.

—¿Te comerás la última empanada, Lachlan?

—¿Es que acaso intentas cebarme como a un cerdito? —bromeó él mientras aceptaba el ofrecimiento—. Porque lo estás haciendo la mar de bien, te lo aseguro.

Annie frunció el ceño y dejó la bandeja en el fregadero.

—Ya me gustaría. No tienes muy buen aspecto, muchacho. —Cuando Venetia pareció sorprendida ante tal comentario, Annie le dijo en un tono confidencial—: No es que haya perdido mucho peso; todavía tiene esos hombros cuadrados y esa complexión atlética que siempre lo ha caracterizado, pero está muy pálido, y es la primera vez que lo veo andar con esa rigidez.

—Sin duda son secuelas de la guerra —apuntó Venetia.

—¿La guerra? No, no es por la guerra. Lo vi hace menos de un año, y estaba sano y fuerte...

—Jamie, muchacho, ¿se puede saber qué estás haciendo? —La interrumpió Lachlan—. Será mejor que aproveches para marcharte ahora, que el temporal ha amainado.

—Sí, señor. —Jamie se levantó de la mesa, asintiendo con la cabeza como si comprendiera la incomodidad de Lachlan ante el cauce que había adoptado la conversación—. ¿Me prepararás algo de comer para el viaje, Annie?

La anciana lanzó un rápido vistazo a Lachlan y luego desvió la atención hacia Jamie.

—Te prepararé todo lo que quieras, corazón.

El joven se frotó la barriga.

—Qué bien. Hummm... ¿Qué tal unos cuantos pastelitos de avena? ¡Están deliciosos! Siempre me quedo con ganas de comer más.

—¡Ni que lo digas! —replicó Annie, señalando con los ojos hacia la bandeja que el joven acababa de devorar—. No te preocupes, tengo más. Ve a buscar el equipaje de tu señor en el carruaje mientras te preparo una cesta.

Jamie obedeció, y la anciana se puso a trajinar en la cocina. Cuando el muchacho regresó sólo con la mochila de Lachlan, ella lo miró desconcertada.

—¿Y el resto?

—Esto es todo mi equipaje. Mi esposa y yo nos fuimos, ¿recuerdas? Ella no tuvo tiempo de hacer las maletas, y yo no esperaba detenerme en ningún sitio hasta que llegáramos a casa —aclaró Lachlan.

Annie parecía consternada, cuando le entregó a Jamie una cesta llena de comida.

—¿Así que has obligado a tu pobre esposa a llevar el mismo traje durante varios días? Eso es muy cruel, especialmente para una dama de tan finos modales como ella.

—No os lo podéis ni llegar a imaginar —murmuró Venetia en un tono casi inaudible.

—Bueno, lo único que puedo ofrecer os es lavar vuestra ropa y secarla para que os la podáis poner mañana. —Annie se dirigió a la puerta y llamó a Sally, luego se precipitó hacia uno de los armarios situado al fondo de la cocina y sacó una gran palangana llena de agua de la lluvia—. Entretanto, creo que Sally podrá dejaros algún trapito para pasar la noche.

La cara de Venetia adoptó mil tonalidades encarnadas mientras se ponía de pie atropelladamente.

—De veras, no hace falta que os toméis tantas molestias...

—No es ninguna molestia, querida —terció la anciana, batiendo la mano como si espantara moscas. Después de colgar la palangana en un enorme gancho que pendía encima del fuego de la chimenea, volvió a enfilarse hacia la puerta que daba al pasillo—. ¡Sally! ¡Sally! ¿Dónde se habrá metido esa chica?

—¿Queréis que vaya a buscarla? —Se ofreció Venetia.

Lachlan soltó un bufido ante el clarísimo intento de salir de la estancia y alejarse de sus captores.

—Siéntate, bonita. Ya vendrá ella solita.

Venetia volvió a tomar asiento, evitando mirarlo a los ojos. ¡Como si él no supiera lo que ella se proponía! Que prefería merodear por Escocia

completamente vestida —aunque fuera con ropa sucia— que encerrarse en una habitación con él para pasar la noche, medio desnuda.

Lachlan la comprendía; se excitó ante el mero pensamiento de compartir una habitación con Venetia, y que encima ella llevara puesto sólo un camisón.

—¿Y tú, Jamie? ¿Necesitas ropa limpia? —le preguntó Annie.

—No te preocupes por él —concluyó Lachlan. Por suerte, Jamie no había oído la parte acerca de que Lachlan y Venetia iban a compartir una habitación, pero si el muchacho no se largaba pronto lo averiguaría, y entonces Lachlan jamás podría librarse de él—. Será mejor que te pongas en camino, muchacho.

—Sí. —Jamie miró a Venetia con ojos impotentes—. Os veré a los dos en Rossraig dentro de poco. Y si necesitáis cualquier cosa antes de que me vaya, milady...

—No, no necesita nada —ladró Lachlan—. Y ahora vete. —«Antes de que este botarate hique la rodilla en el suelo delante de Venetia y le pida que acepte que sea su caballero errante y la salve de mí.»

Lo cual sería probablemente necesario, si Annie continuaba insistiendo en desvestirla.

Annie acompañó a Jamie hasta la puerta y se despidió de él, luego regresó a la mesa. Justo cuando Lachlan se estaba felicitando por su gran idea de deshacerse de Jamie, la anciana lo miró con el ceño fruncido.

—Tú también necesitas ropa limpia, muchacho.

—No, no es necesario.

—Mi difunto esposo debía de tener tu talla. —Cruzó los brazos encima del pecho—. Lo cual me recuerda que todavía no me has contado por qué tienes ese terrible aspecto.

Lachlan puso cara de fastidio. Tendría que haberse figurado que Annie no daría el brazo a torcer.

—Creo que sé el motivo. Es por esa pelea que tuviste con El Azote, ¿no es cierto? —Con un chasquido de la lengua, la anciana lo miró con tristeza—. No tendrías que haberte metido con él. Según los rumores, era un bárbaro.

Lachlan se contuvo para no sonreír.

—Bueno, yo sobreviví, y él no, así que ¿quién es más bárbaro?

Annie sacudió la cabeza.

—Bárbaro o no, fue una imprudencia. Y de todos modos, ¿qué te impulsó a

luchar contra el enemigo de Duncannon? Tú, que odias al conde tanto como yo. Tendrías que haber dejado a El Azote en paz. No estaba haciendo daño a nadie.

—¿Qué? —estalló Venetia, ignorando a Lachlan cuando éste le propinó una patada por debajo de la mesa—. ¡Ese maleante asaltaba a viajeros inocentes! ¿Cómo podéis decir que no hacía daño a nadie?

—Ésos no eran viajeros inocentes —contraatacó Annie—. Eran los amigos de Duncannon, y probablemente todos eran como él: terratenientes que entregan sus tierras a los pastores, y echan a sus aparceros.

Venetia pestañeó varias veces seguidas.

—¿Qué queréis decir? ¿Cómo pueden obligar a sus aparceros a abandonar el lugar? ¿Acaso no tienen contratos de arrendamiento?

—Sí, pero son contratos anuales. Cuando se acabó el año, Duncannon los echó a todos de sus casas para poder usar sus tierras como pasto para las ovejas.

Lachlan observó en silencio la reacción de Venetia. Había supuesto que ella conocía las tácticas de su padre, pero quizá no se trataba más que de eso, de una suposición, como el resto de conjeturas que había hecho acerca de ella.

Venetia no podía ocultar su desasosiego.

—Pero en Londres dicen que las ovejas serán la salvación de las Tierras Altas. De que las mejoras en las tierras salvarán...

—¿Mejoras? —La interrumpió Annie, con un tono cargado de sarcasmo—. Es una curiosa forma de describir la tragedia de expulsar a los arrendatarios, milady. —Se giró hacia Lachlan—. ¿Acaso no le has explicado cuál es la situación aquí en el norte? ¿Cómo los terratenientes pueden doblar sus rentas cediendo sus tierras a los pastores para que pasten las ovejas, de modo que no necesitan aparceros? ¿Cómo la tierra que solía abastecer a veinte personas ahora abastece a cientos de ovejas y a un pastor? ¿Cómo la gente se ve obligada a abandonar las Tierras Altas y emigrar a América en esos barcos de carga?

—Me parece que ya se lo estás explicando tú la mar de bien —contestó Lachlan con suavidad.

Los ojos de Venetia iban de él a Annie y su cara estaba más pálida que una hoja de papel.

—No... no lo sabía. Nunca comentaban nada sobre la suerte que corrían

los aparceros. Simplemente pensé que...

—¿Que encontraron otra forma de subsistir? —Annie frunció los labios—. Sí, claro que sí. En América, en Canadá. Se trata o bien de marcharse o bien de morirse de hambre. Mi esposo y yo tuvimos suerte de podernos quedar en Escocia después de que el conde nos echara de sus tierras. —Se recostó en la silla y frunció el ceño—. Pero sigo pensando que eso fue lo que lo mató: el hecho de no tener trabajo y de no querer emigrar.

—El esposo de Annie era el capataz del conde —explicó Lachlan—. Vivieron cerca de Braidmuir durante varios años, hasta que su marido se atrevió a expresar sus reticencias sobre el pastoreo y cómo esa práctica estaba relegando inevitablemente a los aparceros. Entonces el conde ordenó a su administrador que lo despidiera y que contratara al desgraciado de McKinley en su lugar.

—Eso es horrible —susurró Venetia.

¿Hablabas en serio? ¿O simplemente estaba intentando embaucarlo de nuevo, mostrando su apoyo a su antigua niñera?

—Mi pobre esposo buscó trabajo por todas partes —se lamentó Annie—, pero no encontró nada que fuera de su agrado. Una noche se emborrachó, se cayó del caballo y se partió el cuello. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Si mi tío no me hubiera dejado esta casa en herencia y un poquito de dinero, ahora yo también estaría en América. Las Tierras Altas ya no son un lugar adecuado para una mujer como yo.

—No seas tan pesimista, querida —la animó Lachlan, al tiempo que le estrechaba la mano con afecto—. Siempre habrá un sitio para ti en estas tierras. Ya me aseguraré yo de ello.

—Oh, no sigas, que me harás llorar —le agradeció la anciana, con los ojos húmedos. Se los secó al tiempo que soltaba un bufido—. ¡Mira lo que me has hecho hacer, dejándome que hablara de destierros! Ese tema sólo consigue que me enfurezca, y no sirve de nada, porque no se puede hacer nada para remediarlo.

Annie se levantó y se fue a echar un vistazo a la palangana llena de agua, entonces llamó a la chica que la ayudaba en las labores domésticas.

—¡Sally! ¡El agua está hirviendo! ¡Ayúdame a llevar la palangana arriba para que nuestros invitados puedan bañarse!

¡Por todos los santos! Lachlan había asumido que la anciana estaba

calentando agua para lavar la ropa.

Cuando Venetia le lanzó una mirada llena de pánico, él resopló. Sólo con pensar en Venetia desnuda, con el agua cayendo por ese espléndido cuerpo, por sus pechos rosados, y ella acalorada por el vapor...

—No te molestes, Annie —refunfuñó, aunque la verdad era que se moría de ganas de quitarse toda la mugre y el polvo de la carretera.

—Oh, no es ninguna molestia, ¿verdad, Sally? —La anciana miró a la muchacha que acababa de entrar.

—Oh, no, señora, de ningún modo —aseguró Sally, con una risita de niña traviesa, exponiendo una dentadura en la que faltaba un diente—. Ya he preparado la bañera en el cuarto de los invitados, y he puesto toallas y una pastilla de jabón. Y he encontrado un poco de lavanda y de romero fresco en el jardín para que el agua huela bien. —Miró a Venetia con ojos apocados—. Para la señora.

Lachlan apretó los puños. Magnífico. Venetia no sólo estaría desnuda y limpia, sino que además olería a flores silvestres. Como si ya no le costara horrores mantener las manos alejadas de ese cuerpo.

—Supongo que no os importa compartir el agua, ¿verdad? —preguntó Annie mientras vertía el agua en dos cubos para Sally, quien los asió y enfiló hacia las escaleras.

Venetia se había levantado, también, y ahora lo estaba mirando con ojitos suplicantes, como rogándole que hiciera algo para salir airosos de esa situación tan embarazosa.

—No, claro que no. Pero... ejem... Creo que aprovecharé para ir al pueblo y alquilar la calesa; de ese modo mi esposa podrá disfrutar de un largo y merecido baño caliente. Ya me bañaré cuando regrese. No me importa bañarme con agua fría. — En esos precisos momentos, un buen baño de agua fría era lo que más le convenía.

—¡Excelente idea! —exclamó Venetia con un tono eufórico.

Demasiado eufórico. Cielo santo, ¿en qué estaba él pensando? No podía dejarla sola. Venetia se apoderaría de un caballo y huiría a Londres antes de que él se hubiera alejado medio kilómetro. Estaba olvidando que ella era su rehén, no su esposa.

—Ya iré yo al pueblo y me encargaré de alquilar la calesa —se ofreció Annie, afortunadamente—. Los dos tenéis pinta de estar muy cansados, y os irá

bien un buen baño caliente y después dormir un rato.

Sally asomó la cabeza por la cocina y Annie añadió:

—¿Por qué no llevas a lady Ross hasta su habitación y la ayudas a desnudarse mientras Lachlan y yo subimos más agua?

—De acuerdo, señora —convino Sally, y dio media vuelta cuando tuvo la certeza de que Venetia la seguía.

Sólo después de que se hubieran marchado, Lachlan se dio cuenta del error: ¡había dejado que Venetia se marchara sola con Sally!

Farfullando una maldición entre dientes, subió las escaleras de dos en dos.

—Tengo que preguntarle una cosa a mi esposa —se excusó—. Enseguida bajo a ayudarte con el agua, Annie.

Pero primero tenía que asegurarse de que su «esposa» no iba a buscarse una nueva aliada para su causa.

Capítulo trece

Querido primo:

Enseñar a mis pupilas a actuar como unas señoritas inteligentes no es lo mismo que enseñarles a ser cínicas. ¿Acaso es cínico defender que un hombre no está ahí únicamente para aprovecharse de una mujer? Lo dudo. Sólo si les enseñara a esas ricas herederas a no confiar en ningún hombre podríais tacharme de cínica. Pero en los tiempos en que vivimos, una mujer ha de aprender a protegerse de los bribones.

Vuestra alarmada allegada, Charlotte

Venetia echó un vistazo a la habitación de huéspedes mientras Sally la invitaba a pasar. Ubicada bajo uno de los aleros de la casa, la estancia era oscura y no demasiado grande, con una pequeña chimenea de carbón encendida. Aparte de la bañera de latón situada en medio de la habitación, el resto del mobiliario consistía en una palangana para asearse colocada sobre una estructura de madera que hacía las veces de tocador, una robusta silla de nogal y una cama que apenas parecía lo bastante ancha como para acoger a una sola persona, así que mucho menos a dos.

Peor todavía, la estancia sólo disponía de una pequeña ventana muy angosta. Aunque lograra deslizarse a través de ella, jamás sobreviviría a la caída contra el suelo. Eso sólo le dejaba una única alternativa: conseguir la ayuda de la criada. Porque Venetia no pensaba pasar la noche con Lachlan en ese diminuto catre.

«Es suficientemente amplia para una pareja de recién casados.»

Soltó un bufido. Aunque Lachlan le había demostrado ser más caballeroso de lo que ella había supuesto inicialmente, no se atrevía a bajar la guardia. Cualquier hombre que odiara tanto a su padre, jamás se casaría con ella. Acabaría deshonrada y soltera, y su vida sería un martirio.

No, no podía pasar la noche a solas con él allí. Prefería arriesgarse a toparse de nuevo con varios gatos monteses por la carretera de regreso a Edimburgo antes que claudicar.

—¿Conoces bien al señor? —Venetia interrogó a Sally. Si la muchacha

sentía el mismo afecto por Lachlan que Annie, no le serviría de gran ayuda.

Sally parpadeó ante la inesperada pregunta.

—Es la primera vez que lo veo, milady. Pero he de admitir que es un caballero muy apuesto, sí, muy apuesto.

—Ese caballero tan apuesto no es lo que parece. Ayer...

—Ayer viajamos tantas horas seguidas que apenas tuvimos tiempo para pensar, así que mucho menos para darnos un buen baño. —Lachlan acabó la frase por ella al tiempo que abría bruscamente la puerta de la habitación. Su cicatriz destacaba ostensiblemente en su frente pálida, pero sus ojos eran tan oscuros y penetrantes como las rocas esculpidas por el viento cerca de Braidmuir—. Así que te estamos muy agradecidos por tu servicio, Sally.

A Venetia se le agarrotó el estómago. Sólo Lachlan era capaz de anticiparse a lo que ella se proponía hacer.

—Oh, no es ninguna molestia. El agua estará calentita y agradable. —Sally sonrió a Venetia—. Si os quitáis el vestido, os ayudaré con el corsé.

Venetia frunció el ceño y miró a Lachlan, quien a su vez le dedicó una enmascarada sonrisa como indicándole que de ningún modo iba a conseguir librarse de él ahora. Pero por lo menos tuvo la decencia de darle la espalda y dirigirse a la ventana para que ella pudiera desvestirse.

Venetia se quitó el vestido torpemente, preguntándose si él pensaba quedarse allí plantado toda la noche. Prefería ir mugrienta antes que sentarse desnuda en una bañera con él como espectador. Aunque la verdad es que se moría de ganas por bañarse. Sólo la visión del agua humeante le erizó el vello de los brazos.

—¿Esta habitación se puede cerrar con llave, Sally? —preguntó Lachlan desde su posición alejada, pegado a la ventana, mientras sostenía la diminuta cortina apartada para mirar hacia el exterior.

—Sí, señor. —Sally miró a Venetia con cara de confusión mientras cogía su vestido.

—Mi esposa tiene tendencia a caminar cuando está dormida. —Lachlan soltó la increíble mentira con una pasmosa parsimonia—. Así que será mejor que vayas a buscar la llave; te estaré sumamente agradecido. No queremos que se caiga por las escaleras en la oscuridad, ¿no es cierto?

¡Maldito fuera! ¡No se le escapaba ningún detalle!

—Así es, señor.

Cuando Sally vaciló, mirando a Venetia de soslayo, Lachlan la miró con ojos implacables.

—Gracias, muchacha, y trae también un camisón o cualquier otra ropa que encuentres para mi esposa. Ya me ocupo yo de su corsé.

Sally bajó la cabeza y abandonó la estancia sin rechistar. En dos zancadas, Lachlan se situó detrás de Venetia.

—Lachlan...

—¡Cállate! —Empezó a deshacerle los lazos con tanta maestría que la sorprendió. Era más que evidente que ya había hecho ese trabajo con otras mujeres. ¡Maldito fuera!

—Escucha bien lo que vamos a hacer —continuó él—. Cuando Sally regrese con la llave, buscaré una excusa para que se marche y nos deje solos. Después yo también saldré de la habitación. Podrás darme el resto de tu ropa, y se la bajaré a Annie para que puedas bañarte tranquilamente.

Venetia inclinó levemente la cabeza hacia arriba para mirarlo.

—¿Sola?

—Sola. —Lachlan no apartó la mirada—. Pero tendré que encerrarte, ¿entendido?

—De acuerdo. —Ella ocultó su decepción. Por lo menos gozaría de un baño privado.

Su corsé se soltó del todo y él lo agarró al vuelo y se lo entregó. Pero cuando ella asió uno de los extremos de la tela acolchada, Lachlan sostuvo el otro extremo con saña.

—Tienes que prometerme, por eso, que no intentarás escapar por la ventana. Aunque consiguieras pasar a través de ella, no hay nada en el suelo que pueda amortiguar tu caída, por lo que te partirías tu maldito cuello.

—A esa conclusión ya había llegado yo sin tu ayuda, gracias.

Él enarcó una ceja.

—Perfecto. Por lo menos demuestras tener un poco de sentido común.

Sentido común sí, pero poca ropa en ese momento. Afortunadamente, él mantenía la vista fija en su cara. Esa demostración de caballerosidad le infundó esperanzas a Venetia. Quizá compartir la habitación con él esa noche no resultaría tan nefasto, después de todo.

—Te doy una hora para que te bañes mientras ayudo a Annie —prosiguió él

—. Supongo que de ese modo no despertaremos sospechas. —Soltó el corsé
—. Pero cuando regrese, espero que estés fuera de la bañera y vestida,
¿entendido?

Tapándose el pecho con el corsé, ella asintió rápidamente.

—Entonces podrás volver la vista hacia la pared mientras yo me desnudo y
me baño.

Virgen santa. ¿Él también pretendía bañarse? Qué imagen más tentadora que
le suscitaba esa idea: él entrando lentamente desnudo en la bañera humeante
de vapor, frotándose sus fornidos músculos con la pastilla de jabón.

—Eso, claro, si no te importa —añadió Lachlan.

Ahora la estaba mirando de una forma peculiar, y ella se dio cuenta de que
había deslizado la vista por todo su cuerpo con una vergonzosa impudicia.

—No... claro que no... bueno, quiero decir... que... que si te quieres
bañar...

Ante la expresión confiada de él, Venetia dejó de farfullar.

—Sólo me estaba preguntando si... —¿Cómo hacerle esa pregunta?—. No
dormiremos juntos en esa cama, ¿verdad?

En el momento en que los ojos de Lachlan brillaron destacando más su
lascivo color marrón chocolate, ella supo que no debería de haber hecho esa
pregunta.

—Estaré encantado de compartirla contigo, princesa, puesto que estás tan
orgullosa de pregonar que eres mi esposa. —El suave susurro de esa
impertinencia resonó en lo más profundo del vientre de Venetia, especialmente
cuando él agregó—: Quizá podríamos llevar esta farsa hasta su final lógico,
¿no te parece?

Ella tragó saliva, deseando que esa ignominiosa idea no le provocara un
cosquilleo en la parte inferior del vientre.

—Sabes perfectamente bien que no me refería a...

—No te preocupes, bonita —espetó él—. No estoy tan loco como para
tumbarme a menos de un metro de ti, vestida con tan poca ropa. Dormiré en el
suelo.

—Entonces perfecto —aceptó ella, aliviada. O por lo menos intentó
convencerse a sí misma de ello—. Gracias.

—No me des las gracias todavía —refunfuñó él—. La noche es joven, y

todavía tengo ganas de hacerte pagar por haber entorpecido mis planes.

Venetia estaba segura de que Lachlan sólo hablaba así para defender su orgullo, por lo que se atrevió a bromear:

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? Me muero de ganas de saberlo.

—Quizá cantándote nanas sin piedad, hasta que te quedes dormida. —Le dedicó una sonrisa burlona—. Así aprenderás.

—No me importaría oírte cantar —admitió ella.

Su comentario pareció incomodarlo, y Lachlan giró la cara hacia la pared al tiempo que fruncía el ceño.

—Sí, es fácil decirlo ahora, pero cuando mi voz desgarradora consiga que los perros se pongan a aullar, no te mostrarás tan complaciente.

Justo entonces Sally regresó con una blusa interior limpia y la llave de la habitación. Cumpliendo con su palabra, Lachlan buscó una excusa para deshacerse de la muchacha, y luego enfiló hacia la puerta mientras Venetia acababa de desvestirse y le entregaba su ropa sucia, tapándose con la toalla. Sólo después de que él hubiera cerrado la puerta con llave y hubiera bajado al piso inferior, ella tiró la toalla y se metió en la bañera.

Se hundió en el agua con un suspiro de puro placer. Un baño ya resultaba suficientemente gustoso, pero el hecho de que él le hubiera permitido quedarse sola era toda una bendición. Le parecía que habían pasado siglos desde que no tenía a Lachlan o a Jamie vigilándola a cada paso.

Se frotó el pelo y el cuerpo a conciencia, y se emocionó con el aroma familiar a lavanda y a jabón. ¿Cuánto tiempo tardaría en volver a ver su casa? ¿Lo conseguiría algún día? En cierto modo, le costaba imaginar a Lachlan entregándola a su padre sin obtener lo que quería a cambio. Y no se imaginaba a su padre accediendo a su petición.

Esa historia no podía acabar bien.

Tan pronto como se sintió absolutamente relajada y satisfecha con el baño, se secó y se puso la blusa de Sally, que le quedaba un poco ajustada en el pecho. Luego se metió en la cama, se tapó con la colcha hasta la barbilla, apretó los ojos para cerrarlos totalmente y se volvió hacia la pared. Si pudiera quedarse dormida antes de que Lachlan regresara no tendrían que hablar, y quizá él no se sentiría tentado a hacer nada.

¿Pero en qué estaba pensando? No tenía que preocuparse por él. A pesar de la patente atracción que sentía hacia ella, se había comportado como un

verdadero caballero durante casi todo el tiempo.

En cambio, ella estaba bajando la guardia con él hasta un punto peligroso. Siempre había presumido de su habilidad de ver el verdadero carácter que se ocultaba detrás de una bonita cara varonil. Nunca le había gustado que la adularan, ya que podía intuir la falta de sinceridad que se ocultaba incluso detrás del cumplido más inofensivo.

Pero cuando Lachlan le dijo que la deseaba, se derritió como la mantequilla. Venetia suspiró. ¿Por qué le sucedía eso? ¿Por qué olvidaba constantemente que sólo se trataba de un ajuste de cuentas entre Lachlan y su padre, y que ella era únicamente un medio para que él obtuviera su objetivo?

Quizá era porque Lachlan había sido absolutamente sincero acerca del motivo por el que la había secuestrado. Le había expuesto la situación llanamente, dejando que ella determinara la verdad por sí sola. Incluso la lamentable historia acerca de las Tierras Altas durante la cena había sido sacada a colación no por él sino por una viuda. Lachlan no había intentado recurrir a ese tema para ganarse su simpatía.

Y qué horror descubrir que Lachlan no era la única persona que odiaba a su padre. Toda esa declaración acerca de las ovejas y de expulsar a los aparceros... ¿Podía ser verdad? Había oído cómo los amigos escoceses de su padre se jactaban de las mejoras que habían conseguido instaurar en sus tierras gracias al pastoreo, pero jamás se había preguntado adónde iban los arrendatarios que antes trabajaban esas mismas tierras. De alguna manera, había supuesto que todos seguían viviendo juntos en armonía.

Pero ahora empezaba a recordar algunos retales de conversaciones que había oído en Londres. Uno de los mejores amigos de la señora Harris era un periodista llamado Charles Godwin, quien a menudo escribía acerca de «la injusticia que se estaba perpetrando en las Tierras Altas». Venetia no había prestado atención a esos artículos, puesto que todo el mundo decía que Godwin era un radical recalcitrante. Ahora empezaba a tener dudas. Y también recordaba a un lord que se había quejado del problema con sus aparceros.

Lamentablemente, nunca había oído las conversaciones enteras, ya que los caballeros no comentaban tales pormenores delante de las damas. Así que no había tenido la ocasión de comprender lo que realmente sucedía.

Y su padre jamás mencionaba nada al respecto, excepto para criticar a sus compatriotas. Pero puesto que siempre estaba criticando a alguien, ella no le hacía caso. Ahora deseaba haber prestado más atención a sus comentarios.

Hundió la cara en la almohada, intentando no pensar en la conversación de esa noche. Pero las palabras de Lachlan seguían resonando en sus oídos: «el marido de Annie se atrevió a expresar sus reticencias en cuanto al pastoreo... Entonces el conde ordenó a su administrador que lo despidiera».

Seguramente papá no podía ser tan desconsiderado. Siempre había presumido de tratar bien a sus empleados. Les pagaba bien y los mantenía bajo su servicio siempre y cuando no fueran unos haraganes. No le parecía lógico que papá echara a su capataz, que había trabajado para él durante muchos años. Quizá el administrador había actuado por cuenta propia...

Unos suaves golpecitos sonaron en la puerta.

—Voy a entrar, bonita —murmuró Lachlan.

¡Había regresado para bañarse! ¡Virgen santa!

Fingiendo estar dormida, Venetia mantuvo la cara girada hacia la pared cuando él entró. Oyó el *clic* mientras él volvía a cerrar la puerta con llave — esta vez por dentro—, y después el frufrú de la ropa mientras se desnudaba. Por lo visto, él había creído que estaba dormida, porque no le dijo nada.

Pero la falta de conversación sólo consiguió empeorar las cosas. Porque mientras Venetia oía el chapoteo del agua, la curiosidad se apoderó de ella. ¿Qué aspecto tendría Lachlan en la bañera? ¿Las puntas de su cabello despeinado se rizaban con el contacto del agua, o caían rectas y desmayadas sobre su cuello? ¿Era su espalda y su pecho tan anchos como aparentaban, o era sólo el efecto del corte y del espesor de sus ropas lo que lo hacía parecer tan musculoso?

¿Y sería un pecado tan terrible, atreverse a espiarlo para averiguarlo? Él estaba totalmente absorto en el placer del baño; probablemente no se daría cuenta. Un vistazo fugaz para aplacar su curiosidad... ¿Cómo iba eso a hacer daño? Entonces se pondría a dormir.

Venetia se dio la vuelta y se quedó boca arriba, luego inclinó la cabeza levemente para ver la bañera. Ésta estaba emplazada perpendicularmente a la cama, y por suerte, él le daba la espalda.

O por desgracia, puesto que eso significaba que apenas podía ver nada. Sólo la parte superior de sus hombros. Pero... ¡Qué espalda y qué hombros! Cada músculo cincelado a la perfección, y duro como las crestas rocosas por las que él trepaba en su juventud; no se asemejaban en absoluto a las finas estatuas de alabastro en el museo de Londres. Su piel estaba bronceada y curtida como la de un labriego, la superficie surcada por cicatrices,

probablemente de la guerra.

Lachlan hundió la cabeza en el agua, y cuando volvió a sacarla, su pelo caía en unos graciosos rizos castaños sobre su cuello. Entonces, tomando a Venetia totalmente desprevenida, de repente se apoyó en la bañera para levantarse, y sin que ella pudiera evitarlo, vio un primer plano de su trasero desnudo. Su trasero terso y deliciosamente redondeado.

Así que ésa era la imagen de un hombre desnudo... con los músculos tensos mientras se inclinaba para asir la toalla, y sus amplios hombros bien perfilados mientras se secaba, entonces él se giró ligeramente hacia un lado para revelar...

Una horrorosa cicatriz que se extendía desde su rodilla hasta la mitad de su muslo. Venetia contuvo la respiración. Era claramente reciente, ya que todavía tenía ese vivo tono sonrosado, como si el agua hubiera incrementado su temperatura.

—Virgen santa —susurró Venetia.

Lachlan se puso tenso. Demasiado tarde, ella se dio cuenta de que había expresado su horror en voz alta. Antes de que pudiera girar la cabeza, él levantó la vista, y sus ojos se toparon con los de Venetia.

—¿Qué pasa, bonita?

Ella tendría que haber balbuceado alguna excusa y después haber apartado la vista, pero ahora que lo había visto, tenía que saber cómo se había hecho semejante cicatriz. Señaló hacia su pierna.

—¿Quién te hizo esto?

Un músculo se tensó en su mandíbula varonil. Todavía de pie dentro de la bañera, se ató la toalla alrededor de la cintura y la miró con altivez, retándola con unos ojos amenazadores propios de un guerrero *highlander* ataviado con un *kilt* blanco.

—¿Quién crees que me lo hizo? Los esbirros de tu padre.

Venetia ahogó un grito. Ésa no era la respuesta que había esperado.

Y él lo sabía, también, porque aguantó la mirada asustada de ella con unos ojos beligerantes, como emplazándola a que se atreviera a negarlo. Ahora ella podía ver las cicatrices rosadas más pequeñas a lo largo de sus costillas y una herida en su brazo similar a la que tenía en el muslo.

—¿Qué te hicieron para provocarte esas heridas tan terribles? —susurró.

La cara de Lachlan parecía de roca granítica.

—Después de que me quitaran la navaja, dos de ellos me inmovilizaron mientras un tercero me atizaba con un cayado. Me partió el muslo de un modo tan espeluznante que el hueso atravesó la carne, rompiéndome los músculos y los tendones.

Apoyándose en la silla cercana a la bañera, Lachlan se agarró el muslo con el brazo para pasarlo por encima del borde de la bañera.

Venetia podía ver el enorme esfuerzo que le costaba hacer ese simple movimiento, y cuando él continuó hablando, su respiración jadeante denotaba su cansancio.

—Mi madre consiguió colocarme el hueso en su sitio de nuevo, pero puesto que habíamos decidido continuar fingiendo que yo había muerto, no podíamos arriesgarnos a traer un médico desde el pueblo para que me echara un vistazo. Así que a la herida le está costando mucho tiempo cicatrizar.

—Ya lo veo. —Con las facciones llenas de horror, se levantó de la cama—. ¿En qué otras partes te atacaron? ¿Qué otros huesos te rompieron?

Lachlan soltó una sonora carcajada.

—No pienso listarte todos mis puntos débiles para que sepas dónde atizarme la próxima vez que intentes escapar, princesa.

—Jamás sería capaz de... no podría... —Pero era cierto; ella lo había golpeado, ¿no? No intencionadamente, claro, pero probablemente con suficiente saña como para que él cayera de hinojos, muerto de dolor.

Venetia sintió una fuerte opresión en el pecho.

—Por eso no me lo dijiste, ¿verdad? Para que no usara ese conocimiento para herirte. —Cuando él se limitó a encogerse de hombros, a ella la asaltó el remordimiento—. Lo siento. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. He pasado por episodios peores que éste durante la guerra. Tampoco es que me duela tanto.

—No mientas. —Lo estudió con un ojo clínico, entrenado durante años de voluntariado en el hospital con su amiga lady Draker. Se le formó un nudo en la garganta cuando se fijó detenidamente en las cicatrices—. Dime dónde más te atizaron. Te juro que no me aprovecharé de lo que me cuentes.

Lachlan la miró inseguro, como si estuviera intentando determinar su sinceridad, antes de soltar un largo suspiro.

—No importa, bonita.

—A mí sí que me importa. —Echó un rápido vistazo a la estancia y vio la

llave en el suelo, donde él la había dejado mientras se bañaba. Antes de que él pudiera reaccionar, se abalanzó sobre ella y la agarró, luego la escondió en su puño y se llevó la mano a la espalda—. Dime dónde más te hicieron daño, o te obligaré a que forcejees conmigo de nuevo y hagas un sobreesfuerzo para recuperar la llave.

Él esbozó una mueca de fastidio.

—O quizá... —apuntó Venetia, retrocediendo de espaldas—, decido abrir la puerta y escapar corriendo. Entonces tendrás que correr detrás de mí, sólo con la toalla...

—En las costillas —confesó él con una visible tensión.

Ella se detuvo, y enarcó una ceja.

—Me rompieron cinco costillas, dos en un lado, y tres en el otro.

¿Cuántas veces ella le había dado codazos precisamente en las costillas? ¡Cielo santo!

—¿Y la cicatriz en la frente? —susurró, abatida—. ¿También te la hicieron ellos?

Lachlan suspiró.

—Sí, cuando forcejeé para recuperar la navaja.

—Tienes suerte de no haber perdido un ojo. —Tragándose las lágrimas, clavó la vista en la espeluznante cicatriz de su brazo—. Supongo que también fueron ellos los que te partieron el brazo.

—No, eso sucedió cuando me caí del puente, después de que me asestaran un buen golpe en la cabeza con el cayado. —Sonrió con desgana—. Por suerte, tengo un cráneo muy duro. El golpe sólo me dolió lo suficiente como para darme cuenta de que, aunque soy duro de roer, no sobreviviría a otro ataque similar, así que me dejé caer de espaldas al río desde el puente, fingiendo que estaba inconsciente.

Ella lo miró con la boca abierta de puro asombro.

—¿Cuántos metros tenía el puente?

—Unos seis metros, más o menos. Una roca saliente me rompió el brazo, pero probablemente me salvó, porque desvió mi caída y caí al agua en lugar de chocar contra las rocas. Afortunadamente, no perdí el conocimiento, así que me quedé bajo el agua y dejé que me arrastrara la corriente hasta que pude aferrarme a unos arbustos con el brazo sano y esconderme entre los helechos. Puesto que estaba anocheciendo, esos desgraciados no consiguieron dar

conmigo.

Un brazo, una pierna y varias costillas rotas... la herida incisiva de una navaja... un golpe contundente en la cabeza... Era un milagro que hubiera logrado sobrevivir.

A Venetia las lágrimas le quemaban en los ojos. Era otra información que él había decidido omitirle, aún sabiendo que con ello habría conseguido seguramente que ella se compadeciera de él.

En lugar de eso, Lachlan había soportado las embestidas que ella le había propinado sin rechistar. ¿Cuántas veces lo había vapuleado, con patadas y golpes, mientras él soportaba el dolor en silencio? Probablemente le había hecho mucho daño. ¡Pobre Lachlan!

Pero ahora pensaba remediar el daño que le había hecho aliviándole el dolor tanto como pudiera. Era lo mínimo que podía hacer.

Capítulo catorce

Querida Charlotte:

Los bribones no abundan tanto como aseveráis. La mayoría de los hombres simplemente buscan a alguien que escuche sus batallitas, que les muestre su admiración de vez en cuando, y que comparta con ellos las largas noches vacías. Sospecho que la mayoría de las mujeres también anhela lo mismo.

Vuestro siervo, siempre, Michael

Lachlan se quedó conmovido ante el visible sufrimiento y remordimiento que mostraba el rostro de Venetia. Mas, de pronto, ella se precipitó hacia la puerta, demostrándole que sólo se había tratado de una coartada para pillarlo desprevenido con todas sus preguntas. ¡Ahora se proponía escapar de él!

Salió disparado como una bala tras ella, con los pies mojados, y apoyándose en la pierna herida, pero ella consiguió cerrar la puerta antes de que él le diera alcance.

—¡Sally! ¡Sally! —gritó desde el otro lado de la puerta—. ¡Te necesito!

Lachlan se detuvo en la puerta y contuvo el aliento. Podía oír los pasos de la criada en el pasillo del piso inferior. La habitación de Sally estaba allí, si él recordaba correctamente.

—¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo? —bramó Lachlan al mismo tiempo que Sally le preguntaba a Venetia: «¿Qué sucede, milady?».

—Mi esposo tiene una herida de guerra que lo está matando de dolor —anunció a la criada sin perder la calma—, pero puesto que no dispongo de los ungüentos apropiados para darle unas fricciones, me preguntaba si tú tenías un poco de linimiento de caballo.

¿Qué diantre...?

—Sí, señora; ahora mismo voy a buscarlo.

—Y trae un cuenco y unos trapos limpios para usarlos como vendaje, por favor. Ah, y si tienes raíz de consuelda en el jardín...

—La señora guarda un poco en la cocina. Ahora os lo subo, milady.

Después de que Sally se marchara con paso presto, Venetia volvió a entrar

en la habitación, y Lachlan se apoyó en la puerta para cerrarla tras ella, con el corazón en un puño. Por lo visto, las muestras de simpatía por parte de Venetia no eran fingidas.

—¿Linimiento de caballo, bonita? —preguntó él suavemente—. ¿Qué te propones?

—Trabajé como voluntaria en un hospital con una amiga. Recuerdo que un médico me dijo una vez que la mejor manera de sanar un músculo lesionado era aplicándole linimiento de caballo. —Una sonrisa triste coronó sus labios—. Al menos con los caballos funciona, ¿no es cierto?

—No soy un caballo.

Ella enarcó una ceja.

—Pues yo creo que sí que lo eres. Una paliza como la que soportaste habría matado a cualquier hombre.

—Ya te lo dije antes, soy duro de roer.

Venetia bajó la vista, y con el dedo índice resiguió con mucho cuidado la cicatriz en su brazo, mientras que murmuraba con un visible malestar:

—No puedo creer que mi padre pagara a unos hombres para hacer esta monstruosidad.

Él se puso rígido. Como siempre, ella se negaba a pensar mal de Duncannon.

—Sikeston me anunció claramente que el mensaje era de tu padre. Que les había ordenado que me dieran un escarmiento, a El Azote, para que dejara de hacer fechorías.

—¿Sikeston? —Venetia se puso lívida.

—Ése era el nombre del jefe de los esbirros. Lo sé porque uno de ellos lo llamó así.

Ella se dio la vuelta hacia la puerta, medio aturdida.

—¿Qué pasa, Venetia?

—Nada. Sólo es que... —Su cara se tiñó de una visible aflicción.

—Sabes algo, ¿verdad? —bramó Lachlan.

—No... no estoy segura.

—¡Maldita sea! ¡Dime lo que sabes...!

—Os traigo lo que me habéis pedido, señora —anunció Sally desde el pasillo.

Venetia abrió la puerta, tomó las cosas, y le ordenó a la criada que se retirara.

Tan pronto como Sally se marchó, Lachlan volvió a la carga:

—¿Qué sabes de los hombres de tu padre?

Los adorables ojos de Venetia habían adoptado un brillo apesadumbrado.

—No sé si trabajan para mi padre, no lo creo, no. —Desplazándose hasta la palangana, depositó el cuenco que Sally le acababa de entregar sobre el tocador de madera—. Pero hace unos meses tres hombres vinieron a verlo.

Tres hombres. ¿Los que lo habían atacado?

—Papá me prohibió que me acercara a ellos —continuó explicando Venetia—, pero por su estado alterado, deduje que se trataba de esa clase de hombres que... quiero decir que...

—Que eran asesinos.

—¡No! —Se concentró en usar el culo de la botella de linimento para machacar la raíz de consuelda con unos golpes duros y certeros—. No lo sé. Nunca había oído hablar de ellos antes. No me pareció que fueran amigos de papá, ni tampoco vecinos de nuestra finca.

¡Maldición! ¿Se estaba refiriendo a los hombres que lo atacaron o no?

Evitando la mirada de Lachlan, limpió el culo de la botella.

—Le pregunté a papá si habían venido a causa de El Azote, y él me contestó que no era asunto mío.

—Entonces, ¿por qué los has mencionado? —le preguntó él con impaciencia.

Venetia se giró hacia él, con una expresión desolada.

—Una semana después de su visita, me enteré de tu supuesta muerte. Y... —Vaciló un momento, como si le diera vergüenza revelar algo que podía implicar que su padre había obrado mal.

—¿Y? —la exhortó Lachlan.

—El cabecilla se llamaba señor Sikeston.

Lachlan soltó un bufido de alivio. Había estado todo el tiempo seguro de que era Duncannon quien había enviado a esos esbirros, pero no tenía ninguna prueba de ello.

—¿Te das cuenta de que acabas de proporcionarme la prueba de que tu padre ordenó que me mataran?

Las mejillas de Venetia se tiñeron de un encarnado tono de alarma.

—No, simplemente te he dado una prueba de que mi padre habló con los hombres que te atacaron.

—No seas ridícula. ¿Qué otros negocios podría Sikeston tener con tu padre tan urgentes, después de mi ataque en Escocia?

Lachlan podía intuir por la cara de Venetia que ella pensaba que tenía razón; lo sabía y odiaba admitirlo.

—Olvidas que me dijeron que venían a verme con un mensaje de parte de Duncannon. Y luego se fueron directamente a ver a tu padre a Londres, probablemente para que les pagara por el servicio que le acababan de hacer.

—Si te hubieran querido matar, ¿por qué se preocuparon en informarte sobre quién los mandaba?

Ese pequeño matiz de razonamiento lógico le molestó.

—¡Maldita sea! ¡Me atizaron en la cabeza con un cayado!

—Lo sé, lo sé. —Con el rostro angustiado, se dirigió hacia él, con la botella del linimiento de caballo en una mano y un trapo en la otra—. No importa cuáles fueran sus verdaderas intenciones; lo que hicieron fue inadmisibile.

—Eso no es lo que me dijiste previamente —la atacó él—. Dijiste que me merecía que me hubieran casi matado por haberme dedicado a asaltar a gente.

A Venetia se le pusieron las mejillas encarnadas, pero no se amedrentó.

—Me equivoqué. Nadie merece recibir tal paliza. —Arrastró la silla hasta la ventana, donde la luz, aunque poco intensa, todavía era suficiente—. Siéntate. Deja que al menos intente ayudarte.

—¿Por qué? —preguntó Lachlan, a pesar de la aflicción patente en su cara.

—Porque siento mucho lo que te hicieron. Lo que probablemente papá les ordenó que hicieran.

Por lo menos ella estaba reconociendo la parte de culpa del conde.

—No tienes que disculparte. No podrías haber hecho nada por evitarlo.

—Pero eso no significa que... —Soltó un suspiro exasperado—. Considéralo una muestra de buena conducta entre... vecinos.

Vecinos, no «amigos». ¿Podrían ser amigos alguna vez? Lachlan no estaba seguro. Sin embargo, ¿qué daño podía hacerle que le permitiese inspeccionar sus heridas si ella quería hacerlo?

Se sentó en la silla, y Venetia bajó la vista, entonces se ruborizó ostensiblemente.

—Ejem... Quizá será mejor que te tapes un poco.

Él siguió su mirada hasta la toalla, que se había abierto, exponiendo ciertas partes que era mejor no exponer delante de una señorita virginal. Ahogó una carcajada.

—Perdón, bonita. —Se reajustó la toalla—. Pero dada tu experiencia como enfermera, supongo que estarás familiarizada con la anatomía masculina.

Con las mejillas encendidas, ella le examinó el brazo.

—En el hospital siempre se aseguraban de que las mujeres no tuviéramos que atender a hombres desnudos.

—Ah —murmuró él—. ¡Qué pena para esos hombres desnudos!

Venetia ignoró el comentario. Giró el brazo hacia la luz para poder inspeccionar mejor la cicatriz.

—¿Aún te duele?

—Un poco.

Ejerció presión con el pulgar contra el punto donde el hueso le había atravesado la piel, y Lachlan no pudo contener un gemido de agonía, que lo obligó a apretar los dientes para que no se le saltaran las lágrimas.

—Si eso es «un poco», entonces no sé qué es lo que consideras un verdadero dolor —terció ella con sequedad. Untó el trapo con linimiento—. Esto te quemará al principio, pero después notarás un gran alivio.

—¿Que me quemará? —masculó él. Venetia le frotó la herida con el linimiento, y la cicatriz pareció arder—. ¡Por todos los santos! ¿Es que acaso intentas matarme?

Lachlan intentó apoderarse de la botella del maldito linimiento, pero ella retrocedió un paso.

—¡Estate quieto! —Manteniéndose fuera de su alcance, volvió a verter un poco más de la sustancia en el trapo—. Si quisiera matarte, te arrearía un buen botellazo en la cabeza. —Le lanzó una mirada reprobadora—. Y ahora compórtate como es debido, porque aún puedo hacerlo.

Maldita pequeña bruja. Pero tenía que admitir que una vez el ardor había cesado en su brazo, la sensación se trocó en una calidez agradable, que acabó con el dolor en su carne. Ése fue el único motivo por el que se abstuvo de

protestar cuando ella le ordenó alzar el brazo para que le pudiera inspeccionar las costillas.

Ahora Lachlan tenía una tortura diferente contra la que combatir. No bastaba con que la muchacha más seductora de todo el universo le estuviera frotando la piel desnuda para paliar el dolor, encima iba ataviada con una blusita que apenas ocultaba nada.

Cuando Venetia se inclinó sobre él, su pene se levantó inclementemente. Incluso el repentino ardor del linimiento aplicado en sus costillas no logró sofocar su excitación, ya que se le había abierto la parte inferior de la blusita y él podía ver perfectamente la plenitud de esos pechos orondos.

Peor todavía, él sólo iba tapado por una maldita toalla delgada, y su miembro viril hinchado alzó la toalla como si se tratase de una tienda de campaña. Oh, Lachlan pensó que podría quedarse así para toda la vida, ¡vaya si podría! Medio atontado por el aroma del linimiento y de la lavanda, con la sedosa melena de Venetia haciéndole cosquillas en el pecho...

—Me temo que en esta ocasión sí que te va a doler —murmuró ella—. Y... ejem... necesitaré alzar un poco la toalla.

Ella intentó asir la toalla, pero él le agarró la mano.

—Ya lo haré yo. —No estaba seguro de poderse controlar si ella le rozaba su excitadísimo pene con la mano.

Con un considerable ejercicio de control, Lachlan logró alzarse un poco la toalla hasta exponer la cicatriz de su muslo sin enseñar el resto de sus atributos. Tendría que haberle dicho que era mejor dejarlo en ese punto, pero empezaba a notar el alivio que la suave calidez del linimiento le estaba proporcionado en sus otras heridas. Y la verdad era que últimamente su pierna le dolía mucho.

Sin embargo, el punzante dolor cuando ella aplicó el ungüento sobre su cicatriz hizo que se retorciera de dolor y se aferrara a su brazo hasta que pudo controlar la respiración. Cuando lo consiguió, le dijo:

—De acuerdo, acaba con la fricción; estoy listo.

Venetia asintió con la cabeza y continuó con el masaje, pero empezaron a temblarle los hombros, y entonces Lachlan notó una gota húmeda en su muslo. Luego otra, y otra. Lágrimas. Dios mío, Venetia estaba vertiendo lágrimas sobre él.

—Vamos, ¿por qué lloras? No es tan horrible como parece —la calmó con

suavidad.

—Sí que es horrible. Debes de haber sufrido tanto...

En todos esos días no la había visto llorar ni una sola vez, ni a causa del secuestro ni cuando él la había criticado con sus duros reproches. Pero ahora Venetia estaba llorando por el sufrimiento que él había soportado. Le pareció una situación demasiado conmovedora como para poderla aguantar.

—Chist, bonita —murmuró, rodeándola por la cintura con el brazo, invitándola a sentarse sobre su pierna sana, con la intención de reconfortarla—. He pasado por cosas peores, te lo aseguro.

—Lo s... sé, pero no pued... o so... por.. tar pensar que...

Venetia no pudo continuar por culpa de los sollozos, y él la estrechó con ternura entre sus brazos, conmovido por sus muestras de compasión.

Que Dios lo ayudara, porque no soportaba ver ese bonito rostro cubierto de lágrimas. Mientras ella hundía la cara en su cuello y seguía sollozando, Lachlan le acarició la espalda, sin saber qué hacer para infundirle ánimos a ese tierno corazón.

—De verdad, princesa, no pasa nada. Llevo semanas andando con la pierna maltrecha, incluso he bailado.

La mención del baile le provocó a Venetia otro estallido de sollozos.

—Te obligu... é a bailar co... con una piern... a rota...

—No, no lo hiciste. —La abrazó con más fuerza, y hundió la nariz en su melena—. Si quieres echarle la culpa a alguien, échale la culpa a tu tía. Ella fue la que empezó a hablar de mi supuesta muerte, y tuve miedo de que pudieras reconocerme.

El cuerpo de Venetia se convulsionó a causa de los sollozos.

—Sí, mi tía empezó a hablar de ti, ¿verdad?

—Sí. —Le alzó la barbilla y le secó las lágrimas con el dedo pulgar—. Y yo no quería que me resucitaras de entre los muertos antes de que estuviera preparado, ¿me entiendes? Nadie espera que un muerto haga su aparición en un baile luciendo un *kilt*.

La ocurrencia consiguió arrancarle una sonrisa a Venetia.

—No tenías aspecto de hombre muerto —acertó a balbucear.

—Es que no me sentía muerto, en absoluto. —Quitándole el trapo de entre los dedos, usó la parte seca para enjugarle los ojos, luego la invitó a sonarse

la nariz con la tela antes de tirarla al suelo—. Especialmente cuando nos quedamos solos.

Ella lo miraba fijamente ahora, sin pestañear, con sus bellos ojos verdes desmesuradamente abiertos, y le pareció que de nuevo estaban en esa noche, en el baile. Sólo que esta vez ella sabía quién era él. Pero en lugar de contemplarlo con hostilidad, lo estaba mirando como si lo viera por primera vez: no como un villano sino como un hombre atrapado entre el infierno y el mar.

—Sé que ya no tiene remedio —susurró ella—, pero te pido perdón por cada patada y por cada golpe que te he azuzado, y por haberme quedado dormida sobre tu pierna rota mientras tú dormías...

—No pienses en eso —la atajó él, incapaz de aguantar ninguna palabra más. Especialmente en lo concerniente a que ella se había quedado dormida sobre él—. No lo sabías, no fue culpa tuya.

Y el hecho de que Venetia lo estuviera mirando ahora con esos ojitos húmedos, oliendo a flores silvestres y sentada en su regazo, suponía una tentación demasiado poderosa para poderla soportar.

Lachlan se dijo a sí mismo que lo mejor era apartarse de ella. Incluso apoyó la mano en su cintura para invitarla a levantarse. Pero entonces ella abrió los brazos para rodearlo por el cuello, y él supo que se estaba metiendo en un buen lío.

—Déjame que intente enmendar el error que he cometido —le susurró, y su petición consiguió acabar con sus buenas intenciones—. Deja que te demuestre que no soy como mi padre. —Se estiró para besar la cicatriz en su frente, y acabó de desarmarlo.

—Ya sé... que no eres... como tu padre —proclamó Lachlan con una voz ronca—. Por ejemplo, hueles mucho mejor. —Había soltado la broma para intentar desviar la tensión y no cometer una tontería, pero la carcajada vivaz de Venetia le provocó el efecto adverso.

Y lo mismo sucedió con los besos que ella le dio a lo largo del cuello. Nunca había estado expuesto a una muestra tan clara de afecto. No obstante, procuró contenerse, luchando contra la impetuosa necesidad que le dictaba su maldito pene excitado.

—Además, a ti te quedan mejor los trajes que a él —continuó farfullando, nervioso.

—Ahora no llevo puesto un vestido —remarcó ella.

El recordatorio innecesario consiguió hacerle perder el control casi por completo. Y acabó de perderlo cuando ella empezó de nuevo a besarlo, esta vez trazando una línea hacia su pecho, hasta detenerse en uno de sus pezones para lamerlo.

—Dios mío, bonita, será mejor que te detengas —espetó él.

Venetia se retiró sobresaltada.

—¿Te estoy haciendo daño? Porque no era mi intención...

—Estás haciendo que pierda el mundo de vista, eso es lo que estás consiguiendo.

Su sonrisa de gatita le provocó un caluroso cosquilleo en la parte inferior del vientre.

—Ya te lo he dicho, quiero enmendar el error que he cometido al atizarte tantas veces sin piedad. —Extendió la mano sobre su pecho.

Lachlan soltó un bufido.

—¿Y cómo pretendes hacerlo, provocándome para que te haga perder la virginidad?

A Venetia se le borró la sonrisa de los labios, pero sin embargo insistió:

—¿No existe alguna forma en que pueda darte placer sin que tenga que perder mi virginidad?

Sus palabras le suscitaron un cúmulo de ideas que él sabía que era mejor no pensar. No, era mejor ignorarlas, por lo que se apresuró a contestar:

—Sí, sí que existe una forma.

A Venetia se le iluminó la cara, y él lanzó otro bufido.

—Pero no puedes hacer esa clase de cosas, ¿sabes? —agregó él rápidamente, intentando darle la vuelta a su peligrosa admisión—. No es conveniente, ya que inevitablemente nos empujará a una situación peliaguda.

—¿Y crees que estar tumbados los dos solos en una habitación toda la noche cuando nos deseamos mutuamente no nos empuja a una situación peliaguda? Dime cómo puedo darte placer sin perder mi virginidad, y te juro que no pasaremos de ese punto. No podemos.

—Por todos los santos —murmuró Lachlan. Ahora sí que estaba perdido.

—¿Qué es lo que más te gusta? ¿Que te bese? —lo interrogó ella, pegando sus labios, sus lascivos labios, en su garganta—. ¿Te gusta que te bese aquí?

—Esparció besos por toda su barbilla—. ¿O aquí? — Con la punta de la lengua jugueteó con la comisura de sus labios.

Eso fue todo lo que Lachlan necesitó; unos besos sensuales de esa boquita de piñón, y todo su control se fue a pique. Lanzando una maldición en voz alta, le agarró la cabeza entre las manos y la besó, hundiendo su lengua hambrienta en la boquita seductora, cuyo aliento cálido lo invitó a perderse en ella en una completa desidia, abriéndose generosamente para aceptar las embestidas de su insaciable lengua.

Animado por el modo en que Venetia se entregaba, Lachlan deslizó los dedos por su garganta para acariciar la venita que latía desbocadamente bajo su pulgar. Luego deslizó las manos más abajo, hasta los lazos de la blusita, y los desató con un rápido movimiento certero antes de bajarle las mangas para dejar los hombros descubiertos y poderle acariciar los esplendorosos pechos desnudos.

—Espera, Lachlan. —Ella apartó los labios—. Se supone que soy yo la que... ha de darte placer.

—Tocarte me da placer —replicó él con una voz gutural, frotándole lentamente los pezones hasta que Venetia jadeó—. Darte placer me da placer.

—Pero... yo quiero...

—Mira, si quieres darme placer, acaríciame aquí —la apremió él, llevándole la mano hasta su pene erecto.

Lachlan casi se derritió al ver la sonrisita de gatita en celo cuando ella asió su enorme miembro viril. La situación se estaba poniendo peligrosa en cuestión de segundos, con esa muchacha virginal tan curiosa, que intentaba ponerlo a cien con sus movimientos tentativos e inocentes por alguna razón que él no lograba entender.

—Para. —Le inmovilizó la mano para que no siguiera acariciándolo, y ella lo miró desconcertada—. Si vamos a seguir con este juego, será mejor que estipulemos unas normas, ¿de acuerdo, bonita?

—¿Normas? —susurró Venetia—. ¿Por qué?

—Sin ellas acabaremos irremediablemente retozando en esa cama, y no creo que eso sea lo que quieres.

Venetia tampoco estaba segura. Porque nada destruiría más rápidamente los planes de Lachlan que el acto de desvirgar a la hija del conde de Duncannon.

Capítulo quince

Querido primo:

¿Estáis tan familiarizado con lo que quieren las mujeres que osáis realizar tales aseveraciones? Tenía la impresión de que llevabais una vida más bien recluida, que no os gustaba demasiado frecuentar eventos sociales. ¿O me equivoco?

Vuestra curiosa amiga, Charlotte

«Las normas son buenas —le argumentó a Venetia su conciencia—. Recuerda la norma fundamental de la señora Harris: si crees que no deberías hacer algo, es señal de que probablemente no deberías hacerlo.»

Las normas eran buenas si uno podía aplicarlas. Era obvio que ella había perdido esa capacidad. Porque no le cabía la menor duda de que no debería estar sentada en el regazo de un hombre, medio desnuda, con las manos sobre sus partes más íntimas, contemplando lo impensable.

Y todo por una disculpa que él le había asegurado que no le debía. Probablemente Lachlan tenía razón. Él era quien había elegido secuestrarla, y también había optado por no contarle lo de sus heridas, y por ponerla en una situación que la había obligado a defenderse con puños y dientes.

Pero esos pensamientos perfectamente lógicos se desvanecían cuando ella miraba esas cicatrices y recordaba la agonía que había visto reflejada en su cara. Entonces le costaba pensar en él de otro modo que no fuera como un intrépido guerrero que había sobrevivido a increíbles calamidades. Seguramente no sería nocivo recompensar tal braveza con una dosis de placer.

De acuerdo, quizá el alegato no era más que una excusa. La verdad era que todos los muros de contención con normas que ella había erigido para mantenerlo a raya se estaban desmoronando a su alrededor, y no podía hacer nada por mantenerlos en pie. Se había escudado en ellos durante mucho tiempo, pensando que la protegerían, pero eso no había conseguido evitar que él la secuestrara.

¿Y por qué? Porque papá había estado infringiendo las normas, eludiendo pagar sus deudas y arruinando la vida de mucha gente, aún cuando fingía ser

una persona honorable.

Pues papá podía irse al cuerno. Igual que las normas.

—No creo que necesitemos normas. —Jugueteó con los rizos húmedos del pecho de Lachlan—. Creo que ya he acatado suficientes normas para el resto de mi vida.

Él la atravesó con una mirada atormentada.

—Eso lo dices ahora, cuando aún estás excitada, pero por la mañana te arrepentirás de no haberlas seguido. Entonces me odiarás.

Saber que él podía tener razón sólo consiguió empeorar las cosas. Oh, ¿por qué no podía él besarla apasionadamente y hacerle olvidar quién era él en realidad y cómo odiaba a su familia? ¿Por qué no podía entregarse completamente a ella como ella se había entregado a él?

Lachlan procuraba mantenerla un poco alejada de su cuerpo, clavándole una mano férrea en la cintura; no obstante, Venetia aún podía notar su miembro viril erecto. Era evidente que la deseaba. ¿Qué había sucedido con el Lachlan irracional que se apoderaba de todo lo que deseaba con una perversa desidia?

¿Por qué tenía que comportarse ahora de un modo decoroso, cuando ella sólo deseaba actuar de forma pecaminosa? Lachlan sólo contenía sus impulsos carnales a causa de sus malditos planes para fastidiar a su padre. Pues aunque le llevara toda la noche, Venetia no estaba dispuesta a dar el brazo a torcer: pensaba insistir hasta conseguir borrar de la mente de Lachlan todos los prejuicios que se anteponían entre sus familias. No pensaba ceder hasta derribar su acérrimo control.

Con porte desafiante, alzó la boca hacia él y le mordisqueó el labio inferior, luego lo lamió con la lengua. A pesar de que él continuaba agarrándola por la cintura con una mano inflexible, se sintió reconfortada al escuchar un profundo jadeo. A continuación, él cedió y abrió la boca sobre la de ella para perderse en su beso. Pronto sus lenguas estuvieron entrelazadas de nuevo, y sus bocas selladas con pasión, y Venetia sintió cómo caía en ese pozo sin fondo en el que sólo había espacio para ellos dos, para nadie más.

Pero cuando intentó liberar la mano de su garra tenaz, Lachlan se retiró para mirarla fijamente.

—Sólo una norma —declaró con voz ronca—. Sólo una que nos ayude a no ir demasiado lejos.

Venetia le lanzó una mirada exasperada.

—¿De qué se trata?

—No te apartarás de mi rodilla. Mientras no te muevas de esta postura, no podré desvirgarte. Pero todavía podemos darnos placer el uno al otro con la boca y las manos. —La invitó a apoyar la espalda sobre su brazo, para que, de ese modo, su ardiente mirada pudiera solazarse con la visión de sus pechos desnudos—. Todavía podemos disfrutar el uno con el otro, haciendo cosas como ésta. —Bajó la cabeza y le succionó un pecho, repasándolo con la lengua y mordisqueándole el pezón hasta que Venetia empezó a jadear.

—Lachlan, cielo santo...

—¿Te avienes a mi norma? —exigió él, sin dejar de atormentarla lamiéndole los pechos con su boca sedienta.

El deseo la traspasó hasta llegar a los músculos más recónditos de su cuerpo. Estaba dispuesta a acceder a cualquier trato con tal de que él continuara haciendo lo que le estaba haciendo.

—Sí, sí, lo juro. —Estampó un beso en su pelo—. Y ahora... déjame que te... toque.

Con un jadeo de satisfacción, él le soltó la cintura, sólo para dirigir su mano hasta su hinchado miembro viril. Venetia bajó la vista y vio sus dedos parcialmente ocultos entre unos rizos oscuros y recios. La visión la sobresaltó.

—No... no sabía que los hombres tuvierais vello ahí... abajo.

Apretándole la mano para que le acariciara el pene, Lachlan jadeó:

—¿De veras?

—¿Cómo iba a saberlo? —Ella le apartó la mano que cubría la suya para poder acariciarlo sola, sin su tutela—. Mi única experiencia con hombres desnudos se basa en las estatuas, y éstas siempre llevan sus partes más íntimas cubiertas con una hoja de parra.

—Estatuas y baladas —suspiró él mientras ella lo acariciaba—. ¿No has estado nunca con ningún hombre de verdad, bonita? ¿Ningún primo que te haya besado? ¿Ningún hermano mayor de alguna de tus amigas que te haya manoseado en un bosque? —Le mordisqueó el pezón, despertando en ella un cúmulo de sensaciones.

—Nadie que me haya enseñado nada obsceno. —O delicioso. Soltó un suspiro voluptuoso—. Aunque había un libro que...

Lachlan la interrumpió con una risotada.

—¡Claro! ¡Cómo no iba a haber un libro! Para complementar las estatuas.

¿A qué clase de escuela de señoritas has asistido?

—A una que goza de una excelente reputación —replicó con altivez—. Las estatuas desnudas son una forma de arte, por si no lo sabías.

—¿Y el libro? ¿También era arte?

—La verdad es que no. Era sobre un harén, pero no ofrecía muchos detalles acerca de... bueno... de esta clase de relaciones. Así que no sé... quiero decir que... —Lo acarició tentativamente, insegura—. ¿Lo estoy haciendo correctamente?

—Lo que me estás haciendo no tiene nada de correcto, bonita.

—Me refiero a si lo estoy haciendo bien. ¿Sientes placer?

—Siento mucho placer. —Lachlan se arqueó contra su mano—. Pero si pudieras acariciarme con más fuerza, y sacudírmela con más energía...

Venetia hizo lo que él le pedía, maravillándose ante el tacto sedoso de su piel y la rigidez de la carne.

Tras unas cuantas sacudidas vigorosas, él entornó los ojos y soltó un suspiro.

—Para tratarse de una mujer que... el único conocimiento que tiene de... la anatomía masculina es a través de estatuas y baladas... no te quepa la menor duda de que... sabes cómo excitar a un hombre. Acabarás conmigo.

—Ése es mi plan. Matarte de placer para poder escapar.

—Un plan perfecto. Cómo me gustaría que se te hubiera ocurrido antes.

—Yo también lamento no haberlo pensado antes.

Lachlan jadeó, y de nuevo buscó su boca para hundir la lengua dentro mientras Venetia seguía manoseándolo. Pero no tenía suficiente con besarla, oh, no. Bribón como era, no pudo contenerse y le alzó la blusa y hundió la mano dentro de las calzas para poder acariciarla entre las piernas, con suavidad al principio, luego con más firmeza.

A Venetia le gustó. Mucho. Mucho más de lo que había esperado. Lo cual sólo demostraba que él tenía razón cuando le dijo que era una viciosa. Cada vez que la tocaba, conseguía resquebrajar una a una las capas de decoro con que la señora Harris se había esforzado tanto en cubrirla para que pareciese toda una señorita.

Una risita histérica se le escapó de los labios, haciendo que Lachlan se apartase y la mirase con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, bonita?

—Estaba pensando que... la señora Harris debería incorporar... esta clase de experiencias en su currículo. —Consiguió expresar entre risas, a pesar de que apenas se podía concentrar en ningún pensamiento preciso a causa de lo que él le estaba haciendo—. Seguro que... se apuntarían más alumnas... a su escuela.

Lachlan enarcó una ceja.

—Entonces, entiendo que te gusta.

—Muuuuucho... sí... —soltó entre jadeos al tiempo que alzaba la pelvis para pegarla más a esa mano juguetona.

La mirada de Lachlan adoptó un brillo intenso, y lentamente deslizó un dedo dentro de ella.

—¡Lachlan! —exclamó Venetia, sobresaltada ante la desvergonzada maniobra—. ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué no? Mientras no te muevas de mi regazo, gozaremos sin ponernos en peligro. —Le hundió más el dedo con una sonrisa porfiada—. ¡Vaya si gozaremos! Ya lo verás.

Desde luego, su mano sí que lo sabía. Se movía acariciándole el pubis con tal maestría que la dejó jadeando, deseando más.

De pronto, Lachlan frotó un determinado punto muy sensible, y Venetia dio un respingo.

—¡Que Dios me ayude!

—Ya es demasiado tarde para eso, bonita. —Continuó frotándole ese punto, y a ella empezaron a temblarle las rodillas—. Nadie puede salvarte ahora de mí. No pararé hasta que alcances el paraíso terrenal antes de que amanezca.

—El paraíso terrenal... —Venetia contempló sus párpados entornados mientras la expresión despertaba ciertas memorias—. ¡Ah! ¡Así que de eso se trata!

Lachlan parpadeó, pero no dejó de acariciarla.

—¿Cómo dices?

—Estaba recordando una balada con una letra un poco picante que leí. Habla del... paraíso terrenal. Nunca lo había entendido antes... dice que Darby quiere atravesar... el manto de rizos de Oonagh, que cubre sus dos pétalos rojos...

A Lachlan se le escapó una estentórea carcajada.

—Conozco esa balada. Y tú, princesa, debes de ser más viciosa de lo que había pensado, si ésa es la clase de baladas que recopilas.

Ella intentó mirarlo con petulancia, ¿pero cómo iba a hacerlo, si él la estaba acariciando de un modo tan escandaloso?

—Era meramente... un interés académico —empezó a defenderse, pero no pudo acabar su excusa porque él le hundió otro dedo en la vagina. Venetia se agarró a su brazo para guiar sus movimientos—. Cielos... esto es...

—Pensé que te apetecía compartir tu interés académico conmigo —le recriminó él, con una voz gutural.

Sus dedos empezaron a entrar y a salir de ella con un ritmo que la embriagaba, como un tambor cingaro, hundiéndola en una especie de vértigo.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres?

—No estás haciendo tu parte, princesa —le recordó él.

Sólo entonces Venetia se dio cuenta de que había dejado de acariciarlo, demasiado absorta en lo que él le estaba haciendo.

—¡Uy! ¡Perdona!

Reemprendió los movimientos enérgicos, y Lachlan soltó un suspiro que pronto se trocó en un jadeo.

—Ahhhh... bonita... sí... sigue así... hasta que te diga que te pares... más fuerte ahora... más rápido... sí, así... que Dios me ampare...

Después de eso no hubo más palabras, ya que los dos se enfrascaron en darse el máximo placer recíprocamente, moviendo las manos con energía, acariciando la carne excitada y sudorosa mientras el deseo carnal crecía y crecía, hasta que los jadeos se convirtieron en un grito...

Era Venetia la que gritaba de placer; y su propio grito la atravesó, afilado y dulce, hasta hacerle perder el sentido. Lachlan se tragó el grito con su boca ardiente y sedienta mientras su propio cuerpo se convulsionaba de placer, y su pene parecía estallar entre los dedos de ella.

Cuando Venetia consiguió reponerse del impacto de sensaciones desconocidas, él apartó la mano de entre sus piernas para asir la toalla y envolverle la mano con la que le agitaba el miembro viril. Entonces, un fluido cálido brotó de él, sobre sus dedos y la toalla.

Lachlan apartó la boca de la de ella.

—¡Dios mío! ¡Por todos los santos!

A Venetia todavía no se le había calmado el pulso. Santo cielo, ¡qué placer! ¿Qué era lo que le había hecho para provocarle esas indescriptibles sensaciones?

Fuera lo que fuese, Lachlan debía de haber sentido lo mismo, ya que la abrazó fuertemente contra su pecho, y hundió la cara en su cuello, respirando con dificultad en su pelo mientras todo su cuerpo temblaba.

Venetia necesitó unos momentos para calmar el raudal de emociones que sentía en el vientre, y él necesitó también unos momentos para relajar los músculos de su cuerpo, como si el sobreesfuerzo lo hubiera dejado sin aliento.

Entonces Lachlan murmuró:

—Ha sido... una... experiencia académica... mejor de lo que esperaba...

—Sí —respondió ella, entre risas—. Estoy totalmente de acuerdo.

Permanecieron abrazados y sin fuerzas, como dos gaiteros después de entonar un largo repertorio de canciones. Aparte de sus respiraciones entrecortadas, el marcado ritmo de la lluvia repiqueteando en la ventana era el único ruido que se oía en la habitación. Lentamente, la penetrante humedad de la fría estancia empezó a calarles los huesos.

A pesar de ello, Venetia no quería levantarse de su regazo. Inclino la cabeza hacia él.

—Por eso Oonagh dice que daría su vida por un placer como éste.

—Placeres como éste son insólitos, princesa. —Le acarició la mejilla con la nariz, luego la oreja, y después el pelo—. Más que insólitos. Y por eso se interpretan como auténticos tesoros.

Sus palabras le dieron a Venetia un poco de esperanza. Hasta ahora a ella no se le había ocurrido pensar en ir más lejos de lo que acababan de hacer, segura de que el deseo que él pudiera sentir por ella no sobrepasaría su deseo de venganza contra su padre.

Pero... ¿Y si se equivocaba? ¿Y si él estuviera dispuesto a zanjar su sed de represalias a cambio de pasión? ¿Y si aceptara casarse con ella? Venetia ya había cumplido los veintiún años; podía esposarse con quien quisiera. Y si se unían en matrimonio antes de que papá llegara a Escocia, él no podría hacer nada por evitar ese enlace. Ella también disponía de una fortuna, con la que podría convencer a Lachlan para que cerrara de una vez por todas esa disputa con su padre, únicamente basada en una cuestión económica.

Lamentablemente, sabía que eso no era cierto. El corazón se le encogió en un puño. La disputa entre ellos iba más allá de una mera cuestión económica, como las heridas de Lachlan ilustraban ampliamente.

Lo abrazó con una fuerza desmedida. No, tenía que haber una forma de solventar sus desavenencias. Quizá, si se esforzaba, podría compensar las barbaridades que habían cometido los hombres de su padre. Quizá si le ofrecía su ayuda y su fortuna, él la escucharía. Quizá si le ofrecía su cuerpo...

Venetia se apartó un poco para mirarlo, y su corazón se llenó de esperanza al ver la tierna sonrisa que él le regalaba.

—Todo el mundo debería poder disfrutar de esos placeres insólitos tan a menudo como fuera posible, ¿no estás de acuerdo? —Acariciándole sus fornidos brazos con ambas manos, le dedicó lo que esperaba que fuese una mirada seductora—. La noche es joven y...

—Ah, no, bonita. —Lachlan borró la sonrisa de sus labios—. Los placeres insólitos son precisamente eso: insólitos.

Venetia notó una desagradable sequedad en la boca.

—No tienen por qué serlo.

—Sí que lo son. —La atravesó con una mirada tan solemne como la de un águila, mientras le secaba la mano con la toalla—. Ahora será mejor que te acuestes en la cama. Sola. Antes de que sienta la tentación de realizar la parte de la balada que nos hemos saltado.

Ella lo rodeó con los brazos por el cuello.

—¿A qué parte te refieres?

Lachlan bajó la mirada hasta fijarla en sus pechos desnudos, y aspiró aire profundamente.

—Ya sabes a qué parte me refiero. Cuando Darby penetra a Oonagh y él la baña con una bendición que la lleva hasta el paraíso terrenal. A esa parte.

—Suena la mar de intrigante —susurró, inclinándose de nuevo hacia él para besarle en la boca.

Lachlan la detuvo antes de que ella consiguiera su objetivo.

—No, no pienso desvirgarte.

Un admirable sentimiento antes, pero seguramente no ahora.

—¿Sería tan atroz si lo hicieras?

—Pues claro. Entonces tendría que casarme contigo, y no puedo.

«No puedo.» Nada como la fría realidad para echar por la borda un exquisito momento de seducción.

Pero no pensaba tirar la toalla tan fácilmente.

—¿Por qué no? —susurró, intentando que su tono no dejara entrever su contrariedad.

Lachlan bajó la vista, y se concentró en colocarle de nuevo la blusa en su sitio para cubrirle los pechos.

—Aunque tu padre diera su beneplácito, y aunque él y yo zanjáramos el problema existente entre los dos, no serías feliz en Rossraig.

—¿Cómo lo sabes?

Su fría mirada la atravesó como un témpano de hielo, hasta lo más profundo de su ser.

—Porque eres una dama demasiado refinada para esa clase de vida.

Qué extraño como él podía convertir lo que debería ser un cumplido en un insulto. Venetia sintió una opresión en el pecho mientras se ponía de pie, intentando recoger los restos de orgullo que él acababa de hacer añicos. Se fijó en que él no hizo ningún movimiento para detenerla.

—¿Una dama demasiado refinada? —Sus dedos temblaban violentamente mientras se ataba los lazos de la blusa—. Creía haberte demostrado con creces que no soy una dama tan refinada.

—No me refería a eso, bonita. —Lachlan se levantó y la toalla cayó al suelo, pero Venetia pudo contemplarlo en su absoluta desnudez tan sólo unos segundos, antes de que él se diera la vuelta y se tapara con los calzones—. Incluso las damas más refinadas tienen deseos carnales. Pero eso no cambia el hecho de que se hayan criado en un ambiente que cubre el resto de sus deseos. Y cuando la llama de la pasión se apaga, han de vivir en casas reales y soportar penurias verdaderas. El deseo carnal no compensa la falta de otras comodidades.

«Al menos, no con una mujer como tú», remachó Venetia en silencio. No hacia falta que Lachlan pronunciara esa sentencia tan cruel.

Contempló con desesperación cómo sus adorables posaderas desaparecían debajo de los calzones. Lachlan se proponía que ésa fuera la única vez que gozaran de una relación íntima, ¿verdad? Había accedido porque ella había insistido, pero no se atrevería a dar ningún paso más.

—Veamos si te he comprendido bien. El hecho de que yo te desee no

importa. Ni tampoco el hecho de que disfrute de tu compañía...

—¿Que disfrutes de mi compañía? —Con una carcajada amarga, se giró para mirarla—. Te has pasado los dos últimos días recriminándome que no soy más que una vulgar sabandija. Nada de eso ha cambiado.

—Todo ha cambiado, sabes que es verdad —susurró ella.

—No sé a qué te refieres. —Alzó la barbilla al tiempo que se cuadraba de hombros, con la beligerancia de un guerrero—. Te has apiadado de mí, te has sentido responsable de las heridas que me provocaron los esbirros de tu padre. Y por eso nos hemos dejado llevar hasta... Pero eso no significa que podamos soñar con una vida en común. Y lo sabes.

Ella sólo sabía que el odio que Lachlan profesaba por su padre era más intenso que lo que se había figurado, tan intenso que lo apartaba irremediabilmente de ella. Él no tenía ningún reparo en jugar con ella un rato, pero casarse con la hija de Duncannon era simplemente una idea inconcebible.

Hasta ese momento, Venetia jamás se había avergonzado de su padre, ni del apellido de su familia. Y el hecho de que él hiciera que se avergonzara la enfureció sobremanera.

—Odias a mi padre a muerte, ¿no es cierto?

—Esto no tiene nada que ver con él. —Pero Lachlan no se atrevía a mirarla a los ojos; se dio media vuelta fingiendo un firme interés en buscar el resto de su ropa.

—¿De veras? Y si no fuera su hija, ¿todavía me rechazarías?

—¿Rechazarte? —Lachlan se giró con porte airado—. Serás tú la que me rechaces cuando tu padre venga a buscarte, y yo me veré obligado a...

Cuando él se calló súbitamente sin acabar la frase, Venetia sintió una gran congoja en el pecho.

—¿A qué te verás obligado?

Lachlan no respondió. En vez de eso, salió a grandes zancadas hasta el pasillo para entregarle a Sally su ropa para que la lavara, luego volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta de un portazo antes de agarrar una almohada de la cama.

—¡Contéstame, Lachlan! —Sintiéndose profundamente ofendida, lo siguió hasta donde él tiró la almohada al suelo—. Ya te he preguntado qué piensas hacer si mi padre no te da el dinero que pides, y tú has evitado contestarme. Ahora te lo vuelvo a preguntar, y esta vez quiero la verdad. ¿Qué piensas

hacer?

—¿Quieres zanjar el tema de una puñetera vez? ¡No tiene nada que ver con nuestra situación! —bramó él.

—Si eso fuera cierto, yo no estaría aquí. Dime qué piensas hacer. No pienso dejarte en paz hasta que me lo digas.

—¡Muy bien! —Se encaró a ella, con los ojos encendidos—. Has visto lo que los secuaces de tu padre me hicieron sólo por saquear a McKinley. Y ahora me he atrevido a secuestrar a su hija. Si viene sin el dinero, será porque quiere mi cabeza. Es una cuestión entre él y yo, ¿no lo entiendes? Uno de los dos morirá, pero lo que te aseguro es que no lo dejaré marchar indemne, después de su terrible traición.

Venetia no acababa de comprenderlo.

—Así que si se niega a darte el dinero que te debe...

—Lo retaré a un duelo. Y si te casas conmigo, acabarás o bien convertida en viuda o bien en la esposa del asesino de tu padre. —Sacudió tensamente la barbilla y cruzó los brazos por encima del pecho—. Una elección espantosa, ¿no te parece?

Capítulo dieciséis

Querida Charlotte:

¿Por qué tenéis que hacerme preguntas que sabéis que no contestaré? Lo único que puedo deciros es que a pesar de que no me gustan demasiado los eventos sociales, tampoco me paso el día encerrado en casa. Si así fuera, ¿cómo podría obtener la información de primera mano que necesitáis para ayudar a vuestras pupilas? Cuidado, amiga; si no cesáis en vuestro empeño de interrogarme con tantas preguntas para averiguar mi identidad, es posible que yo sí que cese en mi afán de haceros partícipes de los chismes que averiguo.

Vuestro amigo, que tiene la firme determinación de permanecer en el anonimato,
Michael

*L*achlan miró a Venetia con ojos inclementes, deseando desesperadamente que ella no lo mirase a su vez con esa carita de pena, y que sus previos gemidos de placer no siguieran resonando en sus oídos. Porque su expresión de incredulidad horrorizada convertía todos los gozos anteriores en ceniza.

—Por eso no podemos casarnos —espetó él—. Esta batalla entre tu padre y yo no es un juego para damas. Es dura y cruel, y no acabará del modo que tú esperas, de eso no te quepa la menor duda.

—¡Sólo porque los dos sois más tercos que una mula! —sentenció ella, alzando la voz.

—Tienes razón, soy terco, pero creo que merezco que se me haga justicia, maldita sea. Y la justicia no significa dejarlo salir indemne, después de lo que ha hecho.

—¿Os batiréis en un duelo? ¿A eso lo denominas «hacer justicia»? Él es un hombre mayor, no un soldado. Ambos sabemos quién ganará. Sería un asesinato, pura y simplemente.

—Y también fue casi un asesinato lo que él pidió a sus hombres que me hicieran, sin embargo no te veo derramar lágrimas por esa injusticia —ladró él.

—Sí que he llorado; me has visto llorar —alegó ella suavemente.

Ya estaban de nuevo: ella mirándolo con carita de lástima,

compadeciéndose de él de un modo tan evidente que a Lachlan le partía el corazón.

¡Maldita fémína! ¡En sus planes no había sitio para esa clase de dolores de corazón!

—La cuestión es que casándome contigo no solventaría nada —prosiguió él, con hostilidad—. Sólo te meterías en una terrible encrucijada. Y eso suponiendo que pudieras ser feliz conmigo en las Tierras Altas, después de todo, lo cual dudo seriamente.

—Tienes toda la razón del mundo —contraatacó ella con altivez—, si tu intención es matar a mi padre.

—¡No quiero hacerlo! ¡Maldita sea! ¡Sólo deseo que me pague lo que me debe! —Lanzó un bufido de hastío—. Pero si se niega a pagar, no me quedará otra alternativa que aniquilarlo.

La pasión en su voz la amedrentó.

Lachlan fingió no darse cuenta.

—Mira, sólo quiero el dinero. Si eso no es posible, quiero asegurarme de que no enviará a más hombres para que me maten, y no podré tener esa certeza a menos que él no esté muerto.

—Según la imagen que tienes de mi padre, ni tan sólo estarás seguro si acepta pagar el dinero.

—¿Por qué habría de matarme, entonces? No recuperaría el dinero. Pero hasta que no zanjemos esta maldita cuestión, no puedo regresar al mundo de los vivos. Me niego a pasarme la vida escondiéndome como un ratón. De una forma u otra, todo acabará cuando él venga a Escocia.

—¿Y si te casaras conmigo? —Su rostro expresaba su estado de desesperación—. Con eso zanjaríamos el tema. Seguramente mi padre no se atreverá a delatarte si eres mi esposo. Y mi dote es casi tan elevada como su deuda. Podrías olvidarte del préstamo.

—¿Has perdido el juicio, bonita? —Abrió la mochila y sacó la manta de cuadros escoceses que utilizaba cuando tenía que acampar en las colinas, la extendió en el suelo donde acababa de tirar la almohada—. ¿Acaso olvidas quién controla tu dote?

Venetia palideció.

—Mira, si nos casamos antes de que llegue tu padre, perderás toda tu fortuna y yo perderé la oportunidad de recuperar el dinero que mi clan

necesita. Además, a tu padre aún le resultaría una idea más atractiva matarme en esas circunstancias, porque pensaría que sería la única forma de liberarte de mis garras.

—No es un hombre tan monstruoso como lo describes. Podría hablar con él, dejarle claro que quiero casarme contigo, que soy feliz...

—Ya, y él te dará un beso en la mejilla y se olvidará de todo, ¿no? Nos entregará tu fortuna, me pagará lo que me debe, me aceptará en vuestra familia con los brazos abiertos... ¿Y tú te lo crees?

—Por lo menos, deja que lo intente.

—¡No! ¡No voy a correr el riesgo de que te desherede y que yo me quede sin obtener lo que quiero. Mi clan necesita ese dinero, ¿entiendes?

Desamparada, Venetia se abrazó a sí misma por encima del vientre y se sentó en la cama.

Su expresión desolada le partía el alma a Lachlan. Odiaba destrozar el romántico cuento de hadas que ella se había montado con él, pero era mejor parar ahora, antes de que Venetia empezara a soñar en restaurar Rossraig y quisiera elegir el color para tejer las sabanitas de su bebé.

Lachlan soltó un bufido. ¿Tejer las sabanitas del bebé? ¡Ja! Eso resultaba demasiado práctico. Las damas flamantes ponían toda su atención en complementos ornamentales absolutamente inútiles, como zapatitos de baile y ridículos bolsos.

No podía permitirse comprarle bolsos ni zapatitos de baile. Si apenas podía pagar el cobre para las tinas de whisky con las que esperaba poder llegar a hacer una fortuna algún día. El cobre que el dinero de Duncannon le proporcionaría.

Mas no si ella se metía en sus asuntos. ¿Y por qué? Simplemente porque él le había dado placer, y ella se lo había tomado como un vínculo irrompible que los unía para siempre. ¡Maldita fémica insensata! ¿Qué pasaría cuando viera el estado deplorable de la finca de Rossraig? Huiría horrorizada, como cualquier mujer con un poco de sentido común. Y entonces, ¿en qué situación quedaría él? Casado con una mujer cuyo padre estaría más que dispuesto a matarlo con tal de rescatarla de una vida miserable.

No pensaba arriesgar la cabeza, ni tampoco el futuro de su clan. Necesitaba el dinero para pagar el préstamo que había solicitado, aunque eso significara tener que apartar a Venetia de su vida. Aunque significara que nunca más

podría gozar de ella, ni hacerle el amor, ni...

Hastiado, soltó un bufido. La vida era injusta. Y lo mejor era irse acostumbrando a la idea.

—Lo comprendes ahora, ¿verdad, princesa?

Ella asintió con la cabeza, al tiempo que alzaba las piernas para abrazarlas por las rodillas y seguía mirándolo con carita de pena. Por todos los santos, verla así le partía el corazón.

—Tengo responsabilidades que cumplir con mi clan y con mis aparceros. No puedo echarlo todo por la borda sólo porque me encanta besar a la bonita hija de Duncannon.

—¡Maldita sea! ¡Deja de llamarme así! —Los ojos de Venetia refulgían con rabia—. Ya me has dejado claro que no tienes ningún deseo de hacerme un sitio en tu vida... no hace falta que busques excusas.

Esta vez él no hizo ningún esfuerzo por disculparse. Era mejor dejar las cosas así. De ese modo, rematarían cualquier posible confusión entre ellos.

Adiós a los besos y a las caricias; a los arrumacos en la oscuridad...

Lachlan apretó los dientes. Tenía que ser así. Si hubiera sabido que ella no lo comprendería, jamás se le habría ocurrido seducirla.

Era la elección más sensata. A partir de ese momento, lo mejor sería olvidarse del suave tacto de sus manos cuando le había hecho fricciones sobre las cicatrices, y olvidarse de su adorable sonrisa... de su cuerpo medio desnudo inclinado sobre él.

«Vamos, no pienses en eso, o no serás capaz de aguantar hasta el amanecer», se reprendió a sí mismo.

—Entonces, tema cerrado. Y ahora será mejor que intentemos dormir un rato —sugirió con un tono de voz que ocultaba cualquier emoción.

Venetia se levantó abruptamente.

—Será mejor que duermas tú en la cama. No es recomendable que te tumbes en el suelo, con esas heridas todavía sin curar.

Que ella aún tuviera la gentileza de preocuparse por su dolor le provocó un nudo en la garganta.

—Dormí en el suelo de camino a Edimburgo. Ahora no es diferente. Por lo menos, esta vez tengo una almohada.

—Lachlan...

—No, bonita. No voy a permitir que duermas en el suelo. Quédate en la cama. Y no se hable más.

Mientras él se daba la vuelta hacia donde había emplazado la almohada y la manta, ella se apresuró hacia el cuenco que contenía el resto del ungüento.

—Por lo menos deja que acabe de curarte las heridas. No he aplicado la consuelda.

—No necesito...

—No aceptaré una negativa. —Recogió el cuenco, añadió un poco de agua y mezcló los ingredientes con los dedos—. La raíz machacada de consuelda es la parte más importante. Fortalece la piel, y de ese modo la herida se cura antes. Tienes que dejar que te lo aplique.

Dios mío. ¿Acaso nunca iba a acabar esa noche de torturas tentadoras?

—De acuerdo —refunfuñó él, a pesar de que no sabía si sobreviviría a otra dosis de sus tiernos masajes—. Pero hazlo rápido.

Venetia no sólo lo hizo con rapidez, sino que demostró una absoluta apatía. Con el semblante serio, se afanó por aplicar el ungüento sobre las heridas que tenían peor aspecto y usó los trapos de lino a modo de vendaje para cubrirlas. Luego, con la templanza de una enfermera, se lavó las manos y se metió en la cama, dejando a Lachlan mirándola con la boca abierta.

Así que ése iba a ser su comportamiento a partir de entonces, ¿eh? No más sonrisas cándidas, ah, no. Venetia se había cansado.

Perfecto. A él le daba igual.

Se tumbó sobre su espalda en el suelo duro, ahogando en la garganta el sufrimiento que le provocaban las heridas. Prefería tragarse los gemidos de dolor antes de que ella los oyera. De todos modos, no necesitaba que Venetia se ocupara de él como si fuera una enfermera. Hasta ese momento se había espabilado solo, sin ninguna atención.

No le importaba el alivio que había notado con los masajes. No era un hombre tan escuálido como para tener que recurrir irremediabilmente a esos cuidados; podía cuidarse solo.

Ésa fue la letanía no convincente que se recitó hasta que consiguió quedarse dormido.

La noche después del secuestro de Venetia, Maggie se hallaba cenando con

el coronel Seton en el comedor de la posada donde se alojaba en Edimburgo, deseando no mostrar su estado tan alterado. Seguramente la gente se estaba preguntando dónde se hallaba su sobrina. Nadie creería por mucho tiempo el cuento que habían difundido de que Venetia se sentía indispuesta, no después de que Venetia se hubiera mostrado tan sana y llena de energía dos noches antes.

Quentin jamás le perdonaría lo que había sucedido. Ni ella podría perdonarse a sí misma. Sólo con pensar lo que estaría pasando Venetia...

Lanzó un gemido en voz alta.

—Todo saldrá bien, ya lo veréis. —El coronel le apretó la mano para infundirle ánimos, y la sostuvo durante un rato. A pesar de que ella sabía que era incorrecto alimentar esa clase de comportamiento, no apartó la mano. Estaba preocupada, y él se mostraba tan comprensivo... El pobre hombre... ¡Qué bueno que era!

Aunque resultaba escandaloso, que estuvieran así sentados en el comedor, sin guantes y con las manos desnudas entrelazadas de un modo tan desvergonzado.

—¿Así que vuestros hombres no os han enviado ningún informe, todavía? —lo interrogó ella, intentando no prestar atención a la exagerada fuerza con que le estrechaba la mano, que la hacía estremecerse como una colegiala timorata.

—Todavía no. —El coronel entrelazó los dedos con los de Maggie y la miró con una intensidad concluyente, antes de bajar la vista y clavarla en sus manos—. Ya sabéis que las Tierras Altas son un territorio inhóspito. Es posible viajar kilómetros y más kilómetros sin ver ni un solo pueblo. Y sólo ha pasado un día desde...

—Un día y medio —lo corrigió ella.

Él sonrió indulgentemente.

—Es verdad, un día y medio.

—Pero vuestros hombres salieron en su búsqueda esa misma noche, ¿no es cierto?

La sonrisa desapareció de los labios del coronel.

—Ya os dije que sí.

—Me habría sentido mejor si hubiera podido hablar con ellos antes.

—¿Y cómo habríais mantenido en secreto la identidad de vuestra sobrina?

Maggie se había olvidado de esa estipulación. Sin embargo...

—Por lo menos decidme qué criterio seguisteis para seleccionarlos, para que cuando llegue mi cuñado, pueda referirle los detalles.

El repentino porte inflamado del coronel Seton hizo que Maggie se callara. Hasta que él empezó a toser y a estornudar, y sus mejillas se tiñeron de un intenso color violáceo.

—¿Coronel Seton? ¿Coronel? ¿Estáis bien?

—Agua... —susurró—. Necesito... agua...

Maggie vertió agua de una jarra en el vaso y lo acercó a los labios del coronel. Pero él tosía con tanta virulencia que no podía ni tan sólo tomar pequeños sorbos.

Alarmada, llamó a una de las camareras.

—Creo que mi buen amigo sufre una especie de ataque. ¿Hay alguna estancia privada donde pueda descansar un momento?

—Sí, milady, por aquí —le indicó la sirvienta.

Agarrando al coronel por la cintura, Maggie lo ayudó a ponerse en pie y a dirigirse con paso tambaleante hasta la estancia privada. La preocupación se apoderó de su corazón mientras se sentaba a su lado en un sofá y le propinaba unas palmaditas en la espalda, ya que él seguía tosiendo. Le resultaba extraño la rapidez con que se había encariñado de ese hombre. Deseaba poder afirmar que sólo era debido a que él la estaba ayudando con el tema del secuestro, pero en el fondo sabía que no era verdad.

Tras unos breves momentos, el coronel dejó de toser.

—¿Mejor? —preguntó ella.

—Mucho mejor. —Lanzó un silbido. Luego le asió la mano y se la llevó al pecho—. A veces tengo ataques de tos. Unos pequeños problemillas con los pulmones, ¿sabéis? —Le dedicó una cálida sonrisa—. Gracias por ayudarme.

—Oh, pero si no he hecho nada. —Luchó por combatir contra el sofoco que se apoderaba de ella.

—No seáis modesta; habéis hecho mucho por mí, querida, muchísimo. —Se llevó la mano de Maggie a los labios y la besó, luego empezó a besarle cada dedo, en la parte de los nudillos, y cuando acabó le dio la vuelta para poder besarle la muñeca.

—Coronel... —empezó a decir ella, con un hilito de voz—, quizá no

deberíais... quiero decir que...

—Llámame Hugh, por favor. —Los adorables ojos del coronel la escrutaron—. Y... ¿quizá yo pueda llamarte Maggie?

—Sí —asintió, sin apenas darse cuenta de qué era lo que había contestado.

—Mi dulce, mi bella Maggie. —El coronel se inclinó hacia ella como si pretendiera besarla.

En ese preciso momento, la puerta se abrió, y el posadero entró con paso acelerado.

—¿Estáis bien, coronel? La criada me ha dicho que habíais sufrido un ataque.

El coronel —Hugh— soltó un suspiro.

—No podría sentirme mejor —susurró, sin apartar los ojos de la boca de Maggie.

A ella se le aceleró el pulso de una forma peligrosa, antes de desviar la vista hasta el posadero.

—Sí, está bien. Pero estoy segura de que se encontrará mucho mejor cuando pueda descansar tranquilamente en su casa. —Volvió a mirar a Hugh—. Después de todo, es tarde, señor.

El coronel frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

—Supongo que tenéis razón. Será mejor que me vaya. —Se levantó y empezó a enfilar hacia la puerta.

—Esperad, me habéis dicho que me hablaríais de los hombres que habíais elegido —le recordó Maggie.

Con una mirada furtiva hacia el posadero, él murmuró.

—Os traeré una lista mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Podríamos desayunar juntos.

—Gracias, sí. Me encantaría.

Después de que el coronel se hubo marchado, Maggie se pasó prácticamente toda la noche deseando que se hubiera quedado con ella. Así que su primera reacción cuando él no apareció a la hora del desayuno a la mañana siguiente fue de decepción, seguida de una inquietante preocupación, puesto que en su nota le decía que todavía no se encontraba bien. Había esperado que por lo menos le enviara la lista, pero no había nada más que la breve nota. No obstante, le prometió cenar con ella.

Pero justo antes de la hora de la cena, envió sus disculpas y prometió desayunar con ella a la mañana siguiente, sin mención alguna a la lista. Entonces fue cuando ella empezó a sospechar. Por ser un oficial con una apariencia tan robusta, el coronel Seton tenía más achaques de lo que se podía considerar normal: su pie herido, sus pulmones... ¿No era extraño que un hombre con problemas respiratorios se atreviera a subir una montaña como había hecho el día en que secuestraron a Venetia?

¿Y por qué sus problemas de salud siempre emergían en los momentos más inoportunos? Ese día en la montaña, y ahora que ella deseaba información acerca de cómo iba la búsqueda de su sobrina... No pasaba nada, pero sin embargo...

Quizá ya iba siendo hora de indagar un poco más acerca de la personalidad de su querido coronel.

Capítulo diecisiete

Querido primo:

Me extraña vuestra reacción exagerada. Sed honesto con vos mismo y reconoced que jamás he puesto un gran empeño en descubrir vuestra identidad, porque sé que nuestro pacto no me lo permite. Pero aunque sólo sea para aplacar vuestra inquietud, os prometo que a partir de ahora evitaré haceros preguntas incómodas. No deseo perder a un amigo tanpreciado por una razón tan frívola.

Vuestra allegada, ahora y siempre, Charlotte

*E*l nuevo día acababa de amanecer cuando Venetia se despertó. Su corazón hecho trizas no le permitía continuar durmiendo.

¿Su corazón? No, no debía de entregar su corazón a un maldito demonio testarudo como Lachlan, por más que la embaucara con sus besos o que le partiera el alma verlo sufrir a causa de esas tremendas heridas. La noche anterior se había comportado como una idiota, pero ahora, bajo la luz del nuevo día, no pensaba volver a caer en la tentación.

Le ardían las mejillas con sólo recordar cómo había prácticamente suplicado a Lachlan que se casara con ella. ¿Cuántas veces le había dicho la señora Harris que un hombre puede desear a una mujer sin quererla por esposa?

«Cuando la llama de la pasión se apaga, esas damas han de vivir en casas reales y soportar penurias verdaderas. El deseo carnal no compensa la falta de otras comodidades.»

Las lágrimas le escocían en los ojos. Sabía que Lachlan sólo había buscado excusas. La había oído hablar de las Tierras Altas, la había visto soportar y superar adversidades en la carretera, y sin embargo aún se atrevía a tildarla de dama remilgada.

Sí, por ser quien era: la hija de Duncannon. Y porque casarse con ella no encajaba en sus planes. Quería enfrentarse a su padre, y ella se había metido en el medio.

No obstante, Venetia tampoco podía culparlo por la rabia que sentía hacia su padre. Fijó la vista en el espacio donde Lachlan había encontrado

finalmente una postura cómoda. Con las manos debajo de la cabeza, ofrecía un aspecto casi de chiquillo; su cicatriz quedaba oculta detrás de un mechón de pelo castaño, y sus largas pestañas enmarcaban las mejillas que, por primera vez en todos esos días, ofrecían un color saludable. Quizá la consuela y el linimento de caballo habían surtido efecto. Por lo menos sus facciones no estaban contorsionadas grotescamente a causa del dolor.

Venetia apretó los puños debajo de la colcha, intentando no pensar en cómo lo había oído gimotear de dolor en sueños durante la noche cada vez que cambiaba de postura. Cada gemido había sido un pincho en su conciencia. ¿Cómo podía papá ordenar que le pegaran una paliza tan brutal a un hombre? ¿Qué clase de monstruo era?

No, los esbirros de papá eran los monstruos. No podía creer que él hubiera ordenado semejante barbaridad. ¡Papá era un caballero, por el amor de Dios! Los caballeros no actuaban de ese modo, ni tan sólo los caballeros estafadores, ¿no?

Incapaz de soportar sus pensamientos, se sentó en la cama. No tenía sentido intentar conciliar el sueño de nuevo. Continuaba viendo imágenes de su padre luchando contra Lachlan, de Lachlan cayendo en el suelo abatido por un disparo, o de su padre desangrándose hasta morir...

No, eso no podía suceder. Tenía que detenerlos. Regresaría a Londres y convencería a su padre de que saldara la deuda, poniéndose del lado de Lachlan. Porque si su padre se enfrentaba a Lachlan en persona, habría indudablemente un derramamiento de sangre. Con dos hombres tan orgullosos y obcecados, ninguno daría el brazo a torcer.

Se inclinó hacia la punta de la cama y empezó a buscar el corsé y los zapatos, después avanzó sigilosamente hasta la puerta, donde la llave seguía colgada de la cerradura. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo fácil que le resultaba escapar.

Lo miró de soslayo, se fijó en los vendajes en su brazo y en su pierna, y el remordimiento se apoderó de ella. ¿Quién le realizaría las curas? ¿Quién machacaría la consuela y se la aplicaría sobre las cicatrices? ¿Y si las heridas empeoraban?

Suspiró desolada, y el aire que se escapó de su boca le apartó un mechón de pelo de la cara. Antes herido que muerto.

Con cuidado para no despertarlo, giró la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entonces salió y volvió a cerrar la puerta con llave, pero esta vez por

el otro lado, para ganar tiempo por si él se despertaba e intentaba perseguirla.

Bajó las escaleras con paso sigiloso. Primero tenía que encontrar su ropa, que esperaba que estuviera seca. Tras vestirse, se marcharía andando hasta el pueblo. Annie ya había alquilado una calesa, así que lo único que tenía que hacer era alegar que venía a buscarla.

Con todos esos planes en ebullición en su cabeza, entró en la cocina... y se quedó helada. Annie estaba amasando pan sobre la mesa de la cocina, de espaldas a la puerta. Venetia se habría puesto a gritar. Podía ver su ropa colgada sobre varias sillas cerca del fuego, no muy lejos de Annie, pero su impresión fue que estaban tan inalcanzables como si hubieran estado en la China.

¿Qué iba a hacer, ahora? ¿Pedirle a Annie que la ayudara a escapar? ¿Buscar otras prendas en otra habitación?

Eso era lo que había decidido hacer cuando Annie se dio la vuelta y la vio.

—Ah, milady, veo que os habéis levantado temprano. —Hizo una seña con la mano—. Pasad, pasad.

Mientras Venetia entraba en la cocina, Annie se fijó en sus pies descalzos.

—Por Dios, debéis de estar helada. Venid y sentaos cerca de la lumbre para que entréis en calor.

—He venido a buscar mi ropa —dijo Venetia, al tiempo que buscaba frenéticamente alguna excusa para pedirle a Annie que la ayudara a regresar a Londres.

—Ah, sí. Supongo que ya estará seca.

—¿Os importa ayudarme a vestirme? —le pidió Venetia, consciente de que se le estaba escapando el tiempo—. Os estaría sumamente agradecida.

Annie la miró con suspicacia, pero procedió a ayudarla.

—Supongo que queréis estar vestida antes de que vuestro esposo se levante.

El comentario dejó a Venetia paralizada. ¿Había averiguado que...?

—Ya sé cómo son las cosas entre las parejas de recién casados —continuó Annie—. A veces los hombres pueden comportarse como bestias hambrientas por la mañana; no se dan cuenta del gran esfuerzo que le supone a una mujer que no está acostumbrada a esa clase de relaciones...

Venetia pestañeó. Annie pensaba... había dado por sentado que...

Pero quizá podía usar esa suposición a su favor.

—Así es —terció Venetia, sin querer ocultar el rubor de sus mejillas—. Prefiero que cuando se despierte no me encuentre en ropa interior.

Mientras Annie se colocaba detrás de ella para abrocharle el corsé, Venetia soltó un suspiro fingido.

—Sin embargo, no es ésa la única razón. La verdad es que... estoy pensando que... bueno, echo mucho de menos a mi familia. Lachlan y yo nos fugamos tan súbitamente, y tengo un presentimiento funesto de que mi padre nos persigue...

—Oh, pero ahora estáis casada con el señor, por lo que vuestro padre no podrá hacer nada. —Annie le abrochó el corsé, luego se separó para coger el resto de la ropa.

—Podría matar a Lachlan. —O Lachlan podría matar a su padre, que era la posibilidad más segura—. Se opuso tajantemente a nuestro matrimonio, por lo que creo que será mejor que regrese e intente razonar con él. —Lo cual se asemejaba bastante a la verdad.

—Con esa actitud no conseguiréis nada, querida. —Annie realizó un chasquido con la lengua para mostrarle su desaprobación mientras sostenía las enaguas en alto para que Venetia se las pusiera—. Si dejáis a vuestro esposo, eso únicamente servirá para convencer a vuestro padre de que no sois feliz con él. —Esbozó una mueca picarona—. Y eso no es verdad, ¿o me equivoco?

—No —se apresuró a responder Venetia—. Pero me temo que si papá nos encuentra, acabaré convertida en una viuda. Los dos son muy obstinados; sólo deseo aplacar el arranque de furia de mi padre, confirmarle que soy feliz.

—¿Estáis segura de que eso es todo lo que queréis? —Annie parecía recelosa cuando reanudó su labor con el pan y metió la masa en el horno—. De todos modos, sigo insistiendo en que no creo que sea una buena idea que regreséis. Lachlan podría enfadarse por que su esposa huyera tan pronto después de la boda.

Venetia se esforzó por sonreír.

—No pretendo huir...

—Además, no disponéis ni de dinero ni de medio de transporte.

Mientras Venetia se ponía el vestido, intentó no perder la calma.

—¿Y qué hay de la calesa que habéis alquilado?

—No os la entregarán si no doy mi consentimiento. Así que a menos que no

queráis regresar andando...

—Haré lo que sea necesario —espetó Venetia.

—No seáis imprudente —la amonestó Annie—. No habréis recorrido ni un kilómetro para alejaros de Kingussie antes de que vuestro esposo os alcance. Es un desatino.

La frustración y la impaciencia destacaban en la voz de Venetia cuando volvió a tomar la palabra:

—No sé si soy imprudente, pero he de irme, ¿no lo entendéis? Y tenéis que ayudarme a marcharme antes de que Lachlan se despierte. —Adoptó un tono implorante—. No os lo pediría si no fuera importante.

Poniendo los brazos en jarras, Annie fulminó a Venetia con una mirada de reprobación.

—No se trata de calmar a vuestro padre, ¿no es cierto? Lo que pasa es que no sois feliz con Lachlan. Sé que puede ser un hombre muy brusco, pero tenéis que darle la oportunidad...

—¡No tengo que darle nada! ¡Maldita sea! —estalló Venetia.

Rápidamente, se esforzó por contener la rabia y calmarse. En las baladas siempre le era fácil a una mujer escapar de su esposo; sólo tenía que fugarse con el chatarrero. Qué pena que la vida real no se asemejara más a esas baladas.

—No lo comprendéis.

—Claro que lo entiendo —concluyó Annie con una voz glacial—. Y yo que pensaba que erais mejor que esa Polly... Pero sois igual que ella, incluso peor.

Las palabras le escocieron a Venetia, lo cual le pareció simplemente absurdo. Lachlan ni tan sólo quería casarse con ella, por el amor de Dios. ¿Y qué más daba, si Annie la había tomado por una esposa horrible?

Pero ahora que la anciana había invocado al fantasma de la anterior novia de Lachlan, no podría descansar hasta que supiera lo que había sucedido entre ellos.

—¿Qué hizo Polly, exactamente?

—Lo abandonó, eso es lo que hizo, y con muchos más motivos que los vuestros. —Annie miró a Venetia con curiosidad, como si la estuviera analizando—. Vaya, veo que no sabéis lo que él tuvo que aguantar con esa muchacha.

Venetia suspiró, sintiendo cómo se evaporaba su posibilidad de escapar.

Annie arrastró una silla.

—Sentaos, y dejadme que os cuente algo sobre vuestro esposo. Cuando acabe, si todavía queréis marcharos, os ayudaré. Prefiero ver cómo le rompéis el corazón rápidamente que ser testigo de cómo se lo fracturáis poco a poco, como hizo Polly.

La mención de Polly le resultaba demasiado intrigante como para poderse resistir. Y tampoco era que tuviera otra alternativa. Annie tenía razón: sin ayuda no lograría alejarse mucho de Lachlan antes de que éste le diera alcance.

—De acuerdo. —Aceptó la silla.

Annie arrugó la frente al tiempo que realizaba unos movimientos precisos para darle la vuelta a la ropa de Lachlan delante del fuego.

—Se conocieron justo cuando él regresó de la guerra. Ella era la hija de un mercader y se encaprichó de él —y de su título nobiliario—. Quería convertirse en lady Ross. Era ambiciosa, muy ambiciosa.

Annie sacudió la cabeza.

—Lachlan no podía ver esa faceta más calculadora de Polly. Los hombres casi nunca se dan cuenta, a pesar de que diría que una belleza como ella era capaz de seducir a cualquier oficial recién llegado de la guerra, por más obstinado que éste se mostrara. Mantuvieron un noviazgo corto mientras él asumía el control de las tierras de su padre, pero cuando los precios del ganado cayeron y la finca dejó de ganar lo que debía, Lanchan se vio obligado a posponer la boda.

Venetia contuvo la respiración. Debía de haber sido una experiencia sumamente dolorosa para él, prepararse para una vida aristocrática y luego darse cuenta de que no podía ser.

—Incluso una pánfila como Polly empezó a darse cuenta de que no podría llevar la vida lujosa que se espera de la esposa de un *baronet*. Entonces, un día, cuando él regresó de un viaje de Londres y le comunicó a su gente que todos tendrían que ajustarse los cinturones, ella lo amonestó delante de todos, con una saña inesperada.

Venetia contuvo el aliento. Eso debió de haber sido cuando intentó que papá le devolviera el préstamo.

La dura mirada de Annie la perturbó.

—Lachlan intentó excusarla, pero la verdad es que ella le hizo mucho daño. Entonces él empezó a pasar mucho tiempo fuera de su finca, pasando las noches quién sabe dónde. Polly no estaba recibiendo el trato mimado que esperaba, así que un día se fugó con un tarambana, el hijo de un caballero que estaba forrado de dinero. A Lachlan le partió el corazón.

Y alimentó el odio que sentía por su padre.

Venetia se quedó mirando fijamente sus manos, recordando las palabras de Lachlan: «No serías feliz en Rossraig... Eres una dama demasiado refinada para esa clase de vida».

¿Podía realmente culparlo por asumir que ella jamás se sentiría a gusto en las Tierras Altas? ¿Especialmente después de haberse comportado como una señorita llena de remilgos al principio?

—Así que si lo abandonáis ahora... —empezó a decir Annie.

—No voy a abandonarlo. —Venetia desvió la vista para observar a través de la angosta ventana de la cocina un gallo que se paseaba altaneramente entre las gallinas por la explanada—. No sabía... No podría soportar la idea de que papá le hiciera daño.

—Tarde o temprano, tendrán que arreglar limar sus diferencias, querida —aseveró Annie, con una voz suave—. Y cuanto antes, mejor.

Annie no lo comprendía, y Venetia no podía explicárselo sin revelar quién era realmente su padre. Dudaba que Annie fuera tan gentil como para mostrar su apoyo a ese matrimonio si se enteraba de la verdad. Aunque tampoco se mostraba dispuesta a ayudarla a escapar.

—Sin embargo, no quiero que penséis que es un pobre hombre sin expectativas para el futuro —continuó la anciana—. Tengo entendido que el negocio del whisky empieza a dar sus frutos, y Jamie dice que empezarán a plantar su propia cosecha de cebada...

—¿Whisky?

—Sí, así es como vuestro esposo ha conseguido salir adelante sin tener que despedir a sus aparceros, con las destilerías de whisky. —Los ojos de Annie se abrieron como un par de naranjas, visiblemente alarmados—. Ya lo sabíais, ¿no?

—Sí, pero lo había olvidado —se apresuró a asegurar Venetia—. Aunque pensaba que la mayoría de las destilerías en Escocia eran ilegales.

—Claro, igual que las suyas, pero hay que sobrevivir como se pueda. Y

además, existen miles de destilerías. Hasta que Inglaterra deje de gravar ese negocio con unos impuestos tan exorbitantes por los que nadie puede permitirse una destilería con licencia, irán apareciendo muchas más. Así que aunque vuestro esposo pueda ocuparse de vos, no será una vida fácil ni tampoco...

Un grito sulfurado, y luego un forcejeo y unos golpes en la puerta sobresaltaron a las dos mujeres.

—¿Se puede saber qué diantre pasa? —preguntó Annie, desconcertada.

—Me parece que mi esposo se ha despertado —farfulló Venetia, con el corazón en un puño—. Lo encerré con llave.

—Ah. —Annie recogió la ropa de Lachlan, luego se acercó a Venetia—. Si todavía queréis marcharos...

—No. —Venetia se puso de pie, con una firme determinación.

Probablemente era una locura, pero no podía marcharse, ahora no. Lachlan se merecía ganar esa partida. Había hecho lo imposible por llegar hasta allí; sólo rezaba por conseguir que su padre admitiera sus faltas, cuando llegara a Escocia.

Le lanzó a Annie una sonrisa angustiada y tomó la ropa que la anciana sostenía entre sus brazos.

—Será mejor que lo deje salir antes de que derribe la puerta. —Se puso en marcha, pero se detuvo un momento para mirar hacia atrás—. Gracias. Él nunca me habría contado sus desventuras.

—Lo sé; lo conozco desde que era un chiquillo. Es más terco que una mula.

Ése era el problema. Venetia subió las escaleras corriendo. Su terquedad podía ser el motivo de su muerte o de la de su padre. ¿Pero qué alternativa era mejor para ella? ¿Ir a casa y arriesgarse a que papá la encerrase mientras él continuaba rastreando los caminos hacia el norte para matar a Lachlan, o quedarse para intentar evitarlo?

Venetia pretendía ser un testigo de excepción, tenía que quedarse hasta el final de esa pesadilla para frenar cualquier confrontación. Era el único modo de asegurarse de que no iba a suceder ninguna tragedia.

Se detuvo delante de la puerta y se preguntó si estaba cometiendo un grave error. La puerta se sacudía con fuerza a causa de las embestidas de Lachlan, y la idea de enfrentarse a él, en ese estado tan exaltado, le daba cierto miedo.

Pero no tenía ninguna otra alternativa. Depositó la ropa en el suelo y abrió

la puerta con la llave, con manos temblorosas, luego dio un saltito hacia atrás cuando la puerta se abrió de par en par y Lachlan apareció sólo ataviado con un par de calzones, la viva imagen de un toro bravo y enfurecido dispuesto a embestir a todo aquél que se cruzara con él en el pasillo.

Entonces la vio, de pie, y eso bastó para relajar las arrugas que surcaban su frente.

—Estás aquí —dijo con una extraña voz calmada, aunque su respiración seguía siendo entrecortada—. No te has ido.

—He estado tentada de hacerlo —replicó ella con arrojo—. Después de todo, no me gusta que me hagan recorrer kilómetros y más kilómetros maniatada. —Hizo un gesto para señalar el brazo vendado de Lachlan—. ¿Pero quién te curaría? ¿Y quién te atormentaría sin tregua cantándote baladas? ¿Quién...?

Él se abalanzó sobre ella y le propinó un beso apasionado que consiguió que el pulso traidor de Venetia se desbocara de nuevo. Entonces se apartó, visiblemente avergonzado de su impulso.

—Perdona, bonita. No tenía ningún derecho a...

—No pasa nada —musitó ella, sin aliento después del beso ardoroso, aún sabiendo que simplemente se había tratado de una muestra de alivio—. Comprendo tus sentimientos. —Se inclinó hacia el suelo, recogió la ropa y se la ofreció—. Necesitarás esto. Deja los vendajes tal y como están hasta esta noche, entonces te haré una nueva cura.

Mientras Venetia se giraba hacia la puerta, él le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ayudar a Annie con el desayuno.

—Pídele que nos prepare también una cesta con comida. Se la pagaré. O si lo prefieres, podemos detenernos en una posada para comer.

Ocultando su sorpresa, ella dijo:

—Lo que realmente quiero es no tener que hacer pis al lado de la carretera.

—De acuerdo. —Su voz era muy suave—. Nos detendremos cada vez que lo necesites, y donde quieras.

—Gracias. —Se dio la vuelta para dedicarle una sonrisa—. A cambio, prometo no cantar a pleno pulmón.

Los ojos de Lachlan brillaron con un visible regocijo.

—No me importa que cantes. —Entonces, como si súbitamente se hubiera dado cuenta de que estaba siendo demasiado agradable, añadió con un tono más tosco—. ¿Pero de verdad has de cantar sobre ahorcados y damas deshonradas?

A Venetia se le escapó una carcajada.

—¿Qué prefieres, que cante sobre *highlanders* valerosos?

—O sobre muchachas intrépidas de las Tierras Altas. —Le cogió la mano, y se la quedó mirando con porte pensativo—. ¿Por qué no te has marchado? —Le acarició los nudillos con su dedo pulgar, calentándole algo más que sólo la carne—. Me refiero al verdadero motivo; no me sueltes una burda excusa.

Ella tragó saliva, preguntándose hasta qué punto podía sincerarse. Ya se sentía absolutamente vulnerable con él, y si dejaba que penetrara en sus pensamientos, le ofrecería otra forma de hacerle daño.

Lo mejor era no excederse con las explicaciones.

—Quiero averiguar la verdad por mí misma: sobre papá, sobre el préstamo, sobre la verdadera situación en las Tierras Altas. Si regreso a Inglaterra, nunca lo descubriré.

No podía soportar la idea de seguir viviendo sin saber la verdadera historia de cómo Lachlan y papá habían llegado a detestarse tanto. Si Lachlan no la aceptaba como esposa, al menos ella tenía el derecho de saber si sus razones eran fundadas.

—¿Así que a partir de ahora seguirás conmigo por voluntad propia? ¿Dispuesta a ser testigo hasta el final, sin importar lo que suceda?

—Sin importar lo que suceda —repitió ella.

Venetia sólo tenía que rezar por que el resultado final no le rompiera el corazón.

Lachlan permanecía con la vista perdida en la carretera mientras conducía la calesa, con Venetia sentada a su lado en silencio. Ella se había quedado. Había tenido la oportunidad de escapar, y sin embargo se había quedado.

Que Dios lo ayudara, ¿por qué tenía que comportarse de ese modo? Habría preferido tener que arrastrarla de nuevo a su lado. Por lo menos podría haber continuado alimentando su rabia contra ella. ¿Pero cómo podía enojarse, cuando ella se mostraba tan dispuesta a adaptarse a la situación?

Ya le había costado horrores resistirse a sus encantos al principio, cuando le había opuesto resistencia e incluso luchado contra él. Ahora que no lo hacía, todo sería peor.

La dulce situación lo tentaba todavía más que su cuerpo medio desnudo la noche anterior, y eso la convertía en una fémica más peligrosa que el mismísimo infierno. Pero nada había cambiado; si se casaba con ella, su padre jamás le daría a Lachlan lo que le debía.

—De todos modos, te habría encontrado —se jactó él, intentando convencerse a sí mismo de que no le importaban las muestras de atención de Venetia—. Jamás habrías conseguido llegar a Londres sola.

—Lo sé.

—Habría dado contigo en menos de una hora, y ahora estaríamos aquí mismo, dirigiéndonos igualmente hacia el norte.

—Ya lo sé.

¿Ahora ella intentaba aplacar su orgullo? ¡Que el diablo se la llevara! ¿O acaso había desistido de su plan de escapar porque se había dado cuenta de que no lo conseguiría? No, eso era impensable, con la intrépida Venetia. Empezó a cuestionarse si ella sería capaz de soportar la dura vida en las Tierras Altas, después de todo.

¡Maldición! ¿En qué estaba pensando? Venetia estaba habituada a lucir telas de seda y de satén, a pisar suelos de mármol y a vivir rodeada de cuadros pintados por prestigiosos pintores.

—¿Has sabido algo más de Polly? —le preguntó ella de repente—. ¿Qué ha pasado con ella y con su esposo?

—¿Polly? —Lachlan giró la cara y se la encontró mirándolo con carita de compasión. Maldición—. Así que Annie te ha contado lo que pasó con ella, ¿verdad?

—Sí, yo quería saberlo.

—Eres una muchacha muy curiosa, ¿lo sabías? —refunfuñó Lachlan—. Pero sólo para que no sigas avasallándome con mil preguntas, te diré que he oído que tiene dos hijos y un marido que le pone los cuernos. Aunque no creo que eso le importe, puesto que ese tipo es más rico que Crespo, y le compra todos los vestidos elegantes que ella siempre había deseado.

—Dudo mucho que unos vestidos elegantes puedan excusar a un marido adúltero.

—Pues a juzgar por lo que he oído de las jovencitas en Londres, es fácil seducirlas ofreciéndoles vestidos elegantes —murmuró, sintiéndose incómodo con esa conversación.

De pronto, después de una curva se vieron obligados a parar porque la carretera estaba bloqueada por un rebaño de ovejas cheviot. Lachlan tiró de las riendas, y sin poder contener su temperamento ya alterado gritó:

—¡Fuera del camino, malditos bichos! Ahora ocupáis incluso las carreteras, ¿verdad? —Se puso de pie y sacudió los brazos enérgicamente—. ¡Apartaos de una vez! ¡Malditas...!

Un pastor bajó corriendo por la vertiente de la colina.

—¡En un minuto las aparto, señor! —gritó el muchacho, que apenas levantaba un palmo por encima de las ovejas—. Lo siento mucho, señor, de veras.

—¡Que no se vuelva a repetir! —bramó Lachlan, aunque su mal humor empezó a desvanecerse al posar los ojos sobre el pobre niño al que le habían impuesto la responsabilidad de guiar las ovejas—. Dime, muchacho, ¿de quién es este rebaño?

—De MacDonell de Keppoch, señor.

Lachlan apretó los dientes.

—¿Y a cuántos aparceros ha expulsado para convertir sus tierras de cultivo en pastos?

El muchacho parpadeó incómodo.

—No... no lo sé, señor.

—Seguro que lo sabes. Nunca es un secreto. No renuevan los contratos de arrendamiento y arrastran a los pobres aparceros fuera de sus casas, mientras éstos imploran piedad, y luego prenden fuego a sus casas y...

—Lachlan —dijo Venetia en voz baja mientras el pastorcillo palidecía—. Sólo es un chiquillo. Déjalo en paz.

Cuando ella emplazó la mano sobre su brazo y se lo estrujó con resolución, él irguió la espalda, pero finalmente se sentó y tomó las riendas.

—¡Vamos! ¡Saca esos malditos animales de la carretera de una vez! —ladró al chiquillo—. ¡No tenemos todo el día!

Mientras el pastorcillo se afanaba por guiar a las ovejas hacia la colina, Lachlan podía notar la mirada de Venetia clavada en él. Después de que el

rebaño se desplazó dándoles paso, ella le preguntó:

—¿De veras queman las casas de la gente?

Él azuzó a los caballos con las riendas y se puso de nuevo en marcha.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu padre?

Cuando Venetia emitió un ruido similar a un corderito herido, él se arrepintió de su desagradable comentario. Pero no pensaba retractarse. Lo que había dicho se asemejaba bastante a la verdad. Aunque su padre no había recurrido a esas medidas tan drásticas, muchos otros lores sí que lo habían hecho.

Viajaron en silencio durante un rato. Luego Venetia lo miró a la cara y dijo:

—Quiero verlo.

—¿El qué?

—Lo que tú y Annie comentáis. —Se sentó con la espalda rígida a su lado, las manos entrelazadas en su regazo, aunque la postura exigía cierto equilibrio en algunas curvas bruscas—. Las casas abandonadas de los aparceros. Los rebaños ocupando las tierras. Todo eso.

Los ojos de Lachlan permanecían duros y fijos en la lejanía.

—No me cuesta nada enseñártelo, bonita. Está por todas partes.

Y procedió a demostrárselo. La carretera pasaba cerca de una finca llena de ovejas cheviot, esos malditos animales que devoraban cada ramita de hierba, cuya carne engordada y su codiciada lana impulsaban a los terratenientes a echar a sus arrendatarios. Le enseñó hileras de casas abandonadas, algunas de ellas sin techo y medio derruidas.

Cada vez que se detenían delante de algún nuevo escenario desolador, a Venetia se le iba poniendo la cara más larga y el semblante más triste. Después de un rato, Lachlan no podía soportar mirarla, y su conversación se tornó más tensa. Tras el largo rato que tardaron en atravesar la población de Inverness, ella le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que soportáis esta situación?

—Años —resopló él—. Muchos aparceros se marcharon incluso antes de que tú y yo nacióéramos. El resto ha tenido que hacerlo sin pausa; son cientos los que emigran a América a diario. Se van porque aquí no queda nada, o porque los lores los convencen de que en Canadá gozarán de una vida mejor. —Atizó las riendas con más brío—. Pero no todos logran sobrevivir a la larga travesía. El año pasado, uno de los barcos que llegó a América, lo hizo con

cuarenta personas menos que cuando zarpó.

Con cada palabra, él podía notar cómo se expandía el abismo que se iba abriendo entre ellos. Cuando a última hora de la tarde ella se quedó adormecida, apoyó la cabeza en la pared de la calesa y no en su hombro. Probablemente era lo mejor. De otro modo, Lachlan se habría pasado esa hora deseándola inútilmente.

Puesto que aún no había oscurecido del todo cuando penetraron en el condado de Ross donde alguien podría reconocerlo, Lachlan decidió tomar carreteras menos concurridas. Cuando finalmente llegaron a la cabaña con el techo de paja donde él pensaba mantenerla oculta, el sol enviaba sus últimos rayos sobre sus tierras.

—Ya hemos llegado, bonita.

Venetia se despertó sobresaltada, con la cara relajada después de la siesta.

—¿Qué? —Sentándose nuevamente en el asiento, inspeccionó la zona—. Esto no es Rossraig.

—No, ya te lo dije; no quiero implicar a mi madre en esto, y ella no conoce estos parajes. Así que hasta que tu padre llegue, nos quedaremos aquí.

—¿Los dos? —exclamó ella, con un tono claramente alarmado.

—Hay dos habitaciones.

—Ah —suspiró Venetia, aunque no parecía del todo convencida.

—Tengo que ocuparme de la finca. —Se apresuró a matizar—. Así que no me verás mucho. —No si podía remediarlo. Unas cuantas horas más en compañía de esa fémica y no tardaría en considerar cómo lograr lo imposible—. Si me dices qué es lo que te gusta leer, te traeré libros. Y enviaré a los muchachos a Dingwall para que te abastezcan de madejas de hilo y agujas para que puedas coser, o lo que prefieras para ocupar las horas.

Con la vista perdida en un punto indefinido, Venetia murmuró:

—Confieso que nunca se me han dado bien las labores. Pero estaré encantada si me traes algunos libros. Y también me gustaría disponer de algunas hierbas y de varios productos medicinales. —Lo miró con ojos acusadores—. Si tú y papá insistís en pegaros tiros, necesitaré estar preparada para apedazaros.

Él ignoró su tono y la angustia que sintió en el pecho ante el pensamiento de que ella aún deseara cuidar de él después de todo lo que le había hecho pasar.

—Veré lo que puedo hacer.

Lachlan se apeó de la calesa de un salto y rodeó el carruaje para ayudarla a descender. En el momento en que cernió las manos alrededor de su cintura, Venetia contuvo la respiración, y ese leve sonido consiguió despertar algo pecaminoso en las entrañas de Lachlan. Lo mismo que el brillo de alerta que emanaba de los ojos de Venetia, y el resplandor luminoso en su cara bajo la luz del moribundo sol, y el temblor de su cuerpo bajo sus manos.

La depositó suavemente sobre el suelo y la soltó antes de hacer algo de lo que seguramente más tarde se arrepentiría. Como besarla de nuevo. Como tumbarla allí mismo, sobre el suelo, en medio de ese bosque secreto, y hacerle el amor, suavemente...

Un portazo lo sacó de su ensimismamiento momentáneo, y Lachlan retrocedió. Pero cuando se dio la vuelta para ver al intruso, la persona que lo miraba fijamente con ojos glaciales no era ninguno de los hombres de su clan.

Era su madre.

Capítulo dieciocho

Querida Charlotte:

Os pido disculpas si el tono de mi última carta os ha parecido demasiado exaltado. Últimamente estoy preocupado por algunos problemas familiares. Pero comprendo vuestra curiosidad; simplemente prefiero que no seáis condescendiente con la idea.

Siempre a vuestros pies, Michael

Puesto que Venetia todavía estaba intentando contener las desbocadas emociones que le había desatado la mirada hambrienta de Lachlan, necesitó unos instantes para fijarse en la persona que había salido a recibirlos.

Entonces reconoció los rizos encrespados del color de las castañas, los aterciopelados ojos pardos y la dura mandíbula de la madre de Lachlan, y se dio cuenta de que era lady Marjorie Ross la que la escrutaba con una mirada porfiada, que se trocó en disgusto cuando la mujer desvió los ojos hacia Lachlan.

—¡Así que te has atrevido a hacerlo! —lo increpó—. ¡Has secuestrado a la hija de Duncannon!

Otra vez el apelativo de «la hija de Duncannon». ¿Es que nadie usaba los nombres propios en Escocia?

—¿Se puede saber qué haces aquí, mamá? —la amonestó él, con toda la altivez que era de esperar del jefe de un clan en las Tierras Altas, a pesar de que la rigidez de los músculos en el cuello traicionaba su malestar. Señaló hacia la cabaña—. ¿Cómo diantre has sabido...?

—¿Lo de este escondrijo? ¡No soy tan estúpida como crees!

—Jamás he pensado que lo fueras —rebatió, con una voz aplacadora.

—¿Ah, no? —Su tono dejaba ver sus sentimientos heridos—. Te sacaron del río medio muerto, con unas inmensas heridas a causa de una tremenda paliza y me soltaste ese cuento chino acerca de que te habías enfrentado a El Azote, pensando que me lo tragaría como una idiota. —Se cruzó de brazos, con aire beligerante—. ¡Pues no me lo tragué! Ni mientras luchaba por

salvarte la vida de esa fiebre tan alta, ni después. Intenté convencerme a mí misma de que después de ver la muerte de tan cerca, seguramente tirarías la toalla.

Lachlan la miró perplejo.

—¿A qué te refieres?

—A que dejarías de recorrer esas carreteras como un bandido, asaltando a los amigos de Duncannon.

Lachlan habría ofrecido el mismo aspecto si alguien le hubiera atizado con una jarra de whisky en la cabeza. Venetia torció el gesto. Así que la madre de Lachlan sí que estaba al corriente de las fechorías de su hijo. No sabía por qué, el hallazgo no la sorprendía.

La cara de lady Ross se tiñó de rabia.

—En los últimos años, me había preguntado mil veces si tú eras El Azote, pero me convencía a mí misma de que no serías capaz de cometer tales agravios. Hasta que te dieron la paliza. —Su voz se tornó más dura—. No tendría que haberte contado lo del préstamo. Fue una estupidez por mi parte. —Alzó la barbilla con porte presuntuoso—. Lo único que quería es que fueras a hablar con ese individuo, que hollaras su dignidad para que él accediera a pagar lo que nos debía, no que arriesgaras la vida de esa manera.

Lady Ross desvió la vista hasta Venetia.

—Y ahora sólo faltaba esto: que secuestraras a una dama. Nunca pensé que vería a uno de mis hijos comportarse de este modo.

—No es un secuestro —alegó Venetia, a pesar de que no sabía por qué se molestaba en defenderlo—. He venido por propia voluntad.

—Calla, Venetia. Tal y como mi madre dice, no tiene ni un pelo de tonta. —La voz de Lachlan mostró su clara indignación cuando volvió a dirigirse a su madre—: Y no me cabe la menor duda de que uno de los hombres de mi clan me ha delatado.

—Tienes razón —espetó lady Ross—. Jamie me lo ha contado todo.

—¡Maldito cachorro insolente! ¡Se suponía que tenía que ir directamente a Aberdeen!

Lady Ross suspiró enojada.

—El pobre pensó que yo debería saber lo que estabas haciendo; Jamie sólo intentaba ayudar a la dama y salvaguardar su reputación, y ha obrado bien. —Dio un paso hacia Venetia—. Por eso, a partir de ahora, me ocuparé de ella.

—¡Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver! —bramó Lachlan, con un arranque de furia incontenible—. ¡La dama y su reputación son cosa mía! ¡No quiero que te metas en este asunto!

—¡Y yo no permitiré que acabes con su reputación! —contraatacó, con una resolución inamovible—. Si pudiera, la llevaría de vuelta con su padre. —Alzó la mano cuando él empezó a interrumpirla—. Pero puesto que probablemente Duncannon ya estará de camino hacia aquí, lo mejor será esperar a que llegue. Entre tanto, tenemos que proteger su reputación. Ya es suficientemente terrible que haya viajado sola contigo dos días seguidos. No volverás a quedarte a solas con ella, ¿entendido? Se alojará en Rossraig, y tú te quedarás aquí en la cabaña.

—¡Y un cuerno! —gritó Lachlan—. ¡No pienso perderla de vista!

Su resistencia dejó a Venetia perpleja.

—¿Por qué no? Seguramente no temerás que me escape. No lo he hecho esta mañana, y te aseguro que no es mi intención ahora.

Venetia podía notar la mirada de lady Ross escrutándola con descaro, pero fue el arrojo exacerbado de Lachlan, con su intensidad desmedida lo que logró acelerarle el pulso.

—Me dijiste que sólo te importaba conseguir el dinero que tu clan necesita. Y lo comprendo, de verdad.

Especialmente después de ver la situación de los aparceros de otros lores. Por lo menos Lachlan se negaba a seguir los métodos de esos «renovadores».

—Pero también dijiste que no querías arruinar mi reputación —prosiguió ella—. Y si me quedo a solas contigo, eso será lo que pasará inevitablemente. —¿Quién sabía lo que podía suceder por la noche, cuando estuvieran solos? No se atrevía a correr ese riesgo. Si él se acostaba con ella, se sentiría obligado a casarse con ella por una cuestión de honor, y ya le había dejado claro que ésa no era su intención.

—A pesar de lo que creas, hijo mío —intervino lady Ross—, la gente se fija en tus idas y venidas. No soy la única que sabe dónde está esta cabaña. Algunos de los hombres del clan lo saben, y Jamie y...

—¡Pues les arrancaré la lengua, si se atreven a hablar más de la cuenta! —bramó Lachlan.

Cuando su madre lo miró con el ceño fruncido, Venetia emplazó una mano sobre su brazo.

—Vamos, sé sensato. No existe ninguna razón para que no me aloje en Rossraig, si eso es lo que desea tu madre. —A menos que él no quisiera separarse de ella porque estuviera realmente enamorado.

Los músculos en su brazo se tensaron bajo la mano de Venetia.

—Tu padre podría intentar infiltrar a algunos de sus hombres en Rossraig para rescatarte —refunfuñó, malhumorado.

Lady Ross soltó un bufido.

—¿Y cómo lo iban a conseguir? Tus hombres patrullan por todas las carreteras, atentos por si aparecen los recaudadores de impuestos. Si Duncannon viene, te enterarás.

—De todos modos, prefiero estar en casa —declaró, con obcecación.

—Se supone que estás muerto, ¿recuerdas? Resulta más fácil mantener las apariencias si no estás allí. Si se difunde la noticia de que estás vivo más allá del clan, y que encima retienes a una mujer en tu casa contra su voluntad, tendrás que combatir con más caballeros que con Duncannon.

—Maldita sea, mamá...

—Esta vez haremos las cosas como Dios manda, ¿entendido? —Lady Ross se cuadró de hombros—. Te quedarás en la cabaña tal y como has estado haciendo durante todos estos meses, y lady Venetia se quedará conmigo en Rossraig, como mi invitada. Le diré a la gente que es la prima londinense de tu padre.

Lachlan observó a su madre con cara de malas pulgas.

—Malditas seáis las dos —murmuró al tiempo que se frotaba la nuca. Miró a Venetia con ojos inclementes—. Así que esto es lo que quieres, ¿no, bonita? ¿Estar lejos de mí?

Qué extraño que él lo expresara con esas palabras, si sólo le preocupaban sus planes contra su padre.

—Quiero mantener mi reputación intacta. —«Puesto que te niegas a casarte conmigo».

Ahora Lachlan tenía la ocasión de sincerarse. Si sentía algo más que un deseo nada conveniente, si la consideraba algo más que una herramienta para obtener lo que quería de su padre, lo más lógico era que se declarase.

—De acuerdo —espetó él—. Quédate con mi madre. De todos modos, no te quiero en mi camino, quejándote de la falta de comodidades en la cabaña. Será mejor que mi madre se encargue de tu alojamiento.

Su alegato era injusto, y Lachlan lo sabía, pero el hecho de que él hubiera intentado excusarse con un insulto la alegró. No le gustaba separarse de ella, ¿no era así?

Venetia esbozó una sonrisa brillante y se acercó a su madre, desplegando todos los patrones de buena conducta que le habían enseñado y que se esperaban de una dama.

—Oh, estoy segura de que estaré muy cómoda en Rossraig. Recuerdo que era un lugar entrañable y acogedor. Estoy deseosa de volver a ver la casa. — Dejando a Lachlan rezagado, crispado de rabia, se giró hacia lady Ross—. ¿Nos vamos ya? Estoy cansada y me apetecería tomar una taza de té junto a la chimenea.

—¡Deseo concedido! Y además os prepararé una succulenta cena —contestó lady Ross.

Mientras se alejaban caminando con paso tranquilo, Lachlan gritó:

—¡Venetia!

La esperanza se avivó en su corazón cuando ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Sí?

Parecía que él se preparaba para decir algo muy importante. Pero de pronto su cara se ensombreció, y su voz sonó distante:

—Si necesitas algo...

—Oh, estoy segura de que tu madre será una anfitriona excelente —repuso, ocultando su decepción. ¡Maldito pedazo de mula terca!

¡Pues ella también tenía orgullo! Y no pensaba echarlo por la ventana ante la leve evidencia de los comentarios forzados y las miradas enojadas de Lachlan.

La anfitriona la guio hasta una carreta que las aguardaba, lejos del alcance de la vista desde la cabaña. Sólo cuando emprendieron la marcha, lady Ross volvió a hablar.

—Mi hijo no habrá... no os habrá hecho daño durante estos días, ¿no?

—Se ha comportado como todo un caballero. —No es que dijera una gran mentira. Ella tenía tanta culpa de su encuentro íntimo la noche anterior como él. Y a pesar de que él le había partido el corazón y había pisoteado su orgullo después, sabía que tarde o temprano se recuperaría. A pesar de que albergaba la esperanza de no tener que hacerlo.

—¡Vaya cabeza de chorlito! ¡Eso es lo que es! Pero nunca imaginé que llevaría la batalla contra vuestro padre tan lejos. —Propinó una palmadita amistosa a Venetia—. Bueno, a partir de ahora no tendréis que preocuparos más por Lachlan. Me aseguraré de que os deja sola hasta que llegue vuestro padre.

—Oh, no tenéis que hacerlo. Lachlan no me molesta.

—Tiene que aprender que no puede ir por ahí secuestrando a jóvenes inocentes. Si lo que busca son problemas, que los busque en otro lado. Le prohibiré que entre en casa, ¡vaya si lo haré!

—De verdad, lady Ross, no tenéis que...

—¿Queréis cazarlo o no? —inquirió lady Ross, acuciando las riendas.

El comentario pilló a Venetia desprevenida.

—No... no entiendo... ¿A qué os referís?

—He visto cómo os mirabais el uno al otro. Y estabais dispuesta a defenderlo, incluso después de lo que ha hecho. Además, Jamie me ha dicho que... —Miró a Venetia a los ojos—. Os gusta mi hijo, ¿no es cierto? Y puedo ver que a él le gustáis. Jamás lo había visto mirar a una mujer del modo en que os ha mirado. Ni siquiera con Polly.

A pesar de que las palabras le habían infundido esperanzas, no iban a cambiar nada.

—Sí, me gusta. Pero él me ha dejado claro que no se casará conmigo.

—No, tal como están las cosas ahora, no. —Lady Ross se quedó unos momentos pensativa mientras guiaba la carreta por un sendero anegado de barro—. Él no permitirá que nadie hiera su orgullo. Se negará a presentarse ante el conde con el sombrero en la mano para pedirle vuestra mano, y aunque se atreviera, vuestro padre probablemente no daría su beneplácito. Y si os casáis sin el consentimiento paterno...

—Lachlan no obtendrá el dinero que necesitáis. Lo sé.

—¿Dinero? ¡Bobadas! Ya nos apañaríamos de algún modo. Pero lo que yo quiero son nietos. Quiero que alguien cuide de él. —Su voz tembló—. Quiero que deje de hacer esas barbaridades, porque si no acabará muerto. Tenemos que urdir un plan sin que se derrame ni una gota de sangre.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Venetia.

—¿Sabéis lo que Lachlan se propone?

—Conozco a mi hijo. No estará satisfecho hasta que no reciba hasta el último centavo del dinero prestado. —Miró a Venetia con preocupación—. También conozco a vuestro padre; tampoco estará satisfecho hasta que no reciba la cabeza de El Azote servida en una bandeja de plata.

—Me niego a creerlo. Y no entiendo por qué ambos insistís en verlo de esa forma.

—Olvidáis que Alasdair y yo y vuestros padres fuimos buenos amigos hace mucho tiempo. Conocía a Quentin muy bien, por eso no comprendo cómo es posible que se negara a resarcir su deuda. Pero él cambió durante el año anterior a que vuestra madre falleciera. Incluso obligó a Lachlan... —Se contuvo—. No importa. La cuestión es que tenéis que persuadir a los dos para que zanjen este tema de una forma amistosa. Eso sería más fácil si Lachlan y vos os fuerais a casar.

—Lachlan se muestra absolutamente reticente —se lamentó Venetia—. Y tampoco pretendo que lo obliguéis a que se case conmigo.

—Os quedaríais sorprendida de lo que una madre con una firme determinación puede llegar a conseguir, cuando se trata de buscar una buena esposa para su hijo.

Venetia observó a la anciana con aire especulativo.

—¿Y qué os hace pensar que sería una buena esposa, cuando él está convencido de todo lo contrario? No me habíais visto de nuevo desde que era una niña. Podría ser una arpía, o una cabecita loca...

—Una cabecita loca no habría intentado escapar de sus captores de un modo tan inteligente. —Cuando Venetia la miró sorprendida, lady Ross le dedicó una sonrisa—. Jamie me contó cómo le plantasteis cara a Lachlan en medio del trayecto y que incluso os escapasteis de sus garras.

Lady Ross guio al caballo hasta un sendero más amplio que Venetia reconoció como el camino que llevaba directamente hasta Rossraig.

—Y cualquier otra mujer joven habría llegado aquí berreando y lamentándose del ultraje, quejándose del trato recibido de manos de mi hijo. En cambio, os habéis presentado lista para defenderlo y con ganas de solventar las cosas del modo correcto. Sólo con eso, me habéis convencido de que sois la esposa ideal para él.

Venetia suspiró.

—Qué pena que él no comparta vuestra opinión.

—Oh, lo hará. —Lady Ross condujo la carreta por la empinada cuesta que llevaba a la explanada delante de la casa—. Cuando lo hayamos convencido, lo hará.

—¿Qué queréis decir?

—Tengo un plan. Pero primero será mejor que os aseguréis de que lo amáis. —Con el semblante entristecido, señaló hacia la casa solariega—. Porque esto que veis es lo que recibiréis si os casáis con mi hijo.

Con el corazón compungido, Venetia contempló Rossraig.

La mansión nívea y en forma de «L» que recordaba en su memoria como un brillante tributo a los éxitos escoceses había desaparecido. En varias secciones de la chimenea faltaban algunos ladrillos, algunas tejas estaban resquebrajadas, y el pequeño muro de piedra que circundaba la galería había empezado a desmoronarse por uno de sus extremos.

Después de apearse de la carreta y entrar en la casa, Venetia constató que el interior aún estaba en peores condiciones. Unos harapos deshilachados de lo que en su día habían sido unas vistosas cortinas de damasco colgaban de unas barras oxidadas, y una capa de polvo de carbón emborronaba los elevados techos. Las alfombras tenían que ser irremediamente reemplazadas, y cada habitación parecía exigir a gritos una capa de pintura fresca.

—Lachlan se ocupaba de los trabajos de mantenimiento más imprescindibles de la casa hasta que le dieron la paliza —explicó lady Ross—. Ahora todo ha quedado paralizado, y no podemos permitirnos contratar a nadie para que nos ayude. Necesitamos emplear a todos nuestros hombres en las destilerías, para que destilen, escondan y transporten el whisky con el fin de poder alimentar, vestir y proveer de carbón al clan. Yo por mi parte hago lo que puedo para mantener la casa en orden, pero se necesita un hombre para algunas tareas.

Hundió la cabeza con porte avergonzado.

—Y siempre he sido más diestra con un cuchillo para destripar que con una sartén y unas agujas de coser. Mi padre era carnicero, ¿lo sabíais?

—Lo comprendo. —Venetia se esforzó por sonreír, a pesar de que el deplorable estado de la que una vez había sido la bella mansión de Rossraig le rompía el corazón—. Deberíais ver mis pésimos bordados; soy un desastre, cuando se trata de enfilar una aguja.

—Disculpad que os hable con tanta franqueza, pero si acabáis viviendo

aquí, no tendréis ninguna ocasión de dedicaros a bordar, ni a otras actividades ociosas.

Lady Ross la observó con ansiedad, y Venetia intuyó que se trataba de un examen, una prueba de lealtad mucho más importante que a cualquier otra situación a la que Lachlan pudiera haberla sometido.

Poco sabía esa mujer de las ansias de Venetia desde que era una niña de regresar a sus queridas Tierras Altas y establecerse en una casa, en su propia casa. Unos pocos ladrillos rotos y unas cortinas deshilachadas no iban a amedrentarla.

Lachlan era el peor obstáculo. ¿Por qué no podía verla como una mujer, en vez de «la hija de Duncannon»? ¿Sería capaz de hacerlo? Y si lo hacía, ¿estaría dispuesto a dejar de lado su disputa con su padre para poder acogerla en su vida?

Sólo había una forma de descubrirlo. Ya era hora de que Lachlan Ross supiera exactamente con qué clase de mujer estaba lidiando.

—¿Y bien? ¿Qué decís? —insistió lady Ross.

—Creo que... —empezó a decir, aceptando el brazo que le tendía su posible futura suegra— tenemos mucho trabajo por delante. Y ahora contadme vuestro plan para...

Capítulo diecinueve

Querido primo:

Siento mucho lo de vuestros problemas familiares. Sabéis que podéis contar conmigo para todo lo que necesitéis. Incluso os prometo que no os agobiaré con preguntas indiscretas más allá de lo que estéis dispuesto a contarme.

Vuestra amiga, Charlotte

—¿Qué quieres decir con eso de que no queda nada para desayunar? — Lachlan censuró con una mirada de reprobación al pobre hombre del clan de los Ross que su madre debía de haber nominado como mayordomo en Rossraig. Después de que Lachlan se hubiera refrenado durante todo el día anterior de cabalgar hasta allí desde la cabaña para ver cómo estaba Venetia, ¿ésa era la recepción que le ofrecían?

¿Qué había sucedido con el ama de llaves? ¿Y por qué su madre había añadido un mayordomo al servicio? Era una boca más que alimentar; por lo visto, una que se estaba comiendo todo el desayuno.

—La cocinera siempre tiene la mesa puesta a las siete de la mañana. Sólo son las siete y cuarto.

El hombre se encogió de hombros.

—Las señoras se han levantado al amanecer, señor, y a las seis ya habían desayunado. Han estado trabajando como dos fieras, sí, señor, como dos verdaderas fieras.

Lachlan había esperado encontrar a Venetia languideciendo de aburrimiento, y no precisamente trabajando.

—¿Y qué hacen?

—No estoy del todo seguro. Sólo me llaman para que les lleve cosas de vez en cuando.

Eso le sonaba decididamente sospechoso.

—¿Dónde están ahora? —Se quitó el sombrero e hizo un gesto para entregárselo.

Pero el mayordomo no lo aceptó.

—Disculpad, señor, pero me han ordenado que nadie las moleste, ni siquiera vos.

Lachlan empezaba a perder la paciencia. Colgó él mismo el sombrero en el perchero y ladró:

—¡Maldita sea! ¡Esta es mi casa! —Fulminó al pobre mayordomo con una expresión retadora—. ¡Así que puedo molestar a quien me dé la gana y cuando a mí me dé la gana! ¡Y ahora, dime! ¿Dónde diantre están?

—En el salón, señor —balbució el mayordomo, amilanado.

Con las tripas protestando de hambre, subió al piso superior con paso ligero, lo cual le resultó fácil después de las fricciones que se había hecho sobre las heridas con el linimento de caballo. Algo que agradecer a Venetia.

Pero en cambio no le perdonaría ese desplante. ¡Que el diablo se llevara a esa maldita fémia! Había estado salivando, pensando en un opíparo desayuno en su casa, con salchichas de sangre de cerdo y panecillos de patata y lonchas de panceta fritas, algo para variar de los insulsos copos de avena fríos. En lugar de eso, se encontraba con nada para desayunar y un mayordomo nuevo que intentaba bloquearle el paso. ¿Qué diablos sucedía?

Seguro que Venetia estaba tramando algo. Lo tenía bien merecido por aceptar quedarse al margen para evitar que ella lo tentara.

«Deja que mamá se encargue de esa niña bonita; tú tienes otros asuntos más acuciantes que solventar», se dijo a sí mismo.

Soltó un bufido, enojado. Seguía sin convencerse a sí mismo. Porque mientras el día anterior había estado examinando la cebada o la planta de procesamiento de malteado o cortando la turba para el horno, no había podido apartar a Venetia de sus pensamientos. El olor de la cebada germinada le recordaba al de la consuelda que ella le había aplicado sobre las heridas, evocándole imágenes de la ternura con que le había hecho las curas. Y cuando él y sus hombres cabalgaron hasta los campos de turba, no pudo evitar rememorar el momento en que la había tumbado sobre los helechos en el bosque y la había besado, y acariciado su piel sedosa, mientras ella se entregaba...

Pronunció una maldición a media voz y aceleró el paso. Venetia plagaba sus pensamientos sólo porque estaba preocupado por cómo debía de estar pasándolo con su madre. Si pudiera satisfacer esa curiosidad, entonces podría alejarla de su mente.

Oyó un golpe seco proveniente del salón, seguido de unas risas femeninas y una voz masculina que no acertó a reconocer. Lachlan esbozó una mueca de disgusto. Esperaba que no se tratara de un mercader que su madre hubiera hecho venir a petición de Venetia. ¿Qué pasaría si a Venetia se le metía en la cabeza convertir esa casa en una lujosa mansión que no pudieran costearse?

Aceleró el paso. Su madre no cometería la estupidez de comprar a crédito, pero únicamente hacía falta dejar a dos damas solas durante un día para que esa enredadora decidiera hacer algo con tal de atormentarlo. Maldición, maldición, y mil veces maldición.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —bramó al tiempo que entraba acaloradamente en el salón.

Diversos pares de ojos se giraron en su dirección, la mayoría pertenecientes a criadas de Rossraig y al ama de llaves. Pero Lachlan sólo mostró interés por el par de ojos de Venetia. Quien, por cierto, no parecía estar muriéndose de aburrimiento.

Ya no exhibía la imagen de la típica dama londinense. Con un traje prestado de color gris con los puños deshilachados y un delantal manchado, parecía una sirvienta más. Un mechón rebelde de su glorioso pelo le tapaba un ojo, y su mejilla estaba enmascarada de betún. Sin embargo, nada de eso lograba mitigar sus encantos.

—¿Lachlan? —Su madre emergió entre las otras muchachas, y lo miró con ojos de reproche—. ¡Sal de aquí! ¡Por el amor de Dios!

Esa respuesta por parte de su madre, que siempre le estaba pidiendo que se quedara a hacerle compañía, acabó de encolerizarlo.

—Ve y haz... lo que sea, lo que tú y los chicos hacéis durante todo el día —continuó lady Ross—. ¡No queremos que lo veas hasta que esté acabado!

—¡Si tengo que pagar por ello, tengo todo el derecho a que me contéis qué diantre estáis haciendo! —ladró Lachlan cuando divisó a Jamie encaramado en una escalera, colgando cortinas que nunca antes había visto.

—¿Pagar por ello? —repitió su madre—. ¿De qué estás hablando?

—De las nuevas cortinas. —Apuntó con un dedo acusador hacia el sofá—. El nuevo sofá. Y el resto de cosas que has comprado a crédito.

—No seas ridículo. Es nuestro viejo canapé de siempre. Simplemente lo hemos forrado con las partes todavía aprovechables de nuestras viejas cortinas. Y las nuevas cortinas son nuestros viejos doseles. —Dedicó una

sonrisa agradecida a Venetia, quien lo observaba con esos bellos ojos verdes que nunca le daban tregua—. Al estar enrollados, sin que les diera la luz, la tela no se ha deteriorado, así que esta joven dama ha sugerido acertadamente que los usáramos como cortinas y que quitáramos las barras de los baldaquines de encima de las camas. De todos modos, tampoco necesitamos doseles.

—Hemos tenido suerte de que los colores hicieran juego con el resto del salón —intervino Venetia—, y también hemos podido reutilizar una buena parte de los flecos de las antiguas cortinas. Quedan graciosos en el sofá.

Ese «hemos podido» incluía a las criadas enfrascadas animadamente en fregar a fondo los suelos y sacudir los felpudos y sólo Dios sabía qué otras actividades más.

—Queda bien, ¿no? —trinó Jamie desde lo alto de la escalera—. Da un tono más animado a la sala. Deberíais ver lo que las damas han conseguido con el comedor, señor, poniendo orden y arreglando algunos desperfectos. Lo hicieron ayer. Incluso lavaron los techos con una mezcla especial que la señorita Ross se ha inventado.

¿La señorita Ross? Oh, claro, se suponía que Venetia era su prima inglesa. Y a juzgar por la sonrisa embobada de Jamie, ese botarate había olvidado que ella era demasiado refinada para tipos como él.

Lachlan intentó combatir la necesidad que sentía de abalanzarse sobre ese bellaco, arrastrarlo por la escalera y borrarle la sonrisa de los labios con un buen sopapo.

—¿Tú no tenías que encargarte de la planta de procesamiento de la malta? El trabajo allí no se ha acabado, por si no lo sabías.

—Sí, señor —balbució Jamie, y empezó a descender de la escalera.

—No le hagas caso a Lachlan. —Lady Ross tranquilizó al muchacho—. Sólo está furioso porque no le hemos pedido su opinión. Seguro que puede prescindir de tus servicios durante un rato.

Lachlan podía, ¿pero por qué se le permitía a Jamie quedarse para contemplar a Venetia con sus mejillas sofocadas y los ojos brillando con entusiasmo, mientras que él tenía que pasarse el día en las destilerías, adoleciendo por ella?

—Si necesitáis un hombre que os ayude, ya lo haré yo —terció Lachlan, a pesar de que en el pasado habría preferido caminar descalzo sobre tizones

ardiendo que hurgar en telas y en otras estupideces similares más propias de las mujeres—. Deja que Jamie regrese a la destilería.

—¡Ni hablar! —replicó su madre—. Si te pasas el día aquí, te arriesgarás a que cualquiera que venga de visita desde el pueblo te vea. —Sus ojos centelleaban burlonamente—. Además, no me parece adecuado que estés colgando cortinas cuando llegue el conde. Necesitarás ofrecer un aspecto fiero y varonil, si pretendes convencerlo para que nos devuelva el dinero, ¿o no?

¿Era sarcasmo lo que oía? ¿Y precisamente de su madre? Miró a Venetia, quien parecía ocultar una sonrisa mientras teñía un fleco con el betún.

Esa sonrisa aún lo provocó más.

—Duncannon tardará todavía varios días en llegar —perseveró Lachlan—. Y si viene alguien, ese nuevo mayordomo que has contratado sin consultarme me avisará para que pueda ocultarme.

Su madre emplazó sus manos curtidas de tantos años de trabajo en sus caderas enjutas.

—Tienes cosas más importantes que hacer que pulular por aquí. Al menos eso es lo que me has estado diciendo a menudo durante los últimos cinco años. Ni se nos ocurriría apartarte de tus obligaciones por esta clase de labores. —Avanzó con paso firme hacia él—. Jamie ya nos sirve, y ahora vete, y déjanos trabajar.

Con el semblante indeciso, enfiló hacia la puerta.

—Entonces, nos veremos durante la cena —dijo cuando llegó al pasillo.

—Estamos demasiado ocupadas para comer a unas horas determinadas. —Su madre le sonrió desde el umbral de la puerta—. Haré que la cocinera te envíe la cena a la cabaña, ¿de acuerdo?

—Pero... —¿Pero qué? Desvió la vista desde su madre hasta Venetia, pero ésta no le prestaba la menor atención, enzarzada en una tarea que captaba toda su atención: colocar los flecos en el lugar correspondiente.

Un nudo de desesperación se adueñó de su garganta. Quería algo más que una cena. Quería hablar con Venetia, verla, estar con ella. Pero no pensaba admitirlo públicamente. Porque no tenía ningún derecho a disfrutar de su compañía, ahora que estaba a punto de entregarla a su padre.

Eso si no acababa matando a ese hombre.

—De acuerdo, envíame la cena —farfulló, y luego se marchó.

A la mañana siguiente, después de una noche de angustiosos sueños sobre

Venetia, se tragó su orgullo y fue a la casa más temprano para desayunar, pero o bien lo habían visto llegar o bien era cierto que estaban en casa de uno de los aparceros, para visitar a su hijo enfermo, tal y como el mayordomo le comunicó. No había nadie en casa.

El mayordomo no sabía de qué aparcerero se trataba. No sabía cuándo regresarían. No podía aportarle ninguna maldita información que consiguiera evitar que se pusiera a gritar a los cuatro vientos su creciente frustración.

Se dijo a sí mismo que eso era el final. No lo necesitaban en la casa, y él tenía la certeza de que tampoco las necesitaba. A menudo había pasado semanas sin pisar su hogar, cuando estaba ocupado en el proceso de la destilería, tostando el grano de cebada, y asegurándose de que los recaudadores de impuestos no descubrieran sus destilerías ilegales. ¿Cómo iba a ser ahora diferente?

«Porque Venetia está aquí.»

Eso era absurdo. Nunca antes había echado en falta a ninguna mujer, ¿por qué había de hacerlo ahora? No quería que Venetia le cantara, ni lo agobiara... cuidando de él. No, desde luego que no. Él solito podía aplicarse el linimento de caballo sobre las heridas. No importaba que ella tuviera una forma especial de hacerlo que...

¡Tenía que dejar de pensar en ella!

Tampoco le servía de ayuda el hecho de tener que pasar el día escuchando cómo los hombres de su clan ensalzaban de forma reiterada los cambios en la casa y la magnífica labor que estaban haciendo Venetia y su madre. A cada minuto, alguien soltaba algo parecido a: «Tendrías que haber oído a tu prima inglesa cantar la canción popular escocesa *Gipsy Laddie*» o «Deberías haberla visto enseñando a las mujeres a sacar brillo a la plata».

Por lo visto, su «prima inglesa» podía ir y venir a su libre albedrío, mientras que él estaba confinado en la cabaña para que nadie que no perteneciera a su clan descubriera que no estaba muerto. Intentó verla un par de veces, pero la única vez que la encontró en casa, Venetia se excusó sin miramientos y desapareció de su vista, dejándolo solo con su madre, quien lo regañó por haberse arriesgado a venir.

Ese breve encuentro con Venetia tuvo el efecto de unas pocas gotas de agua en una garganta seca. Le pareció insuficiente.

Podría exigir verla, pero entonces tanto ella como su madre sabrían que bebía los vientos por ella. Y eso sólo conseguiría despertar unas esperanzas

imposibles.

Tres días después de su llegada a Rossraig, cuando el mayordomo le dijo que las damas habían salido a pasear, probablemente por algún recóndito lugar que él jamás acertaría a encontrar, Lachlan pensó que no lo soportaba más. Con la firme determinación de controlarlas a partir de entonces, se plantó en el bosque aledaño a la casa solariega desde donde podría vigilar las dos entradas. Si era cierto que habían salido a pasear, tendrían que pasar por delante de él, y Venetia no podría escabullirse tan fácilmente.

Se sentía como un absoluto idiota, vigilando en todas direcciones con ojos desconfiados, pero justo en el momento en que decidió que probablemente el linimento de caballo le estaba produciendo un efecto indeseado en la mente, la puerta de la cocina se abrió y Venetia salió a la explanada.

Como suponía, las dos habían estado todo el tiempo en la casa.

Con el corazón desbocado en su pecho, emergió de entre los árboles y avanzó hacia ella. ¿Qué hacía, sola? ¿Y vestida de ese modo, además, con un *arisaid*, la vestimenta tradicional de las escocesas en la región de las Tierras Altas, que envolvía su esbelta figura y quedaba sujeto a su cintura por un cinturón?

Tras echar una mirada furtiva en derredor, Venetia se cubrió la cabeza con la capa, entonces se alejó de la casa.

Atravesó el campo que separaba la finca de los Ross de la de los Duncannon, y los ojos de Lachlan se trocaron en un par de rendijas, llenos de desconfianza. Así que se dirigía a la casa de su padre. Para solicitar asilo y pedir a quien fuera que ahora ocupaba esa casa que la ayudara a regresar a Londres, ¿verdad? No, eso era imposible; si hubiera querido hacerlo, lo habría hecho antes.

Lachlan vaciló, preguntándose si debía seguirla. Si la gente de Duncannon lo reconocía, despertaría sospechas acerca de su milagrosa resurrección. Y lo siguiente que sucedería sería que esa gente se metería en su finca para averiguar qué pasaba. Entonces jamás conseguiría mantener ese asunto entre él y el conde de una forma privada.

Sin embargo, no podía permitir que ella se paseara por Braidmuir sola; no era conveniente. Podría toparse con algún hombre de modales toscos que no supiera quién era ella. Lachlan sólo tenía que ir con cuidado, espiarla desde el bosque y permanecer alejado de las zonas donde estaba la gente.

Eso es lo que se dijo mientras se preparó para seguirla.

Sin estar muy segura de lo que iba a encontrar, Venetia cruzó el puente sobre el riachuelo que separaba las tierras de Lachlan de las de su padre. Le había pedido a lady Ross que la acompañara, pero la mujer no se había atrevido, temiendo que alguien pudiera reconocerla.

Después de tantos años de ausencia, Venetia dudaba que eso pudiera sucederle a ella, pero por si acaso, había tomado prestado el *arisaid* de una criada para cubrirse la cabeza. Quería ver con sus propios ojos lo que había sucedido durante los años que había estado ausente. Especialmente después de escuchar los comentarios de Lachlan acerca de las casas quemadas.

Lachlan. No, no era el momento de pensar en él. A causa de los tres días que habían pasado separados, lo echaba muchísimo de menos... y se daba cuenta de cuánto extrañaba sus besos y sus caricias. A pesar de que él se había pasado por la casa varias veces, jamás había preguntado por ella. Había mostrado cierta curiosidad por lo que hacía, pero a Venetia le había dado la impresión de que su interés estaba únicamente motivado por una cuestión de educación.

Su madre decía que su orgullo no le permitía mostrar sus verdaderos sentimientos. Venetia deseaba creerla desesperadamente, pero había empezado a perder la esperanza. A esas alturas, papá ya habría recibido la carta de Lachlan y se habría puesto en camino hacia Escocia. Si Lachlan no desistía de...

Sintió un escalofrío en la espalda. ¿Cómo podía acusarlo de no querer casarse con la hija de un hombre que había renegado de sus compatriotas? Así era como la gente en Rossraig veía a papá. Pensando que era familia de los Ross, habían hablado con ella abiertamente acerca de cómo el conde había concedido permiso a su capataz para echar a la gente de sus tierras con un cruel abandono.

Y ahora, mientras se adentraba en Braidmuir, con cuidado para no toparse con el guardián de la finca ni con algún pastor, constató rápidamente la verdad. No vio ninguna casa quemada, pero como si lo hubieran estado. De las veintidós cabañas de los aparceros, sólo cuatro parecían habitadas, probablemente para alojar a los pastores.

¿Qué había pasado con el granjero que tenía siempre la cara tan colorada como un tomate, el que le había enseñado a montar con el caballo que

empleaba para arar la tierra cuando ella era una niña? ¿Dónde estaba la anciana desdentada que se sentaba delante de la casita de color rosa, haciendo girar la rueca cada día que no llovía?

Se habían ido, allí no bullía nadie. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. De todas las fincas cercanas, sólo la de los Ross seguía en activo, con los hombres del clan labrando la tierra, haciendo toneles para el whisky y trabajando en las destilerías. Las mujeres hacían la colada mientras sus hijos recogían ramitas y brezo. Lachlan se había esforzado para que su gente no tuviera que abandonar sus casas, para que no les faltara lo esencial, aunque eso significara incluso tener que arriesgar su vida.

Incluso aunque eso significara realizar un acto tan irresponsable como secuestrarla. Ahora que sabía el motivo por el que lo había hecho, se avergonzaba de haberlo insultado y vapuleado. Especialmente cuando vio que las tierras de papá estaban sumidas en un absoluto silencio, que sólo rompían los balidos de las ovejas.

Se enjugó las lágrimas de los ojos. Esos rumiantes estaban por todas partes, devorando los pastos, ocupando las colinas. Se habían apoderado incluso del verdoso valle cerca del riachuelo que hacía las veces de frontera de la propiedad, el riachuelo en el que a Lachlan tanto le gustaba pescar cuando era un mocoso.

¿Tenían también que arrancarle ese recuerdo de su niñez? Sin poder contener la rabia, empezó a espantar a las ovejas con movimientos bruscos, intentando alejarlas del valle, pero éstas sólo se movieron unos cuantos pasos antes de detenerse de nuevo para comer.

—No te molestes, bonita —dijo una voz proveniente del bosque a su espalda—. Aunque vaciaras este valle de estos bichos, otros volverían a ocuparlo. Y tampoco es que sea culpa de las ovejas, ¿no te parece?

Sintió otro escalofrío mientras se daba la vuelta con la rapidez de un torbellino, y vio a Lachlan que la observaba, apoyado en el mismo roble con el tronco nudoso en el que se encaramaba de niño. Con el pelo revuelto y los pantalones mugrientos a causa de su trabajo, tenía exactamente el mismo aspecto que dieciséis años atrás. Venetia tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos.

Pero, a la vez, sintió deseos de llorar. Él había dejado de ser el encantador y salvaje Lachlan de su niñez. Gracias a su padre, él no podía permitirse ese lujo.

—No, no es culpa de las ovejas —repuso, conteniendo las lágrimas—. Pero tampoco es culpa mía.

Lachlan se apartó del árbol.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—No deberías estar aquí, Lachlan. Alguien podría verte. Él se encogió de hombros.

—Alguien podría verte a ti, bonita, pero eso no ha frenado tu empeño en pasearte entre las casas de los aparceros.

—¿Me has estado espiondo todo el tiempo?

—Si quieres definirlo así... —Su expresión era enigmática, cuando se acercó a ella.

—¿Por qué?

La pregunta pareció incomodarlo.

—Por ninguna razón.

Ella se habría puesto a chillar. La había seguido hasta allí, ¿y no podía decirle el motivo?

—Perfecto. —Empezó a subir por la colina que había detrás de las cabañas de los aparceros—. Entonces no tienes ningún motivo para quedarte.

Él la siguió sin perder la calma.

—No deberías deambular por aquí sola.

—No estoy sola. —Alzándose la falda, aceleró el paso—. Tengo a las ovejas por compañía. —Se detuvo en la cima para mirarlo con ojos retadores—. De todos modos, ¿por qué te importa lo que hago? Siempre y cuando no me entrometa en tus planes... —Una repentina sospecha la asaltó—. Pensabas que intentaba escapar, ¿no es así?

—No seas ridícula —refunfuñó mientras se colocaba a su lado.

—¿Por qué si no te arriesgarías a venir hasta aquí, donde podrían verte y...?

Lachlan segó su pregunta con un beso, un beso brutal que tenía por intención acallarla. Venetia se quedó tan aturdida durante unos momentos que fue incapaz de ofrecer resistencia. Hasta que recordó que ése era el modo en que siempre empezaba, con él besándola y fingiendo que las cosas podían ser diferentes entre ellos, y luego recordándole que eso era imposible.

Estaba harta de ese juego. Cuando Lachlan intentó introducirle la lengua,

ella apartó la cara.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó, luego descendió a grandes zancadas hasta un callejón que nacía entre dos casas, luchando por contener las lágrimas.

—¿Por qué no? —Corrió tras ella hasta que le dio alcance, y entonces la agarró por la cintura. Acto seguido, escrutó su cara con ojos inquietos—. Sólo quiero un beso, bonita.

Ése era exactamente el problema. Sólo deseaba un revolcón.

—Hace dos días ni tan sólo te habrías molestado en preguntarme cómo me sentía. —Lo fulminó con la mirada—. ¿Y ahora esperas que te bese?

La frustración iluminó sus rasgos varoniles.

—No quería... sólo quería... ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, gracias, ¿y tú?

Su tono remoto consiguió irritarlo.

—Pues yo no estoy bien, en absoluto. ¡Maldita sea!

—No creo que eso tenga nada que ver conmigo —replicó ella con altivez.

—No he dicho... Por todos los santos, ¿por qué actúas como si nunca hubiéramos...?

—¿Hay alguien ahí? —dijo una voz, desde un punto próximo al callejón.

Los dos se quedaron helados. Lachlan alzó la vista y divisó la puerta lateral de una casita aledaña al mismo tiempo que ella. La empujó para que entrara, luego cerró la puerta silenciosamente detrás de ellos. Contuvieron la respiración mientras alguien recorría el callejón, y después se marchaba, por lo visto satisfecho de no haber encontrado a nadie.

Lachlan quiso abrazarla con unas claras intenciones, pero ella se zafó de sus brazos. Cuando Venetia estuvo a punto de tropezar con algo, miró rápidamente a su alrededor y descubrió pilas de sacos de muselina con aspecto de contener algo esponjoso detrás de ella. Por lo visto, utilizaban la cabaña para almacenar la maldita lana de las ovejas de su padre.

Dio un rodeo a los sacos apilados y se dirigió hacia la otra puerta, la principal. Si Lachlan pensaba que podía aparecer de ese modo, tan seguro de que ella iba a caer rendida a sus pies, iba listo.

Pero tendría que haber sabido que ese arrogante bribón no daría el brazo a torcer tan fácilmente. Con sólo dos zancadas se colocó detrás de ella, la agarró y la atrajo hacia él.

—¡Suéltame! —gritó mientras forcejaba con el brazo que la mantenía apresada.

—Primero quiero mi beso, bonita —exigió Lachlan, con voz ronca.

Venetia consiguió liberarse de él y se giró con la cara sofocada.

—Estoy segura de que cualquier mujer de tu clan estará encantada de besar a su señor. —Su tono se volvió más agrio mientras retrocedía hacia la puerta principal—. Y posiblemente no odiarás a sus padres.

En la tenue luz que se filtraba a través de las ventanas, Lachlan parecía incluso haber crecido más, con el pelo casi tocando el techo bajo mientras se abalanzaba sobre ella.

—No quiero sus besos, sólo los tuyos.

—¿Has olvidado que soy «la hija de Duncannon»? —le echó en cara, con una voz excesivamente edulcorada—. Soy la última persona a la que desearías besar. —Casi había alcanzado la puerta, gracias a Dios.

—No me importa que seas una Duncannon —contraatacó él, con voz belicosa.

—Pues a mí me parece que eso es lo único que te importa. No finjas, no sientes nada por mí.

Asió el tirador de la puerta y tiró de él, pero Lachlan ya estaba sobre ella y cerró la puerta de un manotazo.

—Siento algo suficientemente intenso por ti como para querer besarte. —Apoyó ambos brazos en la puerta, y ella quedó atrapada en medio—. Un beso, bonita. —Sus ojos la abrasaban—. Dame eso al menos.

—¿Por qué? —Empezó a propinarle golpes en el pecho, pero todo fue inútil. ¿Por qué tenía que ser tan fornido, tan abrumador... tan persistente?—. Me dijiste que no querías casarte conmigo, que no tenemos futuro juntos. ¿Así que por qué insistes en que te dé un beso? —Enarcó una ceja—. A menos que hayas decidido que deshonorar a la hija de Duncannon sería la venganza perfecta.

—¡No! ¡Maldita sea! —bramó, con los ojos encendidos—. Yo jamás...

—Ah, por eso me has seguido —lo pinchó ella, con la firme determinación de sonsacarle la verdad, aunque eso significara tener que presionarlo con acusaciones absurdas—. Para violarme.

—¡Quería protegerte! —ladró, apretando los dientes.

—¿De qué? ¿De las ovejas?

Lachlan profirió una maldición a viva voz, luego desvió la vista, claramente debatiéndose en lo que quería decir. Venetia se escurrió por debajo de su brazo y corrió hacia la otra puerta. Estaba a punto de abrirla cuando él gritó:

—¡Quería verte! ¿De acuerdo?

La mano de Venetia se quedó inmóvil sobre el tirador de la puerta.

—Quería estar contigo. —Cuando ella se dio la vuelta, perpleja ante tal confesión, él se le acercó, mirándola con esos ojos cálidos y embaucadores, de color chocolate—. Para hablar contigo. —Cuando estuvo a su lado, la estrechó entre sus brazos—. Para abrazarte. Te he echado mucho de menos, bonita.

—Pues tienes una forma muy extraña de demostrarlo —replicó ella con petulancia, a pesar de que sentía que su corazón se le iba a escapar de un momento a otro por la boca. ¡Él sentía algo por ella! ¡La había echado de menos! Lo acababa de admitir—. En los últimos días, podrías haber...

—¿Recibido un revés de parte del mayordomo o de mi madre, mientras tú simplemente desaparecías de escena sin decir ni pío? —La tensión en su voz era indiscutible. E injustificada.

—Sólo tenías que decir que querías hablar conmigo. Así de fácil.

—Ahora estoy aquí, ¿no? —Le acarició la frente con la nariz, y su cálido aliento le tonificó la piel—. Y ni tan sólo quieres darme un beso por el esfuerzo.

—Porque sé el motivo por el que has venido. —No estaba dispuesta a ceder, todavía. No pasaba nada porque él admitiera que la echara de menos, pero eso no significaba que esperase algo más—. Has pensado que sin tu madre cerca, podrías seducirme sin dificultad alguna para satisfacer tu apetito carnal. Pues si es eso lo que buscas, ya puedes marcharte por dónde has venido y...

—¿Y si te dijera que quiero casarme contigo? —carraspeó él.

Venetia lo miró rápidamente a los ojos. No podía creer lo que acababa de oír.

A pesar de que la sorpresa iluminó la propia cara de Lachlan, él permaneció bien erguido.

—Eso, ¿qué dirías si mi intención fuera casarme contigo?

Venetia se sintió arrebolada de alegría y llena de esperanza, así que tuvo que realizar un enorme esfuerzo para mantener la compostura y no precipitarse.

—Pensé que habías dicho que no nos podíamos casar a causa de papá y del asunto del dinero pendiente.

—Ya hallaremos una solución. Sólo dime si aceptas casarte conmigo.

Ella lo miró sin pestañear. Lachlan había cambiado de parecer. La palabra «sí» iba a escapársele de los labios, pero se contuvo a tiempo.

¿Qué pasaba con todas las cosas tan dolorosas que él le había dicho? ¿O en cómo prácticamente ella había tenido que ponerlo entre la espada y la pared para que admitiera que la echaba de menos? Por fin Lachlan había mencionado el matrimonio como una posibilidad, ¿y ahora ese pedazo de arrogante pensaba que ella iba a caer postrada a sus pies?

Pues tendría que esperar un poco. Venetia había sufrido durante tres días, insegura de lo que él sentía por ella, por lo que no iba a ceder tan fácilmente.

—Ya no sé si quiero casarme contigo —dijo con un porte presuntuoso—. Creo que lo mejor sería que te marcharas a tu cabaña de soltero y volvieras a tu trabajo en las destilerías y...

Esta vez su beso no le dio tregua. Su boca hurgó en todos los secretos de Venetia con una intensidad que la dejó sin aliento... excitada... hambrienta. Lachlan posiblemente se había dado cuenta, porque cuando se apartó, lucía una victoriosa expresión de seguridad.

—Creo que lo más conveniente sería que revisaras esa respuesta, bonita —la provocó.

¡Maldito fuera! Estaba tan seguro de sí mismo... Peor aún, estaba seguro de cómo ella iba a reaccionar. Y eso no podía ser, o ella nunca podría vivir con él.

Con un enorme esfuerzo, aplacó la ilusión en su pecho y coronó sus labios con una sonrisa desabrida.

—¿Revisar el qué? ¿Y por qué? No creo que un beso pueda cambiar las circunstancias.

Su irritante seguridad se desvaneció.

—Así que ahora has decidido ponerte testaruda, ¿es eso? —Avanzó un paso, obligando a Venetia a retroceder un paso a su vez—. Estás intentando doblegarme, como a cualquiera de tus pánfilos pretendientes de Londres.

Quieres que suplique, ¿no?

—No es cierto. Fuiste tú el que dijiste que soy una dama demasiado remilgada para soportar la vida en las Tierras Altas. —Alzó la barbilla con aire desafiante—. Quizá tengas razón. Quizá será mejor que me busque un esposo inglés con montones de dinero y un gran título...

Cuando Venetia quiso darse cuenta, él la había empujado contra los sacos de lana mullida. Se quedó tan aturdida, que sólo pudo quedarse mirándolo con la boca abierta mientras él se quitaba con brío el abrigo y el chaleco, y luego la camisa. Seguramente no pensaba... no estaba planeando...

—Así que piensas buscar un marido inglés, ¿eh? —La luz ambarina del atardecer salpicaba su cabello con unos reflejos de color caoba e iluminaba su pecho bronceado confiriéndole un matiz dorado que incitaba a Venetia a tocarlo—. Entonces sí que sé lo que tengo que hacer, bonita. —Se sacó las botas, luego se deshizo de los pantalones con una pasmosa celeridad agresiva.

La excitación que Venetia sintió por las venas de todo el cuerpo la hizo estremecerse. Que Dios la ayudara.

—¿Qué... qué quieres decir? —susurró, a pesar de que tenía la certeza de que ya lo sabía.

Venetia notó una tremenda sequedad en la boca cuando él se tumbó a su lado y le desabrochó el cinturón, a continuación le quitó el *arisaid* para revelar el traje de sirvienta que llevaba debajo, puesto que no había encontrado ninguna otra prenda en Rossraig que fuera de su talla.

A Lachlan no parecieron importarle ni los puños deshilachados ni la tela desgastada. Arrancándole el *fichu* que apenas conseguía conferir un aire más respetuoso a su cuerpo embutido en el vestido, la repasó con una mirada hambrienta y ardiente hasta clavar los ojos en sus pechos, que prácticamente se salían del corpiño.

—No puedo permitir que una dama escocesa tan adorable como tú caiga en las manos de un traidor. He de evitar a toda costa que eso suceda. —Sus ojos se encontraron con los de ella, y una lenta sonrisa de seductor se expandió por sus labios—. Si te empeñas en no ser sensata, no me dejas ninguna otra alternativa que desvirgarte. Entonces no te quedará más opción que casarte conmigo.

Capítulo veinte

Querida Charlotte:

No penséis más en mis problemas. A mis oídos han llegado unas noticias desapacibles acerca de Duncannon que creo que os interesarán. Por lo visto, ayer partió apresuradamente rumbo hacia Escocia. Nadie sabe el motivo, pero me temo que posiblemente tenga algo que ver con vuestra antigua pupila, lady Venetia.

Vuestro amigo, Michael

*L*achlan se quedó absolutamente desconcertado cuando Venetia lo miró con porte altanero y exclamó:

—De todos los tipos arrogantes, presuntuosos...

La besó apasionadamente, agarrándola por la cabeza para inmovilizarla y apoderarse de su boca con arrebató, con fiereza, de la forma que sabía que a ella tanto le gustaba. No pensaba perder esa oportunidad sólo porque ella se hubiera acostumbrado a sus métodos y ya no se mostrara en absoluto sorprendida.

Y a pesar de que Venetia le clavó los dedos en los hombros como si fuera a empujarlo hacia atrás, abrió los labios para él, y su cuerpo se arqueó contra el suyo.

Gracias a Dios. Lachlan no había ido hasta allí con la intención de pedirle que se casara con él, ni mucho menos con la intención de violarla. Pero después de haberla visto pasear por la finca de su padre, con lágrimas en los ojos, perdiendo la paciencia con las ovejas...

¿Qué escocés que se sintiera orgulloso de su país no anhelaría una esposa así? ¿Una mujer que veía la tierra por lo que podría ser, por lo que se suponía que tenía que ser: un lugar para dar alimento a las familias? Era obvio que se había equivocado al pensar que ella jamás se sentiría cómoda en Rossraig. Venetia ya había conseguido seducir a la mitad de su clan hasta el punto de que todos la aceptaban como a una más.

Y el modo en que ahora lo estaba seduciendo a él, con su boca generosa... Hambriento por algo más que besos, le acarició los pechos por encima del

vestido.

Ella se quedó paralizada, luego rompió el beso para mirarlo fijamente a los ojos.

—Todavía no he dicho que piense permitirte que me desvirgues —declaró con frialdad, mientras le inmovilizaba la mano.

—Ah, pero lo harás, bonita, lo harás. —Zafándose de su garra, le manoseó los pechos con un impetuoso descaro.

Venetia empezó a respirar más rápidamente, y Lachlan podía notar cómo sus pezones se ponían duros a través del vestido de lana.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —inquirió ella con un susurro grave que consiguió excitarlo hasta límites insospechados.

—Porque conozco tu secreto mejor guardado.

Una luz recelosa brilló en los ojos de Venetia.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

Esbozando una sonrisita llena de picardía, le pasó las manos por la espalda para desabrocharle los botones del vestido, luego se inclinó hacia ella para susurrarle contra los labios:

—No eres una dama tan remilgada como aparentas.

La declaración consiguió sulfurarla de un modo incontrolable. Le propinó un empujón, y luego lo miró con arrogancia y desprecio.

—No te equivoques. Sí que soy una dama lo suficientemente remilgada como para no permitir que me manosees sobre estos sacos, Lachlan Ross.

—¡Ah! ¿De repente sí que defiendes tu decoro? —Con una carcajada, le agarró la falda y se la alzó arrebatadamente. No le importaba que ella jugara a ser la Princesa Orgullosa cuando sabía que podía desmoronar esa fachada con un solo beso.

Bueno, quizá no con un solo beso, puesto que ella opuso resistencia e intentó bajarse la falda.

—Vamos, bonita —quiso convencerla, mientras que con la mano libre le asía un pie—. No tengo ningún reparo en mostrar toda mi admiración por los immaculados modales que te han enseñado en esa escuela tan cara, ni por tu noble alcurnia, ni por tu divertido acento londinense.

Ignorando su bufido de rabia, Lachlan le quitó un zapato y lo lanzó a un lado, luego asió el pie protegido por la media y se lo llevó a los labios.

—Y me doy cuenta de que prácticamente no estoy a la altura ni de besarte los pies. —A pesar de que lo hizo dos veces.

Mientras Lachlan se arrodillaba, ella dejó de forcejear, clavándole sus afilados ojos verdes ultrajados, como dos campos de hierba frondosos. Él tuvo que apoyarse en la pierna herida para arrodillarse, pero el esfuerzo no lo privó de deslizar la mano por la pantorrilla cubierta por la media con unas intenciones lascivas. Ni para acompañar esas caricias con unos besos que trazó a lo largo de la misma senda, resiguiendo la parte interior de su pierna hasta la rodilla y llegar a la liga anudada en el muslo.

—Pero a veces, incluso la dama más remilgada ha de dejar de lado su pundonor —dijo con una voz ronca. Con la falda levantada, ahora podía contemplar sus adorables piernas largas, y la nívea piel sedosa que emergía por encima de las ligas. De pronto notó una intensa presión en su miembro viril—, para permitir que un tosco joven *highlander* haga lo que sabe hacer tan bien.

—¿No me digas? ¿Y qué es eso que el joven *highlander* sabe hacer tan bien? —lo provocó con una voz grave y sensual.

Lachlan acabó de levantarle la falda lo suficiente como para dejar al descubierto el sedoso triángulo de oscuro vello que se ocultaba debajo, puesto que no llevaba enaguas.

—Hacer que le tiemblen las rodillas.

—¿Qué le tiemblen las...? ¡Ese verso es de una de mis baladas!

—Exactamente. No soy un buen poeta, así que tengo que recurrir a los versos de otros. —Le dedicó una sonrisa seductora, luego apartó los rizos para exponer el pubis a su mirada lasciva—. Pero esto, bonita, esto sí que se me da bien. —Acto seguido, cubrió las partes más íntimas de Venetia con su boca.

Ella soltó un gemido de puro placer, aunque lo agarró por la cabeza para apartarlo. Mas cuando él empezó a acariciarla con la boca, Venetia entrelazó los dedos con su pelo, y en lugar de apartarlo, lo atrajo más hacia su cuerpo.

—Lachlan... cielos... esto es muy... muy estimulante.

—No puedo evitarlo, bonita. —Le pasó la lengua por toda la zona, liberando su dulce aroma de hembra excitada. A Venetia le temblaban las piernas cuando él se las inmovilizó para que aguantara sus caricias—. Tu aroma sí que es estimulante.

Medio extasiado por la necesidad, la embistió con la boca, hundiendo y sacando la lengua, lamiendo su delicada perla hasta que pensó que iba a perder la cabeza de tanto deseo. Venetia era un bombón tan irresistible, después de tantos días a régimen, que temió correrse de placer sólo por el hecho de oler y probar su sexo.

Los brazos de Venetia cayeron desmayadamente hasta agarrarlo por los hombros con fuerza, y empezó a jadear. Para ser una muchacha inglesa que defendía tanto el decoro, sabía cómo disfrutar de los placeres sexuales. Seguramente habían contribuido esas baladas y esos libros estimulantes que había leído.

Entonces Lachlan alzó la vista y vio su cara azorada, y se fijó en que ella no quería mirarlo a los ojos, a pesar de que Venetia mantenía los ojos abiertos. Se quedó inmóvil unos instantes; quizá no estaba disfrutando tanto como él pensaba, después de todo...

—Dime, bonita —murmuró al tiempo que empezaba de nuevo a lamerle el pubis—, ¿es así como le gusta a una dama refinada que la acaricien? Porque si no te doy placer, siempre puedo parar.

Cuando la respuesta de Venetia fue arquearse contra su boca, él sonrió exultante. Hundió la lengua dentro de su carne sedosa, solazándose con los jadeos que ella soltaba mientras él la embestía con vigor, sintiéndose excitadísimo al verla gozar de tanto placer.

Lachlan se aferró a las caderas de Venetia y la ayudó a seguir con la pelvis los movimientos rítmicos que marcaba su lengua, hasta que ella le clavó los dedos en los hombros fieramente y lanzó un suave grito, convulsionándose bajo el tacto de esas manos varoniles pegadas a sus caderas.

Lachlan saboreó el gusto de su sexo femenino durante un largo momento, y luego cambió sus caricias por unos besos húmedos que esparció por encima de sus delicados rizos. Pero no quería darle tregua, ya que estaba demasiado excitado como para poder aguantar más.

Quería estar dentro de ella, quería hacerla suya antes de que ella recuperase el sentido común y lo rechazara. Así que mientras Venetia estaba jadeando, se alzó y se colocó detrás de ella para acabarla de desnudar.

—Tendrías que... avergonzarte de... lo que estás... haciendo —susurró Venetia, a pesar de que no ofreció resistencia cuando él le desabrochó el vestido.

—¿De qué? —Le quitó el vestido antes de obligarla a darse la vuelta para

que lo mirara.

—Por ser tan diestro a la hora de tentar a una mujer a perder su honra.

La petulancia en su voz le hizo sonreír. Pero su regocijo desapareció cuando intentó desatarle los lazos de la blusa interior y ella los cubrió con aire protector.

Lachlan enarcó una ceja.

—Todavía llevas demasiada ropa puesta.

—¿Y si alguien viene y nos pilla? —susurró ella, echando una mirada furtiva a las ventanas sin cortinas que daban al callejón.

—Está anocheciendo, y además es la hora de la cena —le aseguró él, rezando porque ella soltara los lazos—. Nadie pasará por aquí a estas horas, confía en mí.

—¿Pero y si lo hacen?

—Suponiendo que no te reconozcan, porque entonces me echarán los perros encima sin dudar, simplemente nos pedirán que nos marchemos. —Le lanzó una sonrisa socarrona mientras le desataba la blusa—. A menos que decidan quedarse para mirar.

—¡Lachlan! —Venetia parecía ostensiblemente escandalizada—. Seguramente jamás se les ocurriría...

—Serían unos idiotas si no lo hicieran. —Le quitó la blusa, y entonces contuvo la respiración. Qué visión tan esplendorosa—. Cualquier hombre en su sano juicio que te viera así no podría apartar la vista de ti, por más que quisiera.

A pesar de que sus mejillas adoptaron el brillo incandescente de las hojas en otoño, ella aguantó la mirada de Lachlan sobre sus enormes pechos y sus pezones oscuros, su cintura de avispa y sus caderas redondeadas.

—Eres un fenómeno de la naturaleza, bonita, un fenómeno divino.

Venetia coronó sus labios con una sonrisa vacilante.

—Mi modista dice que tengo el busto demasiado grande para los cánones de belleza actual.

—Tu modista no se entera de nada. —Disfrutando del mero hecho de poder contemplarla, Lachlan se tomó su tiempo para desabrocharse los calzones—. No es que sepa mucho de moda, pero decir que una mujer tiene los pechos demasiado grandes es una falacia. —Acabó de quitarse los calzones y los tiró

al suelo—. He oído que algunas mujeres piensan lo mismo acerca del tamaño de... ejem... del miembro viril.

A juzgar por la expresión alarmada que proyectaba la cara de Venetia cuando vio su pene emerger en toda su plenitud, Venetia no era una de esas mujeres. Al menos todavía no.

—Oh, Lachlan, no sé nada sobre eso.

Él la arrastró sobre los sacos de lana hasta colocarla debajo de él. Gracias a Dios que no había ofrecido resistencia.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre eso! —Tumbada, y con una mirada recelosa, señaló hacia su pene—. Es demasiado... yo no...

—No te pasará nada, confía en mí —intentó reconfortarla, aunque tuvo que contenerse para no reír.

—¿Lo prometes? —susurró Venetia mientras él acomodaba su muslo entre las piernas de ella, obligándola a separarlas—. ¿Lo juras?

—Lo prometo. —Pero se sintió incómodo ante tal demanda. Jamás había desflorado a una virgen. ¿Y si le causaba un daño irreparable? No, eso no solía suceder, ¿no?—. Iré con mucho cuidado, como siempre, pero en tu caso, aunque seas virgen, te prometo que saldrás viva y de una sola pieza.

Ella achicó los ojos.

—¿Qué quieres decir, con eso de «como siempre»? ¿Con cuántas mujeres te has acostado en tu vida?

Ay, ay, aaaaay... No debería haberlo mencionado.

—Unas cuantas —musitó, luego cubrió la boca de Venetia con la suya para alejarla de esos pensamientos.

Porque se moría de ganas de continuar. Sólo con verla así, debajo de él, abierta y con absoluta disposición, su pene había adquirido una dureza que parecía a punto de estallar. El olor a lavanda que emanaba de ella lo embriagaba seguramente más que el whisky, y tuvo la certeza de que podría sobrevivir alimentándose únicamente de esa boquita de piñón tan dulce durante toda la vida. Pero primero...

Se incorporó levemente para poderse tumbar entre sus piernas, sin dejar de acariciar la piel cálida de su pubis hasta que ella se relajó. Cuando Venetia alzó los brazos para rodearlo por el cuello, Lachlan supo que estaba lista. Con cuidado para no alarmarla, se agarró el pene y con una ligera presión empezó

a hundirlo dentro de ella, conteniendo la necesidad de penetrarla de una sola embestida.

Pero... ¡Por todos los santos! ¡Cómo le costaba contenerse! Venetia estaba tersa, y húmeda, más preparada de lo que había esperado. Y era suya, al fin, su princesa... su futura esposa. El pensamiento consiguió que su miembro viril se hinchara más dentro de ella.

—Dios mío, ¿Estás seguro de que...? —susurró asustada.

Lachlan apartó los labios de sus genitales al tiempo que emplazaba las manos a ambos lados de los hombros de Venetia.

—Seguro —concluyó, a pesar de que habría dado cualquier cosa por poder evitarle esa parte.

Venetia, su bonita Venetia, estaba intentando con bravura no acobardarse, pero sus labios tensos mostraban el esfuerzo que estaba realizando.

—Voy tan lento como puedo —murmuró, estampando besos por sus labios, sus mejillas, su frente—, pero es que estar dentro de ti es la cosa más deliciosa que jamás he experimentado.

Una sonrisa tentativa coronó los labios de Venetia.

—Y éstas son las palabras más tiernas que un hombre me ha dedicado en la vida. —Se relajó un poco, y él la penetró un centímetro más.

Aliviado, Lachlan consiguió sonreír, también.

—Me cuesta creerlo. ¿No te gusta que esos lores ingleses te adulen con cumplidos durante las fiestas en Londres... sobre tu bella melena y el brillo de tus ojos y tu delicada boquita...?

—A veces.

Lachlan lo había dicho para relajar su tensión, pero torció el gesto cuando ella admitió que sí que le gustaban esos cumplidos.

—Ah. Y... ¿alguna vez has dejado que uno de esos... uno de esos... lores besara tu delicada boquita?

Los ojos de Venetia adoptaron un brillo malicioso.

—A veces.

Lachlan topó con la barrera de su inocencia.

—¿Cuántas veces?

Con una carcajada, ella pegó los pechos en su torso y repitió la respuesta que él le había dado previamente:

—Unos cuantos.

Oh, se creía muy lista, ¿verdad?

—Pues no lo volverán a hacer nunca más —terció con un tono solemne. Acto seguido, al tiempo que se apoderaba de su boca con la suya, acabó de hundir el pene dentro de ella.

Cuando Venetia gimió contra sus labios, él rezó esperando que lo peor ya hubiera pasado. Se quedó quieto dentro de ella, aunque le costó un enorme esfuerzo. Ella lo acogía como un guante cálido, incitándolo inevitablemente a ejercer más presión.

Pero se contuvo. Se limitó a besarla y a abrazarla y a acariciar cada parte de su cuerpo al alcance de sus manos. Estaba tan impresionado de que ella se hubiera entregado de ese modo, confiando absolutamente en él, que no pensaba estropear ese momento tan especial.

Después de unos instantes, Lachlan notó que Venetia se relajaba, y se apartó para murmurar:

—¿Estás bien?

—Creo que sí. —Movi6 las caderas rítmicamente—. No es que... no ha sido tan horrible.

Lachlan resopló; los movimientos que estaba haciendo Venetia con la parte inferior de su cuerpo lo estaban excitando aún más, si cabía.

—Lo será, como no dejes de moverte así —declaró con la voz ronca.

Ella pestañeó, desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchísimas ganas de continuar, pero necesito ir despacio y tranquilo... Y no puedo hacerlo porque me estás volviendo loco con tus movimientos sensuales.

—¡Ah! ¿Porque me muevo así?

—Exacto, porque te mueves así.

Venetia volvió a repetir el meneo.

—¿Así, quieres decir?

—Mira, bonita...

—Podría moverme así, si lo prefieres. —Con ojos traviosos, frotó los pechos contra su torso—. O así. —Arqueó la parte inferior de su cuerpo hacia él, con lo que el pene se hundió más dentro de ella.

—¿Te has propuesto volverme loco? —refunfuñó mientras él también empezaba a moverse—. Supongo que lo que buscas es que te penetre con arrojo, arrebatadamente, ¿no?

Los labios lujuriosos de Venetia se curvaron en una sonrisa picarona.

—Me encantaría. Suena absolutamente... delicioso.

Sólo el modo en que pronunció cada sílaba de «delicioso», como una verdadera dama con unos modales exquisitos, le provocó una excitación como ninguna otra mujer había conseguido antes.

—Eres una viciosa adorable, bonita —resopló mientras la embestía una y otra vez, mareado por la sensación de la deliciosa presión que ella ejercía sobre su pene—. Una princesa viciosa, con unos modales exquisitos, con un cuerpo esculpido en el cielo.

—¿De veras? —susurró ella. A continuación entornó los ojos y su cara se azoró visiblemente.

Lachlan nunca había visto nada más bello... ni más erótico.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí —suspiró ella—. Sí... sí...

—¡Por todos los dioses! —Él había oído que algunas mujeres eran unas expertas innatas en la cama. No le debería sorprender que Venetia fuera una de esas aventajadas, recordando el enorme placer que le había sabido dar en Kingussie.

Ahora, lo único que Lachlan esperaba era no correrse todavía. Ella se movía debajo de su cuerpo como una bailarina gitana, y los opulentos pechos se tensaban bajo su mano experta al tiempo que meneaba las caderas con un ritmo sensual y frenético, absorbiéndolo más y más, alzándose a tiempo para acoger sus embestidas hasta que Lachlan ya no pudo pensar, ni respirar, ni tampoco oír a causa de la sangre que parecía estallarle en las orejas.

La Princesa Orgullosa era suya, por fin, para siempre. Suya para que él la amara, la protegiera, la defendiera incluso de Duncannon.

No, ahora no quería pensar en ese demonio. No cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, embriagado en un torbellino de emociones que lo arrastraban inevitablemente hacia el abismo, como una manada de caballos desbocados en la vertiente pronunciada de una colina... No ahora, que ese bendito pubis se estaba tensando y convulsionando, y ese maravilloso cuerpo temblaba debajo de él.

No cuando la mujer que le había provocado tantas noches de insomnio se estaba entregando a él, por fin.

—¡Que Dios me ayude! —gritó ella, a punto de alcanzar el orgasmo—. ¡Cielos!

—Sí, princesa, sí... —Lachlan se corrió tras una última y enérgica embestida—. ¡Por todos los...! —Se aferró a ella mientras derramaba su semen en su interior, como un manantial en la montaña—. Por todos los santos...

Sus últimas palabras adoptaron un tono solemne, y eso estuvo bien. Porque ahora que la había conquistado, su intención era no dejarla escapar. No importaba lo que sucediera entre él y Duncannon. Venetia era suya.

Capítulo veintiuno

Querido primo:

Vuestras nuevas sobre lord Duncannon son realmente inquietantes. Su hija me contó una vez que él había jurado no volver nunca más a pisar las tierras que lo vieron nacer. Si ha accedido a romper ese juramento, entonces es evidente que algo grave debe de haberle sucedido a Venetia. ¿Podéis recurrir a vuestras fuentes confidenciales para averiguar de qué se trata?

Vuestra alarmada allegada, Charlotte

Venetia apoyó la cabeza en el pecho desnudo de Lachlan mientras éste permanecía tumbado desnudo sobre los mullidos sacos de lana, completamente satisfecho; su respiración le agitaba ligeramente la melena, y la rodeó con sus brazos. Los marcados latidos de su corazón la reconfortaron, al igual que los tiernos besos que le estampó sobre su pelo. Lachlan era su querido amante *highlander*, fuerte y apasionado, y ya nadie podría apartarlo de su lado.

Él todavía no le había dicho que la amaba, cierto, pero la verdad era que ella tampoco estaba segura de amar a ese pedazo de testarudo. Hasta que no supiera lo que pensaba hacerle a su padre, prefería no entregarle el corazón.

Probablemente tampoco debería de haberle entregado su cuerpo, pero las palabras mágicas pronunciadas por Lachlan habían dado alas a sus esperanzas. Si se había atrevido a pedirle que se casara con él, seguramente eso significaba que había cambiado de parecer en cuanto a los planes concernientes a su padre.

Unos ruidos de actividad en el exterior de la cabaña penetraron en la mirada sensual de Venetia, a pesar de que quien estuviera merodeando por allí pronto pasó de largo. Pero le recordó que estar tumbada en la finca de su padre con Lachlan no era la mejor idea, especialmente al anochecer.

Venetia suspiró.

—Tu madre se estará preguntando dónde estoy. Será mejor que regresemos. Además, pronto oscurecerá, y entonces nos costará encontrar el camino de vuelta.

—Entonces quizá sea mejor que nos quedemos aquí hasta que amanezca —

sugirió él, con un murmullo satisfecho.

Venetia estalló en una carcajada.

—Eres un verdadero tarambana, ¿lo sabías?

—Sí, por eso te gusto. Te recuerdo a esos tipos que aparecen en las baladas, los que siempre van al encuentro de sus amantes en graneros o en campos abiertos, y les hacen el amor entre las flores o el heno. Deberías aprovechar la ocasión que te brindo de pasar la noche sobre estos sacos de lana, como una de las doncellas de tus canciones.

Lamentablemente, a Venetia le habría encantado. Pero no podía.

—No me tientes. Todavía no estamos casados, y lo sabes.

—Sí que estamos casados, bonita.

Apoyando la barbilla en su pecho, lo miró desconcertada.

—¿Y se puede saber de dónde has sacado esa idea?

—Según la ley escocesa, cuando una pareja se da el consentimiento mutuo de forma recíproca para casarse, ya está casada, por lo menos ante los ojos de la ley.

Ella lo miró con la boca abierta.

—Pero... pero seguramente es necesario que haya un cura como testigo.

Lachlan sonrió con ojos traviosos y sacudió la cabeza.

—¿Testigos? No hacen falta. ¿Por qué crees que los ingleses siempre se escapan hasta Gretna Green para casarse? Porque es muy fácil. Buscan algún testigo por si alguien les exige una evidencia, pero la ley dice que ni siquiera es necesario un testigo. Sólo con el consentimiento mutuo de los dos implicados basta.

—Pero nosotros no hemos expresado nuestro consentimiento mutuo —matizó ella.

—Es cierto. Pero aquí la ley tiene algunas lagunas, verás, en Escocia se permiten tres tipos de matrimonios irregulares: la pareja puede vivir en pecado y conseguir que su matrimonio se considere legal por lo que se conoce como «hábito y reputación», puede intercambiar consentimientos presentes para casarse, o puede intercambiar consentimientos futuros y entonces consumir el matrimonio. Nosotros encajamos en el último caso.

—Eso es absurdo.

—Bueno, ésa es tu opinión sobre Escocia. —Lachlan jugueteó con uno de

los mechones de su cabello con porte pensativo—. Pero la verdad es que, a pesar de que los matrimonios irregulares sean legales, la mayoría de la gente arruga la nariz ante la idea de no disfrutar de una boda como Dios manda por la iglesia. Mi madre esperará que nos casemos. Igual que tu padre, supongo.

—Oh, seguro que eso es lo que mi padre esperará, especialmente porque aún no he aceptado casarme contigo. Lo cual significa que aún no estamos casados, ni por la ley escocesa ni por ninguna otra ley. Porque el acto de consumir el matrimonio se ha realizado antes de que haya expresado mi deseo de casarme.

Lachlan frunció el ceño.

—¿Hablas en serio? Juraría que habías dicho que...

—No. —Venetia le dedicó una sonrisa picarona mientras jugueteaba con el vello rizado que se arremolinaba en torno a sus pezones—. Por si no lo recuerdas, lo único que dije fue que soy una dama lo suficientemente remilgada como para no permitir que me manosees sobre estos sacos, en otras palabras, que soy demasiado refinada para casarme contigo.

Sin dejar de fruncir el ceño, Lachlan le agarró una mano.

—Bueno, entonces, supongo que tendremos que poner remedio a ese malentendido, ¿no? —Cuando ella permaneció en silencio, él remachó—: Te casarás conmigo, bonita. Te he deshonrado. Es lo mínimo que tu padre exigirá.

A pesar de que a Venetia le hubiera encantado perderse en ese dulce momento con Lachlan, era hora de dejar las cosas claras.

—Primero tengo que saber qué es lo que piensas hacer con mi padre.

A Lachlan se le ensombreció la cara.

—Espero que me pague lo que me debe. Eso no ha cambiado.

—Por supuesto que no. —Venetia se apartó de él para ponerse la blusita interior—. ¿Pero y si él...? Bueno... ¿Y si se niega y muestra obcecación? ¿Lo retarás a un duelo? —Lachlan se quedó callado tanto rato, que ella empezó a temer lo peor—. No digo que no se lo merezca, pero... bueno...

—Es tu padre.

—Exacto.

Él farfulló una maldición.

—Y tú jamás me perdonarías si lo matara, supongo.

—Jamás —susurró Venetia.

Lachlan dejó escapar un suspiro de los labios.

—De acuerdo, no habrá duelo.

Ella soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

Sin dejar de fruncir el ceño, la observó mientras ella se ponía de pie y recogía el corsé.

—Pero eso no significa que lo deje marchar sin que me pague el dinero.

—Por supuesto que no.

—Y si intenta matarme...

—No lo hará, te lo prometo. —Venetia se apresuró a contestar.

Pero ¿y si su padre intentaba matar a Lachlan? ¿O lo provocaba? Aunque su padre viniera con la predisposición de ser razonable, su discusión acerca del dinero en juego podría derivar en una batalla que acabara en un baño de sangre.

Lachlan se incorporó con la clara intención de ayudarla a abrocharse el corsé.

—¿Y ahora? ¿Te casarás conmigo? —murmuró, con la boca pegada a su nuca.

Venetia recordó lo que lady Ross había dicho acerca de cómo evitar que la sangre llegara al río.

—Sólo si me haces una promesa.

Los dedos de él se quedaron quietos sobre las vetas.

—Ya te he prometido que no retaré a tu padre a un duelo.

—Lo sé. —Pero eso no resolvía el problema con su padre, quien tenía una tendencia a rugir como un león cuando no le gustaba una situación—. Antes de que hables con él, incluso antes de que lo veas, quiero hablar con él.

—No —terció Lachlan sin inmutarse.

Venetia notó una angustiada sensación de frío en el pecho mientras se daba la vuelta para mirarlo.

—Escúchame, sé cómo conseguir lo que quiero de mi padre; sólo concédeme una oportunidad para que le exponga la situación de una forma racional y...

—No, jamás. —Con los ojos centelleantes, asió los calzones, y luego los pantalones—. No toleraré que mi esposa lave los trapos sucios por mí.

Venetia lanzó un bufido de exasperación.

—No se trata de eso. Interpretálo como si enviaras a un emisario. Porque sé que cuando le deje las cosas claras, él verá la situación de otro modo.

Lachlan continuó con el semblante enfurruñado mientras se ponía la camisa y se abrochaba los botones.

—Si crees que me apartaré de la partida y que permitiré que le ofrezcas concesiones que no estoy dispuesto a hacer, vas lista.

—¡No haría eso!

—Por supuesto que no lo harás, porque sólo hablarás con él para comunicarle que nos hemos casado, y que no te he obligado a hacerlo, sino que has aceptado por voluntad propia. El resto de los asuntos pendientes los solucionaremos entre él y yo.

Si conseguían solucionarlo antes de matarse a tiros.

—No lo comprendes... —empezó a lamentarse Venetia.

—Claro que lo comprendo, bonita. —Sus ojos se oscurecieron hasta adoptar el tono de la noche—. Quieres allanar el terreno convenciendo a tu padre de que me dé tu dote, en lugar de hacer que admita sus responsabilidades. Entonces vendrás y me dirás que con la dote tenemos suficiente, y para ti será el final de la historia. Pero para mí no. No me satisface esa solución.

—¿Y qué importa de dónde provenga el dinero?

—¡Claro que importa! ¡Maldita sea! —Se sentó en el suelo para calzarse las botas, y profirió una maldición al apoyarse sin querer en su pierna maltrecha—. ¡Mírame! ¡Ni siquiera puedo sentarme como es debido sin ponerme en evidencia, soltando gemidos! ¡Y todo gracias a tu padre! ¿Y te atreves a pedirme que me olvide de lo que ha sucedido?

—¡No he dicho eso!

—Pero eso es lo que piensas. Mira, a pesar de lo que pienses o de lo que pretendas hacer, no dejaré que tu padre se marche sin antes soltarle lo que pienso de él, bonita. —Se calzó las botas con arrebató—. No permitiré que él se aproveche de mí ni de mi clan nunca más, ni que me ponga en evidencia delante de ellos otra vez.

Venetia pestañeó.

—¿Otra vez? ¿Cuándo te ha puesto mi padre en evidencia?

El rubor tiñó ligeramente las mejillas de Lachlan, que bajó rápidamente los ojos hasta clavarlos en sus botas.

—Hay algo que no me has contado, ¿no es cierto? ¿Qué es lo que sucedió entre mi padre y tú?

—Comparado con el asunto del préstamo, nada relevante —contestó, aunque seguía sin alzar la cabeza.

De todos modos, Venetia pensaba averiguarlo.

—Creo que olvidas que mi intención es que recuperes ese dinero.

—Sí, claro, apartándome de la disputa. —Lachlan cruzó los brazos sobre el pecho—. Pero no lo permitiré, y punto.

¡Menudo pedazo de arrogante!

—Lo único que intento es evitar una pelea entre papá y tú. ¿Por qué no puedes verlo?

—Ya te he dicho que no lo retaré a un duelo. Eso debería bastarte.

Ella se cubrió con el *arisaid* y se lo ciñó a la cintura con el cinturón, luego se apresuró a agarrarlo suavemente por el brazo y le dijo con una voz serena:

—¿Puedes prometerme que no lucharás con él de ningún modo, a pesar de lo que él diga o haga?

La cara de Lachlan era un mapa sulfurado.

—No puedes pedirme que te prometa algo tan descabellado, bonita. Si me ataca, tendré que defenderme.

Eso era precisamente lo que Venetia temía.

—Así que el resultado será el mismo que si lo hubieras retado a un duelo. Perderéis la paciencia, os pelearéis, él se lanzará a tu yugular, y antes de que puedas darte cuenta, lo estarás apaleando hasta matarlo.

—¿Acaso preferirías que fuera él, quien me apaleara hasta matarme?

—¡No! —Ella podía ver el escepticismo reflejado en la cara de Lachlan, y eso le dolió—. ¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad? ¡No quiero que se derrame sangre!

—Demasiado tarde para esas buenas intenciones, bonita. Alguien ya ha derramado sangre. —Señaló hacia los sacos, donde su sangre virginal manchaba la tela—. Y esa sangre te ata a mí, maldita sea, ¡a mí! Por lo que deja que tu marido decida cómo solucionar este asunto.

Venetia se fijó en las facciones angustiadas de Lachlan.

—¿Y qué hay de tu clan? ¿Tampoco ellos pueden opinar? Necesitan el dinero, pero por encima de todo te necesitan a ti. ¿Qué pasará si te arrestan

por asesinato? O peor todavía, ¿y si eres tú, el que muere?

Lachlan se frotó la cara con las manos.

—Saldrán adelante. Además, eso no sucederá.

—¿Puedes prometerlo? —Cuando él vaciló, Venetia se aprovechó del momento de ventaja—. Porque te prometo que si me dejas hablar primero con mi padre, no habrá un baño de sangre. —De eso estaba segurísima. Ahora sólo hacía falta convencer a Lachlan.

Por un momento pensó que el hecho de apelar a la naturaleza protectora de él había dado resultado, que él se mostraría sensato ante su exposición.

Pero el cuerpo de Lachlan se tensó súbitamente, y sus ojos volvieron a oscurecerse.

—Me pides demasiado.

Venetia se quedó de pie, paralizada, viendo cómo él se convertía de nuevo en El Azote, un hombre cuyos principios de no comprometerse con nada ni con nadie serían seguramente su fin.

—Así que nada ha cambiado —susurró ella—. Para ti sigo siendo la hija de Duncannon.

Lachlan perdió la paciencia.

—¡No te veo de ese modo! ¡Y lo sabes perfectamente!

—¿De veras? Todavía estás seguro de que me pondré de parte de mi padre en cualquier discusión. Todavía no eres capaz de apartar tu sed de venganza de mí.

—¡No quiero venganza, quiero justicia!

—El problema es que yo no quiero ni lo uno ni lo otro. Quiero paz. Para ti y para tu clan. Y no alcanzaréis esa paz si mi padre y tú sólo pensáis en pelearos.

—Tú no quieres la paz, bonita —apostilló él, con los ojos destellantes—. Tú quieres la paz a cualquier precio, y a veces, cuando hay que pagar un precio muy elevado, esa paz no está justificada. No si eso significa que me quedaré sin ver cómo se hace justicia. No cesaré hasta obtener justicia, y sí, pienso obtener esa justicia a cualquier precio.

—Entonces no puedo casarme contigo. —Venetia se giró hacia la puerta para que él no pudiera ver las lágrimas que anegaban sus ojos—. Porque me temo que te perderé a causa de tus desmedidas ganas de justicia.

—No me perderás. —Él se precipitó tras ella y, cogiéndola por el brazo, la zarandeó para que se diera la vuelta y lo mirase a los ojos—. No te dejaré marchar, bonita. Como mínimo, mi intención es darte mi apellido antes de que llegue tu padre.

—¿Por qué? ¿Para que pueda vivir como tu viuda? Así es cómo acabaré después de que te mate mi padre. O si tú lo matas... —Se desmoronó entre sollozos—. Prefiero correr el riesgo de quedarme soltera y sin honra, gracias.

—Vamos, bonita... —dijo él, con la voz ronca, intentando estrecharla entre sus brazos.

—¡Déjame! —Ella se resistió, y cuando con eso únicamente consiguió que Lachlan intentara abrazarla con más ímpetu, añadió—: ¡Gritaré! ¡Te juro que lo haré! Gritaré hasta que los hombres de mi padre vengan corriendo, y entonces les diré que sir Lachlan Ross está vivo y coleando, y que ha osado entrar en las tierras de mi padre.

Venetia contuvo la respiración, rezando para que él no se tomara la amenaza a broma. Jamás se arriesgaría a que le pasara nada a Lachlan en manos de los hombres de su padre, pero tenía que hacer algo para que la dejara marchar. Porque si empezaba a besarla de nuevo, no sabía si lograría resistir la tentación.

Lachlan la soltó al tiempo que profería una maldición. Pero cuando ella llegó a la puerta, él murmuró:

—No creas que voy a dejarte marchar tan fácilmente, bonita. Sé que necesitas tiempo para encajar todo lo que ha sucedido. Pero mi intención es casarme contigo, y también conseguir que se haga justicia. De eso no te quepa la menor duda.

Con esas palabras resonando en sus oídos, Venetia se cubrió la cabeza con el *arisaid* y salió precipitadamente de la cabaña.

Pero sólo había caminado unos pocos pasos cuando se topó con dos hombres. Ambos parecían tan sorprendidos de verla como ella de verlos a ellos. Uno de los individuos la interrogó:

—¿Quién sois y qué estáis haciendo aquí?

—Lo siento, me he perdido —balbució, consciente de que Lachlan debía de estar a punto de hacer su aparición por la puerta de la cabaña para protegerla—. Ya me voy.

El individuo avanzó hacia ella para cortarle el paso, pero justo entonces un

estruendo estalló en la cabaña, tan fuerte que incluso alarmó a las ovejas. Mientras el rebaño que se hallaba más cerca se dispersaba, los dos sujetos entraron en la cabaña para investigar, y Venetia aprovechó el momento para salir disparada como una bala hacia el puente.

Sólo tuvo tiempo para mirar atrás y ver cómo Lachlan se escapaba sigilosamente por la puerta lateral y se perdía en el bosque antes de que los dos hombres salieran corriendo de nuevo al exterior y miraran a su alrededor para buscarla. Afortunadamente había alcanzado el puente, y en cuestión de pocos segundos estuvo a salvo en tierra de los Ross.

Pero mientras ascendía por la empinada cuesta hacia Rossraig, dando gracias a Dios por haber podido escapar por los pelos, se preguntó si alguna vez volvería a sentirse a salvo.

«Mi intención es casarme contigo, y también conseguir que se haga justicia.»

Eso era precisamente lo que ella temía.

Eran más de las doce de la noche en Edimburgo cuando Maggie decidió, con porte vacilante, llamar a la puerta del coronel. Ninguna dama osaría desplazarse hasta la casa de un caballero, y mucho menos a esas avanzadas horas de la noche. Pero si lo que ella sospechaba acerca de Hugh era verdad, prefería no permanecer de brazos cruzados en la posada.

Dio varios golpes con el picaporte, luego aguardó con impaciencia a que un criado saliera a recibirla. Pero fue el coronel en persona quien abrió la puerta, sin abrigo, ni chaleco, ni corbata, con la camisa desabrochada y cayendo desmayadamente por encima de los pantalones. La visión de su torso velludo y varonil, y su barbilla cuadrada libre de los cuellos de camisa y de las corbatas resultaba absolutamente perturbadora. Hugh era incluso más apuesto con ese aspecto desaliñado que cuando iba bien ataviado.

A pesar de que su cuerpo desprendía un leve olor a brandy, no resultaba repulsivo, especialmente porque sus ojos estaban completamente despejados cuando la miraron sin parpadear.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí a estas horas? Ya os dije que...

—Me habéis dicho un montón de cosas, coronel Seton —espetó ella mientras le daba un empujón para que la dejara entrar, esforzándose por no fijarse en su atractivo aspecto viril—. Como por ejemplo lo de los hombres

que han salido en busca de mi sobrina, o los informes diarios...

—Sí, sí, pero lamentablemente aún no han llegado. Ya os lo expliqué: es posible que mis hombres no puedan dar con ellos tan fácilmente. Esa clase de misiones lleva su tiempo.

Maggie se dio la vuelta encolerizada, y lo pilló metiéndose la camisa dentro de los pantalones en un intento de ofrecer un aspecto más presentable. Ese gesto caballeresco consiguió enfurecerla más. Había empezado a considerarlo un hombre digno de recibir su atención, hasta que descubrió que todas sus muestras de comprensión y simpatía no habían sido nada más que un burdo engaño.

Enojada, irguió la espalda.

—Sí, las cosas llevan su tiempo, especialmente cuando no existen tales soldados en busca de mi sobrina ni informes; os habéis inventado la misión entera.

El coronel alzó la cabeza con tanto frenesí, que ella supo que había dado en el clavo. Y la mirada de pánico en sus ojos denotaba que la situación era peor de lo que ella se había figurado.

—Me lo temía —murmuró Maggie, volviéndose hacia la puerta.

Él la agarró por el brazo, inmovilizándola con una fuerza sorprendente al tiempo que cerraba la puerta de un portazo.

—Vamos, Maggie, no cometes ninguna estupidez sólo porque se te haya metido en la cabeza la tontería de que...

—¡No se os ocurra tutearme, maldito bribón! —escupió con los dientes prietos mientras intentaba zafarse de su garra—. Os permití tutearme porque pensé que erais todo un caballero, pero no permitiré que lo hagáis ahora que sé lo que sois realmente.

Unos ojos del color de la pizarra bañada por la lluvia la miraban ahora duramente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué soy?

—Un mentiroso. Un estafador. Un cómplice de una alimaña llamada El Azote.

Él soltó un sonoro bufido, luego volvió a agarrarla por el brazo.

—Me parece que será mejor que hablemos distendidamente, lady Kerr. Pero no aquí, donde nos podrían oír los criados.

La arrastró por el pasillo con el porte implacable de un oficial, ignorando sus intentos por liberarse.

Quizá Maggie no debería de haberse precipitado a la hora de acusarlo sin testigos, sin contar con su criado para que la protegiera. Su alarma se intensificó cuando Hugh la obligó a entrar en lo que parecía su estudio y después cerró la puerta con llave detrás de ellos.

Ése no era el encomiable coronel que ella conocía. Ese hombre estaba acostumbrado a dar órdenes a soldados... y a forzar a las mujeres a que hicieran lo que él quería. ¡Santo cielo!

Maggie retrocedió, con todos los sentidos alerta y buscando un arma con la que defenderse mientras él pasaba delante de ella para encender más velas sobre la repisa de la chimenea. Ya había dos velas encendidas sobre la mesa donde él debía de haber estado sentado obviamente cuando ella llamó a la puerta principal, y al lado de las velas había un abridor de cartas. No era un arma letal, pero de algo le serviría.

Sin apartar la mirada desconfiada de él, se acercó a la mesa.

—Quiero avisaros de que he dado instrucciones a mi criado para que acuda a la policía si no regreso pronto —mintió—. Conoce mi paradero. Si no regreso, vendrán a buscarme directamente aquí.

—Comprendo. —Él tensó la barbilla visiblemente enfadado mientras depositaba las velas encendidas en el candelabro—. Así que os habéis propuesto desenmascaramme, ¿verdad? —Cuando se dio la vuelta desde su posición junto a la repisa, clavó la vista en su boca y suavizó la voz—. ¿Cómo podéis pensar que os haría daño, después de lo que sucedió ayer por la noche?

La noche anterior, cuando ella había perdido la cabeza por unos instantes y le había permitido besarla en la posada donde se alojaba, había intentado convencerse a sí misma de que había consentido ese beso para ganar tiempo y confirmar sus sospechas, hasta que su criado la informó, pero eso era mentira. Hugh tenía una forma de tocarla que la hacía sentir joven y llena de energía. Después de tantos años sola, le costaba mucho resistirse a ese juego de seducción. Era cierto, se habían besado apasionadamente hasta que el posadero los había interrumpido.

Ahora se horrorizaba al pensar en ello.

Se colocó al lado de la mesa y asió el abridor de cartas.

—Ayer por la noche conseguisteis despistarme con vuestras artimañas para

que no me diera cuenta de lo que realmente pretendíais.

—¿Qué es lo que pretendía?

—Ayudar a El Azote a escapar y a salirse con la suya en su intento de secuestrar a mi sobrina.

—Ah, sí, claro. Ya habéis decidido que soy un villano. —Con una sonrisa forzada, se acercó a ella—. Pero si me dais una oportunidad para que os explique...

—¡No deis ni un paso más, coronel Seton! —gritó, blandiendo el abridor de cartas a modo de espada—. ¡Os aseguro que no dudaré en degollaros!

El coronel parpadeó, después soltó una maldición. Alteró la dirección, enfiló hacia la mesa, abrió un cajón y sacó un cuchillo tan largo como el antebrazo de Maggie. Luego, asiéndolo por la punta del filo, le ofreció el mango por encima de la mesa.

—Si queréis degollarme, al menos utilizad un arma con la que realmente podáis hacerme daño. Con ese abridor de cartas ni tan sólo conseguiríais pincharme hasta sacarme sangre.

Mientras ella lo miraba boquiabierta, él dijo:

—¡Vamos! ¡Coged el cuchillo! ¡Maldita sea! O bajad ese mondadientes para que podamos hablar como dos personas civilizadas.

El coronel la miraba con ojos severos, pero Maggie se sentía ahora menos atemorizada por el hecho de que él le hubiera ofrecido un arma de verdad. Lanzó un suspiro y bajó el «mondadientes», luego plantó ambas manos en las caderas.

—¿Cuánto tiempo hace que sois el cómplice de El Azote?

Él volvió a guardar el cuchillo en el cajón.

—¿Qué os hace pensar que lo soy?

—Ordené a mi criado que investigara a quién habéis enviado para que persiga a ese bribón. —Sofocó la rabia que le carcomía las entrañas—. Mi criado ha visitado todos los regimientos situados en la zona, y esta noche me ha informado de lo que ha descubierto: nadie ha sido destinado a una misión especial secreta. Nadie.

Él se puso visiblemente tenso.

—Los hombres que envié no eran soldados.

—Entonces dadme los nombres de esos hombres.

El coronel se pasó los dedos por su pelo canoso, y después murmuró una maldición.

—No podéis, ¿no es cierto? Porque no existe ningún equipo especial.

—No es lo que creéis —bramó él—. No quería arriesgar la vida de vuestra sobrina haciendo lo que El Azote había ordenado que no hiciéramos.

—Vamos, dadme otra excusa, señor. —Lo miró con aprensión—. Mi criado ha sabido que hasta hace pocos días se os ha visto en compañía de dos *highlanders*. Me dijisteis ese día en la montaña que los secuestradores habían ido hacia el norte, hacia las Tierras Altas.

—Una especulación que no se sustenta, nada más —replicó.

—Uno de los hombres con el que se os vio tenía una cicatriz como la de ese individuo en el baile de máscaras. El individuo que según vos no conocíais de nada, el que insistió en bailar con mi sobrina antes de desaparecer misteriosamente más tarde.

El coronel resopló.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién es ese maldito rufián que posiblemente a estas horas esté maltratando a mi pobre sobrina?

—Nunca la maltrataría —lo defendió Hugh—. Es todo un caballero. —Cuando ella lo miró sin pestañear, sin saber qué decir después de que él hubiera admitido su culpabilidad, el coronel suspiró—. Si os lo cuento todo, ¿acallaréis a vuestro criado antes de que cause más daño que beneficio?

—Eso dependerá de lo que me contéis —replicó ella, con el corazón en un puño. Después de tantos años defendiéndose de granujas y de sinvergüenzas, ¿cómo podía haberse dejado engatusar por un bribón?—. No permitiré que un villano le haga daño a Venetia. —Se apoyó en la mesa y lo miró con aire beligerante—. ¿Quién es él? Decídmelo, u os juro que iré directamente a la policía y...

—¡Ya basta! —Su pesada mandíbula se flexionó espasmódicamente—. Se trata de sir Lachlan Ross, el jefe del clan de los Ross.

El horror dejó a Maggie patidifusa.

—¿El hijo de Alasdair Ross? ¡Pero si está muerto!

—No, a pesar de los intentos de Duncannon.

Maggie pestañeó.

—No puede ser... ¿Cómo es posible que...? ¿El joven Lachlan es El

Azote?

—¿Lo conocéis?

—¡Por supuesto que lo conozco! Los padres del muchacho fueron amigos de mi cuñado durante muchos años. Solía verlos cuando iba de visita. —Sacudió la cabeza, incapaz de dar crédito a lo que oía—. Lachlan siempre había sido un muchacho salvaje, pero de ahí a convertirse en un ladrón...

—Sólo quiere lo que Duncannon le debe. Por eso asalta a los amigos del conde.

—¿Lo que le debe? —repitió Maggie, frunciendo el ceño—. No... no lo comprendo...

—¿Ah, no?

—No. No sé de qué me estáis hablando.

Él la miró fijamente, perplejo ante su reacción.

—Bien, entonces quizá será mejor que os lo cuente. —Señaló hacia una silla—. Sentaos, querida. Necesitaré un buen rato para contaros toda la historia.

Ella obedeció, aunque mantuvo la barbilla alzada con aprensión.

El coronel empezó a deambular por el despacho, relatándole un cuento de traiciones y de promesas incumplidas. Cuando terminó, ella permaneció inmóvil en la silla, con el semblante aturdido. Jamás había oído nada acerca del préstamo entre Quentin y Alasdair, pero eso explicaba tantas cosas... que Lachlan se hubiera convertido en El Azote, la extraña negativa de Quentin de denunciarlo a las autoridades... ¡todo!

Por lo menos de una cosa podía estar agradecida: Lachlan no le haría daño a Venetia. La conocía bien, y siempre había parecido sentir simpatía por ella cuando eran unos críos. Además, si su única intención era recuperar lo que quería, no se atrevería a tocar ni un solo pelo de la cabeza de su sobrina.

Maggie miró a Hugh con atención, quien se había detenido cerca de la silla.

—¿Estáis seguro de que Lachlan no sabe por qué Quentin nunca resarció esa deuda?

—Segurísimo. Duncannon no se lo ha contado jamás a nadie. En mi opinión...

—Desafortunadamente —lo atajó Maggie, frotándose las manos con nerviosismo para aplacar el desapacible temor que se empezaba a adueñar de

ella—, creo que yo sí que sé por qué Quentin no pagó ese préstamo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Sin perder ni un segundo más, ella se puso de pie.

—No hay tiempo para explicaciones. He de llegar a Rossraig antes que Quentin.

—Un momento, un momento, le prometí a Lachlan que...

—¿Queréis ver a vuestro amigo muerto? Porque eso es lo que sucederá si no freno este desatino antes de que Quentin se eche encima de Lachlan. Quentin jamás pagará ese dinero a ninguno de los hijos de Alasdair Ross. Antes preferirá ver a Lachlan muerto.

El coronel la miró sorprendido, pero asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero iré con vos. —Se anudó la corbata precipitadamente en el cuello, luego asió su chaleco.

—¡Por el amor de Dios! ¡No podemos viajar juntos! —El pánico se había apoderado de sus facciones ante el mero pensamiento de pasar varios días sola en compañía de Hugh—. No sería decoroso.

El coronel esbozó una mueca de fastidio mientras se abotonaba el chaleco.

—Mirad, a estas alturas creo que podríamos dejar de lado las cuestiones de decoro, ¿no os parece? Podéis traer a vuestro criado, si queréis, pero no voy a permitir que viajéis por Escocia desprotegida, ni mucho menos que os metáis en este asunto entre Duncannon y Ross sola. Es muy arriesgado.

—¡Ya! ¡Ahora me diréis que os importa mi seguridad! —espetó ella en voz baja, girándose hacia la puerta.

El coronel la agarró por el brazo y la atrajo hacia sí.

—A pesar de lo que penséis, sí que me importa. Odiaba el hecho de tener que ocultaros la verdad, ¿sabéis? Nunca pensé que me resultaría tan duro. Sois una mujer tan solícita, tan atenta, tan...

—Estúpida —concluyó ella, con una media sonrisa—. Una pobre estúpida que creía que un hombre podría sentirse atraído por una mujer a pesar de su mal carácter y de su mirada marchita.

El coronel lanzó un pesado suspiro y acto seguido inclinó la cabeza hacia ella, lo suficientemente cerca como para que Maggie pudiera notar la calidez de su aliento en su pelo.

—Lo único marchito de vos, Maggie, es vuestro sentido común. ¿Os

parezco la clase de hombre que fingiría que se siente atraído por una mujer cuando no lo está?

Ella no se atrevía a mirarlo.

—No lo sé.

El coronel murmuró una grosería, luego la soltó para asir su abrigo.

—Bueno, a partir de ahora dispondréis de mucho tiempo para averiguarlo. Porque de ningún modo permitiré que viajéis a las Tierras Altas sin mí.

Capítulo veintidós

Querida Charlotte:

Haré todo lo que pueda, pero os aseguro que obtener información acerca de eventos que suceden en Escocia es una tarea más complicada que estar al día de las comidillas sobre la alta sociedad en Londres. Me llevará un poco de tiempo. Mientras tanto, os sugiero que no os consumáis de inquietud, tal como soléis hacer.

Vuestro humilde servidor, Michael

*D*espués de que la deliciosa tarde con Venetia hubiera acabado de una forma tan abrupta, Lachlan pasó una larga noche de insomnio, maldiciéndose a sí mismo por no haber sabido incitarla o presionarla cuando había tenido la oportunidad. Tendría que haberle arrancado su promesa de casarse con él antes de haberle hecho el amor. O por lo menos haberla convencido para que declararse su consentimiento después.

¿Por qué se mostraba tan reticente? Él la había desflorado, ¡maldita fuera! Eso solo debería bastar para conseguir que una dama le implorase que se casara con ella.

Pero no, Venetia no se contentaría hasta que todo saliera como ella quería, especialmente el encuentro con su padre. Lachlan torció el gesto mientras se levantaba de la cama para realizar sus abluciones matutinas. Se equivocaba, si pensaba que la dejaría salirse con la suya en ese tema por el que tanto había luchado. Llorar ante las cabañas vacías de los aparceros era una cosa, pero querer hacer un trato con Duncannon a costa de su clan...

¡Jamás! ¡Antes tendría que pasar por encima de su cadáver! El encuentro se llevaría a cabo entre él y Duncannon, y fin de la discusión. Venetia tendría que confiar en que él no perdiera la paciencia.

¿Y qué había querido decir, con eso de que no confiaba en ella? ¡Era ella la que no confiaba en él! Le hablaba como si todavía fuera el mismo arrapiezo tremendo que cuando ella era una niña.

«La has secuestrado, y le has dicho que matarías a alguien si intentaba escapar.»

Pero eso había sido al principio, cuando la situación era peliaguda. Seguramente ahora ya no lo consideraba un despiadado sanguinario.

«Hace tres días le dijiste a tu madre que azotarías a cualquiera del clan que se atreviera a hablar de Venetia hasta dejarlo sin sentido.»

Lachlan pestañeó. No, esas amenazas no lo dejaban en la mejor posición. Ni tampoco la forma execrable en que la había perseguido hasta seducirla. ¿Por qué iba a fiarse de él? Apenas lo conocía, y lo poco que había visto de él era esa faceta de villano.

Muy bien, entonces no le quedaba más remedio que mostrarle su lado más caballeresco. Aún le quedaban unos pocos días antes de que llegara Duncannon; los utilizaría para cortejarla formalmente.

Porque no iba a permitir que Venetia regresara a Londres sin honra y sin esposo, por más que a ella se le hubieran metido en la cabeza las nociones más disparatadas.

Echó un vistazo a la mesa y vio el plato de copos de avena rancios que había estado comiendo durante los últimos dos días. El cortejo empezaría esa misma mañana. Le traía sin cuidado si Venetia o su madre protestaban; pensaba disfrutar de un desayuno como Dios mandaba, con ellas.

Ya había llegado la hora de poner punto y final a ese comportamiento alevoso de su madre y de su futura esposa, a sus constantes excusas con el fin de evitarlo. Y sabía exactamente cómo lograrlo: haciéndole chantaje a Venetia. Primero seguro que se enfadaría, pero no podía cortejarla si ella seguía con esa actitud esquiva, así que habría que poner remedio a ese problema para poder seguir adelante con el plan.

Esta vez, Lachlan no entró por la puerta principal de Rossraig, sino que se deslizó por la puerta de servicio, comiéndose el orgullo de tener que entrar furtivamente en su propia casa. Se vio recompensado por las miradas de estupefacción de su madre y de Venetia cuando lo vieron aparecer por el comedor y tomar asiento en la mesa.

La criada que estaba sirviendo a las damas también se quedó boquiabierta.

—Buenos días, señor. No esperábamos... quiero decir... —Retrocedió, mirando a la señora con ojitos angustiados.

—Trae algo para que el señor desayune, muchacha —ordenó su madre, recuperando rápidamente el aplomo. Le dedicó a Lachlan una sonrisa edulcorada, y después se levantó de la silla—. Ya que estás aquí, será mejor

que desayunes. Pero me temo que la señorita Ross y yo tenemos algunos asuntos que...

—Siéntate, mamá. —Desvió la vista hacia Venetia, que también se había puesto de pie—. Y tú también, bonita. A menos que quieras iniciar una larga disertación acerca de la excelente calidad de la lana de las ovejas de tu padre.

Venetia palideció.

—¿Lana de las ovejas? —inquirió su madre, mientras permanecía obcecadamente de pie.

A pesar de que la expresión alarmada de Venetia le atormentó momentáneamente la conciencia, intentó ignorar esos sentimientos de culpa. Únicamente estaba jugando al mismo juego que ella había jugado la tarde anterior, al amenazarlo con ponerse a chillar para atraer la atención de los hombres de su padre.

Además, si él realmente hubiera querido ponerla en evidencia, le habría explicado a su madre lo que habían hecho, y después sólo habría tenido que sentarse cómodamente a esperar que su madre la presionara para que se casara con él. Pero no quería conseguir a Venetia por esa vía. Quería que ella aceptara por voluntad propia.

—¿Y bien, bonita? ¿Quieres que hablemos de lana? —Recostándose en la silla, hundió los pulgares en la cinturilla del pantalón y la miró fijamente sin ningún indicio de clemencia—. Aunque la verdad es que a mí me apetecería más que me enseñaras las reformas que tú y mi madre habéis hecho en la casa.

—No hemos terminado —intervino su madre—. Ven dentro de un par de días y...

—No, creo que será mejor que se lo enseñemos ahora. —Venetia apartó la mirada de él, volvió a sentarse y esbozó una sonrisa forzada mientras miraba a lady Ross—. Hemos hecho bastante trabajo como para darle una idea de cómo quedará al final. De este modo, podrá darnos su opinión acerca de nuestros planes restantes.

La repentina concesión por parte de Venetia hizo que lady Ross mirara a su hijo con sospecha, pero cuando éste se limitó a arquear una ceja, ella también volvió a sentarse.

—Así que quieres ver lo que hemos hecho, ¿verdad? —insistió su madre.

—Sí.

—¿Te has fijado siquiera en los cambios que hemos hecho en esta

habitación?

No. Había puesto toda su atención en conseguir que ellas no salieran corriendo para poder empezar a cortejar a Venetia. Pero sonrió afablemente y mintió:

—Por supuesto.

Los ojos de su madre se achicaron como un par de rendijas.

—¿Y qué opinas?

Lachlan echó una rápida ojeada a su alrededor, como si intentara llegar a una conclusión. Los paneles de madera que recubrían las paredes habían sido limpiados a conciencia y pulidos para quitar los arañazos. El feo mantel que recordaba lleno de lamparones de té había sido teñido con una bonita tonalidad verde oscura, por lo que las manchas apenas eran perceptibles, especialmente cuando la mesa estaba tan bien dispuesta con el reluciente juego de plata.

Quiso preguntar de dónde habían sacado ese costoso servicio de mesa, pero entonces se dio cuenta de que el diseño le resultaba familiar. Habría jurado que era la misma vajilla con la que había comido durante muchos años, solo que hasta entonces había asumido que el apagado metal de color gris era latón en vez de plata.

—Habéis hecho un magnífico trabajo. Os felicito a las dos.

La criada volvió a aparecer con un plato con salchichas de sangre de cerdo, tostadas y lonchas de panceta fritas, y lo depositó delante de él. Mientras Lachlan se lanzó a devorar el desayuno con avidez, Venetia tomó un jarro de plata reluciente.

—¿Un poco de café, Lachlan? ¿O prefieres té por la mañana?

El tono remilgado de ella le recordó que no estaba desayunando en un barracón con su regimiento, ni tan sólo en su cabaña descuidada. Adoptando de repente un visible interés en sus modales, empezó a comer más despacio.

—Té, sin leche. —Echó una rápida mirada a su madre—. ¿Desde cuándo servimos café en el desayuno?

—A nuestra querida invitada le gusta —aclaró su madre—. Dice que en Londres está de moda beber mucho café. Chocolate también, pero no podemos ofrecérselo, puesto que está tan caro.

—Así que te gusta el chocolate, ¿verdad, bonita? —le preguntó él.

—Venetia le pasó el té sin mirarlo a la cara.

—Sí, me gusta tomar una taza de chocolate de vez en cuando.

—Entonces enviaré a uno de los muchachos a Dingwall para que compre un poco. Así como cualquier otra cosa que eches en falta.

Ella alzó la vista rápidamente y lo miró a los ojos, sorprendida.

—Antes de que mi madre, excesivamente protectora, apareciera la otra noche y te apartara de mí —continuó él—, dije que quería que te sintieras cómoda. Así que si quieres chocolate o algún libro o cualquier otra cosa que necesite una dama, dímelo, y me aseguraré de que lo recibas.

—¿Qué tal veinte metros de muselina para cortinas? ¿Y un poco de extracto de tilo para limpiar el suelo?

Lachlan frunció el ceño.

—Me refería a cosas para ti, no para Rossraig.

—Prefiero ver cómo inviertes el dinero en tu adorable casa —insistió ella.

—¿Por qué, si se puede saber? —le preguntó con una voz gutural—. ¿De repente te han entrado ganas de embellecer tu futuro nido, bonita?

Él ignoró el sofocado gritito de sorpresa de su madre ante la evidencia irrefutable de sus intenciones, centrando todo su interés en Venetia.

Dos círculos de color encarnado emergieron en los pómulos de Venetia antes de que ella bajara la vista hacia su plato.

—Sólo intento ayudar a tu madre, eso es todo.

Lachlan no insistió en esa cuestión, pero la conversación lo había animado enormemente. Quizá no le resultaría tan difícil cortejarla, después de todo, especialmente cuando la cara resplandeciente de su madre denotaba que estaba más que deseosa de ayudarlo.

Acabó el desayuno y apartó el plato.

—Bien, ya estoy listo para el recorrido por la casa. Ardo en deseos de ver lo que habéis estado haciendo.

—¿Y qué me dices de la muselina? —preguntó Venetia—. ¿Me... nos la comprarás?

Él se levantó de la silla, exhibiendo una sonrisa imprecisa.

—Escribe en una hoja de papel todo lo que quieras, y enviaré a Jamie a Dingwall para que te lo compre. —Si la forma de ganarse su corazón era con cortinas y extracto de tilo, ya encontraría el modo de comprarlo, aunque tuviera que pagar a crédito.

Rodeó la mesa y le ofreció el brazo.

—¿Estás lista?

A pesar de que su cara reflejaba una expresión de indecisión, se levantó y aceptó el brazo. Lachlan ahogó una sonrisita triunfal mientras se marchaban del comedor, con su madre caminando detrás de ellos, visiblemente entusiasmada.

«¡Que empiece el cortejo!»

Habían pasado tres días desde que Venetia había perdido la virginidad, y ahora se mostraba más agitada que la tarde en que pasó. Había esperado —y deseado— que Lachlan no apareciera por la casa solariega cada mañana, para poder evitar así las tentaciones que le presentaba.

Pero Lachlan no sólo se había pasado todas las horas de esos días deambulando por la casa con ella, sino que además se había comportado con una cortesía propia de un caballero inglés. Se había encaramado a escaleras para ayudarla, a pesar de su pierna entumecida. Sin prestar atención a las sonrisas maliciosas de su madre, se había puesto a aderezar cojines y... sí, incluso a colgar cortinas.

Por eso Venetia se mostró decepcionada cuando esa mañana Lachlan se marchó después de desayunar sin explicarle adónde iba o el porqué, ni cuánto rato estaría ausente. Lo único que Venetia sabía era que había cogido el abrigo, lo cual no era nada usual, según lady Ross.

Al principio Venetia simplemente echó de menos tenerlo cerca, pero al final de la tarde empezó a preocuparse por él. Así que cuando el mayordomo anunció que el señor había regresado y que deseaba verla, prácticamente voló hacia el comedor.

Cuando entró, Lachlan se levantó de la mesa, donde había una jarra humeante, dos tazas y unos panecillos de mantequilla recién horneados. Era la primera vez que lo veía ataviado con ropa formal, y tuvo que admitir que estaba guapísimo. Lachlan lucía un chaleco de seda bordada y un elegante abrigo de lana merina de color verde oscuro que le hizo pensar en los majestuosos robles y los frondosos valles escoceses. Sus pantalones de ante marrón se ceñían a su complexión musculosa a la perfección, recordándole la robustez de sus muslos.

Venetia notó un intenso calor en las mejillas.

—El mayordomo me ha dicho que querías verme —dijo con un tono pausado, intentando mantener sus emociones a raya.

—Sí. Te he comprado algo. —Apartó la silla que tenía al lado, y entonces fue cuando ella vio la pila de hojas que había sobre la mesa.

Ella miró a Lachlan con la boca abierta de asombro.

—¿De dónde...? ¿Cómo...?

—Esta mañana he ido a Inverness. Allí nadie me conoce; prácticamente siempre hacemos negocios en Dingwall.

Eso era porque Dingwall estaba a unos escasos kilómetros de la finca, y en cambio Inverness —una localidad ocho veces más grande, con bibliotecas y una academia y un montón de tiendas— estaba a más de dos horas de camino. Venetia enfiló hacia la mesa con paso vacilante, luego echó un vistazo a las hojas, absolutamente consciente de que Lachlan no le quitaba el ojo de encima.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Es... es... increíble —respondió Venetia, con un susurro apagado, entonces se sentó para examinar las hojas con más detenimiento. Nadie le había hecho nunca un regalo tan especial. Allí no sólo había las versiones inusuales de las baladas que ella ya tenía compiladas, sino que tres de los pliegos contenían la letra de baladas absolutamente desconocidas para ella, incluso una estaba en gaélico.

Venetia no podía creer que él hubiera cabalgado cuatro horas para comprarle ese regalo. Los ojos se le llenaron de lágrimas ante el mero pensamiento. Se las enjugó rápidamente, antes de que cayeran y mancharan la tinta de esas preciosas copias.

Lachlan le sirvió una taza del líquido contenido en la jarra.

—¿Sabes leer gaélico, bonita?

En ese momento fue cuando Venetia se dio cuenta de que tenía la vista fija en la balada escrita en gaélico.

—No tan bien como me gustaría —respondió evasivamente.

Desde su llegada a las tierras de los Ross, se había dado cuenta de que el clan miraba con aversión a cualquier *highlander* que no hablara gaélico. No pensaba llamar la atención confesando su desconocimiento, especialmente delante de Lachlan.

Venetia le lanzó una rápida mirada mientras él le ofrecía la taza y se sentaba a su lado.

—Te habrá costado mucho, reunir esta amplia variedad —murmuró ella.

—Sí, un poco, pero lo he conseguido. —Con una sonrisa, señaló hacia la taza—. Dime qué tal sabe. La cocinera no sabía cómo prepararlo correctamente.

Venetia pestañeó varias veces seguidas, entonces bajó la vista hacia la taza y contuvo la respiración. Chocolate. También le había comprado chocolate. Tomó un sorbo, y de repente se puso a llorar desconsoladamente.

—Vamos, bonita, no es para tanto; no puede estar tan malo —masculló él, pasándole un brazo alrededor de los hombros.

—No, no es eso; está delicioso —se defendió ella, sintiéndose como una idiota mientras se secaba los ojos con una servilleta—. Ése es el problema. Tiene exactamente el mismo sabor que el chocolate de casa.

Lachlan se puso tenso.

—De Londres, quieres decir.

Venetia asintió con la cabeza. Tomó otro sorbo, solazándose con el aroma de cada dulce y aterciopelada gota. ¡Eso sí que era el paraíso!

—¿Echas mucho de menos la ciudad? —le preguntó él, con una palmaria tirantez.

Ella alzó los ojos y vio que la estaba mirando fijamente, con una vulnerabilidad nada familiar. Esforzándose por sonreír, depositó la taza sobre la mesa.

—Sólo cuando bebo chocolate.

Lachlan la miró fijamente, con porte solemne.

—Entonces nunca volveré a comprarte chocolate.

Cuando él inclinó la cabeza hacia delante, ella no lo detuvo. ¿Cómo iba a hacerlo, cuando se estaba mostrando tan adorable? Lachlan la besó, y fue mejor que antes, incluso mejor que el chocolate. Hundió la lengua dentro de su boca como si quisiera probar su resistencia, y después la embistió apasionadamente.

Venetia sabía que no debería permitirle esas libertades. Dudaba que él hubiera cambiado de parecer en cuanto al encuentro con su padre, pero ¿acaso no merecía un beso como mínimo, después de haber cabalgado hasta Inverness por ella? Sólo uno... dulce... inacabable...

Alguien carraspeó cerca y la pareja se separó, y vio a Jamie en el umbral

de la puerta.

El pobre muchacho mostraba un semblante absolutamente contrariado que a Venetia le partió el corazón. Sabía que Jamie sentía algo por ella, pero hasta ese momento no le había dado importancia a esa cuestión. Había asumido que simplemente se trataba de un tierno flechazo juvenil; estaba segura de que no había hecho nada para alimentar esos sentimientos. Sin embargo, a juzgar por el modo en que la miraba, con rencor, como si se sintiera traicionado, mientras clavaba sus dedos macilentos y crispados en el sombrero, eso ahora no importaba.

Jamie alzó la barbilla, entonces desvió su mirada llena de inquina hacia Lachlan.

—Vuestra madre me envía a avisaros para que os ocultéis, señor. Algunos de los muchachos han visto a McKinley que venía hacia aquí con diez o más hombres.

¿McKinley? ¿El capataz de su padre? Eso no podía ser bueno.

En un instante, Lachlan pasó de una actitud de amante apasionado a jefe de su clan. Se levantó y avanzó a grandes zancadas hacia la puerta.

—¿Duncannon va con él?

Venetia contuvo la respiración, rezando porque su padre no hubiera venido. Aún no estaba lista.

—No hay señales de él todavía —repuso Jamie—. Y McKinley viene de la finca de los Duncannon, no de Dingwall. Probablemente sólo busca armar jaleo de nuevo porque los muchachos entran en las tierras de Duncannon y las usan como atajo para ir hasta la carretera principal.

—Espero que sólo se trate de eso —apuntó Lachlan con una evidente tensión—. ¿Dónde está mi madre?

—Fuera, en el jardín, fingiendo estar haciendo bagatelas en el jardín. Cree que es mejor que McKinley no vea las reformas que hemos hecho en el interior. Podría preguntarse por qué de repente le han entrado tantas ganas de arreglar la casa.

—Es verdad; le parecería extraño, porque ella nunca antes había hecho nada parecido. —Lachlan se frotó la nuca—. Muy bien. Ve a buscar a los muchachos que están trabajando en el campo y diles que vengán. Diles que traigan las hoces, pero que no las dejen ver, a menos que las cosas se pongan realmente feas.

Salió al pasillo, sin dejar de dar órdenes a Jamie:

—Envía a Roarke a que avise a los que están destilando el whisky para que se mantengan fuera del alcance de la vista de McKinley. Ese tipo usará cualquier excusa para meternos en un lío. La última vez que ese desgraciado denunció que había visto una destilería ilegal cerca de las tierras de Duncannon, a la mañana siguiente ya teníamos aquí a un grupo de recaudadores de impuestos.

Venetia sentía una gran curiosidad por conocer a ese desgraciado del que había oído tanto hablar, por lo que se acercó a la ventana ubicada cerca de la puerta principal para echar un vistazo.

—¡Venetia! —ladró Lachlan—. ¡Quédate dentro! ¿Entendido?

—Sí.

Una voz desde el exterior los dejó a todos paralizados.

—Buenos días, lady Ross.

—¡Señor McKinley! ¿Qué le trae por Rossraig en una mañana tan apacible como ésta? —lo saludó la madre de Lachlan.

—¡Vamos, vete! —susurró Lachlan a Jamie, quien desapareció por la puerta de servicio. Entonces Lachlan se dio la vuelta hacia Venetia y susurró —: ¡Aléjate de la ventana!

Pronunciando las palabras «Sólo un minuto», Venetia apartó un poco la tupida cortina de terciopelo con cautela, lo suficiente para poder echar un vistazo a la explanada que se abría frente a la puerta principal.

Lady Ross se hallaba cerca de un rosal visiblemente maltratado. Por lo visto, en su afán por aparentar que estaba dedicando un poco de tiempo a su jardín, lo había estado talando hasta casi matarlo. Delante de ella se encontraba ese corpulento tipo con una desaliñada barba pelirroja encaramado sobre una bonita yegua baya que no tenía nada que envidiar a los caballos más distinguidos que se podían ver paseando por Londres.

Venetia torció el gesto. ¿De dónde obtenía un capataz dinero para comprarse un animal tan elegante? No podía creer que su padre le pagara tanto como para costearse esos caprichos tan caros. Ese capataz probablemente se llenaba los bolsillos expulsando a los arrendatarios de esas tierras que tanto amaban, y luego llenándolas de ovejas. Empezó a preguntarse si realmente su padre estaba al tanto de todo lo que sucedía; prestaba tan poca atención a su finca en Escocia que quizá...

El maleducado del señor McKinley ni tan sólo se molestó en apearse del caballo.

—Me he pasado por Braidmuir para recaudar las rentas del trimestre y me han dicho que vuestra gente ha vuelto a entrar en las tierras del conde.

La calmosa voz sinuosa del capataz era la típica de aquellos tipejos que sembraban discordia por allí por donde pasaban. Si Venetia no hubiera tenido ya predisposición para odiarlo, simplemente lo habría detestado por ese matiz.

—Mis hombres vieron a una mujer que salía de una de las cabañas donde almacenamos la lana de las ovejas —continuó—. Cuando contaron los sacos, se dieron cuenta de que faltaba uno.

Venetia desvió la vista hacia Lachlan con rapidez.

—Estaba manchado de tu sangre; no me pareció conveniente dejarlo allí para que alguien lo encontrara —se excusó él entre susurros.

Ella pestañeó varias veces seguidas y volvió a fijar su atención en el espectáculo del exterior.

—¿Y qué os hace pensar que el ladrón es uno de los míos? —preguntó lady Ross, sin poder ocultar el temblor en su voz. Venetia se preguntó si es que había recordado que Lachlan había mencionado la lana de las ovejas de Duncannon.

—La mujer desconocida se escapó corriendo hacia aquí, milady. Y sabéis mejor que nadie que lord Duncannon no tolera robos en sus tierras, ni tan sólo por parte de sus vecinos. Seguramente no habréis olvidado el castigo ejemplar que el mismo conde le aplicó a vuestro propio hijo, después del penoso incidente a causa de ese robo, así que supongo que no le hará ninguna gracia cuando se entere de la noticia.

Con el corazón en un puño, Venetia volvió a mirar a Lachlan que, pegado a la puerta principal, fruncía el ceño con tanta rabia que le sorprendió que no estallara en un ataque incontenible.

¿Era a eso a lo que Lachlan se refería cuando había dicho que su padre lo había humillado públicamente? ¿Qué era lo que papá le había hecho, por el amor de Dios? ¿Y cómo era posible que ella no se hubiera enterado? Debió de ocurrir antes de que Lachlan se alistara en el ejército.

—Mi patrón pedirá seguramente que le abonéis el saco robado —continuó McKinley—, así que ése es el motivo de mi visita. Podemos zanjar este asunto entre nosotros, o puedo recurrir a las autoridades.

—Vamos, señor McKinley, sea razonable...

—Me acompañan los dos muchachos que vieron a la culpable. Están seguros de que podrían reconocer a la mujer, por lo que nos gustaría registrar la finca y hablar con todas las mujeres.

—¡Maldito...! Ese mal nacido sólo está buscando una excusa para encontrar nuestras destilerías y poder denunciarnos a las autoridades —susurró Lachlan.

Al ver que Lachlan realizaba un movimiento como si se dispusiera a salir por la puerta, Venetia tomó una decisión en cuestión de segundos. Podía lidiar con un tipo de la calaña del señor McKinley. Había visto a la señora Harris hacerlo a menudo con caballeros arrogantes que se personaban en su escuela exigiendo unos derechos ultrajantes. Había que evitar a toda costa que alguien viera a Lachlan antes de que llegara su padre.

Así que antes de que Lachlan pudiera salir al exterior, ella se le adelantó y cerró la puerta a su espalda.

—¡Ah, lady Ross, estáis aquí! Me estaba preguntado dónde estabais. Os quería enseñar el cuadro que estoy pintando.

Detrás del señor McKinley, Venetia podía ver cómo los hombres de Ross rodeaban con sigilo a los recién llegados, armados con hoces y otros aperos de labranza; cualquier cosa que pudiera servir para atacar. No iban a permitir que un tipo como McKinley y su banda de abusones inspeccionaran la finca ni que molestaran a sus mujeres.

Venetia ignoró la mirada de susto de lady Ross y puso toda su atención en el señor McKinley, cuyos ojos se habían posado instantáneamente sobre ella. Deseó ir vestida con algo más que un traje manchado de pintura demasiado ceñido. Aunque... quizá podría utilizar ese detalle a su favor, puesto que desde su posición encima del caballo, el capataz debía de gozar de una buena vista de su incipiente escote. Con una sonrisa edulcorada, alzó los pechos hacia el hombre para captar más su atención.

—Oh, disculpad mi indiscreción, señor, pero me parece extraño que no nos conozcamos. Creía que lady Ross me había presentado a todos los caballeros de estas demarcaciones. —Contorneándose exageradamente, empezó a descender las escaleras—. Soy la señorita Ross, una prima de Londres del difunto esposo de lady Ross, que en paz descanse. Y vos sois...

—El señor McKinley, para serviros; soy el capataz del conde de Duncannon. —Se quitó el sombrero, sin perder de vista ninguno de sus

sinuosos movimientos—. Braidmuir, que es la finca de mi patrón, linda con Rossraig por el este.

—¡Ah, sí! Ese lugar tan... especial. Precisamente hace un par de días entré en esa finca por accidente cuando me equivoqué de camino. ¡Qué bonitas cabañas, tan rústicas! ¿Y las ovejas? ¡Qué animales tan adorables!

—¿Decís que entrasteis en la finca? —la interrogó McKinley, lanzando una mirada inquieta a los dos hombres que Venetia reconoció enseguida como los que le habían cortado el paso al salir de la cabaña.

—Sí, es ella la mujer que vimos —aseveró uno de ellos—, pero llevaba la cabeza y la cara cubiertas, como si quisiera ocultarse...

—¡Cómo que me quería ocultar! —protestó, con una risita sofocada—. Llevaba un disfraz; bueno no un disfraz, sino el traje típico de esta zona, un *arisaid*. —Sonrió hacia el capataz—. Ya veo que sois un hombre elegante, señor, y probablemente no aprobéis esa clase de trajes regionales, pero he de confesar que encuentro que el traje de aquí es muy vistoso. ¡No podía salir a explorar la campiña escocesa sin ir ataviada para la ocasión, con la típica tela de cuadros!

Sin perder de vista a los hombres de Lachlan, que observaban el intercambio de palabras con estupor, Venetia se llevó la mano al pecho con un ademán teatral.

—Oh, me sentí tan... tan escocesa, como una verdadera *highlander*... Me muero de ganas de explicarle a papá todas mis aventuras. Es abogado, ¿sabéis? ¡Y un gran amante de las novelas de Walter Scott!

A Venetia no le pasó por alto que a McKinley se le había puesto la cara lívida ante la mención de la supuesta profesión de su padre, por lo que decidió alargar la comedia.

—A papá le habría gustado quedarse para ver el traje típico de las Tierras Altas que tanto me ha cautivado, pero después de traerme la semana pasada, se vio obligado a regresar a Londres —por una emergencia en el Parlamento, creo—. El duque de Foxmoor es uno de sus mejores amigos, ¿sabéis? —Louisa y el duque seguramente jamás le perdonarían esa pequeña mentira inofensiva.

Al señor McKinley parecía que le iba a dar un patatús de un momento a otro.

—E... entiendo.

—Pero... ¡Uy! ¡Lo siento! ¡Disculpad esta muestra de descortesía! — continuó Venetia, con un gran esfuerzo por ocultar la satisfacción de haber amedrentado al presuntuoso señor McKinley—. Creo que he interrumpido vuestra conversación con lady Ross.

—No, no... Sólo se trataba de un simple... un simple malentendido, nada más —adujo el capataz, con el ceño fruncido mientras miraba de refilón a los dos hombres que parecían dispuestos a contradecirlo—. Será mejor que nos marchemos.

Lady Ross se le acercó con una expresión de puro regocijo.

—Pero señor, ¿y vuestra lana? ¿No veníais a pedirme que os pagara el saco que falta? Tal como decís, el conde no tolera ningún robo en su finca. Aunque si acudís a las autoridades, estoy segura de que el padre de la señorita Ross...

—Es probable que mis hombres no contaran bien los sacos —se apresuró a contestar, al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo para enjugarse el sudor de la frente—. No os preocupéis por esa cuestión; ya aparecerá. —Inclinó la cabeza hacia Venetia en señal de cortesía, y las finas líneas de pánico que surcaban su frente se hicieron más evidentes—. Saludad a vuestro padre de mi parte, señorita.

Ella le contestó asintiendo con la cabeza con porte distinguido. Con un poco de suerte, su cuento ahuyentaría a ese tipo.

Movió la mano grácilmente en señal de despedida, y se quedó inmóvil en la escalera mientras el señor McKinley y sus hombres se marchaban cabalgando entre las dos filas formadas por los hombres del clan Ross, que miraban a los intrusos con recelo. Tan pronto como hubieron desaparecido de escena, Venetia se vio asediada por los hombres de Lachlan, que se precipitaron a rodearla en la escalera para, a continuación, escoltarla hasta el interior de la casa mientras lady Ross seguía a la comitiva prácticamente danzando.

Una vez dentro, Lachlan los esperaba, observando con ojos gozosos a la veintena de hombres y mujeres que se habían apelotonado en el vestíbulo de la entrada alrededor de él.

—¿Habéis visto cómo vuestra prima ha derrotado a McKinley, señor? — gritó uno de los hombres del clan—. ¡Oh! ¡Qué mujer! ¡Menuda mujer!

—Sí —contestó Lachlan, mientras el brillo de su mirada expresaba unas promesas que a Venetia le cortaron la respiración—. Menuda mujer.

—¡Creí que McKinley se iba a caer del caballo, de verdad! ¡Qué risa! —

comentó lady Ross inesperadamente—. El pobre estaba tan nervioso de estar bajo el punto de mira de un abogado...

—¿Es verdad que vuestro padre conoce al duque de Foxmoor? —preguntó una voz entre la multitud.

—¿Es cierto que es abogado? —preguntó otro.

Mientras Venetia vacilaba sobre cómo contestar a esas cuestiones, otra voz habló desde detrás de los congregados:

—No, no es abogado.

Ella se dio la vuelta y vio a Jamie, quien la miraba fijamente, con los ojos llenos de resentimiento, mientras pronunciaba las palabras que conseguirían que todos la odiaran a partir de ese momento.

—Su padre es, ni más ni menos, el conde de Duncannon.

Capítulo veintitrés

Querido primo:

Me consume la inquietud porque carezco de vuestra habilidad para desenmascarar la verdad. Hay ciertas cosas que una mujer no consigue averiguar, por más confidentes femeninas que tenga. No me negaréis que los hombres muestran siempre una propensión a ser mucho más discretos.

Vuestra allegada, a la que la consume la inquietud, Charlotte

Lachlan soltó un estentóreo bufido mientras el vestíbulo quedaba sumido en un incómodo silencio de estupefacción. ¡Maldito estúpido...! ¡Mira que salir ahora con ese arranque de celos! Por lo visto, furioso por el beso que había presenciado, Jamie pretendía vengarse de Venetia.

A juzgar por la cara de Venetia, que plasmaba perfectamente su estupor ante la inesperada traición, él había elegido la mejor forma de hacerlo.

—No sabes lo que dices, muchacho —empezó a reprocharle Lachlan.

—¡No mintáis a vuestros hombres, señor! —La voz de Jamie contenía un grado de desafío—. Descubrirán la verdad cuando Duncannon venga a por ella. No veo el motivo por el que no podemos desenmascararla ahora.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —bramó Lachlan—. Que yo recuerde, no te he pedido consejo en este asunto, y estoy segurísimo de que no te he dado permiso para...

—No pasa nada, Lachlan —se entrometió Venetia, con una voz grave—. Jamie tiene razón; no podremos mantener el secreto por mucho tiempo.

Roarke, que era el brazo derecho de Lachlan en la finca, dio un paso al frente, con una mueca de incredulidad en su colorada cara.

—Entonces... ¿Es verdad? ¿Sois la hija del conde?

—Sí. —Venetia intentó sonreír pero no pudo.

Jamie se abrió paso entre la concurrencia.

—Lachlan y yo la secuestramos en Edimburgo para pedir un rescate, y la trajimos aquí. Cuando Duncannon llegue, ella regresará con él a Londres; bueno, eso suponiendo que él pague el rescate.

—¿Que la habéis secuestrado? —exclamó Roarke—. Quieres decir que... que... ¿la habéis secuestrado?

Cuando todos los ojos se posaron sobre Lachlan, él renegó a media voz. Cuando pillara a Jamie a solas, le retorcería su frágil pescuezo sin piedad.

—Sí, la secuestramos. Después de que el conde intentara matarme, pensamos que era la única forma de conseguir el dinero que le debe a mi madre. —Los hombres sabían la historia del dinero; Lachlan lo había confesado cuando admitió que era El Azote.

Uno de los hombres del clan parecía confuso.

—Pero la señorita Ross... quiero decir, la hija de Duncannon... acaba de plantarle cara a McKinley. Si estuviera retenida aquí, contra su voluntad, ¿por qué habría hecho una cosa así?

—Lady Venetia no está aquí retenida contra su voluntad —espetó la madre de Lachlan—. Es cierto, mi hijo la secuestró; sin que yo lo supiera, que conste, pero ha sido una invitada en mi casa desde el momento en que llegó, y lo continuará siendo hasta que el conde venga a buscarla. Así que ya basta de hablar de secuestro. Lady Venetia es libre de marcharse cuando le plazca, y ella lo sabe, ¿no es cierto, querida?

—Por supuesto. —Venetia esbozó una sonrisa forzada—. Después de todo, salí a pasear y entré en la finca de Braidmuir; podría haberme quedado allí. Pero sólo quería ver lo que habían hecho con esas tierras. —Con la voz entrecortada, añadió—: Es una verdadera vergüenza. Recuerdo que cuando era niña había bastantes familias que vivían allí.

—Sí —convinieron los hombres del clan, sacudiendo las cabezas con tristeza.

—Y mi intención es que se haga algo al respecto para remediar la situación actual —proclamó Venetia—. No puedo creer que mi padre sepa lo que ese odioso capataz ha estado haciendo. Cuando vea el aspecto deplorable de su finca, estoy segura de que cambiará de proceder.

Lachlan resopló, pero nadie le prestó atención.

—Bueno, he de decir que me importa un bledo si la señorita es la hija de Duncannon —intervino una mujer del clan—. Podría haberle revelado a McKinley quién es y con eso habría enviado a nuestro jefe derecho a la cárcel. En lugar de eso, ha derrotado a ese malnacido delante de nuestras narices. Creo que es una muestra más que suficiente de su lealtad con nuestro

clan.

Otra de las mujeres asintió para mostrar su absoluta conformidad.

—Y fijaos en todo lo que ha hecho por esta casa. Ha trabajado duro para que quede presentable. No tenía que hacerlo, después de lo que Lachlan le había hecho. —La mujer puso los brazos en jarras—. Es una de las nuestras, y no veo por qué eso tiene que cambiar ahora.

—Ya, pero su padre viene hacia aquí, ¿no lo habéis oído? —les recordó Roarke—. ¿Qué nos pasará, cuando llegue?

Todos los ojos se volvieron de golpe hacia Lachlan.

—Hablaré con él —terció Lachlan, un poco a la defensiva—. Le exigiré el dinero, y si Duncannon tiene un mínimo de sentido común, pagará lo que nos debe.

—Ahora sí que no me cabe la menor duda; estamos metidos en un buen lío —murmuró una mujer desde la retaguardia.

Cuando el resto de los congregados empezó a murmurar comentarios similares, Lachlan irguió la espalda y sacó pecho.

—¿A qué os referís?

Roarke le lanzó una mirada inquieta.

—Sin ánimos de ofender, señor, pero no es que destaquéis por vuestras dotes diplomáticas.

—A Lachlan siempre le ha costado mucho contenerse —murmuró una de las mujeres.

—Es cierto, y especialmente cuando se trata de Duncannon —apuntó otra.

—Tendremos mucha suerte si no acabamos todos entre rejas.

—Un momento, un momento... —Se sulfuró Lachlan, ignorando la amplia sonrisa burlona en los labios de Venetia—. Soy perfectamente capaz de mantener un intercambio razonable de palabras con el conde.

El repentino silencio que siguió a su alegato demostró claramente que nadie compartía su opinión.

Lachlan torció el gesto.

—¡He sido vuestro jefe durante cinco años, maldita sea! ¿Acaso no me he ocupado debidamente de mis obligaciones?

—No es eso, señor —se excusó uno de los hombres del clan—. Sois un buen jefe, y un buen *laird* para Rossraig.

Sólo un poco más sosegado, Lachlan preguntó:

—¿Y alguna vez os he metido en problemas con la ley?

—No —suspiró Roarke—. Pero hasta ahora no habíais tenido que tratar con Duncannon directamente. Casi siempre sois una persona razonable, pero tenéis que admitir que si a alguien se le ocurre mencionar tan sólo al conde, os ponéis a rugir como un león enloquecido.

—Es cierto, parece un león enloquecido —murmuraron otras voces.

¡Por todos los santos, su clan entero estaba contra él!

—¿Y qué proponéis que haga? ¿Tumbarme a la bartola y dejar que el conde nos pisotee? ¿Olvidarme del dinero que nos debe?

—Con todo el respeto, señor, quizá sería más conveniente que dejarais que fuera la señorita quien hablara con él —sugirió una mujer—. Ya ha dicho que estaría más que encantada de intermediar a nuestro favor, y si se adelanta para calmar a su padre, tal y como ha hecho con McKinley...

—Sí, es una buena idea —la apoyó otro de los reunidos—. ¿Por qué no permitís que sea la señorita la que hable con él?

—¡Dios mío! —musitó Lachlan, sintiéndose desfallecer. Si no hubiera visto cómo se había desencadenado todo el proceso, habría creído que Venetia había urdido el insidioso plan. Pero ella parecía tan sorprendida por las muestras de apoyo que estaba recibiendo por parte de todo el clan, que Lachlan desestimó esa posibilidad maquiavélica.

—Es una excelente idea, Lachlan —aseveró su madre, tan animada como el resto—. Si Duncannon ve que no le hemos hecho daño a su hija, seguramente se calmará.

—Y no nos cabe la menor duda de que ella está de nuestra parte; fijaos en cómo ha actuado con McKinley —remachó Roarke.

Lachlan dio un vistazo a los que lo rodeaban y sintió una incómoda opresión en el pecho cuando constató sus caras de ansiedad. Realmente no creían que él pudiera enfrentarse a Duncannon sin perder la paciencia, ¿verdad? Al igual que Venetia, pensaban que lo único que conseguiría sería agravar las cosas y desatar una batalla que acabaría inevitablemente en un baño de sangre. Eso los privaría de su *laird*, de un modo u otro.

«Necesitan el dinero, pero por encima de todo te necesitan a ti.»

Mientras él reflexionaba antes de contestar, todos empezaron a mirarlo esperanzados. Y la esperanza que proyectaban giraba en torno a ella, y no a él.

Malditos...

—Muy bien —contestó—. Consideraré la posibilidad de dejar que lady Venetia hable con él. He dicho que lo consideraré, ¿entendido? No tengo nada más que decir por ahora.

Por lo visto fue más que suficiente, ya que esos endemoniados felones estallaron en vítores de alegría. Mientras tanto, Venetia lo miraba orgullosa, como si realmente hubiera obtenido lo que quería, y sólo el hecho de verla así, satisfecha, bastó para que Lachlan notara una agradable sensación de júbilo.

La batalla estaba perdida desde el instante en que la secuestró, desde el instante en que ella empezó a abrirse paso para conquistar su corazón. Era obvio que tenía a Jamie encandilado y a su madre de su parte. Si no iba con cuidado, pronto acabaría también gobernando su clan.

Uno de los malandrines de su clan gritó:

—¡Vamos, señor, admitirlo! ¡Sabéis que podéis confiar en que lady Venetia no nos hará ninguna trastada! Todos vemos lo que sentís por ella.

—¡Sí, y a ella también se le nota que siente algo por vos! —gritó una de las mujeres.

Lachlan podía escuchar el eco de su pulso desbocado en los oídos mientras veía cómo Venetia se ruborizaba.

—¿De veras sientes algo por mí, bonita?

—Es posible. —Venetia coronó sus labios con una sonrisa burlona—. Si no fueras tan cabeza de chorlito, ni tan terco como una mula a veces...

Los hombres del clan se pusieron repentinamente tensos, y las mujeres contuvieron la respiración, observando expectantes la reacción de su jefe. Nadie jamás había osado decirle tales verdades a la cara.

Pero claro, tampoco nadie era como Venetia.

Lachlan se echó a reír.

—Sí, bonita, supongo que tienes razón.

La tensión se rompió, y todos se pusieron a reír con él.

Entonces los comentarios empezaron a circular deprisa y con entusiasmo por el vestíbulo:

—¡Ya te dije que estaba enamorado de ella! —decía uno—. Es más que evidente; la mira con tanta dulzura... —decía otro. Incluso la cocinera aportó su granito de arena—: Él ha cabalgado ni más ni menos que hasta Inverness

para comprarle chocolate.

El jolgorio empezaba a ser incuestionablemente embarazoso para Lachlan cuando alguien exclamó:

—¡Esto hay que celebrarlo! ¡Nuestro *laird* y la hija de Duncannon están festejando!

A Lachlan no le sorprendía que los de su clan hubieran llegado a tal conclusión simplemente porque él la miraba «con dulzura», pero la pobre Venetia parecía asfixiada.

—¡Qué tal si lo celebramos con un *ceilidh*! —exclamó una mujer, y su sugerencia fue aplaudida por todos—: ¡Sí, un *ceilidh*! ¡Un *ceilidh*!

Eso fue todo lo que se necesitó para que los hombres entraran atropelladamente en la sala de estar y apartaran los muebles y las alfombras, al tiempo que alguien más iba a avisar al gaitero y al violinista, y la madre de Lachlan se puso a organizar la fiesta con un entusiasmo patente. Algunas de las mujeres bajaron a la bodega a buscar el mejor whisky, mientras que otros enfilaban hacia el comedor con paso veloz, para preparar refrescos.

Venetia se quedó inmóvil en medio de todo el barullo, con aspecto de estar desbordada emocionalmente. Lachlan se abrió paso hasta colocarse a su lado.

—¿Has estado alguna vez en un *ceilidh*, bonita?

—Es el equivalente escocés a un baile, ¿no?

Él soltó una carcajada.

—¡Un *ceilidh* es mucho más que un baile! Te lo aseguro, y no tiene nada que ver con esa patochada que montaron en Edimburgo. Es una fiesta bulliciosa, apasionante, con la música muy alta y con una forma de bailar todavía más estridente. ¿Estás segura que estás lista para soportar esa clase de fiesta?

Ella alzó la vista y lo miró con un brillo burlón en los ojos.

—Puedo soportar cualquier situación a la que me sometas, Lachlan Ross. Y te lo demostraré.

—No, si no lo dudo —admitió él, luego deslizó el brazo alrededor de su cintura y la invitó a entrar en la sala con paso intrépido.

El violinista ya había empezado a tocar, y en cuestión de segundos todos estaban inmersos en el remolino de sonido que adoptaba un *ceilidh* en una sala pequeña. Con el estruendo de las patadas en el suelo, las notas armónicas del violín y la vorágine de gente que bailaba en la improvisada pista de baile, la

algarabía era imparable.

Venetia pronto fue capaz de seguir los pasos rápidos, puesto que era una danza muy sencilla, similar a la que podía encontrar en cualquier baile en las fiestas de provincias. Pero los Ross bailaban con mucho más entusiasmo que cualquier refinado lord inglés, por lo que necesitó un rato para relajarse y sentirse cómoda siguiendo el compás de las otras mujeres.

Cuando llegó el gaitero para añadir las notas de la gaita a la barahúnda, Venetia empezó a animarse de verdad. Sus mejillas brillaban sonrosadas, sus ojos relucían, y movía el cuerpo con soltura al son de la música. Con el corazón henchido de alegría, Lachlan bailó un par de bailes con ella antes de que la pierna empezara a dolerle excesivamente. Entonces se sentó en una de las sillas que habían dispuesto alrededor de la pista de baile, y saboreó una copa de whisky mientras la observaba.

Era una fémica digna de admirar; una mujer gloriosa, que daba vigorosas patadas contra el suelo y se movía con agilidad, embutida en una falda manchada de pintura y un corpiño que dejaba ver demasiado de sus pechos para su tranquilidad. No es que temiera que ninguno de sus hombres osara mirar descaradamente sus magníficos atributos. Para ellos, Venetia pertenecía al *laird*, y eso bastaba para que mantuvieran las distancias con ella, aunque no hubiera sido la hija de Duncannon.

Lachlan sacudió la cabeza. La hija de Duncannon. ¡Cómo si hubiera sido un hada! Venetia era Venetia, y él empezaba a temer que sería capaz de hacer cualquier cosa por conquistarla.

El único varón del clan que parecía inmune a sus encantos ahora era Jamie, quien, apoyado en una esquina, la miraba con inquina, furioso porque su chivatazo no había obtenido la reacción adversa que había esperado. Por lo visto, Venetia se fijó en el pobre muchacho, ya que abandonó la pista y se le acercó. Lachlan se quedó sorprendido al ver que ella sonreía a Jamie y le ofrecía la mano.

El pedazo de botarate irguió la barbilla con altivez, como si pretendiera rechazarla, pero ella le dijo algo y la rabia en la cara del muchacho se suavizó. Al cabo de unos minutos, los dos estaban bailando animadamente en la pista. Lachlan sacudió la cabeza. Venetia no soportaba la idea de tenerlo por enemigo, ¿verdad? Ella quería la paz a toda costa para todos los miembros del clan, incluso si uno de ellos actuaba como un cretino.

Las horas pasaban y la tarde dio paso a la noche. El violinista empezó a

cansarse, y a todos les empezaron a doler los pies de tanto bailar. Lachlan había perdido de vista a Venetia media hora antes, así que decidió salir al pasillo y luego se metió en el comedor, donde la encontró rodeada de algunos hombres solteros.

La instantánea patada de celos que sintió en el estómago lo pilló desprevenido. Esos chicos sólo estaban actuando del modo que se espera que actúen los jóvenes, flirteando con la bella dama, pero... ¡Vaya si eso no lo sacaba de quicio!

Se acercó a sus hombres, y entonces se dio cuenta de que estaban haciendo algo peor que flirtear. La estaban animando para que bebiera de un vaso. ¡Y ella lo estaba haciendo!

—¡Un momento! —ladró—. ¡No le deis whisky, por el amor de Dios! ¡Es una dama! ¡No está acostumbrada!

—No han sido ellos —apostilló Venetia, con los ojos chispeantes a causa del alcohol—. Hacéis whisky, así que quería saber cómo sabe, por lo que les he pedido que me sirvan un poco.

Lachlan miró a Jamie con ojos de reproche, quien, por supuesto, formaba parte del grupito.

—¿Cuántos vasos ha tomado, muchacho?

—Éste es el segundo.

Prácticamente abalanzándose sobre ella, Lachlan intentó arrebatarse el vaso, pero ella lo alzó y dijo a viva voz:

—¡Propongo un brindis!

Su impulso arrastró al resto del clan al comedor y todos formaron un corro alrededor de su señor y de su prometida.

—Muy bien, adelante con ese brindis. —Lachlan le sonrió mientras la gente se dispersaba para buscar un vaso y servirse whisky—. ¿Por qué quieres brindar, bonita?

—¡Algo digno de celebrarse con un *ceilidh*! —expresó ella vivazmente.

«Una declaración de amor combinaría perfectamente con un *ceilidh*», pensó él, y de pronto se le aceleró el pulso. ¡Sería el momento perfecto para que él y Venetia declarasen su consentimiento mutuo! A pesar de que no necesitaban testigos, era conveniente tenerlos. Y quizá, ahora que ella estaba un poco embriagada, podría convencerla para que pronunciara las palabras debidas.

Lachlan la observó con más detenimiento. No, no parecía lo

suficientemente ebria como para caer en esa trampa. Venetia no arrastraba las palabras cuando hablaba ni se tambaleaba sobre sus pies, así que nunca lograría que pronunciara los votos. A menos que...

Ella había aseverado que hablaba el gaélico, si bien Lachlan tenía la sospecha de que había mentido.

Oh, era una idea muy pérfida. Pero ella estaba en ese punto de embriaguez que podía hacer que el plan saliera bien.

Ignorando la presión en su conciencia, Lachlan murmuró:

—¿Qué tal un brindis en gaélico? Es muy apropiado, con un *ceilidh*, ¿no te parece, princesa?

—¡En gaélico! ¡Sí! —aplaudió ella, desplegando una amplia sonrisa.

Lachlan estaba dispuesto a ponerla a prueba.

—En Escocia, los brindis se hacen de dos en dos, quiero decir, que primero uno expresa en voz alta aquello por lo que quiere brindar, y luego el otro lo repite. Antes has dicho que hablabas gaélico, ¿no? ¿Qué tal si empiezas tú?

Su sonrisa se achicó, pero Venetia asintió.

—Sí, así es. Pero... creo que será mejor que empieces tú. Después de todo, ésta es tu casa y tu *ceilidh*. Vamos, enuncia un brindis y yo lo repetiré.

Venetia se lo estaba poniendo en bandeja. La Princesa Orgullosa no podía soportar quedar en ridículo delante de un grupo de escoceses.

—De acuerdo.

Lachlan echó un rápido vistazo a su alrededor para confirmar si todos tenían un vaso, entonces alzó el suyo y empezó a hablar.

—*Tha mise Lachlan Ross a-nis 'gad ghabhail-sa Venetia Campbell gu bhith 'nam bhean phòsda, gus an dèan Dia leis a' bhàs ar dealachadh.*

La concurrencia soltó un suspiro colectivo al reconocer los votos del matrimonio: «Yo, Lachlan Ross, te tomo a ti, Venetia Campbell, por esposa, hasta que Dios nos separe con la muerte».

Todos la miraron expectantes, al igual que él.

—Ahora te toca a ti, bonita —la incitó Lachlan. Si no comprendía las palabras, nunca recordaría la frase entera, y eso era precisamente lo que él esperaba.

—Yo... yo... ¿podrías repetirlo, por favor? No... no lo recuerdo todo.

Jamie miró a su jefe con el ceño fruncido.

—La señorita no comprende lo que decís.

—¡Sí que lo entiendo! —exclamó ella con petulancia—. Sólo quiero estar segura de que lo digo bien.

Lady Ross y el resto del clan parecían tan satisfechos como él. O bien era eso, o estaban ignorando convenientemente el hecho tan insólito de que él insistiera en expresar los votos en gaélico.

Lachlan aspiró aire profundamente, y luego dijo:

—Repíteme conmigo, bonita: *Tha mise Venetia Campbell...*

Ella lo repitió.

—*A-nis 'gad ghabhail-sa Lachlan Ross...*

Venetia no parecía darse cuenta de que él había invertido el orden de los nombres, ya que repitió exactamente lo que él acababa de decir.

—*Gu bhith 'nam fhear phòsda...* —continuó él, entonces contuvo la respiración para ver si ella se había fijado en el cambio de «esposa» en vez de «esposo». Por lo visto no, ya que repitió cada palabra.

—*Gus an dèan Dia leis a' bhàs ar dealachadh.* —Lachlan apenas pudo ocultar su sonrisita mientras ella decía las mismas palabras. Si las repetía sin equivocarse, todo saldría a pedir de boca.

En el momento en que Venetia acabó de pronunciar la última parte, todos estallaron en vítores de alegría, más que dispuestos a aceptar esos votos de matrimonio como una prueba irrefutable. Incluso Venetia ayudó a reforzar la farsa, ya que sonrió a Lachlan amorosamente antes de beber su whisky.

Esa sonrisa tuvo el mismo efecto que si a Lachlan le hubieran clavado una estaca en el pecho. De repente se sintió horrorizado ante el terrible conflicto que acababa de suscitar.

En el momento en que le comunicara a Venetia que ya estaban casados —o que cualquier otro miembro de su clan lo mencionara— ella descubriría el modo tan alevoso con que él la había manipulado. Lachlan podría defenderse alegando que de verdad pensaba que ella sabía gaélico, pero su Princesa Maquiavélica no era tan estúpida. Y el hecho de que esos votos matrimoniales tuvieran fuerza legal, y que su clan entero se mostraría seguramente más que dispuesto a declarar ante un juez que ella sabía perfectamente lo que decía, no serviría para auxiliarla.

Ahora estaban casados, y por consiguiente Lachlan ya no tenía que

preocuparse de que ella regresara a Londres deshonrada, sin la protección de su nombre. Pero sabía que estaba agarrando a una gata montesa por la cola; de eso no le cabía la menor duda. Así que...

¿Cómo diantre pensaba salir de ese lío?

Capítulo veinticuatro

Querida Charlotte:

Si los hombres nos mostramos mucho más reservados es porque sabemos que no podemos confiar nuestros secretos a ninguna mujer. A la que la hacemos partícipe de una confidencia, inmediatamente ella siente el deseo de entrometerse en cada aspecto de nuestra vida, y he de admitir que la mayoría de los hombres somos unos férreos defensores de nuestra intimidad.

Vuestro primo, Michael

*D*espués de que Venetia repitiera el brindis de Lachlan, el atardecer adoptó un cariz extraño. Un minuto antes se estaba divirtiendo de lo lindo, sintiéndose una más del clan, cuando de repente se encontró con que Lachlan estaba echando a todos los invitados. A pesar de que era tarde, ¿por qué tenía que mostrarse tan maleducado con todos?

Entonces Roarke le propinó una palmadita a Lachlan en el hombro, los felicitó a los dos —¿por qué? Venetia no estaba segura— y empezó a hablar con Lachlan sobre el matrimonio. Sin que viniera a cuento, Lachlan sugirió abruptamente que los dos hombres tomaran un trago en el comedor. Solos.

Venetia se quedó de repente sin saber qué hacer, así que decidió ir a buscar a lady Ross. La encontró en la sala de estar, colocando los muebles en su lugar. Cuando Venetia le ofreció ayuda, la mujer contestó:

—Ah, no, no te preocupes; sólo arreglo un poco este desbarajuste antes de acostarme. El resto ya lo haremos mañana.

—La verdad es que siento curiosidad por algo que ha dicho McKinley, del castigo que recibió Lachlan por robar a mi padre.

—Ah, eso. —Lady Ross apiló los platos sucios con un nerviosismo palmario—. No sé a qué se refería. Ese tipo está loco. Estoy segura de que ya os habréis dado cuenta.

—No me cabe la menor duda de que es una alimaña, pero no me atrevería a afirmar que esté loco. Y todo el mundo parecía comprender a qué se refería.

Lady Ross lanzó un suspiro y la miró a la cara.

—Será mejor que se lo preguntes a Lachlan.

—Ya lo intenté mientras estábamos bailando, pero cambió de tema. Y nadie más quiere contármelo. ¿Qué es lo que pasó...?

—Mi hijo no quiere rememorar lo que sucedió, eso es todo. Jamás me lo perdonaría, si os lo contara. Además, considero que lo justo es que sea él quien os lo cuente, dado que ahora sois su esposa.

—¿Su esposa? —repitió Venetia, perpleja—. ¿Qué queréis decir?

Ahora era lady Ross la que se mostraba perpleja.

—¿Acaso no lo sabéis? —Suspiró—. Supongo que Lachlan no os ha contado lo de los casos de matrimonio irregulares que se consideran legales en Escocia. Los votos que habéis pronunciado tienen suficiente validez para que vuestro matrimonio sea considerado legal, aquí. —Sacudió la cabeza—. Lachlan os lo tendría que haber contado, maldito truhán, antes de que los pronunciara ante Dios y todo el clan. Qué suerte que os haya podido avisar antes, o habríais tenido un buen susto, cuando esta noche él venga a vuestra cama y... —Al ver la cara de Venetia, no acabó la frase.

—¿Qué... qué... qué votos? —tartamudeó Venetia.

Lady Ross se puso lívida.

—Dijisteis que sabíais gaélico.

El brindis. Las palabras que había repetido, una a una...

¿Lachlan se había dado cuenta de que ella no comprendía lo que decía? Rememoró el incidente mentalmente. Oh, sí, claro que se había dado cuenta, maldito bribón, porque si no, no habría insistido tanto en pronunciar los votos en gaélico.

Venetia estalló en un ataque de furia. ¡Ese rufián le había tendido una trampa! ¡Y había caído en ella, como una pobre idiota!

Lady Ross la agarró por el brazo, con el rostro visiblemente alarmado.

—No comprendisteis los votos, ¿no es cierto? Porque de ser así, no tienen validez legal.

Venetia se quedó mirando fijamente a lady Ross, abrumada ante el cúmulo de imágenes y de mensajes que se desbordaban en su mente. No podía negar que quería casarse con él; además, sabía que si declaraba delante de un juez que no sabía lo que decía, todo el clan se le echaría encima para contradecirla. Quizá lady Ross se pondría de su lado, pero Venetia quedaría como una verdadera idiota, y de todos modos, probablemente no habría

manera de enmendar el error.

Además, quería casarse con Lachlan, aunque no antes de tener la certeza de que él no moriría al enfrentarse a su padre.

Venetia achicó los ojos. Quizá aún podía conseguirlo. Lachlan no sabía que ella había descubierto la verdad. Por eso se había comportado de un modo tan extraño, echando a la gente de su casa con tanta celeridad, llevándose a Roarke al comedor, para tomar un trago lejos de ella.

Esa baza era suya. Y no pensaba perderla. A cambio de ese pequeño engaño, haría que Lachlan bailara al son de su música. Después de todo, para eso estaban las esposas, ¿no?

—¡Venetia! —exclamó lady Ross—. ¿Sabíais lo que decíais o no?

—Sí, claro que lo sabía. —Venetia estampó una sonrisa en los labios—. Lo siento, toda esa cuestión acerca de matrimonios irregulares me ha pillado por sorpresa. Pensaba que Lachlan y yo iniciábamos un festejo formal con ese brindis, y no que nos casábamos. Pero no pasa nada. De todos modos, quería casarme con él, y vos sabéis que no miento. Lo que pasa es que... no he comprendido las normas del juego.

Lady Ross soltó un suspiro de alivio, entonces abrazó a Venetia impulsivamente.

—Me alegro mucho, muchísimo de que seáis su esposa. De verdad.

Pero eso no significaba que Venetia pensara permitir que el endemoniado de su marido la engañara más veces, tal y como acababa de hacer.

Venetia enfiló hacia el comedor, pero Lachlan seguía bebiendo con Roarke, por lo que consideró que no era prudente hablar todavía con él. No, sería mejor meterse en la cama y esperar a que él subiera a verla; así podrían estar solos. Si él buscaba una inolvidable noche de bodas, la tendría: ella disfrutaría de lo lindo, viendo cómo él intentaba explicarle por qué tenía derecho a compartir su cama.

Si no conseguía que él se arrodillara y le implorara que lo perdonase y le prometiera la luna antes de que acabara la noche, entonces Venetia no era digna de ser su esposa.

Lachlan se despertó rodeado de una absoluta oscuridad, con la cabeza apoyada en los brazos, y éstos flexionados sobre la mesa. Estaba sentado en una silla...

Sí, había estado bebiendo whisky con Roarke. Alzó la cabeza, sorprendido al constatar que prácticamente ya estaba sobrio. Debía de haber estado durmiendo la mona durante un buen rato. Tampoco era que se hubiera excedido tanto bebiendo; en realidad únicamente había intentado posponer el momento en que tendría que decirle a Venetia lo que había hecho. Cuando Roarke se marchó, decidió quedarse un rato más en el comedor, entonces seguramente debió de quedarse dormido.

Por eso era ya noche cerrada, porque la vela se había consumido por completo. Maldición.

Ladeó la cabeza para escuchar, pero la casa estaba en silencio. Todo el mundo se había ido a dormir, incluyendo su adorable nueva esposa. Quien realmente ignoraba que era su nueva esposa.

Intentó levantarse, y sin querer derribó la silla. De acuerdo, todavía estaba un poco ebrio, pero lo único que tenía que hacer era encender una vela.

La labor resultó más ardua de lo que se había figurado. Cuando se apartó de la mesa, se sintió desorientado. A pesar de su intención de no hacer ruido, no pudo evitar tropezar con varios objetos mientras buscaba la chimenea, e incluso después de topar con la repisa de la chimenea por accidente, no consiguió encontrar lo que necesitaba. ¡Que el diablo se llevara a su madre y a Venetia por haber cambiado todas las cosas de sitio!

—¿Dónde habrán puesto las velas? —farfulló al tiempo que con una mano palpaba toda la repisa, derribando un candelabro en el proceso.

—Están en la caja de plata, en la otra punta de la repisa —aclaró una voz detrás de él justo en el momento en que una pequeña franja de luz iluminaba la estancia.

Lachlan se dio la vuelta precipitadamente, apartándose el pelo de la cara para poder ver mejor a la persona que portaba una vela. Era Venetia.

Llevaba un camisón y un batín, y su melena caía en cascada sobre sus hombros, formando unas bellas ondas de ébano. Parecía que acabara de salir de la cama. Lachlan sintió un irrefrenable deseo de llevarla en brazos de vuelta a la cama.

Entonces vio su expresión seria mientras ella supervisaba la escena. Había derribado tres sillas y una sopera de plata seguida de una bandeja de oropel. Al lado de la vela extinguida por completo sobre la mesa había una jarra vacía de whisky y los vasos todavía milagrosamente enhiestos.

—Buenas noches, princesa —murmuró, sin estar seguro de lo que quería decir—. No pretendía despertarte. Sólo estaba buscando una vela.

—Pues gracias a Dios que no has encontrado ninguna, porque si no ahora tendría que sofocar un incendio.

—¿Por qué lo dices?

Venetia lo escrutó con una mirada de superioridad, y él se dio cuenta de que no llevaba corbata ni chaqueta, y que tenía el chaleco desabrochado y la camisa desmayada por encima de los pantalones. Probablemente tenía aspecto de salir de una taberna.

—Quiero decir que estás borracho —concluyó ella.

—¡No es verdad! —Dio un paso hacia ella, pero tropezó con el candelabro, y se golpeó en la espinilla—. ¡Ay! ¡Qué daño! —gritó mientras le propinaba una puntada al objeto que acababa de atacarlo y lo enviaba al otro extremo del comedor.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieto de una vez? —Venetia se apresuró a entrar en la estancia y dejó la vela sobre la mesa, luego empezó a recoger las sillas—. No permitiré que destroces el comedor mientras estás borracho.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No estoy borracho! —refunfuñó Lachlan, a pesar de que suponía que ella tenía parte de razón, y que lo mejor era quedarse quieto.

Venetia lo miró con ojos de reprobación.

—Mira Lachlan, os habéis bebido toda la jarra de whisky.

—Roarke ha bebido mucho más que yo. Además, llevo bebiendo whisky desde que era un crío, así que tengo la esperanza de que a estas alturas puedo tolerar el licor.

Lachlan se inclinó hacia delante para recoger una silla.

—¡No te muevas! —le ordenó Venetia mientras volaba a su lado.

Pero él ya se había apoderado de la silla y se había dejado caer pesadamente sobre ella.

—Sólo necesito un momento para recomponerme. —«Antes de que me lleve a mi esposa a la cama y le haga el amor», mas no podía hacerlo sin admitir lo que había hecho. Y ése no era probablemente el mejor momento para tales confesiones—. Deja que me sienta un poco.

—Me parece una buena idea. No queremos que te caigas en ninguna charca,

de camino a tu cabaña.

Lachlan achicó los ojos.

—No pienso ir a la cabaña.

—¿Por qué no? —preguntó en una voz sospechosamente dulce—. Si siempre duermes allí.

Maldición.

—Esto... yo... ejem... No pasa nada, si me quedo aquí sólo por una noche, ¿no te parece?

—Sólo por una noche —repitió ella, con un tono frío.

Venetia empezó a moverse, pero él la agarró por la mano, entonces la atrajo hacia sí.

—¿Me dejas que duerma en tu cama, bonita?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Todavía no soy tu esposa, y lo sabes.

Lachlan tenía que decirle la verdad. Pero no podía. No, lo que tenía que hacer era seducirla de nuevo. Entonces, cuando ella se sintiera saciada y a gusto con él, le diría que estaban casados. Sí, indudablemente, era un buen plan.

La obligó a sentarse en su regazo.

—Pero, aun así, podrías dejarme un espacio en tu cama, dado que ahora estamos festejando formalmente. —Deslizó el brazo alrededor de su cintura.

—¿Festejando? —repitió ella, con sequedad.

—Todos dicen que se nota que sientes algo por mí. —Le estampó un beso en el pelo—. Y que también se nota que yo siento algo por ti. —Cuando su alegato no sirvió para calmarla, Lachlan metió la mano dentro del batín para acariciarle el vientre—. ¿Recuerdas la última vez que te sentaste en mi regazo?

Venetia alzó la barbilla con petulancia.

—La única vez que recuerdo sentada en tu regazo fue cuando estuve atada de manos y pies durante horas.

Cuando quería, sabía ser muy testaruda.

—No me refería a esa vez, y lo sabes. Quizá sólo necesites una pequeña demostración para refrescar la memoria de lo que sucedió. —Se acercó más a su cara, y le dio un beso en los labios.

Por todos los santos. Venetia lo embriagaba con su aliento, a whisky y a

mujer, un gusto irresistible. Por un momento ella respondió como una fémica ardorosa, abriendo los labios y permitiéndole hurgar en el interior extremadamente suave de su boca. La lengua de Venetia jugueteó con la suya, y su cuerpo se relajó debajo de las caricias de los diestros dedos viriles.

Hasta que él le acarició un pecho.

—Lachlan —susurró ella, apartando la boca—. ¿Estás intentando seducirme?

—Si puedo... —Él continuó manoseándola con impudicia.

—¿Aunque todavía no estemos casados?

Lachlan ignoró la punzada de culpabilidad que sintió en el pecho.

—Eso no nos frenó antes —respondió él evasivamente.

—Sólo porque te aprovechaste de mí en un momento de debilidad.

—¿Así que por qué no haces tú lo mismo y te aprovechas de mí ahora, que estoy borracho y no puedo protestar? ¡Vamos, intenta superar mi osadía! Estás en todo tu derecho.

Venetia resopló.

—Hombre, supongo que para superar tu osadía tendría que echarte dentro de un carruaje, atarte de pies y manos, y llevarte por toda Escocia. Aunque creo que no estás tan borracho como para permitirme ese sueño.

El sentimiento de culpabilidad volvió a asaltarlo.

—Si eso te hace feliz, te juro que cuando todo esto acabe, te dejaré que me amordaces y que me pasees por Escocia tanto tiempo como quieras.

El repentino brillo en los ojos de Venetia lo asustó. Entonces ella cambió de postura sobre su regazo, y deslizó los brazos alrededor de su cuello con una sonrisita picarona, y él se olvidó de todo salvo de la sensación de bienestar que sentía en esos momentos, arropado entre los brazos de su amada.

—Tu propuesta me parece la mar de atractiva —replicó Venetia con una voz grave—, especialmente la parte de amordazarte. De hecho, creo que lo haré ahora mismo. Entonces podría aprovecharme de ti tanto como me diera la gana.

Sus palabras consiguieron que Lachlan se excitara sobremanera.

—Te gustaría hacerlo, ¿verdad?

—Oh, sí. —Con una mirada seductora, se inclinó hacia delante para besarlo en el pecho a través del escote en forma de V de su camisa, a

continuación deslizó la lengua a lo largo de su cuello—. Es una pena que quieras esperar a que «todo esto acabe».

Lachlan podía notar el estrépito que armaban sus latidos desbocados.

—Bueno, supongo que no hace falta que... esperemos. Si no quieres.

Ella arrimó la boca a su oreja.

—Lo que quiero es tenerte a mi merced, Lachlan Ross. Tienes tanto arrojo y empaque que no logro relajarme por completo cuando estoy contigo. Especialmente porque aún no estamos casados.

Su tono burlón hizo que él alzara la cara para mirarla a los ojos, pero Venetia ya había vuelto a bajar la cabeza y había empezado a deslizar la lengua por el cuello de nuevo, bajando hacia su pecho.

—Pero si estuvieras atado de manos, para que yo pudiera tocarte sin pudor, besarte por todas partes... —Venetia deslizó una mano hasta sus muslos y constató la tremenda erección de su miembro viril—, pasar la lengua por cada zona de tu cuerpo... Sé que me sentiría mucho más cómoda.

El mero pensamiento de que Venetia le chupara los testículos y la polla consiguió ponerlo más erecto que un palo. Sólo por eso, ya se habría dejado maniatar.

De acuerdo, así que esa descocada reina fogosa sentada en su falda no se parecía a la Venetia que conocía... Pero a él le gustaba esa Venetia. Le gustaba mucho. E iba a volverse loco si no podía gozar de ella y con ella pronto.

Lachlan quiso quitarle el batín, pero ella le apresó la mano.

—Primero te ataré las manos.

Esa insistencia por parte de Venetia de querer atarlo le pareció un poco extraña.

—No estarás pensando en maniatarme y dejarme aquí tirado para que las criadas me encuentren por la mañana, ¿no?

—¡Lachlan! —exclamó ella, con carita ofendida—. ¡Jamás te haría una cosa así! —Se levantó de su regazo con un suspiro de decepción—. No te fíes de mí, eso es lo que pasa. Sólo quería un poco de diversión, pero...

—¡Sí que me fío de ti, bonita! —La agarró por la mano antes de que ella se separase de él, entonces la atrajo hacia sí y Venetia quedó de pie entre sus piernas—. Si lo que quieres es atarme, adelante, estaré encantado de satisfacer tus deseos. —Especialmente si ésa era la única forma de acostarse con ella esa noche.

—¿Y me dejarás hacer lo que quiera, cuando te tenga atado? —inquirió con ojitos de gatita—. ¿Cualquier cosa que quiera, por más obscena que sea?

¡Que Dios se apiadara de él! ¡Sí, claro que sí!

—Todo lo que quieras.

Su ardiente mirada felina lo dejó sin aliento.

—Muy bien. —Acto seguido, se desabrochó el batín y le mostró el cinturón—. Usaré esto.

Mientras se colocaba detrás de él, Lachlan se quitó rápidamente el chaleco y la camisa, quedando desnudo desde la cintura para arriba, después se quitó las botas. Con una sonrisa en los labios, pensó que era mejor dejar que Venetia se encargara del resto. Sería un absoluto placer.

La sonrisa se desvaneció cuando notó que ella le ataba las manos. Se las estaba atando más fuerte de lo que había esperado por parte de una muchacha que nunca había atado a nadie anteriormente. Cuando después se las ató a la silla, Lachlan sintió cierto desasosiego. Había pensado que podría abandonar la silla cuando quisiera.

Cuando Venetia volvió a colocarse delante de él con una sonrisa oscura y porfiada, a Lachlan el corazón le latía tan aceleradamente que pensó que se le iba a escapar por la boca. Venetia llevaba el batín abierto sólo lo suficiente para mostrar el camisón translúcido y las curvas que se transparentaban debajo. Pero para su disgusto, ella no se quitó el batín.

Se quedó de pie, mirándolo fijamente; clavando los ojos en sus hombros, y luego en su pecho y su vientre, hasta fijarlos en las piernas abiertas y el bulto que emergía entre ellas. El bulto se hinchó más bajo su mirada.

—El batín. Quítatelo. Lo prometiste —carraspeó él, tan excitado que pensaba que su miembro viril le estallaría de un momento a otro.

Venetia plantó ambas manos en la cintura y lo miró con unos ojos crueles.

—Todo a su tiempo, querido esposo, todo a su tiempo. —Su risotada fue maquiavélica—. Vamos, Lachlan, sabes perfectamente bien que hemos expresado nuestros votos de matrimonio hace unas horas. Y nada menos que en gaélico. ¿Cómo es posible que lo hayas olvidado? ¿Después de que te esforzaras tanto para tenderme esa trampa?

¡Santo Dios! ¡Ella sabía la verdad! Ahora sí que estaba perdido, si no iba con sumo cuidado.

—¿Una trampa? —repitió, intentando utilizar un tono inocente a pesar de

que se sentía tan culpable—. ¿Qué quieres decir con eso de que te he tendido una trampa? Dijiste que entendías gaélico.

—Y tú sabes que mentía.

—No sabía...

—No me has corregido hace un rato, cuando he dicho que no estábamos casados, ¿o acaso me equivoco? —Los ojos de Venetia refulgían—. Y eso que lo he dicho tres veces.

Le había tendido una trampa, y él había caído de lleno.

—¿Cómo has sabido...?

—Tu madre me lo ha dicho. Imagínate mi estupor, cuando me he enterado de que nos habíamos casado sin que yo lo supiera. —Venetia se arrimó más a él, entonces se inclinó para susurrarle al oído—: Y sin tener la oportunidad de negarme, tampoco.

Tras lamerle el lóbulo de la oreja, se apartó, y Lachlan resopló. Cielos, ahora sí que estaba en un aprieto. Intentó levantarse, pero ella no sólo le había atado las manos a la silla, sino que además había atado la silla a la mesa.

—No hace falta que intentes ponerte de pie, esposo mío —dijo ella con una voz melosa—. Te quedarás aquí sentadito bastante rato. Por lo menos hasta que obtenga lo que quiero de ti.

Lachlan volvió a desplomarse sobre la silla, después del intento fallido, maldiciéndose a sí mismo por no haber visto la trampa hasta que había sido demasiado tarde.

—¿Y qué es lo que quieres, bonita? —preguntó, aunque temía que ya lo sabía.

—Todo, amor mío. —Se inclinó para pasarle un único dedo por la parte interior del muslo, despacio, voluptuosamente, deteniéndose justo cuando estaba a punto de alcanzar sus genitales, y entonces retiró la mano, dejándolo más hambriento que antes—. No pararé hasta que me ofrezcas todo lo que quiero.

A continuación, sonrió impíamente.

—Porque puedes tener la certeza de que tú no conseguirás lo que quieres hasta que lo hagas.

Capítulo veinticinco

Querido primo:

Si estáis casado, entonces compadezco a vuestra pobre esposa. En mi experiencia, los hombres sólo nos confían sus confidencias cuando quieren usar esa información por motivos capciosos.

Con afecto, Charlotte

«Ahora el juego empieza a ponerse interesante», pensó Venetia, saboreando el momento. Le encantaba tener a ese granuja arrogante maniatado y a su entera merced. Así que se había atrevido a engatusarla para que se casara con él, ¿verdad? ¡Ya se aseguraría ella de que jamás volviera a intentar nada similar!

Aunque, aparte de ella, sólo Dios era testigo del aspecto tan tentador que él ofrecía, con ese torso perfectamente moldeado, salpicado por unos pocos rizos de oscuro vello; la fina cintura, en la que las cicatrices tenían ya mejor aspecto; los imponentes muslos, separados lo suficiente para exponer una erección más que obvia debajo de sus pantalones... Venetia apenas podía reprimir las ganas que sentía de acariciar esos hombros musculosos que brillaban bajo la luz de la vela.

Pero prefería contenerse, para no caer en la trampa de la atracción sexual que él ejercía sobre ella cada vez que se quedaban solos. Ahora, después de haberlo estado contemplando durante un rato con un absoluto descaro, Lachlan empezaba a recuperar su típica arrogancia y su rostro empezaba a abandonar la expresión alarmada.

—¿Puedo asumir por lo que acabas de decir que tarde o temprano conseguiré lo que quiero? —preguntó, alzando tentativamente una ceja.

—Eso depende de lo que quieras.

Lachlan esbozó una mueca de fastidio.

—Sabes perfectamente lo que quiero, maldita sea. —Repasó su cuerpo con una mirada hambrienta que expresó sin necesidad de palabras lo que pensaba hacerle si ella se ponía a su alcance—. Quiero acostarme contigo. Quiero hacer el amor contigo esta noche.

—Entonces tendrás que acogerte a mis demandas.

Venetia se quitó el batín con unos movimientos sensuales, satisfecha al ver cómo él la devoraba con los ojos. A continuación se puso a jugar con la prenda de algodón, sosteniéndola con un solo dedo y haciéndola girar para después lanzarla justo encima de su miembro viril inflamado que parecía pedir a gritos que lo liberaran de los pantalones. En ese momento Venetia pensó que tenía que estar sumamente agradecida a esos cuentos del harén y a las cartas descriptivas de su amiga Amelia sobre los bailes de las huríes en Marruecos, donde vivía con su esposo americano.

—Creo que tenías razón sobre mis inclinaciones —murmuró ella con una voz grave mientras él respiraba cada vez con más dificultad—: es cierto que soy una viciosa.

Lachlan renegó a media voz.

—Recuerda que no estaré aquí atado para siempre. —La abrasó con la mirada—. Cuando esté libre, nada me detendrá para consumir el matrimonio, ¿comprendes?

—Yo que tú todavía no fanfarronearía con esas amenazas. —Volvió a asir el batín y se lo pasó delicadamente por encima de su erección, sabiendo que ese tacto no podía bastar para satisfacerlo—. Además, lo único que tengo que hacer para acabar con este malentendido es afirmar delante de un juez que no entiendo gaélico, y entonces te quedarás sin esposa.

Lachlan achicó los ojos.

—Mi clan alegrará que tú has asegurado delante de ellos que sabías perfectamente lo que decías.

—Y yo alegraré lo contrario. Entonces habrá una desagradable disputa en el juzgado. —Hundió los dedos entre su cabello y después lo agarró por la cabeza para obligarlo a alzar la barbilla y mirarla. Lachlan echaba fuego por los ojos—. Dime, ¿a quién te parece que creará el magistrado? ¿A la hija de un conde? ¿O al feroz *highlander* que ha secuestrado a la hija de un conde? ¿Después de fingir que estaba muerto durante seis meses?

Él entornó los ojos a la vez que blasfemaba entre dientes.

—Muy bien, bonita, creo que empiezo a entenderte, y ahora dime, ¿cuáles son tus exigencias?

Venetia le soltó la cara, y empezó con una demanda suave, para que él no se pusiera en guardia.

—En primer lugar, quiero una boda real, en una iglesia, delante de un cura y de testigos. No pienso arriesgarme a que alguien se interponga en nuestro matrimonio cuando nazcan nuestros vástagos.

A Lachlan se le iluminaron los ojos ante la mención de sus futuros hijos.

—Por supuesto. Una boda real. Seguramente tu padre y tu tía también esperarán lo mismo. No tengo ninguna objeción al respecto.

—Bien. —Ahora venían las cosas importantes—. En segundo lugar, quiero una información que, por lo visto, nadie quiere darme.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que dijo McKinley hoy, y que tú mencionaste ya una vez. Que papá te castigó hace años por algo. Quiero saber el cómo y el porqué.

Lachlan se azoró visiblemente mientras se removía inquieto en la silla.

—No veo la razón por la que has de saberlo.

—Porque cuando llegue papá y vaya a hablar con él, necesitaré tener toda la información disponible. Necesito saber a qué me estoy enfrentando.

Lachlan la miró con el ceño fruncido.

—Ya te he dicho que no pienso permitir que hables con tu padre por mí, así que si piensas que me tendrás aquí atado hasta que prometa...

—Pienso que cuando haya acabado contigo, Lachlan Ross, tú me prometerás lo que sea —terció ella, sintiéndose invadida súbitamente por una sensación de inmenso poder, al tener el control de la situación con él por una sola vez. Empezó a desabrocharse las cintas del camisón, y después abrió el escote sólo lo suficiente como para exponer parte de sus pechos orondos y el oscuro valle que se abría entre ellos.

Lachlan clavó la mirada en ese punto como una flecha en la diana.

—¡Dios mío! —suspiró con dificultad.

—Dime a qué se refería McKinley, y no sólo me quitaré el camisón sino que te dejaré probar lo que hay debajo.

El bulto entre las piernas de Lachlan se hinchó aún más.

—Eres una fémica más viciosa de lo que había supuesto.

—He tenido un buen maestro contigo.

A Lachlan se le escapó una risotada.

—Sí, en eso probablemente tengas razón.

Venetia se bajó el camisón por un hombro.

—Así que... ¿me lo contarás?

—Quítate el camisón —bramó él—, y entonces te lo contaré.

—No, primero me lo contarás, y luego me quitaré el camisón. —Se arrimó más y se inclinó para frotarle la mejilla con el pecho cubierto por la tela.

Rápidamente Lachlan giró la cabeza e intentó apoderarse del pecho con su boca, chupándolo a través de la tela. Ella se lo permitió... por unos segundos. Después se apartó.

—Habla, Lachlan.

Un músculo se tensó en su mandíbula varonil mientras la miraba ferozmente.

—Jamás habría permitido que me ataras si hubiera sabido que serías tan cruel.

—Ah, pero lo has hecho, y esto es lo que quiero de ti. La verdad, toda la verdad.

—Y no pararás de atormentarme hasta que te lo diga, ¿no es así?

—Exactamente.

Él suspiró.

—De acuerdo. —Cuadrándose de hombros, desvió la vista hasta fijarla en la llama de la vela—. Cuando tenía dieciséis años, uno de los guardianes de Braidmuir vio a un grupo de muchachos que salía corriendo del huerto con unas bolsas llenas de manzanas. Puesto que eran mis amigos, le contó a tu padre que le había parecido verme entre ellos.

La rabia se había apoderado de sus facciones cuando volvió a girarse hacia ella.

—No era verdad. Hasta entonces, nunca había robado manzanas ni ninguna otra cosa a tu padre. Era un chiquillo indómito, pero no un ladrón.

Su acento escocés se había vuelto más intenso, más cerrado, como si todos los años pasados en el ejército británico se hubieran disuelto súbitamente para dar paso de nuevo al muchacho de las Tierras Altas.

—Sin embargo, tu padre secundó la idea de que yo había intervenido en ese robo y se personó en esta casa exigiéndole a mi padre que me aplicara el castigo debido, porque si no lo hacía, me denunciaría ante el juez y solicitaría un castigo ejemplar.

Venetia sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Por culpa de una bolsa de manzanas?

—Según él, lo que contaba era el principio. Estaba seguro de que yo había incitado a los otros muchachos a hacerlo. E incluso después de que mis amigos aseguraran que yo no me hallaba entre ellos, él prefirió creer que simplemente estaban protegiendo al «hijo del *laird*».

Lachlan soltó un bufido de repulsa.

—Así que mi padre me llamó. Le juré que no tenía nada que ver con ese lío. Pensé que me creía, pero en lugar de ponerse de mi parte, le propuso a tu padre un castigo. Según él, su intención era evitar que me llevaran ante un juez, pero... —Volvió a apartar la vista, mientras la vergüenza se expandía por sus facciones—. Habría preferido defenderme delante de un juez que soportar el castigo que mi padre sugirió: unos azotes en público.

Ella lo miró, conmocionada.

—Mi padre no dio su conformidad a esa atrocidad, supongo.

—Sí que lo hizo, bonita. El conde estaba furioso por el hurto, y mi padre quería aplacarlo, quién sabe por qué. —Se puso tenso—. Así que mi padre me arrastró hasta colocarme delante de todo el clan y de la gente de tu padre, me obligó a bajarme los calzones y me propinó veinte azotes, tal y como él y tu padre habían estipulado.

—Oh, Lachlan —masculló Venetia, con el estómago contraído al imaginar la humillación que él debió de haber sufrido. Para un chico tan orgulloso y desafiante como Lachlan, incluso a los dieciséis años...

—Me azotó como a un perro. O como a un ladrón. —Su voz había adoptado ahora un tono más beligerante—. Yo no era un ladrón, a pesar de lo que dijera tu padre.

Entonces ella empezó a atar cabos. Dieciséis años...

—Por eso te marchaste de las Tierras Altas. —Apoyó la mano en su hombro—. Por eso te alistaste en el ejército.

—Sí. —Él tragó saliva compulsivamente—. Después de esa humillación, no podía... mirar a nadie a la cara. Ni tampoco podía soportar el modo en que me miraban, o con burla o con pena.

—¡Fue una decisión horrible por parte de tu padre! —estalló ella, acaloradamente—. ¡Y también fue horrible, que mi padre aceptara esa crueldad!

—Lo que más me dolió no fueron los azotes —agregó él, con la cara

encendida—. Mi padre solía azotarme con cualquier excusa cuando era niño, y creo que él creía honestamente que me estaba haciendo un favor, que me estaba salvando de un castigo peor que me aplicaría el juez. Pero eso era precisamente lo más doloroso, que él creyera que mis únicas alternativas eran o ir a dar con los huesos en la cárcel o sufrir una tanda de azotes. Que él pensara que yo era capaz de...

—De hacer tal cosa. Te dolió que no te creyera —concluyó ella, acariciándole el pelo para infundirle ánimos—. Te dolió porque no te lo merecías.

Lachlan asintió con tristeza, entonces alzó la vista y la miró sorprendido.

—¿Cómo sabes que no me lo merecía?

—Acabas de decir que no lo hiciste.

—Sí. Pero mi propio padre no me creyó. ¿Por qué ibas a hacerlo tú?

—Porque sé la clase de hombre que eres —sentenció sin dudar.

—Ya, quieres decir, la clase de hombre que cabalga por las carreteras saqueando a los amigos de tu padre, que osa secuestrar a una mujer inocente...

—Hiciste esas fechorías para ayudar a tu clan, algo absolutamente comprensible.

Lachlan soltó un bufido.

—Si comprendieras tan bien mis fechorías, no me habrías atado las manos para avasallarme con tus exigencias. ¿Por qué crees que nunca te he hablado de esos azotes? Porque sabía que eso haría que aún desconfiaras más de mí. Porque sabía que nunca podrías comprenderlo.

Sus palabras la atravesaron con la fuerza de una daga afilada. Lachlan tenía razón. Ella no había comprendido la magnitud de la tragedia. Cuando le había pedido que desistiera de su derecho a enfrentarse a su padre, lo había hecho sin ser consciente del enorme sacrificio que le estaba exigiendo. Lachlan había esperado dieciséis años para que se hiciera justicia con él, para comprender por qué su padre se había sometido a la voluntad de Duncannon aun cuando era el conde quien le debía dinero; dieciséis años esperando descubrir por qué el conde no había pagado esa deuda, y por qué Alasdair Ross no lo había obligado a hacerlo.

Sí, había esperado dieciséis años a obtener lo que merecía, y ella le había pedido que lo echara todo por la borda simplemente por ella. Eso no era justo.

—Así que... ¿cuál es tu siguiente exigencia, bonita? —preguntó con el

rostro ensombrecido—. Supongo que ahora me pedirás que haga lo que a ti te dé la gana con tu padre. Te aviso; acabarás por volverme loco, intentando que diga...

—No. —Lo acalló emplazando un dedo delante de sus labios—. No quiero nada más. —Ese juego había adoptado un inesperado giro repulsivo que ella no había esperado—. Tú ganas. Haz lo que quieras con mi padre, aunque espero que recuerdes que prefiero un esposo vivo a uno muerto.

Lachlan alzó la vista para mirarla, con los ojos aliviados. Entonces sus ojos adoptaron súbitamente un brillo más licencioso, y le atrapó el dedo con la boca para chuparlo. A Venetia se le aceleró la respiración. Apartó el dedo y se inclinó para reemplazarlo con la boca, y lo besó despacio, sin prisa. Él sabía a humo y a malta, un punto amargo a whisky que se añadía a la creciente neblina de necesidad y deseo que empezaba a embriagarla. Mientras la lengua de Lachlan se movía impulsivamente, entrelazándose con la suya, ella sintió cómo se le henchía el pecho de amor.

¿Amor? Sí, amor. Lo amaba. Probablemente no era la actitud más inteligente, pero no podía hacer nada por evitarlo. El amor tan intenso que él sentía por su tierra y su gente la desarmaba, al igual que su orgullo obcecado, y el hecho de que él hubiera llegado a tratarla como a una más de su clan.

¿Se atrevería a confesarle tales sentimientos? ¿Sería capaz de otorgarle tanto poder sobre ella cuando él ya ejercía un influjo demasiado poderoso como para poder considerarlo prudente? Venetia se moriría, si él no sentía lo mismo por ella.

Insegura y vulnerable, se apartó sólo para oír su murmullo: —Quítate el camisón, bonita. Ya te he confesado lo que querías, ahora deja que te vea. Y que te pruebe.

Pero Venetia tenía una idea mejor. A partir de ese momento simplemente pensaba mostrarle no sólo la desnudez de su cuerpo, sino también la de su alma, entregarse por completo. Se quitó el camisón y se apoyó en su pierna sana para ofrecerle un pecho. Tras lanzar un gruñido de satisfacción, Lachlan le mordisqueó el pezón y después empezó a chuparlo con un afán desmesurado, repasándolo con la lengua con frenesí, como si con ello le fuera la vida.

Venetia echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro de puro placer. ¡Virgen santa! Lo hacía tan bien... Deseosa de más, se sentó en su regazo y emplazó el otro pecho delante de su cara para que él también pudiera devorarlo. Lachlan

lo aceptó con avidez, succionándolo y lamiéndolo hasta que ella pensó que iba a perder la razón.

Venetia extendió las manos sobre su pecho viril, solazándose en el tacto de su piel sudorosa, sus músculos flexionados, el calor que emanaba de él como el de un pura sangre después de una carrera.

—Más abajo —le ordenó Lachlan con una voz gutural—. Por favor, bonita, tócame más abajo. Te lo suplico. Acaríciame la polla.

La ordinariez la sorprendió, pero ella hacía tiempo que había dejado de comportarse como una dama, así que tampoco podía esperar que él actuara como un caballero. Para explorar más su nueva faceta pecaminosa, no sólo le desabrochó los pantalones y los calzones para permitir que su pene emergiera libremente, sino que se apartó de su regazo para arrodillarse en el suelo entre sus piernas.

Cuando él contuvo la respiración, con su miembro viril alzándose impetuosamente hacia delante como un pequeño granuja insolente con vida propia, ella le sonrió.

—Te prometí lamer todo tu cuerpo, ¿no es cierto?

—¡Venetia! —exclamó Lachlan, con el semblante consternado mientras ella cerraba la boca alrededor de su miembro viril. Entonces dejó escapar un suspiro de puro placer—. Venetia...

Acordándose de cómo él había disfrutado cuando le acarició el pene esa noche en Kingussie, intentó hacer lo mismo con los labios y la lengua. Y debió de hacerlo bastante bien, porque Lachlan empezó a murmurar:

—Oh, sí... Dios mío, sí... así... sí...

Aunque la sensación le era extraña, y su boca no parecía lo suficientemente grande como para engullir todo su miembro.

—Ven aquí, princesa —le ordenó él con una voz grave, confirmando los temores de Venetia.

Ella se retiró para mirarlo con cara de decepción.

—No... no lo estoy haciendo bien, ¿verdad?

Lachlan se contuvo para no echarse a reír.

—Si a eso lo llamas no hacerlo bien, teniendo en cuenta que seguramente es la primera vez que lo haces, tiemblo al pensar lo que me harás cuando tengas experiencia. —Bajó la voz hasta convertirla en un pesado murmullo—: Quiero verte mientras me haces el amor, tus pechos voluptuosos, tu boquita erótica.

Ven y móntame, esposa mía, antes de que me vuelva loco.

Ebria a causa del dulce licor de sus palabras, Venetia se levantó.

—¿Quieres que te desate primero?

Él enarcó una ceja.

—Sólo si piensas que ya he pagado totalmente mi afrenta por haberte engañado. No podría sobrevivir a otra noche como ésta.

—De todos modos, sabes perfectamente bien que nunca más accederás a que te ate las manos. —Con una carcajada, ella se colocó de pie entre sus piernas y se estiró hacia delante para alcanzar el cuchillo afilado que había depositado sobre la mesa mientras lo ataba. Con esa postura quedó con los pechos muy próximos a la boca de Lachlan, y él aprovechó para apoderarse de ellos y succionarlos con desenfreno.

A Venetia le costaba estar de pie en esa postura sin perder el equilibrio, mientras lo liberaba de sus ataduras.

—Yo que tú dejaría de hacer eso —lo avisó—. A menos que quieras que te corte un dedo en lugar de la tela.

Lachlan se quedó quieto. Pero en el mismo instante en que ella lo desató y lanzó el cuchillo sobre la mesa, él la agarró por la cintura. A continuación, deslizó un muslo entre sus piernas, obligándola a abrirse tanto que Venetia acabó por desplomarse sobre su regazo.

—Hazme el amor —le ordenó él, con los ojos ardientes mientras su pene topaba con su piel y empezaba a hundirse en su pubis.

—Eso es... ah, princesa... eres maravillosa, eres...

A partir de ese momento, ya no hubo más palabras, sólo ella sobre él, él dentro de ella. Lachlan le manoseó los pechos, y Venetia clavó los dedos en sus hombros. Él la besó con una pasión incontrolable, por todo el cuerpo, mientras empezaban a moverse juntos, ella arriba y abajo, él dentro y fuera.

Pronto una sensación gloriosa empezó a extenderse por el cuerpo de Venetia, aunada con un placer oscuro y brutal al sentirse en control de la situación, encima de él, y a la vez ofreciéndose a él, suplicándole con frases incoherentes:

—Oh, amor mío... sí, Lachlan... hazme tuya, mi amor, quiero ser tuya...

Venetia alcanzó el orgasmo súbitamente, y todo su cuerpo se convulsionó mientras se entregaba al éxtasis. Lachlan respondió con un gruñido victorioso, y la embistió con fuerza para derramar su cálida semilla dentro de ella.

Mientras los dos se quedaban rígidos para saborear hasta la última gota de su unión, una repentina esperanza se apoderó de Venetia. Rezó para que Dios bendijera el acto de amor que acababan de realizar, para que la semilla que él había plantado en su interior diera su fruto, para que en su noche de bodas acabaran de engendrar una nueva vida.

Porque mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas y él se aferraba a ella, hundiendo la cara en su cuello, Venetia se sintió como algo más que sólo parte de su carne. Se sintió parte de su alma, del alma indómita y tierna de Lachlan. Su Lachlan. Para siempre.

Antes de que pudiera contenerse, murmuró:

—Ámame, Lachlan.

Lachlan le acarició el cuello suavemente con la nariz y respondió:

—Te quiero, esposa mía. Te quiero.

Y Venetia creyó estallar de gozo.

Pero pudo saborear esa alegría por poco tiempo, antes de que los sonidos de los criados en la parte posterior de la casa solariega anunciaran la llegada del alba. Riendo como niños, ella y Lachlan recorrieron todo el comedor para recuperar sus ropas y ocultar la evidencia del acto tan íntimo que habían consumado.

Subieron corriendo las escaleras y se encerraron en el aposento principal, donde volvieron a desnudarse y se metieron en la cama para perderse el uno en los brazos del otro.

A Venetia el corazón le dio un vuelco cuando miró fijamente esa cara, de la que más se encariñaba a cada hora que pasaba.

—¿Lo has dicho en serio? —susurró ella.

—Sí —respondió él con solemnidad, estampándole un beso en la frente.

El hecho de que él no tuviera que preguntarle a qué se refería, la emocionó más que cualquier otro gesto.

—Empecé a enamorarme de ti cuando te pusiste a departir conmigo acerca de lo que un hombre ocultaba bajo su *kilt*. Después, en Kingussie, cuando me curaste las heridas...

Él sacudió la cabeza.

—No sabes lo mucho que me costó dejar que te acostaras sola esa noche. Apenas dormí, imaginándote debajo de mi cuerpo mientras murmurabas tus

suspiros refinados y yo ocultaba cuánto te deseaba. Pensé que no sobreviviría al hecho de tener que rechazarte. Es un milagro que resistiera tanto sin caer en la tentación.

—Sí que lo es —bromeó Venetia—. Pero piensa que yo he demostrado tener más fortaleza que tú, a la hora de resistirme a tus encantos. —Le acarició amorosamente la mejilla—. Te he amado desde que tenía siete años y te encaramaste a ese roble para rescatar mi cometa.

Lachlan frunció el ceño.

—No me acuerdo de eso.

—No me sorprende. Sólo lo hiciste porque yo no paraba de marearte para que lo hicieras, y no había nadie más por allí cerca que pudiera ayudarme. En esa época sólo me veías como una niña impertinente. Pero para mí tú eras el muchacho más adorable del mundo entero. —Las lágrimas se agolparon en su garganta—. Y si hubiera tenido la más mínima idea de las afrentas que mi padre le hizo a tu padre, yo...

—Chist, bonita, no hablemos de eso. —Lachlan la estrechó entre sus brazos.

—Sé que es una historia que te avergüenza, pero no debería ser así. Demostraste ser muy valiente soportando esos azotes, aun cuando sabías que eran totalmente injustos.

—Al cabo de unos días me escapé y abandoné a mi familia.

—¿Y quién puede acusarte? Te sentías traicionado. Además, lo más importante es que regresaste después de un tiempo. —Venetia apoyó la barbilla en su pecho—. ¿Por qué?

Él se quedó pensativo.

—Éste es mi hogar, mi clan. Por más lejos que estuviera de aquí, no podía escapar de mi pesar por la añoranza. Especialmente después de lo que presencié en la batalla de Nueva Orleans. Ese día perdimos a la mitad de nuestros hombres. Nuestro comandante británico se negaba a dar la orden de retirada, a pesar de la falta de escaleras de mano para trepar por los muros de los fortines americanos.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Así que tuvimos que quedarnos ahí abajo y dejar que los americanos nos aniquilaran uno a uno, con los mosquetes y los cañones. Disciplina, ¿sabes? Nadie supera a los escoceses, cuando se trata de disciplina en el campo de

batalla.

Lachlan sacudió la cabeza.

—Cuando ves una escena como ésa, cuando oyes a tus compatriotas llorar y pedir a gritos que quieren irse a casa mientras mueren, te das cuenta de lo que has perdido. O de lo que has abandonado por culpa de tu maldito orgullo.

A Venetia le dolía el corazón. Estampó un beso en su pecho y dijo:

—Entonces fue cuando volviste a casa... para nada.

La cara de Lachlan mostró su aflicción.

—Mi padre murió antes de que pudiera hacer las paces con él. Sin que nunca tuviera la oportunidad de decirme...

—Los motivos por los que había actuado de ese modo. Lo sé; es muy extraño. Si papá le debía tanto dinero, ¿por qué accedió tu padre a unas exigencias tan ultrajantes por parte de mi padre para que te castigara? ¿Por qué?

—¿Todavía no me crees, sobre el préstamo impagado? —le preguntó él, poniéndose tenso.

—No digo eso. Sólo me parece un caso abominablemente enmarañado.

—Sí —suspiró, relajándose—. Pero ahora no conseguiremos resolverlo.

—¿Le preguntaste alguna vez a tu madre si sabía el porqué?

—Una vez. Me dijo que mi padre consideró que me iría bien recibir un castigo ejemplar. Para meterme el miedo dentro del cuerpo.

—Y ella no intentó detenerlo.

Él enarcó una ceja.

—¿No recuerdas lo que te dije de las mujeres en las Tierras Altas?

—Sí —replicó Venetia con sequedad—. Y espero que sepas que nunca aceptaré ese papel de mujer sumisa que se queda impasible a tu lado mientras tú haces lo que te da la real gana.

A Lachlan se le escapó una risotada.

—No, ya sé que no puedo esperar eso. —Empezó a acariciarle la espalda—. Porque de ser así, no te permitiría que intermediaras entre tu padre y mi clan y yo, cuando él venga a buscarte.

Venetia alzó la vista velozmente para mirarlo a los ojos.

—¿Me estás diciendo que...? ¿Has decidido que...?

—Eres mi esposa —declaró con una sonrisa socarrona—. Si no puedo confiar en ti para que me defiendas, entonces, ¿en quién voy a confiar?

—¡Oh, Lachlan! —exclamó ella, sin apenas poder contener las lágrimas—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡No te arrepentirás! ¡Te lo prometo!

Venetia estiró los brazos para cubrirle la cara de besos. De pronto se vio atrapada en un beso largo y sensual que alejó cualquier pensamiento de su mente, excepto él. Y antes de que pudiera darse cuenta, Lachlan se había colocado encima de ella, acomodándose entre sus piernas, y con su boca sedienta había empezado a trazar una línea de besos hasta alcanzar sus pechos.

Y Venetia se olvidó de todo, para abandonarse a la deliciosa sensación de vértigo que le provocaba hacer el amor con su esposo.

Unas horas después, con los rayos del sol iluminando la estancia, Venetia se despertó con los murmullos de los criados en el vestíbulo, probablemente debatiendo si debían molestar al señor y a su nueva señora. Primero pensó en ignorar las voces y volverse a dormir, pero estaba hambrienta. Y conociendo a su marido, pensó que él también lo estaría cuando se despertara.

Mientras abandonaba la cama y agarraba el batín, echó un vistazo a Lachlan, que yacía tumbado sobre su espalda, profundamente dormido, con el antebrazo reposando sobre los ojos y la sábana cubriéndole sólo la mitad del cuerpo. Le costaba creer que él fuera ahora realmente su esposo.

Le costaba creer que él la amara. Venetia pensó que se iba a morir de la emoción.

Con el corazón henchido de alegría, le cubrió el resto del cuerpo antes de darle un tierno beso en el pelo revuelto, después recogió su ropa y enfiló hacia el vestidor. Una vez allí, cerró la puerta y llamó a una criada a través de la puerta del vestidor que comunicaba con el pasillo para que la ayudara a acabarse de vestir.

—Oh, milady —exclamó la sirvienta—, ahora mismo iba a despertarla. Hay unos invitados que os aguardan en la sala de estar.

—¿Mi padre? —preguntó alterada, sintiendo una creciente opresión en el pecho.

—No, milady. Un tal coronel Seton. Y ha venido acompañado de una dama que dice ser lady Kerr.

¡Tía Maggie! ¿Cómo había averiguado que Venetia estaba allí?

Se apresuró a acabar de vestirse y bajó las escaleras corriendo, con la intención de hablar con su tía antes de que Lachlan se despertara. Cuando hizo su aparición en la sala de estar, encontró a lady Ross intentando calmar a su tía, que parecía sufrir un ataque de nervios, mientras el coronel Seton contemplaba la escena con congoja.

—¡Tía Maggie! —gritó Venetia, sin poder contener la alegría de ver una cara familiar.

—¡Mi dulce niña! —Su tía se precipitó hacia ella y la abrazó con tanto fervor que a Venetia le cortó la respiración. Entonces la mujer rompió a llorar, y Venetia se sobresaltó ante esa exagerada muestra de ansiedad.

—Vamos, vamos, no ha pasado nada. Estoy bien. Tú misma puedes verlo. —Intentó calmarla, pasando una mano delicadamente por la espalda de su tía.

—Estaba tan... tan preocupada... —sollozó su tía.

Tía Maggie necesitó unos minutos para recuperar la compostura y dejar de llorar. Entonces se apartó para secarse las lágrimas. El coronel Seton se le acercó a toda prisa para ofrecerle un pañuelo, y resultó imposible no fijarse en las cálidas miradas que los dos se dedicaron.

Cuando la mujer volvió a poner toda su atención en su sobrina, su cara enrojecida proyectaba una preocupación tan tremenda que Venetia sintió un súbito pinchazo de culpabilidad en el pecho.

—He venido a buscarte —explicó su tía—. Si nos marchamos ahora mismo, todavía estaremos a tiempo de alcanzar a tu padre en el puerto de Inverness, porque no me cabe la menor duda de que Quentin vendrá en barco; es la forma más rápida y más cómoda.

—No pienso marcharme —protestó Venetia—. Me he casado con Lachlan.

—Lo sé —contestó su tía mientras le apresaba la mano entre sus dos manos—. Lady Ross me ha dicho que te has casado con ese bribón, pero...

—No es un bribón.

—¡Te ha secuestrado! Sabes que es El Azote, ¿verdad?

—Sé muchas cosas sobre Lachlan, incluso por qué decidió realizar fechorías bajo la máscara de ese personaje —declaró Venetia con firmeza—. Y lo más importante, sé que lo amo.

—Y yo amo a Venetia —manifestó una voz desde el umbral de la puerta.

Con el ceño fruncido, Lachlan avanzó a grandes zancadas hasta colocarse al lado de Venetia, rodeándola por la cintura con su brazo en un ademán posesivo —. Estamos casados, y no hay nada que podáis hacer para romper esta unión, lady Kerr. Podéis tener la absoluta certeza de que no permitiré que la apartéis de mi lado.

Desvió su implacable mirada hacia el coronel.

—¿Se puede saber por qué has traído a lady Kerr? Se suponía que la tenías que entretener en Edimburgo.

—¡Lo intenté! —se defendió el coronel Seton.

—Me dijiste que él no formaba parte de tu plan —le recriminó Venetia a Lachlan en voz baja.

—Quería protegerlo —espetó Lachlan. Entonces miró ferozmente al coronel—. Sin embargo, ahora veo que él no sentía la misma lealtad hacia mí.

—¡Maldita sea, hombre! —espetó el coronel—. Maggie no es tonta. Se imaginó lo que pasaba, y me amenazó con echar tu plan a perder. Tuve que contárselo. No me quedó ninguna alternativa. —Alzó la barbilla con petulancia—. Además, estoy orgulloso de haberlo hecho. Y tú también lo estarás, cuando oigas lo que ella tiene que contarte.

Tía Maggie estaba ahora deambulando por la sala, con aire pensativo. Se detuvo y anunció:

—Quizá todavía estemos a tiempo de enmendar este desaguisado. Todavía no habéis tenido tiempo de casaros por la iglesia; ningún obispo concederá una licencia especial para officiar una boda religiosa a un hombre muerto. —Le lanzó a Lachlan una mirada conmovedora—. Así que estáis en una posición de matrimonio irregular, que puede ser invalidado por un juez, dependiendo de las circunstancias.

Cuando Lachlan se puso tenso, Venetia se apresuró a hablar.

—Pronunciamos nuestros votos en una sala abarrotada de testigos, tía Maggie. Nuestro matrimonio no puede ser invalidado.

Su tía se dejó caer pesadamente en el sofá, con el semblante afligido.

—Entonces tu padre lo matará, mi dulce niña.

—¡No lo hará! —Venetia se precipitó a tomar asiento al lado de su tía y la rodeó por los hombros con un brazo—. Ya sé que papá se enfada fácilmente, pero...

—¿Enfadarse? —Tía Maggie meneó la cabeza—. No tienes ni idea. Si

llega aquí y descubre que el hijo de Alasdair se ha casado con su única hija, es capaz de cometer un asesinato.

—¿Pero por qué? ¡Fue papá quien nunca pagó el crédito que debía!

—Y por una buena razón. Una razón que Alasdair aceptó sin rechistar.

—Pero yo no soy mi padre —terció Lachlan abruptamente—. Mi clan necesita ese dinero. No me quedaré con los brazos cruzados mientras Duncannon destruye a mi gente porque mi padre era un cobarde como la copa de un pino, tan cobarde que no se atrevió a exigir lo que le debían.

—¿Un cobarde? No, te equivocas. Esta historia no tiene nada que ver con atreverse o no a exigir una cuenta pendiente —protestó tía Maggie.

—¿Entonces de qué se trata? —imploró Venetia.

Tía Maggie entrelazó las manos, y su vista se posó primero en lady Ross, y luego en Venetia.

—Se lo contaré a Lachlan, sólo a él. No pienso decir nada más mientras tú y lady Ross os halléis presentes en la sala.

—Si mi esposo tuvo algo que ver con todo este lío, entonces quiero saber lo que hizo, por más malo que fuera —intervino lady Ross, con una mirada fiera.

—Y puesto que este problema afecta a mi esposo, me afecta a mí —añadió Venetia—. Tendrás que decirlo delante de todos.

—Me temo que no querrás oír la verdad, querida —le dijo su tía, con una voz sincera—. Por favor, no me obligues a contártelo. Será mejor que regreses conmigo...

—¡No! —Venetia se levantó y se colocó al lado de Lachlan—. ¡No sin mi esposo!

—De acuerdo, pero luego no me digas que no te he avisado. —Tía Maggie permaneció en silencio un buen rato. Cuando empezó a hablar de nuevo, su voz había adoptado un tono trágico—. Los acuerdos financieros que Alasdair y Quentin tenían pendientes se rompieron el verano en que murió mi hermana.

—¿Esto tiene que ver con mamá? ¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Porque según Quentin... —Tía Maggie hizo una pausa, y su cara se cubrió de pena—. Según Quentin, Alasdair Ross mató a tu madre.

Capítulo veintiséis

Querida Charlotte:

Será mejor que abandonemos esta absurda discusión. Nunca diré lo que queréis oírme decir: que todos los hombres están perfilados con el mismo pincel. He vivido lo suficiente como para saber que hay muchos jóvenes honrados que se ven obligados a buscar una esposa rica por la necesidad de cumplir con su deber. Y también son muchos los bribones que ocultan su perfidia detrás de su supuesta moralidad. La vida es compleja, al igual que las personas.

Vuestro buen amigo, Michael

Lachlan se quedó mirando fijamente a lady Kerr, mientras que una horrible premonición le provocaba un escalofrío en la espalda.

—Pero mamá murió cuando estaba dando a luz —dijo Venetia.

Su tía asintió.

—Sí. Dando a luz al vástago de Alasdair Ross, tu hermanastro.

—Hermanastro... —repitió Lachlan en un susurro—. Por favor, no me digáis que Venetia y yo somos... nunca hemos sido...

—¡No! —se apresuró a aclarar lady Kerr—. No, tú no tienes nada que ver. La aventura amorosa entre tu padre y mi hermana sucedió mucho después de que naciera Venetia. Apenas duró un año.

Lachlan desvió la vista hacia su madre. Quería preguntarle si estaba al corriente, pero con sólo ver su expresión pasmada comprendió que no lo sabía. Maldición.

Lady Kerr miró a lady Ross con ojos mortificados.

—Lo siento mucho, lady Ross. Se suponía que nunca debíais de averiguarlo. Quentin ni tan sólo sabe que mi hermana me lo dijo antes de morir. —La mujer volvió a emplazar la vista en Lachlan y en Venetia—. Y tampoco vosotros dos teníais que saberlo. Ellos nunca quisieron haceros daño, a ninguno de vosotros.

—¿Ellos? —Lachlan todavía no podía digerir la impactante revelación.

—Quentin, tu padre, y mi hermana —explicó lady Kerr—. Tu padre y mi

hermana se llevaron el secreto a la tumba. Quentin también lo habría hecho, de no haber sido por...

—Mí —remató Lachlan—. De no haber sido por El Azote Escocés, removiendo el pasado a causa de ese préstamo.

Venetia apoyó una mano sobre su brazo, pero él se zafó de ella y avanzó con paso airado hacia la ventana. Tantos años y él sin enterarse de la verdad, sin saber el oscuro secreto de familia que yacía en la base de todos sus problemas. Su padre. Y la madre de Venetia.

Ahora comprendía por qué Duncannon se había negado a pagar el dinero que le debía. ¿Qué hombre con un mínimo de orgullo pagaría al hombre que le había arrebatado a su esposa?

Lady Kerr se levantó del sofá.

—Os prometo que no sabía nada del dinero. Mi hermana nunca lo mencionó. De hecho, a las mujeres de nuestro rango jamás se les refería nada acerca de las situaciones financieras en esa época. Si lo hubiera sabido, quizá...

—Por eso Alasdair no presionó al conde para que le pagara la deuda —concluyó lady Ross, con una voz hueca—. Porque se sentía culpable. Él mató a la esposa de Duncannon.

—¡No entiendo por qué continuáis defendiendo esa aseveración tan atroz! —estalló Venetia—. Mamá murió durante el parto. Nadie tuvo la culpa, aunque en sus entrañas llevara al hijo de sir Alasdair. Habría sucedido lo mismo, si el hijo hubiera sido de papá.

—Me temo que no, hijita —dijo tía Maggie con gentileza—. Después de que tú nacieras, el médico le dijo a Quentin que otro parto la mataría. Tu padre la amaba tanto que nunca habría puesto su vida en peligro. Así que desde ese día, jamás volvieron a compartir el lecho.

Lachlan se dio la vuelta y vio que Venetia estaba llorando en silencio, con unas lágrimas gruesas rodando por sus mejillas. De repente sintió una rabia irrefrenable hacia su padre. Su padre era el responsable de haberla dejado huérfana de madre. Que Dios lo ayudara. Que Dios los ayudara a todos.

—No pienses mal de tu madre —dijo su tía, pasando un brazo alrededor de los hombros de Venetia—. Ella se sentía muy sola. Le pedía a Quentin que ignorase las palabras del médico. Le decía que valía la pena arriesgarse. Pero él se negó. Así que Susannah buscó compañía en el único otro hombre con el

que la unía una relación de amistad. Con el padre de Lachlan.

—¿Amistad? —La irritación que carcomía a Lachlan crecía por momentos —. Querréis decir que la sedujo. Mi padre, el gran jefe del clan, tan honesto, el hombre que no se cansó de aleccionarme durante toda mi infancia sobre mis tendencias perversas, la sedujo. ¡Era un adúltero, pura y simplemente un adúltero!

Su madre se puso lívida.

—Lachlan, por favor...

—¡No, mamá! ¡No lo defenderé! Se acostó con la esposa de Duncannon, y consiguió lo que siempre conseguía con todo lo que tocaba: destruirla. — Clavó la vista en Venetia—. Destruyó a tu madre, bonita. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Tú no eres responsable de eso —susurró ella—. Los que tenían responsabilidad en este asunto están muertos.

Lachlan soltó una carcajada histérica.

—Ya, pero lo que sucedió después sí que es culpa mía —confesó en un susurro doloroso—. Empeoré las cosas, exigiéndole ese dinero a tu padre, cuando él lo único que quería era olvidar. Y luego te secuestré... —Su voz se quebró—. Dios mío. ¿Qué he hecho? Mi padre sedujo a la esposa del conde, y ahora yo he hecho lo mismo con su hija.

—¡No es lo mismo, Lachlan!

—Ella atravesó la sala apresuradamente para agarrarlo del brazo.

Él contempló esa mano pequeña e indefensa, y la vergüenza se adueñó de él.

—No, bonita. No puedo... —Le apartó la mano y retrocedió. Miró a su madre, luego a lady Kerr, entonces se dio la vuelta y enfiló hacia la puerta visiblemente consternado—. Tengo que recapacitar sobre todo esto... Tengo que pensar en una solución para este... este lío. La mejor solución...

Sí, tenía que reflexionar sobre lo que tenía que hacer, si es que era capaz de vivir con ese peso sobre los hombros.

Venetia soltó un gritito de angustia y corrió hacia él, pero su tía la detuvo.

—Deja que se marche, mi niña. Dale tiempo.

Lachlan oyó las palabras a lo lejos mientras abandonaba la casa solariega precipitadamente, pero apenas las comprendió. Porque en su mente bailaban

ahora un sinfín de imágenes de su infancia, una época de su vida que nunca antes había deseado examinar con atención.

Uno de esos recuerdos lo asaltó con una fuerza desmedida: el día en que pilló a su padre cruzando el puente que unía sus tierras con las de Braidmuir. Lachlan recibió tal reprimenda por merodear por esa zona que se le quitaron las ganas de preguntarle a su padre qué hacía en la finca de los Duncannon a esas horas de la madrugada.

Ahora que volvía a evocar la escena, recordó otros indicios. La sorprendente conducta de Duncannon en los meses después de anunciar «la bendición del cielo».

Incluso ahora, Lachlan recordaba el odio en la cara del conde cada vez que coincidía con su padre. Su padre le dijo que se habían peleado, pero ninguna disputa insignificante habría generado tanto odio.

Y Venetia... Contuvo la respiración al pensar en ella; una niña tan pequeña, siempre preocupada y triste por el modo en que se peleaban sus padres por la noche. Él la había intentado tranquilizar, diciéndole que las parejas de casados siempre se peleaban.

¡Qué inmensa pena debió de haber sentido, pobrecita! Cuando le comunicaron que su madre había fallecido. Por supuesto, él no estaba cerca en esos momentos para verlo. Oh, no, él ya había huido para alistarse en el ejército, porque su padre lo había traicionado.

Se le heló la sangre. Incluso esa parte de la pesadilla también cobraba sentido por fin. Su padre, el adúltero, lo había sacrificado sin compasión a Duncannon, para paliar la rabia y la preocupación por el embarazo de su esposa.

A su padre le había faltado el coraje para secundar a su hijo por culpa del pecado ignominioso que él mismo había cometido. Era más fácil dejar que Lachlan sufriera, con la esperanza de que, al claudicar de ese modo tan humillante delante de Duncannon, su propia responsabilidad se viera reducida.

Pero ésa no había sido la única claudicación de su padre, no. Su padre también había condonado la deuda, y en el proceso había provocado unas graves consecuencias para su clan. Para su clan y su esposa y su hijo. Y todo porque se había apoderado de algo que no le correspondía. Porque era tan hipócrita que no se atrevió nunca a admitirlo. Un cretino engreído, que siempre se jactaba de tener la razón, ése era Alasdair Ross.

Lachlan deambuló como un espantajo por el sendero que llevaba a

Braidmuir. Pero su padre no era el único cretino engreído, ¿no? Lachlan parpadeó al recordar la sarta de estupideces que le había soltado a Venetia para justificar su secuestro. Duncannon se había mostrado condescendiente con él cada vez que había atacado a uno de sus amigos, nunca mostró ninguna intención de ahorcarlo, ni de perseguirlo como a un forajido, y sólo le envió a sus hombres para que le dieran una paliza cuando Lachlan se excedió de la raya.

Así que el motivo por el que Duncannon se mostraba tan reacio a denunciarlo no era por un sentimiento de culpabilidad por no haber pagado la deuda. No, probablemente había sido por miedo, a que la investigación acerca de Lachlan y del feudo destapara los secretos que tanto lo atormentaban. Duncannon simplemente no había querido destruir los dulces recuerdos que su hija guardaba de su madre, ni los recuerdos que una dama inocente —lady Ross— guardaba de su esposo. Incluso los propios recuerdos de Lachlan. En su forma tosca y brutal, Duncannon lo había estado protegiendo.

Y Lachlan le había pagado despojándolo de su hija, robándole su inocencia y engañándola para que se casara con él.

El sentimiento de culpabilidad amenazaba con asfixiarlo.

Alzó la vista, y se quedó sorprendido al constatar que había llegado al valle donde él y Venetia solían encontrarse cuando eran niños; donde él iba a pescar, mientras ella correteaba gritándole que iba demasiado sucio para ser el heredero de un *baronet*.

El recuerdo le provocó el mismo efecto que una fuerte bofetada en plena cara. Venetia tenía razón. Estaba demasiado sucio. Siempre actuaba sin mostrar ningún escrúpulo, con una arrogancia apabullante que no le permitía detenerse a pensar con sensatez antes de actuar; como ahora, que se había mostrado totalmente dispuesto a arruinar la vida de un hombre sin conocer todas las causas y sin saber si eran justas.

Pensaba que había cambiado, que había madurado y que se había vuelto más responsable, que había modificado sus hábitos indómitos por otros más comedidos. Pero no era verdad. Al igual que su padre, había ocultado sus manos sucias debajo de unos guantes blancos.

Pues... ¡Se acabó! La batalla entre él y Duncannon acababa allí, en ese preciso instante, y sin testigos.

Aunque tuviera que hacer de tripas corazón para aceptarlo.

—¿Lo has encontrado? —gritó Venetia mientras Jamie entraba en la sala de estar.

El mozo miró a Venetia, a lady Ross, a tía Maggie, y al coronel Seton, luego suspiró.

—Me pidió que no os dijera dónde está. Quiere estar solo durante un tiempo. Eso es todo lo que me dijo.

—¿Pero por qué? —Venetia se levantó y se puso a deambular con paso inquieto por la estancia, con el corazón compungido—. ¿Qué bien le hará quedarse solo en unos momentos tan duros como éstos?

—Probablemente necesita tiempo para reflexionar. —Aunque la preocupación era evidente en las líneas que surcaban la frente de lady Ross—. Estoy segura de que está bien. Lachlan no es la clase de hombre capaz de cometer una locura.

Venetia miró a lady Ross y sintió un pinchazo de dolor. Esa mujer se había comportado con una gran dignidad después del tremendo revés que acababa de sufrir, y sin embargo allí estaba, preocupada por su hijo.

Y no le faltaban razones.

—Sí, pero Lachlan tiene unas ideas bastante inamovibles en cuanto a hacer justicia y a separar lo que está bien de lo que está mal. Cuánto más tiempo pase solo reflexionando sobre lo que ha sucedido, más agitación y pesar sentirá. Ambas lo conocemos bastante bien y sabemos que se toma las cosas más a pecho de lo que la gente cree.

Incluso más a pecho que ella. A pesar de que todavía se sentía afligida al pensar en su madre, su dulce y adorable madre, entre los brazos de otro hombre, no le afectó tanto como habría supuesto. Después de la dolorosa puñalada inicial, recapacitó y se dio cuenta de que apenas conocía a su madre. Venetia siempre la había recordado como la dama perfecta que se movía en círculos perfectos en una mansión perfecta, casi como en un cuento de hadas. O en una balada.

Pero la vida no se asemejaba ni a lo uno ni a lo otro, y la gente podía tener dos caras. Había aprendido esa lección gracias a Lachlan, cuando él la había despojado de su fachada de señorita remilgada y bien educada para descubrir a la mujer que yacía debajo. Ser una dama no implicaba estar muerta o hueca por dentro.

A Venetia no le sorprendió que su padre hubiera optado por la otra

posición. O que cuando descubrió el fiasco en su esposa de cuento de hadas, decidiera encubrir la verdad, ocultar el secreto. Por eso había acabado odiando Escocia y a los *highlanders*, y a todo lo asociado a ese capítulo de su vida. Había abandonado a su gente y sus tierras.

A pesar de que no era una solución inteligente, ella podía comprenderlo. A su padre, los recuerdos debían de haberlo matado. Vivir aquí supondría haber tenido que ver a los Ross cada día. Y ahora ella se había casado con uno de ellos...

Venetia contuvo la respiración. ¿Cómo conseguiría que su padre llegara a aceptar su matrimonio? ¿Tendría que romper los lazos con su padre para estar con Lachlan? ¿O abandonar a Lachlan para no herir el orgullo de su padre?

No, no lo haría. Seguro que había una solución. Tenía que encontrar el modo de establecer la paz entre ellos. ¡Habían transcurrido dieciséis años, por el amor de Dios! Ya era hora de apagar el odio que se había ido gestando durante tantos años. Había llegado la hora de curar las heridas.

Lachlan seguramente se mostraría de acuerdo. Tenía que hacerlo. Pero no estaba tan segura con su padre.

Las horas transcurrían, y no había señales de su esposo, por lo que Venetia empezó a desesperarse. Comprendía su rabia, pero no su necesidad de estar solo. Podrían dejar las cosas claras si él regresaba a casa.

Se pasó toda la tarde inquieta, nerviosa. Y no la ayudó toparse con tía Maggie fuera de la casa al oscurecer, arropada por los brazos del coronel Seton. La pareja se separó de golpe, pero no antes de que ella los pillara dándose un beso.

—Estaba buscando a Lachlan —murmuró Venetia, incómoda.

—Por aquí no ha pasado —dijo el coronel. Entonces entrelazó su mano con la de tía Maggie—. Ya sé que no es el momento más adecuado, pero creo que deberíais saber que... cuando todo esto acabe, mi intención es casarme con vuestra tía. —Clavó sus ojitos de enamorado en la cara de tía Maggie—. Y esta mujer insensata ha aceptado mi petición.

Al verlos a los dos como un par de tortolitos enamorados, Venetia sintió una gran pena en el pecho.

—¿Aunque hayáis ayudado a Lachlan a secuestrar a su única sobrina? —espetó, aunque se arrepintió de su insolencia al instante—. Lo siento, no quería decir eso. Me alegro de que Lachlan me secuestrara, porque si no nunca

lo habría conocido. —Fijó la vista en un punto invisible en la oscuridad—. Sólo es que estoy... estoy muy preocupada por él.

Su tía se colocó a su lado.

—Todo saldrá bien, cielo, confía en mí.

Venetia deseó poder creer en sus palabras. Pero más tarde, cuando ya todo el mundo se había retirado y ella se hallaba tumbada sola en el lecho que había compartido con su esposo una única noche, empezó de nuevo a desesperarse. Si Lachlan, la criatura más calenturienta del mundo, ni tan sólo venía a acostarse con ella, ¿qué esperanza le quedaba? ¿Y por qué no venía?

A la mañana siguiente se despertó con un pesado dolor en el pecho, sólo para descubrir que una persona más había llegado para unirse a la pequeña fiesta.

Papá.

Duncannon se presentó en la explanada de Rossraig rugiendo como un león. Venetia podía oírlo desde la habitación ubicada en el piso superior, paseándose inquieto por la explanada montado en su caballo y gritando: «¡Venetia! ¡Maldita sea! ¡Venetia! ¿Dónde estás?».

Ella se puso el batín encima del camisón, se acercó a la ventana y asomó la cabeza.

—¡Estoy aquí, papá! ¡Estoy aquí!

Cuando él alzó la vista y la vio, la expresión de alivio que se extendió por su cara provocó que a Venetia se le escaparan unas lágrimas. Si alguna vez había dudado de si su padre la quería, esa incertidumbre se esfumó en ese instante. Sulfurado, había cabalgado hasta penetrar en el campo del enemigo solo, sin ninguno de sus hombres. Venetia no sabía si eso significaba que estaba loco o que era muy valiente, pero no le importaba. Estaba simplemente emocionada de volver a verlo.

—¡No te muevas! —gritó él, con una expresión fiera—. ¡Iré a buscar una escalera de mano para sacarte de ahí!

Ella se echó a reír.

—No te muevas, que ahora bajo. No soy una prisionera, por el amor de Dios.

Sin molestarse en vestirse, bajó corriendo para reunirse con su padre en la explanada justo delante de la casa solariega, mientras la noticia corría por toda la finca y la gente se apresuraba para no perderse el emotivo encuentro.

Quentin se apeó del caballo de un salto y la abrazó con efusividad, mientras su cuerpo temblaba tan violentamente como si alguien lo acabara de rescatar de un gélido lago de las Tierras Altas.

Venetia se apartó para contemplar esa cara que tanto quería, y se fijó en el color macilento y en las ojeras bajo sus ojos. Las lágrimas se agolparon en su garganta al constatar que él había perdido mucho peso en tan sólo un par de semanas.

—¡Oh, papá! —Le acarició el pelo gris con una mano temblorosa—. No has estado tomando tu tónico, ¿verdad? Ni has comido bien ni...

Los sollozos no la dejaron continuar y volvió a buscar cobijo entre sus brazos, jurándose a sí misma que haría todo lo que pudiera con tal de conseguir que su padre volviese a recobrar la salud. Cualquier cosa para evitarle más sufrimientos.

Esta vez fue él quien se apartó, escrutándola de arriba abajo como si buscara alguna pequeña evidencia de si le habían hecho daño.

—Tienes mejor aspecto que el que esperaba. Ross no te ha... no te ha hecho daño, ¿no?

—No, papá. Se ha comportado como un verdadero caballero. Y desde el momento en que llegamos aquí, he estado todo el tiempo con su madre. Lady Ross me ha tratado muy bien. —Ella miró por encima del hombro de su padre, hacia su caballo—. ¿Has cabalgado hasta aquí solo?

—Sólo desde Inverness. He venido en barco. Atracamos ayer por la noche, y me costó muchísimo encontrar a alguien que quisiera alquilarme un caballo. Ross me pidió que viniera solo, y eso es lo que he hecho. —Su mandíbula se tensó visiblemente—. También he traído el dinero del rescate, a pesar de que está oculto en Braidmuir. Ese rufián no verá un penique hasta que te deje marchar.

—Has traído el dinero... —murmuró ella.

—El dinero y yo, las dos cosas que él quería. —Esbozó una sonrisa desganada—. Porque lo único que deseaba era verte sana y salva.

—Y ella está sana y salva, Duncannon —profirió una voz desde la arboleda aledaña a la casa solariega.

Con el corazón en un puño, Venetia se dio la vuelta y vio a Lachlan, que avanzaba con paso firme hacia ellos, seguido por Jamie. Tenía incluso peor aspecto que su padre, si eso era posible. Llevaba una camisa y unos

pantalones arrugados, igual que el abrigo y las botas anegadas de barro. Nada más. Su pelo estaba más despeinado que de costumbre y sus bellos ojos parecían hundidos con arrepentimiento. Ella había visto muchas expresiones reflejadas en la cara de su esposo, pero era la primera vez que veía contrición. La imagen le provocó una enorme tristeza.

—Así que... la alimaña en persona ha decidido salir de su escondrijo, ¿no es así? —La cara de Quentin refulgía con una rabia aterradora cuando miró a Lachlan—. Supongo que has venido a recoger el dinero.

—No —repuso Lachlan mientras se acercaba—. No quiero el dinero.

Su negativa pareció tomar a Quentin por sorpresa, quien torció el gesto.

—De todos modos, pienso dártelo. Quiero que dejes en paz a mi familia, maldita sanguijuela, y sólo por eso ya estoy dispuesto a pagar el rescate. Pero que te quede una cosa clara, Ross: me has extorsionado para obtener ese dinero, porque de ninguna otra forma te lo habría dado. No te debo nada.

Mientras Lachlan se ponía más blanco que un papel, Venetia sintió el impulso de correr a su lado para reconfortarlo. Pero primero tenía que arreglar las cosas con su padre.

—Papá —murmuró—. Sé lo del préstamo que no pague. —Cuando su padre apartó la vista de Lachlan para mirarla con cara de sorpresa, ella susurró—: Y también sé lo de mamá y sir Alasdair.

El horror hizo mella en la cara del conde.

—¿Ross te lo contó? ¿Pero cómo diantre sabía...?

—No, tía Maggie nos lo contó a los dos y a lady Ross ayer por la noche. Pensó que era mejor que supiéramos la verdad antes de que tú llegaras.

Con el semblante descompuesto, miró a su cuñada, que acababa de emerger de la casa para unirse al grupo, seguida de cerca del coronel Seton.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó.

Ella asintió.

—Susannah me lo contó antes de morir. Quentin...

—¡No tenías ningún derecho a revelarlo! —bramó, ajeno a la gente que se iba congregando en la explanada—. ¡Era un asunto privado! ¡No era de tu incumbencia!

Venetia apoyó la mano en su brazo.

—Pues yo le estoy sumamente agradecida de que me lo haya contado.

Ahora podemos intentar ubicar toda esa espantosa pesadilla en el lugar que le corresponde.

Su padre la ignoró, y se giró como si estuviera poseído por el mismísimo diablo para encararse a Lachlan.

—¡Tú! ¡Todo esto es por tu culpa! No estabas satisfecho si no azuzabas el fuego, ¿verdad? ¡Tenías que remover el pasado! ¿Y qué has conseguido? Desvelar cosas que jamás deberían haber visto la luz del día...

—Lo sé —admitió Lachlan con una voz grave—. Por eso estoy aquí, milord. No os pido compasión. Estáis en todo vuestro derecho de exigir justicia. Aceptaré cualquier castigo que me sea impuesto, y a sufrir cualquier humillación por haber secuestrado a Venetia. No tenía ni idea de lo que mi padre había hecho. De haber sido así, yo nunca...

Se calló un momento. Le costaba seguir, porque su voz reflejaba el cúmulo de emociones que lo asaltaban. Se cuadró de hombros, aspiró hondo, y continuó:

—Pero ahora que lo sé, estoy dispuesto a asumir cualquier castigo que consideréis fehaciente. Haced lo que queráis conmigo... Que me azoten, o me arresten, o que me juzguen por ser El Azote, lo que queráis. No lucharé contra vos.

Su discurso disparó murmullos de enojo entre la gente de su clan, que desconocían las circunstancias, pero a Venetia le partió el corazón. Lachlan no tenía por qué cargar con toda la culpa de lo que había sucedido. Él había actuado para enmendar lo que pensaba que era una grave injusticia. ¿De veras importaba tanto que su percepción hubiera sido incorrecta?

—Debería hacer que te colgaran —declaró su padre con una voz grave y fiera.

Lachlan ni tan sólo parpadeó.

—Tenéis razón. El secuestro es una falta grave y está penado con la horca.

—¡No! —Venetia se colocó delante de su padre—. ¡No permitiré que lo hagas!

—He dicho que «debería», no que vaya a hacerlo —gruñó Quentin. Hizo una pausa para observar a la gente del clan de los Ross que se había congregado y que lo miraban con confusión, sin estar seguros de quién era ahora el enemigo y quién el amigo—. Su madre y su clan dependen de él. ¿Por qué crees que no he ordenado que lo arrestaran anteriormente? Sabía que él

estaba obrando por defender lo que pensaba que era correcto. —La rabia volvió a adueñarse de sus facciones—. Aunque esta vez has ido muy lejos, Ross, secuestrando a Venetia.

—Tus hombres casi lo matan de una paliza papá. —Se dio la vuelta para mirar al hombre que amaba—. Lo dejaron moribundo. Han pasado varios meses desde esa paliza y todavía no puede andar sin exclamar de dolor.

La vergüenza se plasmó en la frente arrugada de su padre.

—Sí, y eso estuvo muy mal. Nunca deseé tal barbaridad. —Deslizó el brazo alrededor de la cintura de su hija—. No quiero castigarte, Ross. Lo único que quiero de ti es que me devuelvas a mi hija. Y que nos dejes en paz.

Lachlan aspiró aire profundamente, entonces respondió con un grave susurro:

—Adelante, señor. Podéis llevaros a vuestra hija.

Venetia lo miró asustada.

—¡No puedes entregarme a mi padre, Lachlan! ¡Eres mi esposo!

Su padre giró la vista hacia ella con una rapidez vertiginosa, visiblemente consternado.

—¿Tu esposo?

—Vuestra hija se equivoca, milord —apostilló Lachlan con una frialdad en su voz como la que había usado esa noche en Kingussie, cuando intentó apartar a Venetia de su corazón.

Con una tremenda opresión en el pecho, ella se separó de su padre, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡Soy tu esposa! ¿Por qué lo niegas?

Lachlan no se atrevía a mirarla, y esa falta fue suficiente para partirle a Venetia el corazón.

—La boda no fue legal, milady, y lo sabéis.

Mientras un murmullo empezaba a extenderse entre la concurrencia, su padre dijo:

—¿Qué quieres decir con eso de que no fue legal?

—Pronunciamos los votos de matrimonio en gaélico, señor.

—¡Mi hija no sabe gaélico!

Lachlan enarcó una ceja.

—Exactamente. La engañé para que repitiera las palabras. Ningún juez dará

validez a ese matrimonio.

Un silencio espectral se expandió por la explanada. Tía Maggie suspiró, y lady Ross empezó a murmurar entre dientes arremetiéndose contra los hombres irresponsables que tenían la cabeza llena de ideas absurdas.

Como ésa. ¡Lachlan estaba dispuesto a sacrificar su matrimonio! ¡Que el diablo se lo llevara! Por culpa de una noción incorrecta de conferirle a su padre la justicia que merecía. ¿Cómo se atrevía?

—No puedes demostrar que no sé gaélico. Todo el mundo en la sala me oyó decir que sí sabía lo que decía.

Por primera vez en esa mañana, Lachlan la miró a la cara.

—¿Podéis repetir los votos ahora, Venetia?

Su trato formal le dolió tanto como su rechazo.

—¿Y bien, hija mía? —la exhortó su padre.

Venetia irguió la espalda.

—No estamos delante de un juez. No tengo que repetirlos para demostrar nada. Mi palabra debería ser más que suficiente.

Su padre la agarró por el brazo.

—¡Maldita sea! Mira, si este rufián te engatusó para pronunciar los votos de matrimonio, no existe ninguna razón para que...

—Hemos consumado el matrimonio —lo interrumpió ella, consciente del rubor que se extendía por sus mejillas—. Creo que con esa razón basta.

Su padre se la quedó mirando boquiabierto, luego clavó unos ojos feroces sobre Lachlan.

—¿Te has acostado con mi hija, cerdo?

—No me he acostado con vuestra hija —respondió él sin perder la calma.

Venetia se quedó estupefacta. ¿Se atrevía a negar eso, también? ¿Pensaba borrar los dulces momentos que habían compartido? ¿Cómo se atrevía a...!

—Pues mi hija alega lo contrario —bramó Quentin—. Dime, ¿por qué habría de mentir?

—Porque siente compasión por mí y por mi clan; quiere ayudarnos casándose conmigo y dándome su dote. Vuestra hija tiene el corazón más tierno que jamás haya visto, y además es muy sagaz. Sabe que vos jamás accederíais a nuestro matrimonio, y nunca accederíais a darme su dote, a menos que perdiera la inocencia.

—¡Por supuesto que nunca accedería a tal ultraje!

—Por fortuna, ella no ha perdido su inocencia, señor. —Desvió la vista hacia Venetia, con respeto y ternura—. Ningún hombre vulgar podría posiblemente deshonorar a una criatura tan perfecta como vuestra hija.

A Venetia las lágrimas le quemaban los ojos al comprender el sentido que Lahclan le había conferido a la palabra «deshonrar»; él estaba intentando suavizar el doloroso compromiso de rechazarla. ¿De verdad Lachlan creía que le estaba haciendo un favor al redimirla de su matrimonio? ¿De veras esperaba que ella se marchara así, sin más?

¡Y un cuerno!

—Sin embargo, te atreves a decir que «esta criatura tan perfecta» es una mentirosa —le recriminó ella.

Lachlan palideció.

—No una mentirosa. Sólo que demostráis unas desmedidas ganas de ayudar a mi clan.

Venetia se acercó a Lachlan.

—Y el hecho de que te amo, ¿no significa nada para ti? ¿Y de que tú también me hayas dicho que me amas?

El súbito destello en sus ojos, desesperado y oscuro, le infundó esperanzas a Venetia.

Entonces su cara volvió a adoptar ese rictus de indiferencia.

—Os he dicho muchas cosas. —Lachlan tragó saliva, y acto seguido continuó con ese tono frío, horroroso, que ella empezaba a detestar—. Eran meros intentos viles para obtener lo que quería: vuestra dote, el dinero que creía que vuestro padre me debía. Eso no significa que las cosas que haya dicho sean ciertas.

Ahora sí que había conseguido acabar con la paciencia de Venetia. Avanzó hacia él, con la cara encendida.

—¿Así que no me amas? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Él intentó mirarla con impasibilidad, pero su expresión afligida lo delataba.

—Volved a casa, bonita. Vuestro lugar no está aquí, en esta casa sin futuro, remendando cortinas viejas.

Venetia se dio cuenta de que él no podía decir llanamente que no la amaba.

—¡Mira, no dices más que sandeces! ¡Éste sí que es mi lugar! Pregúntale a

cualquiera de tu clan y te dirán lo mismo.

—Vuestro lugar está con vuestra familia. Pensé que no pasaba nada si os apartaba de ella, pero me equivocaba, ¿no lo comprendéis? No tenía ningún derecho a alejaros de vuestro padre.

Ella achicó los ojos.

—¡Ah! Así que se trata de eso. Te has dado cuenta de que has transgredido tus propias reglas de lo que está bien y lo que está mal, así que tu intención es enmendar tu error recurriendo a una salida que te parece absurdamente caballerosa, ¿no?

—¡No pienso ser como mi padre, maldita sea! —gritó, entonces se contuvo y bajó la voz—. Mi padre robó algo que no le pertenecía a un hombre que era su amigo, que nunca le había hecho daño. Mi padre nunca tuvo que pagar su error, y por culpa de eso, yo he cometido la misma atrocidad: frotando con sal las heridas de un hombre que no lo merecía. —Cruzó los brazos por encima del pecho—. Pues bien, se acabó. Esta pesadilla acaba aquí.

—A ver si lo he entendido bien... ¿Quieres decir que piensas pagar por tus pecados sacrificándome a mí, rompiéndome el corazón?

El sufrimiento se evidenció en la cara de Lachlan antes de que pudiera enmascararlo.

—Sólo deseo que regreséis a vuestro hogar, el sitio que siempre ha sido vuestro hogar, si yo hubiera tenido el suficiente sentido para verlo. —Apartó la vista de ella, aunque su barbilla temblaba ostensiblemente—. Cuando estéis de vuelta en Londres, sana y salva, os daréis cuenta de que tengo razón. Conoceréis a un hombre digno de vos y ocuparéis el lugar que os corresponde en la alta sociedad. Entonces os olvidaréis de esta historia, de toda esta maldita historia.

—Empiezo a pensar que me has tomado por una jovencita estúpida y caprichosa.

—Creo que habéis caído en la trampa de la nostalgia hacia vuestra tierra natal. Pero esas ideas románticas no durarán para siempre.

Lachlan ya había dicho algo similar con anterioridad, pero entonces él no la conocía, por lo que tenía motivos para creerlo. Ahora no. Que fuera capaz de convencerse a sí mismo de esa gran mentira la enfureció sobremanera.

—¿Y si descubro que estoy embarazada? —siguió pinchándolo, ajena a todos aquellos que la estaban escuchando.

Lachlan se puso tenso y miró de reojo al conde, que acababa de sobresaltarse ante la mención de un heredero.

—Sólo lo decís para forzar a vuestro padre a que acceda a nuestro matrimonio. Porque ambos sabemos que si descubrierais que estabais embarazada, vuestro padre me obligaría a casarme con vos.

—¿Y entonces te casarías conmigo?

—Sólo si descubrierais que estáis embarazada. Y eso no es posible.

Así que ése era el plan de Lachlan para justificar todo ese... ese desatino. Pensaba enviarla de vuelta a Londres, deshonrada pero libre de poder aceptar a otro esposo si ella quería, seguro de que la sustanciosa dote que acompañaba a Venetia bastaría para zanjar cualquier objeción de un hombre a casarse con una mujer que no era casta y pura.

Pero si ella estaba embarazada... entonces, todo cambiaba. Lachlan tendría que pedir su mano, tal y como mandaba el protocolo. Quedarse con ella ahora que se habían casado no era correcto, ah, no. Dejar que el amor que ambos sentían mutuamente curara la inquina existente entre sus familias tampoco era correcto, ah, no. Pero si en medio de ese lío aparecía un hijo, entonces —y sólo entonces— él olvidaría sus ideas desdeñosas y altaneras sobre la justicia.

Pues bien, Lachlan se iba a llevar una buena sorpresa. Ella también tenía su propia noción sobre la justicia. Él podía haber estado alejado de las Tierras Altas durante muchos años a causa de su orgullo, pero ella no iba a permitir que estuviera muchos años alejado de ella por unas ideas absurdas que le impedían redimir sus pecados. Venetia no tendría más remedio que forzar la situación, si quería ganar la partida.

—Muy bien. Si no me quieres, me marcharé —sentenció ella, alzando la barbilla con petulancia.

Lachlan frunció los labios.

—No he dicho que no...

—Pero escúchame, Lachlan, y escucha bien. —Se acercó más a él hasta que su nariz quedó prácticamente pegada a la de su esposo—. Te doy tres días para dejar de comportarte como un imbécil. Si no lo haces, entonces mi padre y yo regresaremos a Londres.

Él se la quedó mirando sin alegar nada, con la cara tan rígida como su sentido de la justicia.

Venetia lo retó con los ojos.

—Y si nos marchamos, será para no volver, ¿has entendido? Nunca más volverás a saber nada de mí, nunca. Si estoy embarazada, no te enterarás. Me casaré con otro hombre y dejaré que sea él, quienquiera que sea, quien críe a tu hijo. Nunca sabrás la verdad.

Él tensó la mandíbula.

—Vuestro padre me lo dirá...

—No si no se entera. Y aunque para eso tenga que irme a vivir a otro país, te juro que lo haré. —Su sentencia parecía haber conseguido cierta reacción por parte de Lachlan, por lo que continuó atacando por ese flanco—. Si me marchó de aquí sin ti, entonces mi vida sólo me pertenecerá a mí. ¿Quién sabe? Quizá decida irme a vivir a Marruecos con mi amiga Amelia durante una larga temporada, o quizá para siempre.

La cara de Lachlan reflejaba su súbita alarma, y ella concluyó:

—Si piensas cerrarme las puertas de tu vida, Lachlan, entonces yo haré lo mismo contigo. —Su voz se quebró—. Así que será mejor que recapacites largo y tendido sobre tu sentido de la justicia. Porque cuando me haya marchado para siempre, te pasarás el resto de tu vida preguntándote dónde estoy y si tienes un hijo en algún lugar de este planeta que lleva el apellido de otro hombre.

Cuando él continuó mirándola fijamente, sin decir nada, con los ojos vacíos, Venetia soltó un suspiro. Había esperado que esa amenaza surtiera efecto y lograra hacer entrar en razón a ese pedazo de testarudo, ¿pero y si no lo conseguía? ¿De veras estaba dispuesta a romper con él, a marcharse de ese lugar en tres días para no volver jamás?

No, eso nunca. Aunque no pensaba confesárselo a Lachlan. Ya era hora de que Lachlan Ross aprendiera que la vida no siempre fluía de acuerdo con sus planes. La franja entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto, no siempre era tan fácil de definir como él creía.

—Y te pido una última cosa más. —Las lágrimas le quemaban la garganta—. Te emplazo a que consideres si estás haciendo «lo correcto» para «redimir los pecados del mundo entero»... sentado en el lecho donde nos declaramos nuestro mutuo amor.

Venetia le acarició la mejilla.

—El mayor pecado de todos es negar el amor. Y no hay nada en este mundo

que puedas hacer para redimir ese gran error.

Acto seguido, y con el corazón hecho jirones, se dio la vuelta, apoyó la mano en el brazo de su padre, y dejó a Lachlan para que se enfrentara solo contra su absurda redención.

Capítulo veintisiete

Querido primo:

Estoy dispuesta a fumar la pipa de la paz con vos, si convenís conmigo en una sola cuestión. Un hombre que busca desesperadamente esposa debería admitir su situación desde el principio. De ese modo, ninguna mujer podría acusarlo de traición. Seguramente admitiréis que los matrimonios más sólidos son los que están edificados sobre los pilares de la honestidad.

Vuestra allegada, Charlotte

Lachlan pasó el primer día separado de Venetia sumido en un estado de sopor, supervisando las destilerías y dejándose caer por Dingwall para que la gente supiera que no estaba muerto. Se sorprendió gratamente al descubrir que se había convertido en el centro de atención. Sus compatriotas aceptaron sin rechistar su ridícula historia acerca de que había decidido hacerse pasar por muerto sólo hasta que los hombres de El Azote fueran ajusticiados. Por lo visto estaban tan contentos de verlo vivo, que no se plantearon indagar más en lo que había sucedido.

Por lo menos alguien no estaba enojado con él. Los miembros de su clan estaban furiosos porque no había presionado a Duncannon para que pagara el dinero. No podían comprender sus razones, puesto que desconocían lo que su padre había hecho, y él tenía la firme intención de mantener el secreto. Duncannon merecía esa muestra de deferencia.

Su madre también merecía una muestra de respeto. A Lachlan se le erizaba el vello de los brazos cada vez que pensaba en la vergüenza que había tenido que soportar su madre al descubrir que su difunto esposo se había acostado con su mejor amiga. Lachlan no sabía cómo reconfortarla.

Aunque estaba seguro de que ella no habría aceptado ningún gesto de compasión. Después del enfrentamiento con Duncannon, ella se había negado a hablar con él, y se había dedicado a pasear por toda la casa lamentándose a viva voz de cuánto sentía que Venetia no pudiera estar a su lado para ayudarla en los quehaceres domésticos. Se refería a su hijo delante de las criadas como «el idiota de mi hijo» con una frecuencia que empezaba a molestarlo.

De toda la gente de su clan, su madre debería de ser la que lo comprendiera mejor. ¿Acaso no veía que Venetia se merecía algo mejor que vivir en las Tierras Altas, apartada y enemistada con su propia familia?

El sentimiento de culpa volvió a ahogarlo. Una cosa era escuchar a Venetia hablar de su padre enfermo y anciano, y otra bien distinta verla afligida ante los restos de un hombre absolutamente destrozado. Ella necesitaba a su padre, y Duncannon la necesitaba a ella. Ella merecía sin lugar a dudas algo mejor que una vida encadenada al bribón que la había arrancado de los brazos de su padre.

No le importaba si Venetia mostraba su desacuerdo; tarde o temprano le daría la razón. Porque hacer que Venetia se quedara en Rossraig sería un acto de puro egoísmo. ¿Acaso importaba, si el mero pensamiento de verla marchar del condado de los Ross, sabiendo que jamás regresaría, le provocaba el mismo dolor que si le estuvieran arrancando la carne a tiras? Lo más correcto era dejarla marchar.

Entonces, ¿por qué el corazón le decía que era una decisión errónea?

Esa noche no pudo dormir, y por la mañana se despertó con la agonía de saber que sólo le quedaba un día más antes de que ella cumpliera su amenaza. Que Dios se apiadara de él. Sólo con pensar que ella llevara en sus entrañas a su hijo sin que él llegara a saberlo...

No, eso no podía suceder. De ningún modo.

Bajó al comedor en busca de su madre.

—Necesito que vayas a visitar a Venetia a Braidmuir.

Su madre enarcó una ceja.

—Suplícale que te escriba desde Londres, si averigua que está embarazada.

Su madre cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y se puede saber por qué he de hacerlo?

—¡Porque sería tu nieto! Seguramente querrás saberlo.

—Mira, desde el momento en que negaste vuestro matrimonio, me quitaste el derecho a preocuparme por ese niño. De todos modos, tú mismo dijiste que no habíais consumado el matrimonio, ¿recuerdas? —Sus ojos destellaban con rabia—. Así que, tal y como le aseguraste a Duncannon, no puede haber ningún nieto.

Lachlan torció el gesto.

—Sabes perfectamente bien que me acosté con Venetia la noche que pronunciamos los votos. Probablemente la mitad de los criados en Rossraig la vieron salir de mi habitación a la mañana siguiente. Y jamás serían capaces de ocultarte un cotilleo como ése.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Tuviste tu oportunidad de defender a capa y espada que querías estar con tu esposa, pero sin embargo preferiste tirar la toalla, y con ello perdiste el derecho de exigir la paternidad de ese hijo.

—¡No es ese hijo lo que me preocupa! —estalló—. Lo único que pasa es que no puedo soportar la idea de que ella asuma esa responsabilidad sola, ¿entiendes? ¿Y si le pasa algo?

La expresión de su madre se suavizó levemente.

—Me parece que también has renegado del derecho a preocuparte por esa cuestión.

Lachlan se frotó la nuca en un gesto de frustración.

—¿Y si se marcha a Marruecos, tal y como dijo? ¿Hay médicos en ese lugar? Se verá obligada a confiar en un extranjero, quien probablemente la matará a causa de su ignorancia.

—Sí, supongo que eso podría pasar.

La atravesó con una mirada feroz.

—Y si se queda en Londres y da a luz a un niño, se ganará la reputación de libertina. Se verá obligada a llevar una vida de reclusión. —Meneó la cabeza—. Venetia jamás sería feliz, recluida. Le encanta estar rodeada de gente.

—No creía que te importaran sus preferencias —apuntó su madre, con una sonrisa taimada.

—¡Por supuesto que me importan! Por eso estoy actuando así. Por ella. Para que pueda optar a la vida decente en sociedad que tanto merece.

—¿Te ha dicho ella si eso es lo que quiere?

Lachlan resopló.

—Venetia no sabe lo que quiere. ¿Cómo va a saberlo, cuando la he engañado y seducido cada vez que he tenido ocasión? —Empezó a deambular por el comedor, nervioso—. Ni siquiera ha tenido la oportunidad de considerar si el hecho de casarse conmigo la apartaría definitivamente de su

padre enfermo, puesto que dudo que Duncannon tenga deseos de volver a instalarse en las Tierras Altas.

—Quizá. Sin embargo, es ella la que ha de decidir, ¿no te parece? —Lady Ross escrutó a su hijo con interés—. Además, que yo sepa, hasta ahora no te habían importado esas cuestiones en absoluto, hasta que te enteraste de lo de tu padre y lady Duncannon.

—¡Sí que me importaban esas cuestiones! Pero he demostrado ser un estúpido egoísta, engañándola y despojándola de todo lo que ella necesitaba con tal de hacerla mía.

—Claro, porque en esos momentos separarla del villano conde Duncannon te parecía una empresa justa. Pero separarla del agraviado Duncannon sólo te parece cruel.

—Si quieres expresarlo así... sí. —Se le formó un nudo en la garganta—. Mira los estragos que causó papá en la vida de la pobre Venetia, al enviar a su madre a la tumba. Yo no soy mejor que él. —Se cruzó de brazos—. Papá no enmendó su error, pero yo puedo hacerlo. He de hacerlo.

—Ante todo, que quede claro que tu padre no envió a lady Duncannon a la tumba —terció lady Ross tensamente—. Ella misma selló su destino. Podría haber rechazado acostarse con él. ¡Y sólo Dios sabe cómo desearía que lo hubiera hecho! —Una sonrisa apesadumbrada coronó sus finos labios, y él sintió la necesidad de consolarla por lo que debía de estar sufriendo—. Pero no lo hizo. Y así como sé que tú no le diste ninguna oportunidad a Venetia cuando la secuestraste, no me queda la menor duda de que después ella gozó de numerosas oportunidades de marcharse de aquí. Pero no lo hizo. —Miró a su hijo con los ojos brillantes—. Y tampoco se negó a acostarse contigo, ¿no es cierto?

—Sólo porque estaba preocupada por su padre y quería apaciguarme.

—¿De verdad crees eso? ¿Y qué hay de sus palabras de amor? ¿Eran meras mentiras?

Al instante, Lachlan evocó la cara de Venetia, su expresión traicionada cuando él fingió que no la quería.

—No lo sé —susurró—. Lo único que sé es que si yo no me hubiera entrometido en unos asuntos que no eran de mi incumbencia, ahora ella estaría en Londres, que es donde ha de estar. —El pensamiento de cómo le había arrebatado su vida placentera lo atormentaba sin piedad—. No tenía ningún derecho a hacerlo, a destruir su vida. Ni la suya ni la de Duncannon.

—En eso tienes razón. El problema es que, al igual que un niño travieso que ha derribado el vaso que había sobre la mesa, crees que puedes arreglar el vaso roto enganchando todas los trozos y colocándolo de nuevo sobre la mesa, sin que nadie se dé cuenta de lo que ha sucedido. Crees que puedes facturar a Venetia a su casa con su padre como si nada hubiera pasado entre vosotros. Y eso no puede ser, hijo mío.

Lady Ross le acarició la mejilla, y agregó con una voz cariñosa:

—Pero eso no quiere decir que no puedas recoger todos los trozos del jarrón rotos y que con ellos intentes componer otro nuevo. Claro, tendrás que pensar qué forma quieres darle a ese jarrón, es decir, una nueva forma para ti y ella y su padre. Pero lo que has de tener claro es que siempre que rompas un jarrón e intentes arreglarlo, el resultado nunca será idéntico al original, porque nada en la vida permanece igual. —Le sonrió con indulgencia—. Aunque el resultado puede ser tan aceptable como el anterior. O incluso mejor. Si tienes ganas de intentarlo.

Lachlan se apartó de ella, tragándose las lágrimas que pujaban por escapar de sus ojos.

—Si ella se queda aquí conmigo, y acaba llevando una vida miserable, añorando a su padre y su hogar, nunca me lo perdonaré. Después de todo lo que le he hecho a su familia...

—A ella no le importa; ella misma lo ha dicho. Así que, ¿por qué no lo intentas, por lo menos? ¿No la amas?

—La amo más que a mi vida —susurró.

—Tú la amas, ella te ama, ¿entonces...? —Lady Ross hizo una pausa para escrutar su cara—. ¡Ah! ¡De eso tienes miedo! De que ella deje de amarte. De que en el momento en que pierdas el control de todo, y ella te conozca de verdad, no le guste lo que vea.

Sorprendido ante la impactante verdad que contenía esa aseveración, Lachlan se quedó mirando a su madre sin parpadear y sin decir nada, temiendo no ser capaz de soportar la presión de su corazón, que latía con tanta fuerza.

—¿De verdad creías esas badajadas que tu padre solía echarte en cara sobre lo indómito e irresponsable que eras? No es cierto. Nunca lo has sido. —Su voz había adoptado un tono indignado—. No eres el único que le ha estado dando vueltas a todas esas cuestiones en los últimos días. Por fin he comprendido por qué Alasdair siempre se mostraba tan enojado contigo.

Lady Ross soltó un largo suspiro.

—Lo que le pasaba a Alasdair era que tenía miedo de que un día descubrieras la verdad, que era él el indómito y el irresponsable, bajo esa férrea disciplina que intentaba inculcarte. Por eso te alejó de esta casa. Tu padre era un cobarde que no soportaba la idea de que su propio hijo descubriera sus grandes faltas.

La anciana se secó las lágrimas de los ojos.

—No seas cobarde, hijo mío; no apartes de tu camino a aquellos que te quieren por miedo a que vean cómo eres en realidad. Es fácil vivir la vida solo, pero se necesita coraje para compartirla con alguien. Aunque al final, te aseguro, que la vida puede ser mucho más provechosa si la compartes con una persona que te quiere.

Lachlan apenas podía respirar por culpa de las lágrimas que amenazaban con ahogarlo.

—Por lo menos dale a Venetia la oportunidad de conocerte realmente. Si no lo haces, seguramente te arrepentirás. —Acto seguido, después de propinarle otra suave palmadita en la mejilla, su madre abandonó el comedor.

«Dale a Venetia la oportunidad de conocerte realmente.»

Lachlan se sentía aterrado, sólo con pensar en esa posibilidad. ¿Y si ella llegaba a detestarlo, a odiar tanto sus rudos modales que al final optaba por abandonarlo?

Ahogó una carcajada histérica. ¿Qué diferencia había en que lo abandonara ahora o después? De las dos maneras, el resultado sería el mismo: la perdería. Y tras pasar un par de días sin ella ya se había dado cuenta de que no podía vivir sin ella.

Echó un vistazo a las paredes recién pintadas en Rossraig, y recordó el orgullo que vio reflejado en la bella cara de Venetia cuando ésta lo guió por la casa para mostrarle el trabajo que había realizado. Quizá ese orgullo no durara para siempre. Quizá ella acabaría por cansarse de la dura vida en las Tierras Altas.

Pero tenía que darle —no sólo a ella, sino también a sí mismo— la oportunidad de descubrirlo. Porque si no lo hacía, su vida se convertiría en un calvario imposible de soportar.

Quentin repasó los libros de cuentas que tenía ante él, con el semblante

taciturno. Venetia tenía razón. Braidmuir se desmoronaba. A juzgar por los números que veía, McKinley se había aprovechado de los beneficios de una forma escandalosa. Y Quentin lo había dejado actuar con impunidad porque no soportaba la idea de supervisar sus tierras tal y como se esperaba que hiciera un *laird*.

Podría echarle las culpas a su pobre estado de salud, o a los malos recuerdos, pero la cuestión era que habían transcurrido dieciséis años desde que Susannah lo había traicionado con su mejor amigo. Demasiados años como para continuar rezumando tanto rencor.

Y demasiados años para excusarse delegando en otra gente el trabajo sucio. Todavía no estaba seguro de si había cometido un error al ceder sus tierras como pasto a algunos pastores, a pesar de lo que Venetia pudiera pensar al respecto. Pero de una cosa estaba seguro, y era que mucho tiempo atrás Braidmuir tenía lo que Ross tenía en su finca: familias que se preocupaban las unas de las otras, que se protegían con lealtad. Algo se perdía cuando eso desaparecía, fuera cual fuese la razón que lo hubiera provocado.

Se recostó en la silla y desvió la vista hacia los rayos que el sol de la tarde arrojaba sobre la estancia a través de la ventana. Su hija quería restablecer lo que parecía perdido, ¿no era cierto? Había quitado las sábanas que cubrían las mesas y las sillas para protegerlas del polvo, había ordenado que sacaran brillo a todos los utensilios de plata, y que hicieran las camas. Cuando le preguntó por qué malgastaba esfuerzos en tales labores cuando muy pronto partirían hacia Londres, ella se limitó a obsequiarlo con una triste sonrisa que le confirmó que todavía esperaba a Ross, y después volvió a enfrascarse en la supervisión de las labores domésticas.

Lo dejó así, con una desagradable sensación de frío en el pecho.

¿Qué iba a hacer con Ross? Ese hombre había secuestrado a su hija, sí, pero no era el execrable villano que Quentin había asumido. Quentin había hablado con la gente en Dingwall, quienes no habían tenido suficientes palabras para ensalzar las virtudes del muchacho. Y era evidente que Ross se las había apañado para evitar la ruina de sus tierras, realizando un esfuerzo sobrehumano, allí donde seguramente cualquier otro hombre habría desistido del intento.

Sin embargo...

Lo sobresaltó el sonido de unos caballos que se acercaban al patio. No podía tratarse de lady Kerr y su amigo el coronel. Hacía poco se habían puesto

en camino hacia Londres, con ganas de hacer partícipe a la hija del militar de sus planes de boda.

Pasaron unos momentos antes de que el ama de llaves llamara a la puerta del estudio.

—Sir Lachlan Ross desea verlo, milord.

Maldición. A Quentin le parecía que todo iba demasiado deprisa.

Pero Venetia no se lo perdonaría nunca, si no recibía a ese muchacho.

—Hazlo pasar.

Ross entró, con el sombrero en la mano y una evidente perturbación escrita en su rostro.

—Buenas noches, señor. —Bajó la cabeza—. He venido a buscar a mi esposa.

Los ojos de Quentin se achicaron como un par de rendijas.

—Si no recuerdo mal, dijiste que no tenías esposa.

—Dije muchas cosas. Porque pensé que Venetia merecía un esposo mejor que yo.

—Estoy totalmente de acuerdo.

El comentario consiguió que Ross frunciera el ceño, y su rostro se enrojeció como si estuviera a punto de atragantarse intentando engullir su orgullo. Pero Quentin no pensaba ceder tan fácilmente ante el muchacho.

—La cuestión es que, la merezca o no, la amo, señor.

—¿De veras? —inquirió el conde, con escepticismo.

—Sí, la amo. —Ross se cuadró de hombros—. Probablemente le resultará difícil de creer, después de todo lo que ha sucedido entre vos y yo, pero es la verdad. Ya sé que no me quiere como yerno, y entiendo perfectamente sus motivos, pero creo que ella también me ama. Así que si ella me acepta de nuevo, os prometo que me pasaré el resto de mis días dejándome la piel por hacerla feliz.

Quentin soltó un estentóreo bufido. Había llegado el momento tan temido, el momento cuando tendría que adoptar una decisión. Lo más extraño era que, ahora que había llegado el momento, la decisión le parecía la mar de sencilla. Porque él y el *laird* querían el mismo objetivo: que Venetia fuera feliz. Y ella se había pasado los dos últimos días asegurándole que únicamente podría ser feliz con Lachlan Ross.

El conde suspiró.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Vuestra bendición. Significaría mucho para ella saber que contamos con vuestra bendición.

—Y supongo que también quieres su dote, ¿no?

A Lachlan se le encendió la cara con su orgullo obcecado.

—No, milord, no aceptaré vuestro dinero.

Quentin volvió a sentarse en la silla.

—Entonces no os daré mi bendición.

Su sentencia pilló a Lachlan por sorpresa.

—No me parece justo que...

—No pienso permitir que mi única hija se pase el día remendando cortinas cuando puede disponer de una más que módica fortuna. Y no hay nada más que hablar. —El hecho de que tuviera que pelearse por esa cuestión acabó de eliminar cualquier recelo que aún le quedara para entregar la mano de Venetia a Ross.

Lachlan murmuró una maldición entre dientes mientras clavaba sus dedos crispados en el ala del sombrero. Pero finalmente suspiró.

—De acuerdo. Aceptaré la dote. Pero será el dinero que ella utilice para sus pequeños gastos y unos fondos para nuestros hijos, ¿entendido?

—Como quieras. Aunque supongo que mi hija tendrá algo que decir al respecto. —Asió el decantador de whisky que había sobre la mesa—. Siéntate y tomaremos un trago para sellar el acuerdo.

Lachlan asintió tensamente con la cabeza, y tomó asiento, luego echó un vistazo al estudio.

—¿Pensáis quedaros en Braidmuir? —le preguntó mientras Quentin le servía una copa.

—Estoy considerando la posibilidad. Venetia me ha hecho recapacitar sobre muchos aspectos.

Una sonrisa se perfiló en los labios de Ross.

—Sí, ésa es una de las habilidades de su hija: sabe convencer a los hombres.

Quentin le ofreció la copa.

—Me acusa de haber abandonado mis tierras. —Tomó su copa al tiempo

que esgrimía una sonrisa socarrona—. Y quiere que esté por aquí cerca para poder hacer jugar y malcriar a mis nietos.

Ross clavó la vista en la copa.

—¿Qué opina McKinley de vuestra decisión?

—No lo sé. Lo he despedido esta misma mañana.

Lachlan alzó la cara súbitamente.

—No me gusta lo que ha estado haciendo con este lugar.

Con un renovado respeto hacia su futuro suegro, Ross tomó un sorbo de whisky, entonces pestañeó.

—¿Dónde habéis obtenido este whisky?

—Oh, se lo he comprado a unos tipos la mar de simpáticos en el pueblo. Me aseguraron que era el mejor whisky de la localidad, aunque provenga de una destilería ilegal. —La expresión sofocada de Ross consiguió arrancarle una sonrisa a Quentin—. Si conoces al tipo que lo destila, coméntale que en Londres se rumorea que el duque de Gordon tiene la intención de proponer que se supriman los impuestos que gravan el whisky, para que el precio de su producción vuelva a ser razonable en Escocia. Un whisky de esta categoría merece gozar de un mercado más amplio.

—Se lo diré.

Quentin tomó otro trago, preparándose para una tarea más onerosa.

—Ross, nunca quise que Sikeston y sus hombres te dieran una paliza tan seria. Y te juro que jamás les ordené que te mataran.

Con el semblante visiblemente azorado, Lachlan sacudió la cabeza.

—Es agua pasada; de nada sirve hablar de ello.

—Pero no fue la primera vez que tuviste que soportar una azotaina por mi culpa, así que te ruego que me escuches. —Tomó otro trago de whisky—. Hace años, cuando te acusé de robarme, era cierto que creía que habías convencido a esos chicos para que lo hicieran. Acababa de saber lo de tu padre y Susannah, y habría creído cualquier cosa mala sobre cualquiera de vuestro clan.

Jugueteeó con la copa entre sus dedos.

—Me desahogué contigo, porque no podía hacerlo con él, y porque pensé que haciéndote daño a ti, le partiría el corazón a él.

—Salvo que mi padre no tenía corazón.

—Eso es lo que parece. —Miró a Ross—. Más tarde me enteré de que tú no habías tenido nada que ver, pero por entonces ya te habías marchado de aquí. Así que... quería decirte que siento mucho todo lo que sucedió, me refiero a desconfiar de ti, a exigir que te...

—Gracias, señor —murmuró Ross—. Pero tal y como os he dicho, de eso hace ya mucho tiempo.

—Así es.

Los dos bebieron juntos en silencio, luego Lachlan bajó la copa.

—No quiero ser maleducado, señor, pero...

—Quieres ver a mi hija, lo sé. —Con la cabeza señaló hacia la puerta—. La encontrarás en el valle que hay justo en las lindes del bosque. No sé por qué le gusta tanto pasear por allí.

A juzgar por el rostro abochornado de Ross, él sí que lo sabía. Quentin intentó no darle más vueltas a la cuestión.

Pero cuando el *laird* se apresuró hacia la puerta, Quentin lo llamó.

—¿Ross?

Lachlan se detuvo en el umbral para mirar hacia atrás.

—¿Sí, milord?

—Si no hubieras venido en tres días, habría mandado que fueran a buscarte y yo mismo te habría arrancado el corazón.

Para su sorpresa, Ross esbozó una leve sonrisa.

—No me lo habríais podido arrancar, señor. Vuestra hija me lo robó hace mucho tiempo.

Mientras Lachlan enfilaba hacia el pasillo, Quentin apuró el resto del whisky de su copa y volvió a concentrarse en las cuentas de su finca. Quizá no le costaría tanto volver a instalarse en Braidmuir, después de todo. Buen whisky, un yerno muy trabajador... nietos.

Y tampoco podía olvidar que lady Ross estaba estupenda. La edad le sentaba la mar de bien, confiriéndole carácter a esa cara que él recordaba de una belleza natural. No le iría nada mal buscarse una mujer para que le hiciera compañía, ahora que iba a perder a su hija porque iba a casarse con el bribón de Ross. Y la dama era una viuda, después de todo.

Ese pensamiento lo mantuvo sonriente durante un buen rato.

Capítulo veintiocho

Querida Charlotte:

Una tregua me parece una idea excelente. Sólo recordad, mi querida prima, que las esperanzas de honestidad y sinceridad son recíprocas. Y un día muy pronto esperaré ver una muestra de esas virtudes en vos. Porque a veces me pregunto si sois realmente tan honesta con vos misma —o conmigo— como aparentáis.

Vuestro impaciente amigo, Michael

Venetia deambuló por el valle antes de detenerse en el parterre de margaritas blancas cerca del majestuoso roble. Las había plantado cuando era una niña, con la intención de agradar a Lachlan ofreciéndole algo bello que contemplar mientras pescaba.

Soltó un bufido. Ese pedazo de zoquete ni siquiera se había fijado en las flores.

Eso tendría que haberle enseñado que Lachlan era incapaz de ver ciertos detalles, incluso cuando los tenía delante de las narices. No mostraba ningún interés en todo aquello que no concernía ni a su clan ni a su orgullo viril ni a las Tierras Altas.

Los ojos le escocían a causa de las lágrimas, y se las secó jurándose no volver a llorar más; no, no lloraría nunca más. ¿Por qué suspirar por ese mentecato obstinado?

Sin embargo, no pudo reprimir el impulso de coger una margarita y hacer lo mismo que había hecho tantas veces cuando era una niña: arrancar los pétalos uno a uno mientras repetía la letanía que tantas jovencitas habían cantado antes que ella.

—Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere...

—Te quiere.

Venetia se quedó helada ante la voz familiar proveniente de la ladera situada a su espalda. No se dio la vuelta. No podía. ¿Y si sólo era fruto de su imaginación?

Entonces oyó los pasos pesados de unas botas que descendían por la vertiente.

—Te quiere —repitió la voz, cargada de emoción—. Te quiero.

En los últimos días, ella había ensayado mil veces lo que diría si ese momento llegaba a hacerse realidad. Pero no pudo recordar ni una sola palabra cuando se dio la vuelta para mirarlo a los ojos. A pesar de que Lachlan iba ataviado con su mejor traje, parecía inseguro de sí mismo, incluso nervioso. Nunca antes lo había visto nervioso por ningún motivo.

—Te quiero —volvió a repetir él.

—¿Cómo quieres que te crea —susurró Venetia—, cuando hace tan sólo dos días prácticamente me lo negaste a la cara?

—Hace dos días me comporté como un imbécil.

—En eso estoy totalmente de acuerdo. —Cuando Lachlan pareció desanimarse con sus palabras, ella soltó un largo suspiro—. Puedo aceptar que dijeras que nuestra boda no era legal, porque realmente no lo era. —Clavó la vista en la margarita deshojada—. Y también puedo comprender que no quisieras admitir delante de papá que te habías acostado conmigo. —Su voz se quebró—. ¿Pero cómo pudiste negar que me amabas?

—Lo sé. Fue un gran error. —Mientras se acercaba a Venetia, ella se fijó en las oscuras ojeras bajo sus adorables ojos, y en la palidez de su piel—. No tengo ni idea de cómo arreglarlo. Dijiste que el peor error que se puede cometer en esta vida es negar el amor, y la verdad es que no sé qué tengo que hacer para que me perdones.

Venetia habría deseado lanzarse a sus brazos y decirle que no se atormentara más, que lo perdonaba, pero por otra parte tampoco quería ponérselo tan fácil. No después de todo lo que le había hecho pasar.

—¿Y por qué tendría que perdonarte? —lo increpó con una voz hueca—. Sólo has venido a buscarme porque estás preocupado por si me he quedado embarazada y doy a luz a tu hijo, al que nunca más verás.

—No. —Lachlan dio un paso adelante, para acercarse más a ella—. Lo que me preocupa es que te hayas adueñado de mi corazón, y que ya nunca me lo devuelvas. Tal y como acabo de decirle a tu padre, hace años que me lo robaste. Sin él, sin ti, no soy un hombre, sino simplemente una carcasa vacía.

Con esas palabras tan dulces a Venetia le entraron ganas de llorar. Entonces asimiló el resto del mensaje.

—¿Has hablado con mi padre?

Él asintió.

—Para pedirle su bendición. Y nos la ha dado.

Venetia frunció el ceño. ¿Lachlan había ido a buscarla sólo porque su padre lo había absuelto de su absurdo pecado?

—¿Qué habrías hecho si mi padre no nos hubiera dado su bendición?

Los oscuros ojos de Lachlan la abrasaban.

—Le habría expresado que lamentaba que no pudiera compartir con nosotros un día tan especial, cuando repitiéramos nuestros votos delante de un altar. Pero volvamos a repetirlos o no, tú eres mi esposa. Nada de lo que pueda decir tu padre cambiará esa realidad.

A Venetia le dolía el corazón. Él sí que la quería, sí que había venido a buscarla.

—Por favor, bonita —empezó a suplicarle—. Vuelve conmigo. Si no lo haces, me obligarás a hacer algo drástico.

—¿Cómo qué?

—Como volverte a secuestrar. He traído el carruaje. —Lachlan parecía sorprendentemente solemne, cuando hundió la mano en el bolsillo para sacar algo que le mostró a continuación—. Y un trozo de cuerda. Y pienso usarla si es necesario.

Ella se contuvo para no sonreír. —No creo que sea la manera más convincente para seducirme de nuevo.

Él le ofreció la cuerda.

—Entonces átame a mí y déjame aquí para que las ovejas puedan pisotearme a su gusto. ¿Es lo que prefieres?

—Ahora que lo pienso... —empezó a decir ella, arrebatándole la cuerda—, prefiero utilizarla para otro fin.

—¿Cuál?

Venetia le pasó la cuerda alrededor de la muñeca, y después hizo lo mismo con su propia muñeca.

—Para encadenarme a ti. —Lágrimas de alegría pujaban por escapar de sus ojos—. Para que nunca más volvamos a separarnos.

Lachlan la tomó entre sus brazos.

—Nunca más me separaré de ti, te lo prometo —susurró.

Entonces la besó con todo el cuidado y afecto que una mujer podría posiblemente desear. Allí, en medio del valle donde ella había aprendido a adorarlo, Lachlan la besó, y su beso fue incluso más maravilloso que el que ella había imaginado en sus fantasías infantiles.

Había sido preciso que pasaran muchos años, pero al final Venetia había conseguido al héroe de su balada. Y esta vez no pensaba dejarlo escapar, no; porque quería estar con él el resto de su vida.

Cuando Lachlan se apartó, sus ojos brillaban y su respiración se había tornado impetuosa y entrecortada.

—¿Vamos a casa, esposa mía? —sugirió, con ese tono seductor que ella tanto amaba.

Venetia alzó la vista hacia la cabaña que se erigía en lo alto de la colina, donde él le había hecho el amor por primera vez, entonces le dedicó una sonrisita obsequiosa.

—Podríamos ir a casa, aunque la verdad es que me parece una verdadera pena que toda esa adorable lana se eche a perder...

Con una carcajada, la alzó entre sus brazos y subió la ladera con paso ligero.

La margarita se escurrió entre sus dedos y cayó al suelo, sin que nadie le prestara atención, con un único pétalo todavía pegado a su corola.

«Me quiere.»

Para siempre.

Epílogo

Venetia regresó del tocador de señoras en la casa del coronel Seton, en Edimburgo, y se encontró la sala de fiestas abarrotada con los invitados que habían asistido a la boda de tía Maggie, oficiada unas horas antes ese mismo día. La orquesta entonaba una bella melodía, sin embargo se fijó en que no había ni un solo gaitero. Tía Maggie debía de haber ganado la partida con el coronel. Su tía se había obcecado en que deseaba que la celebración destilara elegancia por todos los costados, y por consiguiente no quería oír hablar ni de marchas ni bailes escoceses, ni de gaiteros, ni de whisky.

Venetia suspiró.

—¡Vaya suspiro más ominoso! —apuntó la señora Harris, mientras se le acercaba.

Venetia le dedicó una sonrisa a su antigua institutriz.

—¡Señora Harris! Precisamente quería preguntaros qué os ha empujado a dejar la escuela a mitad de curso. Estoy segura de que el coronel habría encontrado a otra persona para traer a Lucy hasta aquí.

—Cierto, pero entonces no habría gozado de la oportunidad de conocer a tu esposo. No suele pasar muy a menudo, que una de mis pupilas se fugue con un *laird* escocés sin fortuna ni una destacada posición social.

La señora Harris desvió la vista hacia Lachlan, que en esos momentos estaba ayudando al coronel a mover unas sillas.

—Aunque he de decir que empiezo a comprender por qué te sentiste tentada a echar por la borda todas las normas que te he enseñado. Ataviado con ese uniforme militar, parece un hombre muy apuesto, robusto y enérgico, ¿verdad?

—No podría estar más de acuerdo —convino Venetia, al tiempo que emplazaba una mano sobre su vientre. Antes de anunciarle las nuevas a Lachlan, había querido consultar a un médico en Edimburgo. Pero ahora que estaba segura, se moría de ganas de quedarse con él a solas para ensalzar su energía portentosa.

—Sabes —dijo la señora Harris—, de entre todas mis pupilas, habría jurado que tú serías la que acabaría pescando a un hombre muy rico, a un

caballero con uno de los títulos más onerosos del reino.

—Siento haberos decepcionado —murmuró Venetia, a pesar de que no lo sentía en absoluto.

—No seas ridícula, querida; pareces feliz, y eso es lo que importa. —La señora Harris le dedicó una sonrisa obsequiosa—. Te veo distinta, aquí, como más relajada.

Venetia se echó a reír.

—Ninguna mujer que se hubiera casado con Lachlan Ross podría aducir lo contrario. Él tiene una forma de conseguir que una mujer se olvide absolutamente del decoro y de los comportamientos remilgados y encorsetados. —Cuando la señora Harris frunció el ceño, ella añadió—. Vos también parecéis diferente; diría que demasiado... agitada. Y jamás os había visto agitada. ¿Acaso vuestro primo Michael os ha alarmado con algún cotilleo?

Las arrugas en la frente de la señora Harris se volvieron más pronunciadas.

—Supongo que podría alegar que sí. O quizá podría decir que es el tipo más arrogante, dogmático y reservado que jamás haya conocido; la clase de hombre capaz de sacar de quicio a una mujer.

Venetia se contuvo para no sonreír abiertamente.

—Yo también decía prácticamente lo mismo sobre Lachlan. Y ahora que lo pienso, mi tía también decía prácticamente lo mismo del coronel. Quizá estáis desarrollando un interés que va más allá del que se espera que sintáis por vuestro querido primo.

—¡Cómo se te ocurre semejante majadería!

—La señora Harris se abanicó con brío—. ¡Por el amor de Dios! ¡Si ni siquiera sé quién es! Probablemente se trate de un setentón, y aunque yo ya pase de los treinta, todavía estoy de buen ver.

—Sólo digo que...

—Alegra la cara y cambiemos de tema, querida; se acerca tu esposo.

El comentario puso fin a la conversación de un modo efectivo. Venetia se dio la vuelta y sintió que se le aceleraba el pulso al ver a Lachlan.

Su esposo saludó cortésmente a la señora Harris con una reverencia de cabeza, y después le ofreció el brazo a Venetia.

—Me preguntaba si conseguiría convencerte para que bailaras conmigo —

dijo con los ojos brillantes—. Me temo que sólo se trata de un tedioso vals, nada que puedas cantar como *Tullochgorum*, esa canción escocesa que entonas tan bien, pero a lo mejor te diviertes.

—Muy gracioso —lo reprendió mientras aceptaba su brazo—. Comportaos como es de esperar, señor, o mañana me pasaré todo el trayecto de regreso a Rossraig cantando *Tullochgorum*.

—Existen otras formas más horrorosas de pasar el rato —apostilló él mientras la llevaba hacia la pista de baile—. Por lo menos de esa forma mantendrás a mi madre despierta y no nos molestará con sus ronquidos.

—Creía que te lo había comentado. Tu madre regresará en el carruaje de mi padre.

Lachlan esbozó una mueca de fastidio.

—¡No me digas! ¿Y de quién ha sido esa descabellada idea de viajar juntos y sin más compañía que la del cochero, de la viuda o del viudo?

—No viajarán solos, Lachlan —matizó Venetia con una carcajada—. Nosotros iremos en el segundo carruaje, detrás de ellos. Además, de todas las personas en este mundo, tú eres el menos indicado para criticar a un hombre y a una mujer que viajan solos.

Lachlan la tomó entre sus brazos cuando empezaron a sonar las primeras notas del vals.

—De todos modos, no puedo decir que me guste la idea. De acuerdo, tu padre ha hecho cosas maravillosas en Braidmuir, como por ejemplo ofrecer a los aparceros la posibilidad de regresar e intentar combinar la agricultura con las ovejas, pero eso no significa que me parezca bien que corteje a mi madre. No sé, no me parece decoroso.

—¿Decoroso? —Venetia señaló con la cabeza a su suegra, que bailaba con el conde con la espalda bien erguida y un rictus serio—. No creo que su actitud en público sea indecorosa.

—Oh, eso es porque mi madre nunca había estado en un baile formal.

—Claro, no había pensado en eso; probablemente se siente más cómoda en un *ceilidh*.

Lachlan tensó el brazo alrededor de su cintura.

—¿Y tú, bonita? ¿Dónde te sientes más cómoda?

Venetia alzó la vista para contemplar esa cara tan amada. —Allí donde estés tú.

A él pareció gustarle la respuesta, ya que su mirada se suavizó y empezó a estrecharla con más lascivia.

—¿Así que no te importará que nos marchemos de la ciudad mañana?

—En absoluto. Tengo ganas de volver a casa. —Venetia dudó, pero pensó que era el momento oportuno para anunciárselo—. Tengo ganas de empezar a decorar la habitación infantil.

—¿La habitación infantil? No tenemos... —Lachlan se detuvo en seco para mirarla, con la boca abierta de sorpresa, luego bajó la mirada hasta su vientre todavía liso—. ¿Estás... estás...?

—Sí, señor, embarazada, embarazadísima.

Lachlan soltó un grito más apropiado para un campo de batalla que para un baile formal, luego la alzó entre sus brazos y la besó.

—¡Lachlan! —protestó ella con una sonrisita de niña traviesa—. ¡Haz el favor de dejarme en el suelo, por el amor de Dios! ¡Me estás poniendo en evidencia! ¡Todos nos están mirando!

—¡Pues que miren! —replicó él, a pesar de que la bajó con cuidado hasta depositarla con delicadeza en el suelo—. No pasa cada día, que un hombre reciba tales noticias de la mujer que ama. De todos modos, estos escoceses remilgados de la capital necesitan un poco más de alegría en el cuerpo, ¿no te parece?

Ella echó un vistazo a los amigos elegantes de tía Maggie. Parecían una panda de caballeros ingleses aburridos y serios, comparados con los *highlanders* como Jamie, que bailaba con cara de satisfacción con su nueva novia.

—Sí, tienes razón. —Mientras Lachlan la tomaba entre sus brazos y reemprendía los pasos del vals, ella agregó—: Son demasiado estirados.

—Demasiado rígidos.

—Demasiado ingleses. Creo que no les iría nada mal un poco de diversión desenfrenada. Seguro que sería una buena terapia para alegrarles la cara.

Lachlan la miraba con los ojos brillantes.

—¿Y se puede saber en qué clase de diversión desenfrenada estás pensando?

—Podríamos mandar a buscar a un gaitero y un violinista. No me importaría nada bailar una danza escocesa, o dos. —Se rio alegremente—. ¡Podríamos pedir que tocan *Tullochgorum*!

—He traído unas jarras con mi mejor whisky para el coronel. Están en nuestra habitación en la posada. Podría ordenar que fueran a buscarlas, también.

—¡Podríamos convertir este baile tan soso en un verdadero *ceilidh*!

—Sí, podríamos —suspiró Lachlan—. Pero tu tía no nos lo perdonaría en su vida, y lo sabes.

Venetia también suspiró.

—Supongo que si no queremos armar ningún jaleo en la familia, será mejor que desistamos de nuestra idea.

—No podría estar más de acuerdo, pero te propongo un plan, princesa.

—Dime, amor mío.

—Cuando regresemos a Rossraig, organizaremos el *ceilidh* más espectacular que jamás se haya visto. Y tú y yo... —Se detuvo para mirar hacia su vientre—, y nuestro hijo, bailaremos tantas danzas escocesas como te plazcan.

—O... —Venetia esbozó una sonrisa coqueta.

—¿O?

—Podríamos montarnos nuestro *ceilidh* particular en el estudio del coronel.

Él la miró con esa mirada que siempre le provocaba un estremecimiento delicioso por todo el cuerpo.

—¿Ahora?

—Eso depende. —Ella bajó la vista y la clavó en su *kilt*—. ¿Sigues la vieja tradición, esta noche?

—¿Por qué? —le preguntó él, mientras se sonrojaba.

Venetia se inclinó para comentarle:

—Porque, mi querido esposo, así sería más fácil hacerlo en una silla.

Y con la carcajada de Lachlan resonando en los oídos de Venetia, él la guio a paso de vals hasta la puerta lateral de la sala.

Nota de la autora

*E*l desplazamiento forzado de la población en Escocia durante el siglo XVIII y principios del XIX ha tenido un efecto prolongado en la zona de las Tierras Altas. A día de hoy, el área sigue poco poblada debido a las cuestionables mejoras que los terratenientes aplicaron, al ocupar sus tierras con rebaños de ovejas, con cuya medida obligaron a sus arrendatarios a emigrar. Ése es el motivo por el que en la costa Este de Estados Unidos y Canadá se pueden encontrar tantos descendientes de escoceses; asimismo, ésa es la razón por la que los juegos y deportes típicos de las Tierras Altas son tan populares en las citadas zonas. A pesar de que los estadounidenses se han beneficiado al asimilar esa cultura tan rica, la emigración dejó las Tierras Altas escocesas sumidas en un estado deplorable, del que ya nunca han logrado recuperarse.

El whisky, sin embargo, jugó un papel fundamental a la hora de salvar la economía. Después de 1823, cuando gracias a la nueva ley sobre los impuestos que promulgó el duque de Gordon fue posible abrir destilerías de forma legal, éstas se convirtieron en uno de los negocios más rentables y extendidos en las Tierras Altas. La destilería Glenlivet empezó precisamente como una bodega ilegal en las tierras del duque de Gordon (por eso este aristócrata fue el primero en impulsar la nueva ley). Me gusta creer que Lachlan acabó produciendo un buen whisky escocés.

Se han escrito numerosos libros acerca de la visita del monarca inglés a Edimburgo, pero en una de las cosas en la que la mayoría de los escritores está de acuerdo es que las novelas de sir Walter Scott y su montaje teatral y pomposo de la celebración de la visita del rey cambiaron la visión de Escocia en el mundo entero para siempre. El *kilt* se erigió como el símbolo universal de la indumentaria escocesa, en lugar de ser simplemente una prenda típica de las Tierras Altas, y la cultura adoptó una línea mucho más romántica.

Y sí, las leyes para los matrimonios irregulares escoceses (reconocidos por las autoridades civiles, aunque no por las religiosas) eran exactamente tal y como las he descrito. Continuaron estando vigentes hasta 1940, cuando hubo una reforma legal.

Por último, todavía existen gatos monteses en Escocia, si bien mucha gente

discrepa en si verdaderamente son los descendientes de una raza pura o la mezcla del gato montés escocés original con gatos domésticos. Sin lugar a dudas, esos felinos existían en el período de mi novela. Y os aseguro que parecen unos gatos domésticos de gran tamaño. Excepto que gruñen.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a Sally Avelle, por prestarme
sus magníficas guías de viaje y contarme
esas fascinantes leyendas sobre Escocia.

Han sido unos recursos
extremamente
valiosos.